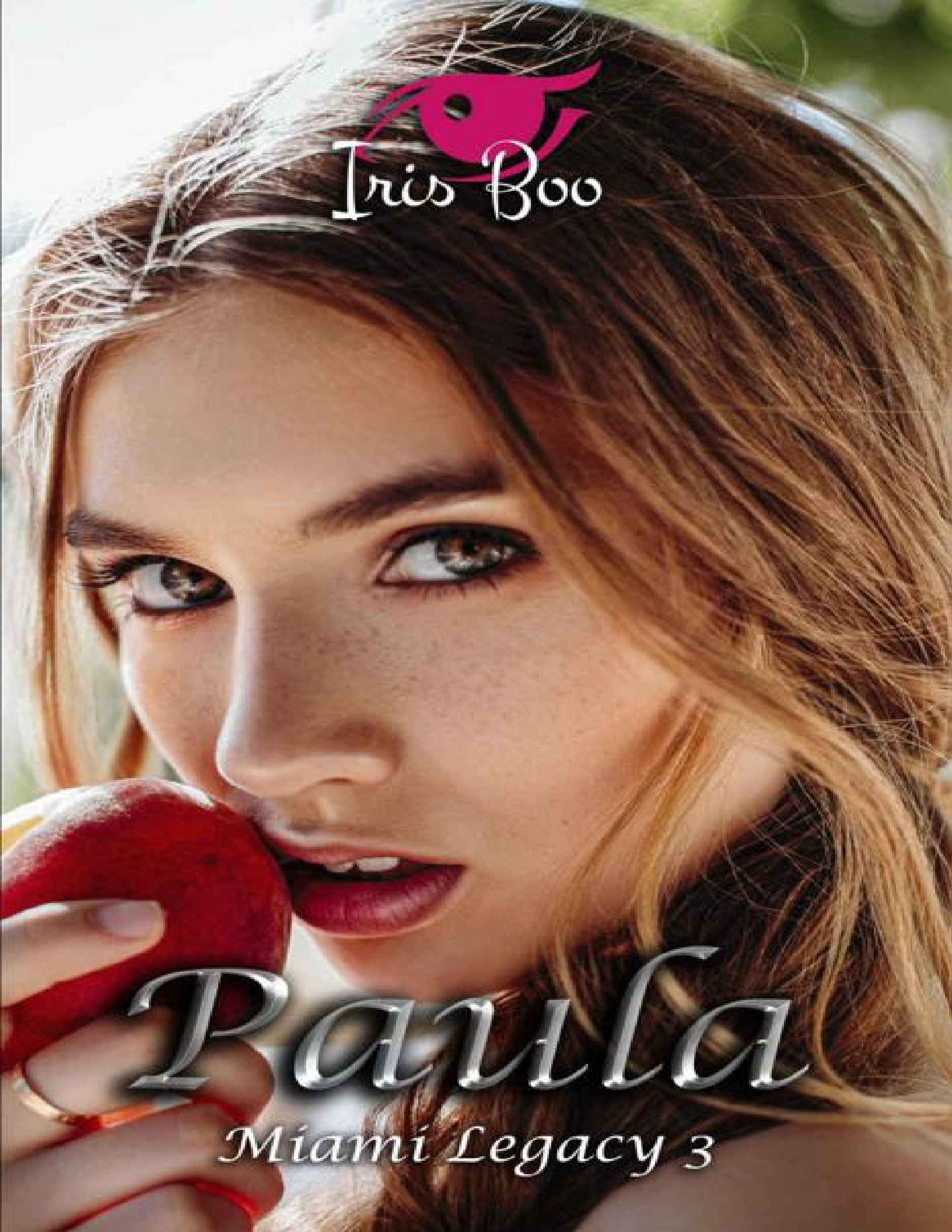

Iris Boo
Paula
Miami Legacy 3

Paula

Miami Legacy 3

Iris Boo



Derechos de autor © 2024 Iris Boo

Paula
Miami Legacy 3
1ª edición: abril 2024
© Iris Boo
Diseño de cubierta: Iris Boo Imágenes: Andrey Zvyagintsev
Iris Boo
Cantabria, España
iris.boo.writer@gmail.com
www.irisboo.es
ISBN : 9798320685359
La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública otransformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorizaciónde sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Prólogo

La imagen que veía reflejada en el espejo no era la de la Paula de siempre. Esa mujer que me miraba con dureza desde el otro lado estaba enfadada, muy enfadada. Pero no con ese idiota con el que iba a reunirme, ni con el que estaba conmigo en ese momento en el baño, sino conmigo misma. ¿Por qué había tenido que ser yo? ¿Por qué a mí? Seguramente no era la primera mujer que decía eso.

—Bien, la señal llega perfecta. Y ahora coloquemos el auricular para que puedas oírnos. —Owen abrió una pequeña cajilla para sacar uno de esos auriculares diminutos que se colocan en el oído, como los audífonos de los abuelos.

—No estoy segura de todo esto. —Traté de controlar el temblor de mis manos aferrándomelas.

—No va a pasarte nada, Paula. Dudo que ese cretino se atreva a ponerte una mano encima. Y si lo hace, estaré muy cerca para cogerlo por el cuello y lanzarlo contra la pared. —Sus manos me aferraron por los brazos. Sabía que él no permitiría que me ocurriese nada, confiaba en sus capacidades, pero eso no evitaba que estuviese nerviosa.

—¿No sería más fácil que esto lo hiciera Mo? A fin de cuentas, él era el objetivo principal, ¿no? —Las manos de Owen me abandonaron para centrarse en recoger el resto del equipo.

—Podría ser, pero si su primer objetivo has sido tú, no vamos a darle algo que pueda hacerle sospechar que le hemos descubierto. —Dudaba que Jordan fuese tan paranoico como Owen. A veces me daba pena, el pobre no podía conocer a alguien nuevo sin sospechar de sus intenciones.

—Esto te divierte, ¿verdad? —Owen levantó la vista para mirarme directamente, no podía esconder la mueca de sonrisa en su cara.

—No me negarás que es excitante. —Si las miradas matasen lo habría chamuscado con la mía.

—Esto de los espías se lo dejo a los profesionales, yo estoy bien siendo un ratón de biblioteca. —Así es como nos llamaban a los que enterrábamos la cabeza en los aburridos textos legales para encontrar resquicios por los que colarnos.

—Confío en ti, Paula, sé que harás un buen trabajo. Solo tienes que dejar que él te haga las preguntas y darle las respuestas que hemos ensayado. —Tomé aire pesadamente.

—Era mi último intento. —Owen sonrió. Él sabía que no me gustaba todo el asunto, pero que lo haría porque era la única manera de atrapar al topo.

—Ha llegado. —El índice de su mano derecha tocó el auricular que llevaba en el oído—. Emil, haz una comprobación de su auricular.

—¿Me recibes? —escuché la voz de Emil en mi aparato.

—Sí —les confirmé.

—Bien. Ahora respira profundamente tres veces y sal ahí. Yo iré detrás de ti.

—Vale. —Cuando salía por la puerta del baño escuché su voz en mi oído.

—Y recuerda, yo estaré cerca. —Tomé otra inspiración más y continué con mi camino. Todo iba a salir bien, eso si no me tiraba sobre él, le golpeaba la nariz con un derechazo y lo tiraba en el suelo para clavarle la rodilla en el pecho. Quería destrozarlo por haber jugado conmigo, por haberme utilizado, por pensar que yo era alguien que se podía desechar.

Soy una Di Angello, mi padre entra en edificios en llamas, mi hermano pilota aviones, mi otro hermano abre pechos con un bisturí… En mi familia nadie es tan insignificante como para que te puedas aprovechar sin miedo a las consecuencias.

Cuando todo esto terminase iba a cobrarme este ultraje con sangre, su sangre.

Capítulo 1

Varias semanas antes…

Hay quien piensa que soy una chica muy formal, pero esa imagen se esfuma cuando hay una fiesta Castillo de por medio. Normalmente todos los que acuden suelen acabar bastante perjudicados o inhibidos, por eso no suele ser demasiado importante el cómo sobrevivas a una de esas fiestas. Recuerdo mi primera borrachera, cuando me desperté no sabía cómo había llegado hasta el sofá, y tenía un calcetín colgando del dedo gordo del pie. Desde entonces no bebo tanto como para llegar a ese punto. Como decía el tío Alex, hay que beber para divertirse, no para perder el control.

Después de un mal día en el trabajo, que te digan que hay una fiesta Castillo en marcha es todo lo que necesitas para aguantar hasta el día en cuestión. Darío preparó todo aprovechando que sus padres no estaban en la casa, así que sería una fiesta Castillo para jóvenes, algo que necesitaba si no quería estar escondiéndome de mis padres.

Lo mejor de estar en casa, o en casa de mis tíos, es que podía descalzarme en el porche trasero, espatarrarme sobre las escaleras y no sentirme violenta. Conocía a la mayoría de la gente, y si había alguien que no conocía, simplemente no me preocupaba lo que pensara de mí.

Así que allí estaba yo, con los codos apoyados en el escalón de arriba, un gin-tonic en la mano derecha y los dedillos de mis pies jugueteando libres al aire, cuando mi primo Darío se acercó para sentarse a mi lado, y no estaba solo.

—¿Un mal día? —preguntó mi primo.

—Una mala semana. —Tampoco iba a aburrirlo con mis desdichas, me interesaba más saber quién era el chico guapo que venía con él y a quien no conocía. Traté de sentarme mejor para no parecer una borracha. Con lo de mis pies ya no podía hacer nada.

—Este es Jordan. Ha estado arreglando la fuga de Le Château. —Alcé mi vaso como saludo.

—Bienvenido. —Él correspondió con el mismo saludo, solo que con su botella de cerveza.

—Darío, se ha acabado el hielo. —Gritó uno de sus amigos de la universidad.

—Ya estoy en ello. —Darío se levantó para ocuparse del abastecimiento—. Yo ya he hecho mi parte, el resto es tuyo —le dijo a Jordan.

—¿Yo soy parte de ese trato? —Alcé una de mis cejas al preguntarle. Él bajó la cabeza y sonrió al saberse descubierto.

—Me prometió una cerveza y presentarme a alguna chica, así que creo que sí. —Vendida por mi primo. Bueno, al menos había tenido buen gusto, el chico estaba bien bueno, ya me entienden.

—Así que eres fontanero. —Me fijé en su atuendo; pantalones vaqueros, deportivas, una camiseta de algodón, encajaba perfectamente en el grupo de Darío. Aunque parecía muy joven para ser un trabajador cualificado como un fontanero.

—Solo soy ayudante. —Pude notar que revisaba el uniforme de camarera que llevaba puesto. ¿Por qué se creían que necesitaba sacar al aire mis maltratados pies?

—Anda, como yo. —Eso le hizo reír. Había notado que estaba algo incómodo, como si no encajase del todo. Por eso traté de que se relajara.

—No me has dicho tu nombre. —Vaya, no estaba tan perdido como pensaba.

—Soy Paula. Y antes de que pienses en aprovecharte de mí, te diré que mi hermano está en el ejército, así que más te vale ser bueno conmigo. —Le apunté con mi dedo de forma amenazadora.

—Lo prometo. —Alzó una mano mientras apoyaba la cerveza sobre su corazón, imitando una

especie de juramento.
—Te daré un voto de confianza. —Sonreí para que supiera que todo era broma.
—Así que trabajas en Le Château. —Le miré como diciendo, ¿de verdad me preguntas eso? Es obvio.
—Así que tú eres el que ha dejado ese agujero enorme en el suelo del office —le acusé.
—Pero también seré el que lo tape mañana. —Sabía defenderse rápido.
—Más te vale, no me gusta eso de andar dando saltos cargada de platos. —Él sonrió divertido.
—Darío dice que es tu primo, así que supongo que Le Château es el negocio familiar. —Casi, casi.
—Es el negocio de Gabi, pero nos da la oportunidad de sacar algo de dinero trabajando unas horas como camareros. Todos salimos ganando; ella tiene camareros de confianza y nosotros un ingreso extra. —Jordan miró a su alrededor.
—No parece que necesitéis mucho, este lugar es un pequeño paraíso.
—Primero, es la casa de mis tíos y, segundo, los estudios son caros. —Sus cejas se alzaron intrigadas.
—¿Qué estudias? —¿Era bueno decirle que ya terminé la carrera?
—Derecho. Estoy trabajando en un bufete a tiempo parcial, pero me pagan una mierda por estar todo el día haciendo trabajos de archivo. —Básicamente se podía decir que era lo que hacía.
—Así que tienes que trabajar en Le Château para poder pagar el alquiler. —¿Debía decirle que seguía viviendo en casa de mis padres? No, daría una imagen de mí que no quería que él tuviese. A ver, que no tenía pensado ligar cuando vine a la fiesta, pero… El chico era guapo, le asomaban unos buenos bíceps por la manga de la camiseta y tenía un buen trasero. ¿No era eso lo que nos gustaba a todas? La primera vez caí por un idiota así. No voy a hablar de eso, no merece la pena. No es que fuese una monja, mi sangre hierve con el estímulo adecuado. Tan solo es que soy muy selectiva. Lo que se dice acostarme con un chico lo he hecho dos veces, y fue con el mismo, con el resto no he pasado de unos besos calientes y algunos toqueteos. ¿Qué se habían pensado? Ya he dicho que no he hecho ningún voto de castidad.
—Tengo vicios caros —respondí encogiéndome de hombros—, ropa, comida, gasolina, neumáticos nuevos… —Dejé el resto de la lista en el aire, consiguiendo una sonrisa de su parte.
—Qué me vas a contar, mi furgoneta necesita una operación a corazón abierto. —Tenía sentido del humor, eso me gustaba.
—Eso también es caro —le seguí el hilo.
La noche fue mejor de lo que había pensado cuando llegué, pasé de relajarme a divertirme. Y el que diga que ese no es un buen cambio es un amargado. Tenía una copa en la mano, un chico guapo a mi lado y una conversación divertida. ¿Qué más podía pedir? Aparten esas ideas sucias de la cabeza, acababa de conocerlo, yo no soy de esas. Aunque si seguíamos coincidiendo… Había buenas perspectivas para algo más.

Capítulo 2

Estaba en mi descanso cuando mi teléfono empezó a vibrar; y sí, digo vibrar, porque cuando uno está en un trabajo remunerado no puede permitirse el que su teléfono empiece a sonar delante de los clientes.

Lo saqué del bolsillo de mi pantalón y vi que el que me llamaba era mi primo Franccesco.

—Que sea rápido, estoy en un descanso. —Le di un buen mordisco a la manzana. Un descanso de cinco minutos no daba para mucho.

—Necesito tu ayuda.

—Creo que te dije que aprendieras de una vez a cambiar la rueda, que no iba a estar disponible cuando pincharas de nuevo. —No pude aguantarme las ganas de recordarle que soy mejor que él en algunas cosas. Lo siento, me quema el que los dos estudiásemos lo mismo y él tuviese un mejor trabajo. A mí me encomendaban tareas aburridas y rutinarias, lo que se le asignaba a un pasante o un administrativo, mientras que a él le daban casos que defender ante los tribunales.

—Esta vez no será tan pringoso.

—Ahora estoy en el trabajo, ¿podrás esperar a mañana por la mañana? —Miré el reloj para comprobar el tiempo que me quedaba, dos minutos y tendría que salir de nuevo a la jungla.

—Quiero despedirme del trabajo. —¡¿Qué?! Estaba loco.

—Es broma. —Igual no había escuchado bien.

—No, no lo es. —Loco, estaba loco, no había otra explicación.

—No fastidies. Eres el niño prodigio de Morgan, Stinger & Associates, ¿por qué querrías irte de allí? —Yo mataría por un puesto como el suyo.

—¿Niño prodigio?

—Sí, estoy cansada de oírlo en mi oficina. El viejo Morgan no hace más que presumir de haberte atrapado antes que los demás. Cada vez que los lomos plateados se juntan en algún evento no hacen más que presumir de fichajes. —Era un mundo de alfas, para ellos yo no era más que una insignificante mujer sin instinto depredador, una gregaria.

—Eso no lo sabía. —Ser invisible a veces tenía sus ventajas.

—Serías un tipo insoportable si supieras ese tipo de cosas. —Lo único que necesitaba Fran era que le inflase más el ego.

—No se desvíe del asunto, letrada.

—Vale, quieres despedirte de tu estupendamente pagado trabajo, dejando atrás la posibilidad de convertirte en socio del bufete en un futuro. Y no es broma.

—Exacto. —No quería preguntarle por qué, eso era asunto suyo. Tampoco le recriminaría nada, era adulto para tomar sus propias decisiones, y de eso ya se encargarían sus padres. Así que solté el aire y me preparé para ayudarlo, porque eso era para lo que me llamaba, estaba segura.

—No voy a preguntar qué problemas tienes en el paraíso, pero, adelante, ¿qué necesitas?

—Pues el caso es que no quiero crearme ningún enemigo, y mucho menos acabar teniendo algún problema legal. —Contratos y recovecos legales, ese era mi campo.

—Quieres que busque algún agujero por el que puedas escaparte.

—Exacto. —Ese era un trabajo pesado que te exprimía el cerebro, algo que no me apetecía precisamente en ese momento. ¿Algo sesudo mientras esquivas a niños correteando entre las mesas? No podía tener mi atención en dos sitios a la vez, no de esa manera.

—De acuerdo, mándame una copia a mi correo, le echaré un vistazo.

—De verdad que te lo agradezco. Te recompensaré. —No tardó mucho en llegar una copia de su

contrato a mi correo. No pude resistirme, lo abrí para ir directa a lo que quería saber. Lo sé, soy una masoquista, me gusta sufrir viendo como otros cobran sueldos indecentes por algo que podría estar haciendo yo. Y justo llegué a la obscena cifra. No pude evitarlo, le envié un mensaje.

—Te odio. —¿Qué sería tan insalvable como para dejar de ingresar esa cantidad?

No pensé en ello hasta que salí de Le Château y lo encontré esperándome. Trabajar allí me abstraía tanto del resto de preocupaciones que era mucho mejor que una terapia *mindfulness*. De allí salía cansada físicamente, pero más relajada.

—¿Terminaste? —me preguntó apenas salí por la verja.

—Eres un impaciente —le acusé.

—Pero me quieres. —Su cabeza se inclinó para mirar a quien iba detrás de mí—. Hola, Gabi –saludó.

—Hola, Fran. —Su voz me sonó algo seca, seguramente también el día había sido largo para ella.

—¿Qué tal el día? —No tenía tiempo de una charla educada. Mis pies me estaban matando y necesitaba arrancarme el uniforme para darme una ducha. Es lo que tiene el sudor, que pica.

—Bien. —Ya estaba llegando al aparcamiento de enfrente cuando escuché como Fran me llamaba.

—¡Espera! —Me alcanzó en unas pocas zancadas, aunque no me quedé observando, con aquellas piernas largas era predecible—. ¿Pudiste echarle un vistazo? —Puse los ojos en blanco, ¿quién se pensaba que era?

—¿Crees que me ha dado tiempo de sentarme a leer? Lo llaman trabajo por algo, Fran.

—Lo siento. Sé que soy un impaciente. —Me puso su cara de cachorrillo. Le he visto llorar y moquear cuando se raspó las rodillas en una caída, no podía ser dura con él.

—Te prometo que lo revisaré mañana por la mañana, y si encuentro algo te llamaré a la velocidad del rayo. —Me senté en el coche, detrás del volante. Solo ese gesto supuso un alivio para mis piernas.

—Está bien. Sabes que cuento contigo.

—Sin presión, Fran. No sé si encontraré algo. —Él me sonrió y, por fortuna, no empeoró la situación diciendo eso de «sé que lo harás». ¿No sabe la gente que con esa frase metes más presión todavía?

—Descansa, tienes pinta de necesitarlo. —Cerró la puerta y movió la mano al otro lado del cristal para despedirme.

Puse en marcha el coche y salí lentamente hacia la carretera. El coche prácticamente iba solo hacia mi destino, como si fuera un ser independiente que sabía hacia dónde tenía que ir. Si un día inventan algo así gastaría hasta mi último centavo en conseguir uno.

Ducha, pijama, cama y a cerrar los ojos. Menos mal que cené en Le Château, eso acortaba la lista de tareas para antes de cerrar los ojos.

Por la mañana me puse a revisar el contrato de Fran en la tablet mientras esperaba a que se calentara el café. No es lo mismo una pantalla grande que una pequeña, se aprecian mejor los detalles cuando el campo de visión es más amplio.

No sé el tiempo que estuve con ello, solo sé que decidí pasar a la pantalla grande de mi ordenador para estudiarlo mejor mientras me tomaba los cereales. Por fortuna lo había vaciado. Cuando entró la llamada de Fran, que esperaba, me pilló repasando algo que me parecía haber encontrado.

—Estoy con lo tuyo.

—¿Y bien? —Qué impaciente.
—Si no te da miedo jugar con ellos, puede hacerse. —Si tenía tantas ganas de irse, era una opción que le serviría; retorcida, pero viable.
—El premio merece el riesgo. —Sí, estaba desesperado, y ahora estaba convencida de que para él merecía la pena. ¿Qué tendría entre manos?
—Entonces te mandaré una copia de mis anotaciones. —Solo esperaba que entendiese mis resúmenes en el margen de los párrafos marcados. A veces solo yo podía entenderme. Algo que era bueno y malo; malo porque no podía pasarle mi trabajo a otra persona para que lo aprovechase, y bueno porque nadie podría llevarse el mérito de mis esfuerzos sin hacer un gran trabajo de interpretación.
—Preferiría que me lo explicases con el documento delante. —Y yo que pensaba que había terminado.
—Ya, ¿también quieres que vaya a exponer tu caso ante el tribunal?
—¿Querrías ser mi abogada en este asunto? ¿Me representarías cuando les plantee mi rescisión de contrato? —¿Me estaba pidiendo…?
—Estás hablando en serio, ¿verdad?
—¿Qué me dices? —Me iba a costar decidirme, no porque no me apeteciese, sino porque se suponía que no era libre para hacer ese tipo de cosas.
—Tendría que ser algo a título personal, dudo que en el bufete les guste que me encargue de esos temas personalmente. —Tendría que hacer malabares para escaparme del bufete y hacer lo que me pedía, y ni de broma tenían que enterarse, porque serían capaces de perseguir a Fran como si fuese un jugoso conejo.
—¿Todavía te tienen haciendo trabajos de pasante? —Ahí, metiendo el dedo en la herida.
—En plena era digital y me siguen enviando a hacer los trámites a la alcaldía y a los organismos oficiales. ¿Tú te crees? —Él sí que sabía que no sentía devoción por mis jefes.
—Son unos cretinos. No saben apreciarte. —Y tanto.
—¿Cuándo quieres hacerlo? —Tenía que trazar un plan para escabullirme, y para eso necesitaba tiempo.
—Mañana mismo si fuese posible. ¿Qué me dices? ¿Estarías preparada? —Y encima con prisas. Repasé mentalmente mi agenda de los lunes.
—Supongo que seguiré con la rutina de todos los días, así que creo que podré escaparme durante una hora. ¿Podrás concertar una cita con recursos humanos con tan poco tiempo de antelación?
—Podía enfrentarme a alguien de recursos humanos y conseguir mi objetivo con tan poco tiempo. Sí, podía hacerlo.
—Sin problema. Avísame en cuanto salgas de tu bufete para venir al mío. —Ahora sí que el plan estaba en marcha.
—Claro.
—Y Paula.
—¿Sí?
—¿Podrías ponerte tu ropa más profesional? Quiero que le metas miedo a ese cretino. —Ese inciso me sacó una sonrisa. ¿Quién ha dicho que a un abogado no le gusta hacer de malo? Todos tenemos una vena sádica escondida en nuestro maletín, lo que me recordó…
—¿Maletín incluido? —Seguro que tenía cara de pilla cuando lo dije.
—Por supuesto.
—De acuerdo. Sabes que esto te costará caro, ¿verdad? —No solo iba a ser divertido, sino que esperaba obtener algún tipo de recompensa por todo el esfuerzo y planificación que requería este

favor.
—Te compensaré, prometido. —Sonreí de forma golosa, ya se me habían pasado un par de ideas por la cabeza… Hay muchas maneras de que un chico guapo te compense, aunque sea de la familia. No penséis nada sucio…

Capítulo 3

—Buenos días, cariño —me saludó papá cuando aparecí en la cocina. Si hubiese sido un día como otro cualquiera me habría sentado a su lado para desayunar, pero en mi sitio habitual estaba otra persona.

—Hola, Pau —saludó Mo antes de meterse otro trozo de bizcocho en la boca. Seguro que no había venido a casa solo para atacar los dulces de mamá, aunque tampoco perdía la oportunidad de hacerlo. Hombres, son todos unos golosos.

—Seguro que no has venido solo a comer el bizcocho de mamá.

—No, pero ya que estoy…

—Eso, se supone que tendrías que sobornar al inspector de seguridad, no al revés —se quejó en broma papá.

—He venido a recogerte, ¿no es suficiente? —le respondió Mo encogiéndose de hombros. Papá puso los ojos en blanco.

—Odio tener que aparcar en el centro, eso te lo agradezco. Pero, no sé, ¿qué tal si me invitas a almorzar? —sugirió papá.

—Vale —respondió Mo antes de sorber café de la taza. Papá alzó las cejas algo sorprendido.

—Sí que ha sido rápido convencerte. —Mo volvió a encogerse de hombros.

—Nunca se han quejado de mis gastos en la empresa. Invitar a almorzar al inspector de seguridad no creo que lo rechacen. —Desde que papá había ascendido a inspector municipal de los edificios en construcción, no solo había incrementado su sueldo, sino que mamá estaba más tranquila. Reconozcámoslo, papá se estaba haciendo mayor y, por muy profesional que fuese, ser un bombero de rescate tenía sus riesgos. Ahora alternaba los cursos de adiestramiento de las estaciones de bomberos, las inspecciones de edificios y alguna cosa más que él no decía. Trabajaba mucho, pero no estaba en primera línea. Papá se merecía cada uno de esos ascensos, y se afanaba en demostrar que no le habían regalado nada.

—Así da gusto —dijo papá antes de beber de su taza y mirarme fijamente mientras me metía un trozo de bizcocho en la boca para ir masticándolo mientras me servía un poco de café—. No te da tiempo a saborear las cosas, cariño.

—No tengo mucho tiempo, papá —me justifiqué.

—Pues levántate diez minutos antes —me repitió por enésima vez antes de darle otro trago al café. Papá no presionaba, solo sugería.

—Sabes que los lunes son difíciles, papa. —Los fines de semana trabajaba a jornada completa en Le Château, y mi cansado cuerpo pedía a gritos arañar al reloj todo lo que pudiese el primer día de la semana.

—Tienes que tomártelo con más calma, cariño. La vida no es solo trabajar. —Lo miré como diciendo «¿en serio?». Nadie trabajaba más que él, no era precisamente la persona más indicada para decirme esas cosas.

—Mañana lo haré mejor. —Terminé lo último de mi taza y robé otro trozo de bizcocho para el camino—. Me voy. —Me despedí con la mano mientras salía por la puerta.

—Adiós —me dijo papá de la que salía por la puerta.

No sé si habrán hecho algún estudio al respecto, pero, definitivamente, el lunes es el peor día de la semana. Para muestra, mi coche. Vale, era viejo, pero ¿por qué había escogido precisamente ese lunes para morir?

—No me hagas esto, por favor. Arranca. —Volví a intentarlo, pero conseguí la misma respuesta.

Un ruido de que lo estaba intentando y nada más—. Mierda. —Solté el aire bruscamente.
—Será mejor que vengas con nosotros. —La voz de papá llegó desde la calle—. Podemos acercarla, ¿verdad? —preguntó a Mo a su espalda.
—Claro. —Papá sostuvo la puerta para que saliera.
—Llamaré al tío Marco para que uno de sus mecánicos se encargue de revisarlo. —Sabía lo que eso significaba, así que le di mis llaves.
—No le digas que me busque uno nuevo, a este todavía le quedan millas. —Lo miré con resignación. Sabía que tenía que haberlo jubilado hace tiempo, pero qué quieren, al final se les coge cariño.
—Podemos permitirnos comprar uno de segunda mano. —Papá lo decía porque estaba ahorrando, pero no quería aceptar que ellos pusieran dinero. Quería ser autosuficiente.
Como en todo, hay prioridades, y la mía era hacerme con un buen guardarropa para la oficina. Quizás si veían que tenía buena presencia, me tomarían en consideración para asuntos más importantes. Pero hacerse con un fondo de armario de ejecutiva salía por un buen pico de dinero, y aunque en la tienda de Nika me hacían un gran descuento, al final tenía que desembolsar una buena cantidad.
También estaba el hecho de que quería independizarme. No voy a vivir toda la vida en casa de mis padres. Pero si Gabi que tenía su propio negocio, y más ingresos que yo, no lo había hecho, eso quería decir que el asunto no era fácil, económicamente hablando, claro.
Subí al asiento de atrás del coche de Mo y me até el cinturón. No necesitaba decirle a Mo en qué parte de la ciudad estaba mi oficina, todo el centro empresarial estaba en la misma zona, incluso la sede de su empresa. Pero cuando tomó una desviación empecé a preocuparme.
—Por aquí no se va.
—Tranquila, solo es un pequeño rodeo. He de pasar por una obra para darles el plano con las últimas modificaciones. —Miré el tubo metálico que descansaba en el asiento junto a mí.
—Creía que hacíais estas cosas vía email. —Imprimir planos en papel para mí era un atraso y poco ecológico ante la alternativa digital.
—En la obra es mejor tener una copia impresa. El capataz puede seguir mejor las instrucciones, los detalles se aprecian mejor, y si se mancha de cemento sale más barato tirarlo e imprimir uno nuevo que arreglar una tablet. No sabes lo que el polvillo de una obra puede hacerle a aparatos tan delicados. —No había pensado en ello. Está claro que cada uno sabe de lo suyo.
—Entendido.
En cuanto el edificio estuvo ante nosotros fue fácil de reconocer. Andamios, redes, obreros con cascos, chalecos reflectantes y cinturones de trabajo. No hacía falta ni leer el cartel de obras que había sobre la verja exterior.
Mo detuvo el coche y bajó la ventanilla. Dos hombres se nos estaban acercando antes de que las ruedas se detuvieran sobre la gravilla de la entrada.
—Te he traído los cambios que te comenté para la planta… —Dejé de prestar atención a la conversación, no solo porque no necesitaba saber de qué iba la cosa, sino porque me llamó la atención el hombre que estaba unos pasos detrás y a la izquierda del capataz. Aquellos bíceps y aquella sonrisa eran difíciles de olvidar.
La ventanilla junto a mí empezó a bajar, fue cuando me di cuenta de que Mo me estaba pidiendo que le pasase el tubo al capataz. Rápidamente desperté de mi obnubilación para tomar el objeto y pasárselo.
—Gracias —dijo el hombre.
—De nada. —Pero mis ojos no lo miraban solo a él, sino a Jordan, que me sonreía desde la

distancia. Evidentemente me había reconocido.
—Si tienes alguna duda estaré en la obra de North Western. —El tipo asintió. Los ojos de Jordan saltaron brevemente hacia Mo y después se apartó cuando el coche se puso en marcha. Lo último que vi de él fue que me guiñaba un ojo. ¡Señor!, incluso sucio, y con aquel ridículo chaleco reflectante, el tipo estaba para comérselo.

Jordan

—Deja de mirar a la chica, muchacho. Tenemos mucho hacer. —Matt me mostró el tubo metálico y yo asentí—. Avisa a García para que venga a la oficina.
—Sí, señor. —Me retiré de su vista para ir en busca del fontanero para el que trabajaba. Pero me tomé mi tiempo, no porque no hubiese prisa, sino porque tenía que darme tiempo a enviar un mensaje.
—*Creo que he encontrado algo*. —El tío Ernest me había encomendado la misión de buscar algo sucio, algo con lo que poder sacar a su competencia del mercado, y la visita del arquitecto con el tipo uniformado que iba sentado en el asiento del copiloto me había dado una buena pista. ¿Qué hacía el inspector de seguridad del ayuntamiento en el coche de uno de los socios de Sparkling Architects?

Capítulo 4

Paula

Envié el mensaje a Fran antes de salir de mi oficina. A pie apenas serían quince minutos, y eso contando con que el tramo más lento sería desde la entrada de su edificio a la planta de su oficina. Esperar a un ascensor de esos podía ser eterno.

Llegué hasta la recepcionista del bufete y me presenté. La verdad es que desde fuera parecía un lugar muy serio, pero al mismo tiempo exudaba machismo rancio. Las únicas mujeres que se veían por allí estaban en la recepción y en las mesas de las secretarias. Ningún hombre a la vista. Si yo tuviese un bufete cambiaría eso. Pero como no lo tengo, simplemente sonreí.

—El señor Di Angello la está esperando. Segunda puerta a la derecha. —Asentí y avancé hasta donde me había indicado. Me detuve en la puerta, pues al estar abierta, me dejaba ver a Fran de pie frente a su mesa.

—¿Estamos listos? —Evidentemente ya había ido ganando tiempo. Sí que tenía prisa por irse, su mesa estaba muy vacía.

—Parece que sí.

—Entonces, vamos. —Me giré hacia donde indicó y caminé con toda la elegante arrogancia que se esperaba de un abogado importante. Nada como dar una imagen estirada y prepotente para que pensaran que era una pieza de cuidado. Incluso me había puesto esas gafitas de pasta negra que no tenían graduación, las que usaba para dar una imagen más formal y profesional. No pregunten cómo me hice con ellas, pero funcionan, con ellas parezco una víbora peligrosa. Cuidado conmigo, muerdo.

Fran llamó a la puerta un par de veces. Al ver el rótulo de Morgan finamente perfilado junto a ella casi me da algo. Este loco iba directo a la cabeza de la serpiente. Pero no me amilané, estaba lista para la pelea, al menos me había preparado a fondo para ganar, y ellos seguro que no sabían lo que iba a pasar allí dentro. Si cuentas con el factor sorpresa tienes ganada la mitad de la pelea.

—Adelante. —El gran lomo plateado, Morgan, estaba sentado en su sillón tras la mesa. ¿Qué cómo estaba segura? No podía ser otro. A su lado estaba uno de sus subordinados, los generales nunca van solos a la batalla.

—¿Y esta señorita es…? —Hora de comenzar.

—Paula Di Angello —me presenté.

—Bien, mi tiempo es dinero, así que me he permitido ir avanzando el asunto. Clarens ha preparado un contrato que creemos que se ajusta a tu situación. Pero, como todo, puede negociarse. —El gregario deslizó sobre la mesa unas hojas sujetas por un clip metálico, hasta detenerlas muy cerca de Fran. Él las tocó con un dedo para alejarlas. Era mi momento. Expuse el viejo contrato de Fran frente a ellos, mostrándoles que habíamos ido a negociar desde aquí, no desde el punto que ellos querían.

Morgan sonrió condescendiente, estiró la mano y le pasó el contrato hacia su subordinado, el cual lo tomó para estudiarlo. Parecía que pensaban que les habíamos traído nuestra propia contraoferta.

—Será mejor que vayas revisando nuestra oferta para… —A Morgan no le dio tiempo a continuar, el gregario le interrumpió.

—Este es el contrato que está en vigor en este momento. —Y ese era mi pie.

—Hoja tres, párrafo dos —señalé. Ellos avanzaron hasta el lugar que les marqué.

—Está resaltado, pero no veo ninguna modificación. Además, solo hace referencia al período de prueba. —No sabían cuál iba a ser nuestra maniobra, y eso era bueno—. Se establece un período de prueba de doce meses. Si no se alcanzan las expectativas de trabajo, si el rendimiento no es el apropiado, o concurre cualquier otra circunstancia por la que no se cumplan los estándares exigidos, el presente contrato será rescindido sin ningún tipo de compensación o preaviso. Así mismo, si el trabajador demuestra cumplir con las aptitudes necesarias para formar parte de la empresa antes de este tiempo, el período de prueba puede darse por finalizado previa notificación de la empresa al trabajador —leyó en voz alta el subordinado.
—Este es un documento para que firme la empresa, por el que se acepta la no finalización del período de prueba de mi representado, y por el que se reconoce que no ha pasado a estar vinculado a Morgan, Stinger & Associates por dicho contrato. —Extendí el documento que había preparado para la ocasión.
—Quiero saber hacia dónde va esto, me intriga, pero no estoy seguro de querer saber el precio que quieres ponerle. —Mentalmente crucé los dedos. Si firmaban, habríamos ganado.
—Quiero poner el contador de nuevo a cero. Tanto el bufete como yo sabemos lo que podemos ofrecernos el uno al otro, así que es un buen momento para establecer las bases de mi futuro —le aclaró Fran. Morgan se recostó en su sillón con una sonrisa autosuficiente en el rostro.
—No quieres ser como el resto. —El viejo sonrió como si hubiese encontrado un digno rival al que enfrentarse.
—No soy como ellos. —Fran sí que sabía cómo negociar.
—Firme o no ese documento de liberación, el contrato que vamos a ofrecerte seguirá siendo el mismo que tienes ahí. —Su barbilla señaló el montón de papeles que seguía apartado a un lado.
—Si habéis estudiado mi caso con detenimiento es posible que no haya que cambiar nada. —Nada más astuto que hacerle creer al contrario que llevaba ventaja. Morgan sonrió, cogió el documento de liberación y empezó a firmarlo.
—Y ahora que rompemos el viejo contrato, pasaremos a negociar el nuevo. Esta es solo una manera de acelerar el proceso. ¿Y cuál se supone que es el motivo de finalización del período de prueba? —Cogí el documento para comprobar que todo estaba como debía antes de dar el siguiente paso. Así era, así que guardé el documento en mi maletín.
—No se cumplen los estándares exigidos. —Localicé el segundo documento y lo puse sobre la mesa.
—Ambos sabemos que sí cumples con los requisitos para formar parte del equipo jurídico de este bufete. —El subordinado tomó el documento para estudiarlo. Seguro que este tipo hacía el mismo trabajo que yo.
—Mi valía está fuera de duda, son mis baremos los que ustedes no cumplen. —Y así es como pelea un abogado, con palabras.
—¿Qué quieres decir? —preguntó el subordinado.
—Di Angello acaba de proceder a la devolución de los casos en los que está trabajando, con lo que se libera de todas las responsabilidades legales que le atan a este bufete —le expliqué.
—¿Te marchas? —preguntó el jefe.
—Así es. —Nos pusimos en pie para irnos. Aquí todo mi trabajo ya estaba hecho.
—Sabes que nadie va a mejorar nuestra oferta. —¿Sonó algo desesperado? Creo que sí.
—No estés tan seguro. —Tendría que preguntarle dónde tenía pensado ir para desafiar a Morgan de esa manera.
—Puedo hundir tu carrera, muchacho. No trabajarás para nadie en esta ciudad. —Podía ser viejo y tener poder, pero si Fran sonrió ante esa amenaza era porque no podría cumplirla.

—No me preocupa, fundaré mi propio despacho de abogados. —Así que era eso. Tenía que reconocer que Fran tenía las pelotas bien puestas.
Pasamos por última vez por el despacho de Fran para recoger una caja con sus pertenencias, justo la que debía de haber preparado antes. Eso sí, escoltados por un agente de seguridad. Qué patético, ni que fuera a robarles un mísero bolígrafo.
Cuando salimos del edificio no llevábamos precisamente en la cara la misma expresión de los que han perdido el trabajo, yo al menos estaba exultante porque mi maniobra había resultado un éxito, y Fran, bueno, él había conseguido lo que quería, estaba mucho más contento que yo.
—Has estado increíble. —Que te lo diga tu primo el exitoso tenía más mérito que te lo dijese tu propio jefe.
—Cuando una es buena, es buena.
—¿Lo celebramos? —Miré mi reloj antes de contestar.
—Yo salgo pitando para mi oficina.
—Te compensaré por esto, te lo prometo.
—Y si no lo haces, ya me lo cobraré yo —le respondí mientras empezaba a caminar de espaldas. Lo dejé riéndose.

Capítulo 5

Paula

¿Nunca han tenido uno de esos días en que todo les sale bien? Un día redondo que se dice. Pues bien, ese día fue el mío. ¿Quién lo diría, verdad? Primero se me estropea el coche, pero eso no lo torció. Empezando porque me dejaron a la puerta del trabajo y no tuve que aparcar en el parquin a una manzana de mi edificio. El que estaba más cerca siempre estaba lleno. Me topé con Jordan, luego machaqué a los abogados de Morgan, Stinger & Associates y, para rematar, tenía en la mano las llaves de un coche precioso.

—¿Qué significa esto? —le pregunté a mi padre.

—Tu coche estará en el taller una temporada. Este es el vehículo de cortesía. —Volví a mirarlo con deleite. No tenía ni punto de comparación con el mío.

—¿Estás seguro? —Papá se encogió de hombros.

—Pregúntale a tu tío.

—¿Cuánto tiempo estará en el taller? —Deseé que fuese una larga temporada. Vale, le tenía cariño a mi coche, pero mientras a él lo estaban arreglando, podía disfrutar de su primo, ¿no? No le estaba traicionando, ni nada de eso. Bueno, solo un poquito.

—Hay no sé qué historia con que el coche es viejo, europeo y que las piezas que hacen falta para repararlo tienen que venir de Alemania. Así que hazte a la idea de que no serán dos días. —¡Sí, sí, sí!

—Vaya. Bueno, supongo que tendré que esperar a que esté listo.

Antes de que pudiese meterme en mi nuevo coche, y regodearme pasando las manos por la tapicería, me llamaron al teléfono.

—Hola, Fran.

—¿Podrías echarle un vistazo a mi nuevo contrato? —Sí que era rápido.

—Claro, mándamelo y lo repasaré después de cenar y te lo devolveré mañana.

—Me gustaría que fuese ahora, si no te es inconveniente. Me gustaría mudarme esta misma noche. —¿Mudarse?

—¿Te mudas?

—La vivienda viene incluida en mis privilegios de empresa. —Había oído lo del coche de empresa, pero la casa… Eso era otro nivel.

—¿Dónde has encontrado ese chollo? —Escuché su risa al otro lado de la línea.

—Tengo que comprar sábanas, y esas cosas. Si me ayudas a escoger te lo contaré todo.

—¿Ahora? —Si quería mudarse esa noche tenía poco tiempo para ir de compras.

—Estoy en Le Parisien, ¿podrías acercarte? —Al menos sí que sabía dónde ir a comprar todo el menaje de hogar. No era un centro comercial, sino una tienda exclusivamente dedicada a lencería doméstica de calidad.

—Está bien, estaré allí en media hora. —Miré a papá para que supiera que volvería tarde a casa.

—¿Otra vez te ha liado tu primo? —preguntó papá.

—Ya te contaré. —Le di un beso en la mejilla antes de entrar en el coche—. Guárdame algo de cena.

—No regreses tarde, que luego no duermes suficiente. —Puse los ojos en blanco antes de cerrar la puerta.

Cuando llegué a la tienda no me fue difícil encontrar a Fran. ¿Cuántos hombres guapos y

trajeados entrarían a comprar sábanas? Por lo extasiadas y atentas que estaban las dependientas, diría que muy pocos. Creo que me miraron mal cuando me acerqué a él. ¿Se pensarían que yo era la agraciada que lo había atrapado?
—Ya estoy aquí. —Fran se giró hacia mí sonriente.
—Sé que prefieres leer a escoger ropa de cama. —Me tendió unos papeles: el contrato. Sí, eso iba a gustarme mucho más.
Mientras leía no podía dar crédito a todo lo que le ofrecía la nueva empresa. Con razón había mandado a Morgan, Stinger & Associates a la mierda. Yo entregaría a mi primogénito por conseguir un contrato así.
—¿Y bien? —Había estado caminando detrás de él por toda la tienda mientras compraba, pero no me había dado ni cuenta de nada. En ese momento tenía varias bolsas llenas de cosas en el mostrador de pago.
—Para mí está correcto. ¿Te presto el bolígrafo? —Él sonrió.
—Ayúdame a llevar todo esto y te enseñaré el apartamento. —Cargué con un par de bolsas mientras él llevaba otras tres.
Media hora más tarde estaba frente a uno de los edificios más modernos de Miami, empujando a Gabi para que dejara de babear. Fran sí que sabía cómo liar a todo el mundo.
—Si no vas a moverte al menos podrías quitarte de en medio —apremié a Gabi. Llevaba dos de las bolsas de compra que pesaban lo suyo.
—Lo siento.
—Trae aquí. —Fran cogió una de las bolsas para liberarme de la más pesada.
—Se supone que la que tenía que cobrarse el favor era yo, no que tú me usaras a mí como mula de carga. —Y el idiota se rio.
—Te deberé dos favores. —Vaya que si iba a cobrármelos. El primero lo hice con gusto, pero a nadie le apetece cargar pesos. ¿Qué demonios llevaba aquí dentro? No quería mirar, pero parecían…
Subimos en el ascensor hasta la undécima planta, después avanzamos por el pasillo hasta una puerta con uno de esos cajetines de acceso en los que hay que marcar un código numérico. Tenía que reconocer que como cerradura era cómoda y moderna. Si le sumábamos que en la recepción había un control de seguridad con guardia, no se necesitaba más. Aquel edificio era muy seguro. ¿Su nueva empresa tendría sus oficinas en el edificio?
—Paula, ¿puedes marcar el número 2-0-1-6? —Aquello era extraño.
—Es el año de mi nacimiento. —Pulsé cada número hasta oír un chasquido, que señalaba la apertura de la puerta.
Por mucho que me hubiese preparado para un apartamento de lujo, ver aquello me dejó pasmada. Frente a mí, en el enorme ventanal que abarcaba toda la pared del fondo, se veía el atardecer sobre Miami. Las luces de los edificios parecían enmarcar el sol ocultándose en el mar, convirtiéndolo en un hermoso espejo anaranjado. Había visto esa misma puesta de sol desde la casa del tío Alex, pero desde aquella altura era totalmente diferente. Era… Sentí como alguien me empujaba para entrar, lo que rompió mi ensimismamiento.
—¿Qué os parece? —Sentí un ramalazo de envidia golpeándome.
—Te odio —confesé. ¿Por qué él tenía todo esto? La vida no es justa.
—Id a ver el resto mientras yo dejo todo esto en su sitio. —Gabi no perdió el tiempo, me aferró por la manga de la chaqueta y me arrastró por toda la casa. El resto del apartamento no me defraudó lo más mínimo.
Todos tenemos una imagen en la cabeza del aspecto de nuestra casa ideal y, en aquel momento,

la que yo tenía se había quedado pequeña.
—Yo también lo odio —dijo Gabi mientras admiraba el vestidor de la habitación principal.
Cuando regresamos, Fran estaba esperándonos apoyado en la isleta de desayuno. Normal que tuviese aquella enorme sonrisa en la cara.
—Entonces, ¿me dais el visto bueno?
—No te imagino limpiando todo esto —apuntilló Gabi.
—Eso entra dentro del contrato. ¿He dicho que te odio? —Había mucho más en los documentos que me había mostrado.
—¿Qué entra en su contrato? ¿La limpieza del apartamento? Te refieres a su contrato de alquiler, ¿verdad? — Los simples mortales no podíamos asumir algo como lo que había conseguido Fran.
—Aquí, mi primo, no solo ha cambiado de trabajo, sino que la empresa para la que va a trabajar le cede el uso de este apartamento durante el tiempo que esté trabajando para ellos. Y no solo eso, el servicio de limpieza, lavandería, la factura de la electricidad, el gimnasio, un descuento del 15 % en el restaurante y el resto de los servicios de la octava planta. ¿Se puede tener más suerte?
—Lo siento, pero la oferta es así. —Y el idiota se regodeaba—. ¿Tú la habrías rechazado? No, reformulemos la pregunta. ¿Tú dejarías a tu familia para venir a vivir aquí? —No necesitaba ni pensar la respuesta.
—Por supuesto, incluso entregaría a mi primogénito por todo lo que has conseguido. Pero… —Fran alzó la mano para detenerme.
—¿Me estás diciendo que abandonarías a tus padres? —Abandonar…
—Por favor, los que han abandonado a mis padres son mis hermanos que se han ido a vivir al otro extremo del país, aunque Bruno viene con frecuencia de visita. Yo no me iría ni de la ciudad, y si cobrase un buen sueldo, incluso dejaría de trabajar en Le Château, con lo que tendría más tiempo para estar con la familia. —Me giré hacia Gabi, a fin de cuentas, ella era mi otra jefa —. No te ofendas, Gabi, pero trabajar contigo y con Darío no es lo mismo que comer en plan familiar.
—No, lo entiendo. Claro que no es lo mismo.
—Bien, aclarado ese punto… —Fran se estaba girando para coger algo… No, había algo sobre la isleta, unos papeles—. Firma aquí y aquí. —Señaló dos lugares en el documento y me entregó un bolígrafo.
—¿Esto… qué significa? —Cogí el bolígrafo, confundida.
—Que si lo quieres, el apartamento es tuyo. —Me pinchan y no sangro.
—¡¿Qué?! —dijimos Gabi y yo al unísono.
—Pues eso, este es el contrato de cesión que debes firmar. —Lo cogí para revisar las páginas.
–No, no, el contrato que me hiciste revisar ponía específicamente que iba a tu nombre. Yo no puedo ocupar tu apartamento, yo… —El titular del contrato era él, no yo.
—Es que este no es mi apartamento, es el tuyo. El mío es el que queda enfrente, el A.
—Pero… Pero yo no trabajo para tu empresa, yo… Esto es solo para… —Fran sacó otro documento que tenía reservado y me lo enseñó.
—Estos son los documentos para registrar la firma de abogados Di Angello, los contratos de trabajo con Vasiliev Holding y Empresas Bowman. —Los tomé de sus manos para ojear el contenido—. Tienen que estar revisados y firmados para mañana a primera hora, así que ponte a trabajar en ellos lo antes posible, socia. —¿Qué?
—¿Socia? —Fran sonrió travieso.
—No iba a dejarte fuera de todo esto. Mereces este trabajo tanto o más que yo. —No… no podía

creerlo, yo…— Claro que solo será tuyo si lo quieres, yo no… —¿Que si quería? Apoyé los papeles para firmarlos a toda velocidad.
—Pero no lo has leído —dijo Gabi.
—Este es el contrato de cesión del apartamento, y es igual al de Fran, sí que lo he leído. Ahora voy a ponerme con el resto. —Fran sonrió divertido.
—Tienes un despacho con un equipo informático justo en esa puerta de ahí, y si necesitas sábanas para la cama he traído dos juegos nuevos en…
—No voy a quedarme a dormir aquí. Revisaré todo esto y te lo llevaré en cuanto termine. —Era muy tarde para hacerlo todo esta noche—. O mejor te lo acerco mañana a primera hora.
—Me parece bien. Nosotros nos retiramos, que es muy tarde. —Escuché la puerta cerrarse, pero no me importaba que me dejasen sola, tenía todo lo que necesitaba allí mismo. Socia, iba a ser la socia de Fran, iba a trabajar para mí misma, y ya teníamos unos clientes importantes con los que empezar. Y mi propia casa, no podía olvidarlo. ¿Feliz? El corazón me iba a explotar dentro del pecho.

Capítulo 6

Paula

¿Despedirme del trabajo? Creo que el sueño de todo empleado insatisfecho es hacerlo con un «que os den», así que no me corté un pelo. Podía arrepentirme en un futuro, sobre todo viendo que incluso Fran lo hizo con cuidado para que no le perjudicase. Pero qué quieren que les diga, en mi caso no creo que se molestasen. Vamos, que para mis jefes no era más que una insignificante pulga que no les importaba perder. Para ellos yo soy sustituible, y qué quieren que les diga, de malos jefes está el mundo lleno, puedo encontrar otro girando la esquina.

Salí de aquel edificio con todas mis pertenecías en una caja, una sonrisa en la cara y el ánimo por las nubes. Y si eso no fuese suficiente, sentir el trasero bien acomodado en mi coche nuevo, aunque fuese temporal, me hacía sentir agradecida a la vida. Solo había una cosa que podría mejorar el día, y era encontrarme con Jordan. Solo con pensar en sus bíceps y su sonrisa mi diablesa interior ronroneaba de gusto.

Cuando me quise dar cuenta, estaba conduciendo alrededor de la obra por la que pasé con Mo el día anterior. Conducía despacio por la señal que limitaba la velocidad por obras, pero también porque estaba buscando con la vista aquel chaleco viejo y casco blanco que recordaba haberle visto la vez anterior. Por dentro estaba rezando para encontrarle. Estaba a punto de rendirme, cuando ese particular atuendo salió de la zona de obras para cruzar la carretera. Detuve el coche para cortarle el paso y bajé la ventanilla.

—¿Escabulléndote del trabajo? —Su expresión cambió cuando me reconoció.

—¿Paula? Vaya, no te imaginaba en un coche como este. Creo que me dijiste que era viejo. —Sus ojos recorrieron el vehículo de lado a lado.

—Este es prestado, el mío está en el taller de reparaciones. —Le echó otro vistazo al coche y lo que vio en el asiento del copiloto le llamó la atención, haciendo que se acercara un poco más. ¿Puede el sudor de un hombre oler bien? Es sudor, se entiende que no, pero, uf, este despertaba algo…

—Eso de ahí no parecen buenas noticias. —Su ceño estaba fruncido mientras observaba el cuadro de mi diploma asomando por la caja. ¿Qué podía decir?

—Sí, bueno. Es lo que parece.

—Te han despedido.

—Más bien me he ido yo. —Mi respuesta le sorprendió.

—¿No decías que necesitabas los dos trabajos para vivir?

—He conseguido uno nuevo. —Los brazos de Jordan se apoyaron en la ventanilla del coche, dejándome ver ese huequito que tienen los chicos en la base del cuello. ¿Sabía él lo sexy que era eso? Para que luego digan del canalillo de las chicas.

—Vaya, tenía pensado invitarte a cenar uno de estos días, pero parece que tú estás en mejores condiciones que yo. —¿Estaba bromeando? Espera, ¿invitarme a cenar?

—¿Sugieres que te invite yo? Estamos en pleno siglo XXI y soy una mujer moderna, no me supone ningún inconveniente. —Sacó su teléfono del bolsillo.

—Iba a pedirle tu número a Darío, pero ya que estás aquí, nos ahorramos los intermediarios.

—Un chico práctico. —Le recité mi número para que lo anotase en su agenda. Un segundo después llegó una llamada a mi terminal.

—Y ese es el mío, guárdalo en favoritos. —Cuando un chico se da más importancia de la que

tiene siempre hay que bajarle los humos.
—¿Y qué te hace pensar que mereces estar ahí? —Esbozó una endiablada sonrisa traviesa que me derritió la ropa interior. Uf, si conseguía eso con una sonrisa, no quería pensar lo que sería capaz de hacer con el resto de su cuerpo.
—Lo estaré. —Y se puso en movimiento hacia los vehículos estacionados al otro lado de la calle, abrió la puerta de una vieja camioneta *pick-up* y sacó una bolsa.
No podía quedarme allí mirando como una acosadora, así que lentamente me incorporé al tráfico. Recibí un mensaje en el teléfono que revisé en el primer semáforo que pillé cerrado; era suyo.
—Esta noche a las siete, mándame tu dirección para recogerte. —No podía decir que fuese un chico que perdiese el tiempo, así que tenía que estar a la altura. Me gané una pitada por contestar, pero mereció la pena.
—Ropa de sport, nada elegante. —Solo había un sitio en el que me sentiría cómoda con un chico, donde servían buena comida, a buen precio, y donde podíamos mantener una conversación distendida, y ese era el Rancho Rodante.
Cuando llegué a mi nueva oficina, parecía que estaba en una nube. La espera para que me dieran mi nueva identificación de acceso a la zona de oficinas no se me hizo larga, tampoco me molestaron las miradas curiosas de las personas que se fijaban en mi caja llena de artículos de oficina.
—Te lo has tomado con calma —me recibió Fran nada más salir del ascensor—. ¿Cómo sabía que estaba llegando?
—Te han avisado desde el control de entrada de que subía, ¿verdad? —Su sonrisa ya era respuesta suficiente.
—Se toman muy en serio la seguridad en el edificio. —Empezó a caminar guiándome hacia nuestras oficinas. No es que me quejase de la modernidad del edificio, pero sí que esta planta parecía algo… tranquila.
—¿Cuántas oficinas hay aquí? —Dejamos atrás una pared de cristal translúcido para dar paso a una amplia oficina con tres despachos equipados. ¿Cómo lo sabía? Pues porque podían verse las mesas desde el exterior.
—Solo las nuestras. El resto está ocupado por la zona de seguridad, o vacío. Así que no te preocupes por caerle bien a los vecinos. —Fran acababa de entrar en uno de los despachos, con vistas a la ciudad. ¡Porras!, se podía ver el exterior desde todas partes—. Y este es tu dominio. Cuando estés instalada bajaremos a almorzar al restaurante de abajo, si es que tienes hambre, claro. —Miró su reloj como si pensara que era algo tarde para comer.
—¿Las dietas también entran en el contrato? —pregunté maliciosamente.
—No, es mi forma de darte la bienvenida, aunque es verdad que nos hacen descuento, pero eso ya lo sabes, ¿verdad? —No pude esconder el gemido que salió de mi pecho. Amaba mi nuevo trabajo.
—Tengo que volver a leer todo el contrato. No pienso perderme ni una sola ventaja. —Fran soltó una carcajada.
—No deberíamos.
No sé si todo el mundo hace lo mismo, pero mi primer movimiento fue tomar posesión de mi cómodo sillón, acomodar el trasero y girar sobre mí misma para admirar mi nuevo despacho. Era grande, no tanto como el de mi antiguo jefe, pero yo no necesitaba más. Con que fuese funcional me sobraba, yo no tengo un complejo de pene pequeño que compensar.
Respiré profundamente, empapándome de ese olor a nuevo que lo llenaba todo, y empecé a colocar mis cosas. Incluso había en la pared un par de ganchos en los que colgar mis títulos.

—Ah, casi lo olvido. —Fran estaba parado en la puerta—. Bowman quiere que vayas mañana a Chicago. Está teniendo algunos problemas con su nuevo edificio y quiere que le eches un vistazo a la documentación. La tienes en tu correo. —Señaló con la cabeza hacia el monitor de mi moderno terminal. Me mordí el labio inferior, conteniendo las ganas de ponerme con ello. ¿Ese iba a ser mi trabajo a partir de ahora?
—¿Puedo mirarlo antes de ir a comer? —Fran puso los ojos en blanco.
—Ya sabía yo que no ibas a poder aguantarte. Pediré que nos suban la comida, ¿qué te parece? —Antes de que terminase la frase ya tenía los documentos abiertos y repartidos por el monitor.
—No puedes tentarme y pensar que no caeré.
—Vale, adicta al trabajo. Pero que sepas que la oficina se cierra a las 5, y que el trabajo se queda aquí, no se lleva a casa.
—Huy, tengo que llamar a Gabi para avisarla de que mañana no estaré… —Fran me interrumpió.
—Ya le he puesto al día, no te preocupes.
—¿No está enfadada conmigo? —Yo lo estaría si me fallara algún empleado con el que cuento, o al menos molesta y agobiada.
—Si no la dejas de golpe, no, tienes que darle tiempo para que te encuentre un sustituto. Después… Tendrá que asumir que una abogada a jornada completa no irá a servir mesas. —En otras palabras, no iba a volver.
—Siempre lo ha sabido, tan solo parecía que no sería tan pronto.
—Voy a pedir la comida. ¿Alguna petición especial? —Mi mente se fue a cierta cita para cenar.
—Algo de verdura y pescado.
—Veré con qué te puedo sorprender, socia. —Socia, sonaba endiabladamente bien.

Capítulo 7

Jordan

—Necesito que le sonsaques todo lo que puedas, Jordan. —Escuché la voz del tío Ernest en el dispositivo de mi oído mientras terminaba de atarme el cinturón de los pantalones.

—Es solo una cita, tío, no podré llegar muy lejos sin que sospeche. —¿Cuántas preguntas sobre los chanchullos de su familia podía soportar una chica antes de darse cuenta de que no estaba interesado en ella sino en los negocios extracurriculares de su padre?

—Eres un chico listo, Jordan, seguro que consigues algo. Y si no es así, tendrás que seguir insistiendo. —Esa era la parte que no me gustaba de esta misión de espionaje, tener que mentirle a la gente. Y engañar para que te cuenten lo que quieres. No es tan malo cuando te sirves de gente que hace trampas, pero Paula parecía tan buena chica… Aunque claro, no podía ser tan inocente. ¿De repente cambia de un coche viejo a uno de gama alta y casi nuevo? Tenía que saber de dónde venía, y no, un coche así jamás sería un coche de cortesía de un taller de reparaciones, a menos que fuese de un taller de coches de lujo. Sencillamente no encajaba.

—Haré lo que pueda —le prometí.

—Sé que lo harás, tu futuro está en juego. —Eso tampoco me gustaba, el que me obligase a hacer el trabajo sucio chantajeándome con una herencia que me pertenecía. Mi padre luchó toda su vida por la empresa, la hizo grande, pero no supo lidiar con la crisis y se vio obligado a pedir ayuda. La única persona que estuvo dispuesta a ayudarle fue su hermano, pero a cambio se hizo con el control de la empresa. A veces pienso cómo habrían sido las cosas si aquel infarto no se hubiese llevado a mi padre hacía seis años.

—Lo sé. —No me quedaba otra, mi futuro estaba ligado al de mi madre y mi hermana. Yo era el cabeza de familia, yo debía de cuidar de ellas. Y no importaba lo que tuviese que hacer para darles seguridad.

Colgué la llamada y me desprendí del auricular. Me di un último vistazo en el espejo: pantalones vaqueros y una camisa de algodón con botones en el cuello. Era lo que los tipos con los que ahora trabajaba entendían por ir arreglado, o al menos ir decentes. Ropa casi nueva, limpia y sin manchas ni remiendos. Nada de marcas, nada de calidad, solo algo que alguien de nuestra clase social llevaría a una excursión por terreno fangoso y después tiraría a la basura sin remordimientos.

Comprobé que no dejaba nada comprometido a la vista y me dispuse a salir de mi apartamento. Nada pretencioso, algo modesto que un ayudante de fontanero se pudiese permitir, bueno, quizás algo un poco mejor, pero tampoco tanto, no quería levantar sospechas. Tenía que poder mantener una tapadera como la que el investigador del tío Ernest me había preparado.

Estaba a punto de llegar a mi *pick-up*, que había aspirado y limpiado a conciencia para mi cita, cuando recibí un mensaje de Bibian. Era mejor contestarle ahora que hacerla esperar, necesitaba aplacar sus celos constantemente. Si ella supiera que iba a salir a cenar con otra chica, probablemente me montaría una escena en público. Mamá decía que era muy dramática, pero yo se lo consentía porque era una fiera en la cama, y porque era la ahijada del tío Ernest.

—*¿Por qué no me has llamado? No te has acordado de mí.* —Casi podía escuchar sus quejidos lastimeros e infantiles. ¿Quién le dijo que eso era lo que nos gustaba a los tíos?

—*Te dije que era un viaje de trabajo, no de placer*. —Así le recordaba el motivo por el que no había cedido a sus peticiones de venir conmigo. Menos mal que el tío Ernest me apoyó en este

asunto; normal, estaba haciendo esto por él.
Respiré profundamente mientras abría la puerta de la furgoneta y me sentaba detrás del volante. Tendría que llamarla para que se calmase. Así que busqué en la agenda su número y esperé a que contestase.
—¿Ves cómo no es tan difícil? —Podía sentir su sonrisa triunfal al otro lado.
—No tengo mucho tiempo libre, Bibi —le recordé.
—¿Ni siquiera para tu novia? —lloriqueó falsamente.
—Precisamente estoy metido en esto por nuestro futuro, Bibi. Si todo sale bien, Ernest me dejará dirigir la empresa de mi padre. —O al menos eso había insinuado. Con Ernest uno nunca podía estar seguro, le gustaba jugar con las palabras, sobre todo cuando se comprometía con algo. Al menos pagó mi universidad y estaba pagando la de mi hermana, el seguro médico de mamá… Todo ello era caro.
—Serás el CEO. —Sabía lo que ella estaba viendo: una casa grande, coches caros, clubs privados… Un tren de vida al que estaba acostumbrada y que podría mantener si dirigía una gran empresa constructora como High Quality Engineering.
—Eso espero. —Como dije, con Ernest nunca se estaba seguro del todo, pero si no hacías lo que quería saldrías perdiendo, así que era mejor hacer lo que decía.
—¿Cuándo volverás a Miami? —Esa era otra mentira. No podía desaparecer para mantenerla al margen de mi tapadera si estaba en la misma ciudad. Pero si estaba lejos, el Jordan que ella conocía podía desaparecer, para que el Jordan que necesitábamos pudiese trabajar.
—No lo sé, Bibi. Los proyectos como este necesitan tiempo y dedicación. —Ella no sabía qué proyecto tenía entre manos, y no es porque no preguntase, sino porque no debía saberlo. Los trapos sucios siempre se mantenían lejos de quienes podían irse de la lengua. Solo tuve que empezar a hablar sobre terrenos, infraestructuras y cosas técnicas, para que ella se aburriese y desconectase de la conversación. Eso lo hacía muy bien.
—¿No podrías escaparte ni siquiera un día? Te echo de menos. —Si eso se traducía en un buen revolcón, podía conseguir unas horas.
—Veré qué puedo hacer.
—Llámame pronto. No quiero tener que explicar a los chicos que mi novio se convirtió finalmente en un fantasma. —Ella y su manía de publicar en las redes sociales todo lo que hacía; lo que se ponía, lo que comía, sus sesiones de gimnasia con su entrenador personal… El día menos pensado publicaría si tenía diarrea o si había vomitado. ¿Qué le podía importar todo eso a la gente? No sé quién está peor de la cabeza, el que lo publica o el que le da *like*.
—Adiós, Bibi. Sé buena. —Eso era lo que me decía ella siempre. Como dije, era algo celosa, puede que también algo insegura.
Dejé mi teléfono en el dispositivo de sujeción, volví a tomar aire y cambié nuevamente el chip. Ahora necesitaba ser Jordan el pobre ayudante de fontanero, el que no puede permitirse lujos, el que trabaja con sus propias manos para ganarse el sueldo, el que llega a casa agotado y con dolor de espalda. Había estudiado una carrera para no tener que realizar trabajos manuales, para conseguir un buen sueldo y poder retirarme con una buena jubilación y con energías para disfrutar del resto de mi vida. Metí la dirección que Paula me había facilitado en el navegador y puse el coche en marcha.
Tardé media hora en llegar a la zona residencial, pero a medida que avanzaba por la carretera, me iba dando cuenta de que venir a buscarla me estaba dando mucha información sobre ella y su familia. ¿Un bombero podía permitirse vivir en un lugar como este? Cada vez estaba más convencido de que este hombre aceptaba sobornos.

El GPS indicó que había llegado a mi destino, y estaba frente a una mansión elegante. Había dos coches en la entrada, un todoterreno y una berlina, ambos de la misma marca europea que el coche nuevo de Paula, el mismo que estaba estacionado en la carretera frente a la casa. Parecía que toda la familia tenía gustos caros, los coches de importación como esos no eran tan asequibles como un Toyota o un Ford.

Cogí mi teléfono para enviarle un mensaje diciendo que había llegado. ¿Debía entrar en la casa? Se suponía que era una primera cita, pero no éramos unos adolescentes. Ella respondió rápidamente con un «ahora salgo». No me pasó desapercibido el movimiento de una cortina en la planta inferior, donde aprecié una figura observando. Respiré de nuevo profundamente, si me ganaba su odio no pasaba nada, porque odiarían a un Jordan que no existía. Yo regresaría a mi antigua vida y no me importaría lo que pensasen de mí. Aunque si el tío Ernest quería extorsionarlo para conseguir las mismas ventajas que Sparkling Architects, probablemente me odiarían mucho más.

Capítulo 8

Paula

¿Alguna vez han llevado a un chico a una cita? Normalmente son ellos los que te recogen y deciden a dónde ir. Que esta vez fuese él el que se dejase guiar era algo nuevo, al menos para mí. No sé si le estaba dando una imagen de chica dominante, pero ya habíamos dejado claro que esta vez, ya que invitaba yo, sería también la que decidiera dónde íbamos a cenar.

Así es como terminamos en el Rancho Rodante, comprando un par de menús que nos llevamos en una bolsa hasta el embarcadero. Cuando vives en una zona de playas, para mí es un sacrilegio no aprovechar lo que la naturaleza nos regala. Eso sí, prefiero ser quien escoja el lugar desde el que quiero apreciar la vista. Puede ser menos cómodo, pero ganamos en tranquilidad y es mucho más barato. Tener un trabajo mejor pagado no había cambiado esa parte de mí. Como dice papá: «tener mucho no significa que le des un mal uso y lo gastes rápido». Él siempre nos inculcó la premisa de que si ahorras con cabeza conseguirás todo lo que quieres.

—Te has manchado. —Jordan se miró el punto de la camisa que le señalaba. Es lo que tiene la salsa, que acaba derramándose donde menos te interesa.

—Vaya. —Estaba a punto de frotar la mancha con su servilleta de papel, cuando lo detuve.

—Espera. —No era la primera vez que compraba comida para llevar y me pringaba la ropa con la salsa, por eso siempre le pedía a Ingrid, o a la abuela Carmen, que me diese unas cuantas de esas toallitas quitamanchas que tenían siempre a mano en la camioneta.

Saqué la toallita de su envase individual y empecé a frotar la mancha. Su pecho estaba duro, muy duro, como solo puede estarlo el de alguien que trabaja ese músculo a conciencia. Al alzar la vista hacia él aprecié que estaba algo incómodo.

—Perdona. Es que… si no se quita ahora luego queda una mancha difícil de quitar. —Le tendí la servilleta para que lo hiciese él. Era una manía que tenía, lo de hacer de mamá gallina con todos. Si alguien se manchaba, lo limpiaba, si alguien tropezaba, lo ayudaba a levantarse. No sé quién dijo una vez que era la ayudante de la abuela.

—Lo estabas haciendo bien. —Antes de que me diese cuenta se estaba sacando la camisa por la cabeza. Toda aquella visión de carne casi me arrastra al infierno, lo digo porque pequé de muchas maneras en mi cabeza. ¡Madre mía!— De esta manera no me dejarás moratón. —Me tendió la camisa para que siguiera con el proceso de limpieza. Quizás tardé un par de segundos de más en cogerla, pero es que tenía que hacer que mi cerebro volviese a funcionar.

—Lo siento, a veces soy un poco bruta. —Abrí otro paquete de toallitas y me puse a la tarea. Si no miraba su pecho desnudo estaría más centrada.

Lo sé, se ven hombres con menos ropa en la playa, incluso más musculosos que él, pero es que este estaba tan cerca que podía oler su piel, y olía tan bien… ¿Qué colonia usaría?

—No es la primera vez que vienes aquí, ¿verdad? —Alcé la vista para verle otear el paisaje frente a nosotros.

Estábamos sentados en el muro del puerto deportivo, el que separa la zona de acceso de los atraques de los barcos. Desde ahí se podía ver todo el puerto, el horizonte del mar al fondo y algún que otro barco surcándolo. El ruido de la ciudad quedaba amortiguado por la lejanía del lugar, haciendo que las gaviotas fuesen los cantantes principales de la melodía creada por las olas al chocar.

—No es que sea muy elegante cenar sentado en el suelo, con los pies colgando, y probablemente

se nos manchará la ropa, pero… No creo que ningún restaurante de lujo pueda competir con esto. Las vistas, buena comida, la tranquilidad… Y lo mejor de todo, poder chuparte los dedos a gusto sin que nadie te ponga mala cara por hacerlo.
—Sí, eso es lo mejor. —Su cabeza se giró hacia mí para sonreírme—. La verdad que es relajante.
—Comer con prisas ya lo hacemos todos los días, la cena tiene que ser un momento tranquilo que cierra el día. Algo así como: «terminamos por hoy». —Le tendí la camisa ya limpia, o al menos no tan sucia como antes.
—Pero unas vistas así no las puedes disfrutar todos los días. —Empezó a meterse la camisa por la cabeza, haciendo que sus músculos abdominales se movieran de una forma… ¡Deja de mirar!
—No, algo así es para una cena especial. —Durante unos segundos, sus ojos no se apartaron del horizonte, hasta que volvió a mirarme.
—La verdad, no eres como esperaba que fueses. —Aquello hizo que mi ceño se frunciera.
—¿Y eso es bueno o malo? —Una especie de sonrisa apareció en sus labios.
—Creo que bueno. —En ese momento volví a respirar.
—Bien, entonces no lo estropearé matándote y tirando tu cuerpo al mar para que se lo coman los peces. —Sus ojos se abrieron sorprendidos, al mismo tiempo que una carcajada surgió de lo más profundo de su pecho.
—Te juro que jamás he conocido a alguien como tú. —No sé ustedes, pero cuando un hombre te mira fijamente a los ojos sin parpadear, yo… yo tengo que apartar la mirada, me intimida.
—¿Postre? —Me puse en pie y me limpié el trasero.
—Por supuesto, quiero ver como mejoras esto. —Metió todos los restos de nuestra cena dentro de la bolsa y me siguió. Tenía que reconocer que era una persona bien educada. Algunos jovenzuelos, y no tan jóvenes, dejan sus desperdicios a un lado para que los barrenderos se encarguen de ellos, o las gaviotas. A mí eso me parecía una falta de civismo monumental. El planeta está así por nuestros desperdicios y la gente que no se preocupa de ellos como tiene que ser. Lo mínimo es tirarlos a un contenedor.
—Si no te importa pasear un poco, hay una heladería artesanal en el paseo. Tienen un helado de mango y cookies que está de muerte. —Noté como sus labios se fruncieron en un extraño puchero.
—No sé, suena demasiado dulce. —Puse los ojos en blanco.
—Está bien, siempre puedes pedir algo más tradicional. —A otra podía engañar, pero los helados son siempre dulces, lo que no parecía gustarle era la extraña combinación que había sugerido.
—No soy un hombre al que le guste la aventura. —Sus ojos me observaron cándidos, como si se estuviese disculpando.
—Hay un mundo de sabores por descubrir, Jordan, si no los pruebas no sabrás si te gustan. —Su cabeza se movió, dándome la razón.
—La abogacía es lo tuyo, está claro. —Lo miré extrañada.
—¿A qué viene ahora eso? —Yo no le encontraba relación al derecho y a los helados.
—Sabes convencer con argumentos consistentes. —Eso me hizo sonreír.
—Soy buena, lo sé.
La cita fue bien, al menos a mí me lo pareció. Charlamos sobre las cosas que nos gustaban, películas, música… También sobre nuestros planes de futuro, nuestras metas, la familia… Supongo que de todo un poco, como ocurre entre dos personas que quieren conocerse un poco mejor. Yo hice algunas preguntas que me dejé el día de la fiesta, y creo que él hizo lo mismo. Realmente le sorprendió los vínculos tan fuertes que teníamos entre los amigos y la familia.
Lo más memorable fue el momento de la despedida. En ese instante, en el que uno de los dos se

la juega y da un paso más, se ve si una cita ha ido bien o no, si va a repetirse o es la última.
—Me ha gustado —dijo Jordan cuando detuvo el coche frente a mi casa. Por su forma de mirar hacia el edifico sabía que le intimidaba, probablemente se sentía observado por mis padres. Mi madre seguro que estaba intentando alejar a mi padre de detrás de la cortina.
—No van a salir a pedirte explicaciones. —Su atención volvió a mí.
—Es una zona… con clase. —Sabía lo que estaba pensando, él era un simple ayudante de fontanero y yo vivía en una casa de una zona residencial de clase alta.
—La casa era de mi abuelo. —Sus cejas volvieron a alzarse al mirarme.
—¿La heredaste? —No estaba muerto, pero…
—Algo así, se fueron a vivir a otro sitio más cómodo para ellos. —Jordan asintió.
—Tu familia y tú estáis llenos de misterios.
—Ningún misterio, tan solo no somos como los demás. —Entonces supe lo que tenía que hacer.
—En eso tienes razón. —Cogí su camisa y tiré de ella mientras me acercaba para robarle un beso. No se apartó, aunque sí que parecía algo sorprendido. No tenía que darle tiempo a estropear una cita perfecta. Así que me preparé para escapar.
—Llámame si quieres repetir otro día —dije mientras abandonaba el coche y me alejaba. No quise mirar atrás, no quería estropearlo.
—Lo haré —escuché a mi espalda, lo que me hizo girarme hacia él para despedirle con la mano alzada y una gran sonrisa en la cara. ¡Bien, Paula!, vas por buen camino.

Capítulo 9

Jordan

No podía apartar la mirada de la espalda de Paula mientras se alejaba. ¿Era tan inocente que no veía los sobornos que aceptaba su padre? ¿Se creía lo que ellos le decían? Aunque también cabía la posibilidad de que fuese verdad. Tendría que informar al tío Ernest para que su investigador le siguiera la pista a toda la información que había conseguido.

Me estiré para alcanzar los auriculares que guardaba en la guantera para conectarlos a mi teléfono y hacer la llamada. No me gustaba mucho andar con cables por todas partes, pero se suponía que no tenía poder adquisitivo para comprar auriculares inalámbricos. Tampoco es que el teléfono fuese una maravilla, pero servía para mis propósitos. Además, la cuenta de prepago garantizaba que no pudiesen relacionarlo con el Jordan real.

—Si llamas a estas horas es que tienes algo que darme. —Ese fue el saludo de Ernest.

—La familia del Inspector de Seguridad vive en una zona de clase alta. La chica cree que la casa fue una herencia de su abuelo. Por lo que me contó era vendedor de coches. —A mí no me cuadraba que un vendedor de coches pudiese comprarse una casa como esa. El dinero tendría que venir de otra parte.

—Buen trabajo, chico. Creo que por ahí tenemos un buen hilo del que tirar. —Sabía lo que estaba pensando, que si le apretaba las tuercas al inspector, conseguiría un aliado para su particular guerra. Nada mejor que una persona con un punto débil.

¿Escandalizarme por esas prácticas poco éticas? El mundo de los negocios de alto nivel es así, no hay sitio para la gente honrada, como mi padre. Yo no acabaría como él, no permitiría que mi familia quedase en la ruina.

Recorrí todo el camino de vuelta y estacioné la furgoneta como siempre. Ya en mi apartamento comencé con mi rutina nocturna: ejercicios para mantenerme en forma, una ducha a fondo, lavarme los dientes. Supongo que todo el mundo hace algo parecido, no solo los de la clase alta. Estaba recogiendo la ropa para meterla en el cesto de la colada, cuando reparé en la mancha casi inapreciable de mi camiseta. Ella la había limpiado con tenacidad, como si la prenda no fuese fácilmente sustituible. Alguien con dinero no suele preocuparse demasiado por esas cosas. No es que yo no cuide mi ropa, aprendí a hacerlo cuando el dinero no llegaba para unos pantalones nuevos. Menos mal que mamá y mi hermana me enseñaron lo que era un fondo de armario. Según ellas, había prendas básicas que podían combinarse con otras para mantener un look actual. He de decir que los chicos no tenemos tantos complementos, pero sí es verdad que un pantalón puede valer para muchos estilos, solo hay que cambiar de camisa y tienes un aspecto diferente.

¿Por qué pensaba precisamente en ese momento en mi hermana? Será porque en Paula ves un reflejo de ella. Parece buena chica, como ella, y es tan inocente… Bueno, Kassi ya no lo es, tanto ella como yo tuvimos que espabilar rápido, porque nos sacaron de la ignorancia con un buen golpe. Por ella y por mamá que estaba haciendo esto. Podía no recuperar el control de la empresa de papá, pero al menos estaría a buenas con el tío Ernest y seguiría cuidando de nosotros, bueno, de ellas.

Si encontrase un buen trabajo que me permitiese conservar la casa donde fuimos tan felices, los tratamientos de mamá y darle un colchón a Kassi en el que caer si la empujaban… Con eso estaría satisfecho. A mí podían atraparme en sus retorcidos juegos de poder, pero ellas estarían

bien.
Acaricié el trozo de tela con las yemas de los dedos, tratando de imaginar a Bibian haciendo por mí algo parecido. No, ella jamás se mancharía las manos por limpiar una mancha en mi ropa. En la suya tal vez, pero no en la de ninguna otra persona. Ella tenía que ir impecable, mantener esa imagen de niña rica perfecta, y le gustaba que yo también cuidase mi imagen, aunque no por mí, sino porque aparecía en muchas de sus fotografías. Ella nunca dejaría a este Jordan aparecer en una de esas fotos, no tenía la categoría, no tenía la imagen, pero, sobre todo, no tenía la clase que ella necesitaba. El estatus lo es todo en su mundo, nuestro mundo.
A veces me daba por pensar en la idea de abandonar ese mundo de apariencias, dejar atrás todo aquel teatro de gente falsa que se mueve por intereses. Pero solo tenía que recordar a mamá y a Kassi para apartar esos pensamientos. En nuestro mundo podemos acceder a los mejores médicos, los que necesita mi madre; en nuestro mundo tenemos las llaves de las mejores universidades, las que pueden darle un mejor futuro a Kassi. Y contactos, sobre todo tenemos contactos, los que te ayudarán a subir, a hacerte triunfar en los negocios, o hundirte en el barro si eres un contrincante débil. Por eso estaba trabajando para Ernest, porque yo era el débil y él podía aplastarme con la punta de su zapato. Pero si me debía un favor más adelante podría cobrármelo. También por eso estaba saliendo con Bibian, porque había que tener contento al socio de Ernest y darle a su hija un pretendiente de su misma clase social, un chico con pedigrí, como decía mamá, le abriría las puertas de la alta sociedad de la ciudad.
Dejé la camiseta con cuidado en el cesto de la ropa sucia. La lavaría y tendría cuidado al hacerlo.

Paula

Soy de esas personas responsables que cuando tienen que madrugar tratan de estar en pie a la hora correcta, incluso unos minutos antes, aunque mi cuerpo se resista a moverse de la cama. Y ese día no solo me levanté pronto, muy pronto, sino que estaba desayunando en la cocina cuando el resto de la casa seguía en silencio. Papá se levantaría pocos minutos antes de que me fuese, porque tenía turno en la estación de bomberos. Podía llegar más tarde, pero como él decía, no podía pedirle a sus chicos algo que no estaba dispuesto a hacer, por eso era el primero en llegar.
¿Qué hacía levantada yo a esas horas? Ni siquiera el sol se atrevía a asomar por el horizonte, pero yo tenía que irme de viaje. Era mi primer día de trabajo serio y era en otra ciudad. Mo y yo teníamos que coger el primer avión que salía de Miami destino Chicago. Ir con él serenaba mis nervios, porque de alguna manera no estaba sola en todo esto. Él se encargaría de las cuestiones arquitectónicas y técnicas y yo me encargaría de las legislativas. Torear con las administraciones públicas era como cualquier otro tipo de negociación legal, había que retorcer las cosas hasta dar con el punto exacto en que ambas partes quedaban satisfechas. En mi caso, tenía que bregar con los deseos de Alex Bowman y hacer que encajasen en las directrices municipales. Leyes, normativas… tenía un buen montón de lectura para entretenerme la hora y media que duraba el viaje hasta Chicago.
Mientras me terminaba el café, ordenando el plan del día en mi cabeza, mi vista se fue hacia el teléfono apoyado en la encimera. Él dijo que me llamaría. Idiota, no dijo eso, solo dijo que lo haría si quería repetir. Lo sé, soy abogada, tengo que darle la vuelta a todas las palabras.
Acaricié la pantalla con delicadeza, ¿y si le llamaba yo? Vale, Pau, ya has tenido suficiente dominación femenina por esta vez, deja que sea el chico el que dé el siguiente paso, no le presiones. Si lo hace, sabrás que está interesado, si no, sabrás que no lo está. No hay nada peor que empujar a una persona por un camino que no quiere seguir.

Capítulo 10

Paula

Tengo que reconocer que ser un pasajero VIP tiene sus ventajas. No por viajar en clase *business*, que era una gran diferencia, sino por el coche que nos esperaba en el aeropuerto. El hombre rubio que nos sonreía de pie junto a la puerta de los pasajeros me era familiar.

—Me alegro de volver a verte. —Mo le tendió la mano.

—¿Te acuerdas de Connor, Pau? Alguna que otra vez estuvo en las fiestas grandes de Alex. —En las «fiestas grandes» no solo se reunía la gente de Miami, sino que aparecían también los amigos de Las Vegas e incluso de Chicago.

—Ya decía que me sonabas de algo. —Esperaba que el trato familiar no le importase, porque se suponía que yo había llegado para asuntos de negocios.

—Seguro que no soy más que un recuerdo borroso. Me parece que los más jóvenes solíais reuniros lo más lejos posible de los mayores. —No lo habría expresado mejor.

—No hay nada peor que tu padre te sorprenda medio borracho —confesé.

—Sí, que te pille borracho entero. —¡Vaya!, Mo sí que estaba sembrado de inspiración.

—Muy cierto —convino Connor después de soltar una buena carcajada.

Algo me decía que el ambiente de mi nuevo trabajo no iba a ser tan asfixiante como en el antiguo. Ya solo los compañeros eran mucho más agradables. Subimos al vehículo y pusimos rumbo a las oficinas de Bowman, o eso pensé hasta que Connor, sentado en la parte delantera del coche, nos dijo lo contrario.

—Tenemos que pasar a por el último miembro del equipo. —Esto sí que era categoría, servicio puerta a puerta, trato personal en todo el sentido de la palabra. Y yo que creía que lo mejor de trabajar como socia de Fran era hacerlo con alguien de la familia, y los extras de vivienda y esas cosas, claro.

El coche se detuvo frente a un edificio alto con un restaurante que ocupaba toda la planta baja. Las enormes cristaleras dejaban ver el interior con claridad, y el enorme rótulo con el anagrama tampoco era posible pasarlo por alto. Estaba vacío, pero era normal a esas horas de la mañana, aunque sí que se veía al personal de limpieza trabajando. Eso me trajo recuerdos de Le Château.

—Parece que tendremos que subir a despertarlos. —Connor tenía la cabeza muy cerca de la ventanilla, mirando alguna ventana del edificio. Espera, ¿dijo subir a despertarlos?— ¿Vendrías conmigo? Creo que Bianca agradecería que fuese su prima la que le despertase.

—¡¿Bianca?! —escapó de mi boca. Decir que estaba sorprendida se quedaba corto. Giré la cabeza hacia Mo buscando algún comentario al respecto. ¿Por qué no me dijo nada?

—A mí no me mires, yo tampoco sabía que estaba trabajando en el proyecto de Alex.

—Ya le preguntarás al jefe más tarde, ahora tenemos que ponernos en marcha o el tiempo se nos echará encima. —No tuvo que repetírmelo, soy de las que se pone a funcionar con rapidez. Bueno, y que él ya estuviese saliendo del coche me obligó a seguirlo.

Accedimos por el portal de la parte izquierda, subimos a la primera planta y en vez de llamar al timbre como esperaba, Connor abrió con una llave. Me mordí la lengua para no preguntar qué estaba pasando allí, porque una cosa es que recojas a un empleado para llevarlo al trabajo y otra muy distinta tener la llave de su vivienda.

—La habitación de invitados está a la izquierda, segunda puerta, la primera es el baño. Yo iré preparando café, seguro que lo necesita. —Tardé un segundo más de lo normal en caminar hacia

donde me había dicho, ¿desde cuándo conocía tan bien a Bianca?
Conté las puertas, una, dos, y entré. Por alguna razón todas las habitaciones tenían las puertas abiertas, así que no me costó ver la cama perfectamente hecha. Algo no encajaba: o Connor se había confundido o aquella no era su habitación. Me fijé en la silla cerca del armario, donde descansaba una sudadera de hombre. Estaba claro, Connor se había equivocado de cuarto, no conocía tan bien a mi prima. Esa revelación me quitó un peso de encima, porque ya me estaba imaginando cosas muy malas. ¡Si podía ser su padre!, por favor.
Crucé el pasillo para entrar a la otra habitación, donde de pasada había visto los pies de una cama. No había hecho más que dar un paso dentro, cuando me di cuenta de que no solo había allí una persona durmiendo, sino dos. Una de ellas era efectivamente mi prima Bianca, y el otro era un joven de pelo rubio con unos buenos pectorales. Sus cuerpos estaban muy juntitos, y no parecían sentirse incómodos por dormir así.
Creo que me quedé congelada sin saber qué hacer, hasta que noté una cabeza curiosa asomando detrás de mí. Su cara parecía sorprendida, aunque no demasiado, pero lo que me llamó tremendamente la atención fue la sonrisa traviesa que apareció en su cara. Connor ya sabía algo sobre esto, estaba segura. Estaba a punto de decirle algo cuando me hizo un gesto para que saliéramos al pasillo.
—Va a necesitar algo más que café para salir de ahí. La ducha tendrá que ser rápida si no queremos que Alex se impaciente. —Se alejó con una extraña cara, como si estuviese conteniéndose por no carcajearse—. Su ropa está ahí. —Señaló la habitación que me había indicado mientras me daba la espalda. ¡Acabáramos!, se estaba riendo porque al igual que yo, los había sorprendido juntos en la misma cama, y estaba segura de que conocía al chico. No quería estar en el pellejo del pobre, tenía pinta de que no iba a escapar de sus bromas.
En fin, me llevó medio segundo decidir cómo tenía que hacerlo. Regresé al cuarto de Bianca, rebusqué en su armario y saqué una muda completa para el día de trabajo que nos esperaba. No es que hubiese mucho donde escoger, pero estaría profesional con mi selección. Alex Bowman tendría delante a dos profesionales vestidas como se debe. Lo llevé al baño de la primera puerta y después fui a buscar a Bianca. Tomé aire y con cuidado zarandeé su brazo. Nada, ella necesitaba algo más, pero tampoco podía despertar al chico, ya bastante incómoda era la situación por estar allí con ellos durmiendo juntitos.
—¡Eh!, dormilona —susurré para que solo ella me escuchase, difícil, porque él estaba muy cerca.
—¿Paula? —dijo con voz somnolienta Bianca—. ¡Paula! —Genial, ahora sí que le despertábamos.
—Sssshhh. Lo vas a despertar. —Señalé al rubio—. Salgamos al salón. —Tiré de su mano para arrastrarla fuera de la cama. Su sonrojo me decía que la había sorprendido en mal momento, muy mal momento. Pero no parecía incómoda por el chico, lo que me decía que recordaba cómo había terminado en aquella cama y que había sido consentido. ¡Mi prima con un chico! ¡Ja! Esta información seguro que le interesaría a su hermano Fran. ¿Estaba sonriendo como Connor? No iba a ser él el único que se lo pasara bien.
—¿Qué haces aquí? —preguntó Bi.
—Él tiene la llave. —Señalé a Connor al otro lado del pasillo, justo donde parecía estar controlando la cafetera.
—Buenos días. —Imposible que borrase esa sonrisa. Seguro que estaba pensando lo mismo que yo. ¡Qué malos somos!
—Necesito café. —Bi empezó a arrastrar sus pies hacia la cocina, necesitaba un chute de cafeína

para afrontar la situación. Pero no teníamos tiempo, había que ir a una reunión de trabajo, así que tiré de su brazo para meterla en el baño.
—Primero date una ducha y vístete, tenemos una reunión con el jefe.
Cerré la puerta y después regresé junto a Connor. Seguía mirándome con aquella sonrisa traviesa, mientras sus ojos claros brillaban con malicia.
—Vas a aprovecharte de esto. —Para mí estaba claro.
—No te quepa duda. —Negué con la cabeza mientras me sentaba frente a él.
—Pobre chico. —No me importaba lo que hiciese con él, pero de mi prima me encargaría yo, ventajas de ser familia.
—Mi hijo hace tiempo que dejó de ser un chico. —Levantó las cejas un par de veces. ¿Su hijo? ¡Toma!, esto se ponía más interesante.

Capítulo 11

Jordan

Hora del almuerzo. Tenía un poco de tiempo libre para hacer una llamada, y seguro que Paula también. ¿Por qué iba a llamarla? Porque había recibido un mensaje de Ernest. La casa efectivamente había pertenecido al padre del inspector, y se la había transferido hacía muchos años. Por ahí no podía apretarlo, así que tendríamos que centrarnos en los chanchullos del presente. Tomé aire y me preparé para llamar a Paula. Por extraño que pareciese, no me desagradaba la idea de tener otra cita con ella, en la del día anterior me lo pasé bien.

—Diga. —La voz del hombre que contestó me sonó conocida.

—¿Puede ponerse Paula?

—Ya estoy, ya estoy… —escuché según se acercaba Paula—. ¿Sí?

—Hola —saludé.

—Ah, hola. Ni se te ocurra comerte lo que queda; hablo en serio, Mo. —Su voz amenazadora se alejó del teléfono para luego regresar—. Lo siento.

—¿Mal momento para llamarte? —Escuché una puerta cerrándose, Paula acababa de darnos intimidad.

—Un poquito, sí, el día está resultando intenso. —Podía utilizar eso a mi favor.

—Entonces necesitas una cena especial para relajarte, esta vez invito yo.

—Eh… Hoy no puedo. —No podía permitirme un rechazo.

—¿Tan mal lo hice anoche? —Necesitaba arreglarlo, aunque no sabía lo que había ido mal. ¿Qué había cambiado desde aquella estupenda despedida a hoy?

—No, no es eso, es que no estoy en Miami. —¿Ella y el arquitecto estaban fuera de la ciudad? Tenía que saber más.

—¿Trabajo o placer?

—¿De vacaciones mi primer día de trabajo? Eso no suele suceder. —¿Un trabajo en el que el arquitecto estaba involucrado? Eso me interesaba.

—Y ya te han hecho viajar. Espero que no haya sido muy lejos.

—Chicago. —Eso estaba muy lejos de Miami, sobre todo del campo de trabajo de Sparkling Architects.

—Vaya, si necesitabas que alguien te acercase al aeropuerto sabes que puedes contar con mi furgoneta. Es vieja, pero tiene mucho espacio detrás para maletas. ¿Y qué tal te está yendo? —Necesitaba algo más.

—No sé, a veces vamos hacia adelante y otras hacia atrás, es difícil de explicar. —Vale, una abogada, porque el hombre del tío Ernest averiguó que había terminado la carrera, que no conseguía satisfacer a un cliente exigente. La cuestión era, ¿el cliente era de Sparkling Architects o era otro para el que ambos trabajaban en este momento? ¿O tal vez ella estaba en la parte contraria a Mo? Demasiadas posibilidades.

—Estoy convencido de que podrás con ello, eres una chica muy decidida. —Al menos esa era la impresión que me había dado. ¿Qué mujer toma la iniciativa en una cita? Estaba claro que una segura de sí misma.

—Eso espero, este cliente es muy importante. No quisiera ser yo la que lo estropee. —¿Tenía miedo de perderlo? Sí que tenía que ser un pez gordo.

—Si te han enviado a ti es porque confían en tus capacidades, así que respira profundamente y ve

a por ellos. —Escuché una pequeña risa.
—Eso mismo dice mi padre.
—Entonces haznos caso a los dos.
—Vale.
—Cuando regreses a Miami llámame, tenemos una cena pendiente con la que celebraremos tu primer triunfo.
—Para no saber cómo hago mi trabajo tienes mucha fe en mí.
—No te conozco bien, pero lo que he visto hasta ahora me dice que no vas a rendirte sin pelear. —Otra risa.
—No, yo no soy de esas.
—Entonces a por ellos, leona. —Otra risa.
—Vale. Te llamaré.
—Estaré esperando.
Cuando cerró la línea me quedé unos segundos observando el teléfono. ¿Qué estaba haciendo? No podía ser tan encantador con ella, al final me iría y la dejaría destrozada. Pero ella lo hacía tan fácil… Sacudí la cabeza para apartarla de mi mente. Marqué el número de Ernest y esperé.
—¿Qué tienes para mí? —Aquella pregunta me hizo sentir sucio. Necesitaba terminar con todo esto lo antes posible, o acabaría odiándome a mí mismo.
—El arquitecto y la chica están en Chicago con un cliente, y por lo que dice, es un tipo importante. —Un par de segundos de silencio en los que supuse que Ernest estaba analizando aquella información.
—Le diré a mi hombre que lo investigue. —Mi hombre. Yo no era más que otro de sus hombres, lo que me estaba haciendo caer en mi propia autoestima—. Buen trabajo, muchacho. —Ese elogio no era suficiente.
—Seguiremos en contacto.
—Frank dice que Bibi está algo intranquila, aprovecha que la chica está lejos para sosegarla un poco. —Sabía a lo que se refería.
—Algo se me ocurrirá.
—Bien. —Y colgó.
Respiré profundamente. Hablar con Bibi era lo que menos me apetecía en ese momento. Advertí que los compañeros con los que había tomado mi descanso para almorzar regresaban a la obra, no tenía tiempo para otra llamada, y eso me animó. La llamaría por la noche, quizás después de volver a llamar a Paula y averiguar algo más sobre el asunto que le había llevado a otro estado. O, mejor, le mandaba un mensaje.
—*Necesito saber cuándo regresas para hacer la reserva en el restaurante.* —Estaba metiendo el aparato en el bolsillo cuando llegó la respuesta.
—*Reserva para pasado mañana.* —Bien, tenía tiempo de buscar un sitio donde se comiese bien acorde con el sueldo de un ayudante de fontanero.
—¡Ey!, Ramírez. —El aludido se detuvo para que pudiese alcanzarlo.
—¿Qué ocurre?
—¿Conoces un restaurante donde pueda llevar a una chica a cenar? —Su ceño fruncido cambió a una sonrisa ladeada.
—Así que quieres hacer de Casanova. —Me encogí de hombros mientras caminaba a su lado.
—Solo quiero quedar bien, y a ser posible no quedarme sin blanca hasta la próxima paga.
—Para impresionar a una mujer tienes que darle algo muy bueno que no pueda conseguir en otro lado. —Sus ojos brillaban demasiado como para no estar refiriéndose a algo obsceno.

—Ya, dejémoslo en comida de momento. —Ramírez me atrapó por el cuello con su brazo.
—De eso estaba hablando, semental. Llévale a cenar a tu casa, cocínale. Y si no sabes, encarga algo de comida casera de la Tahona de Matilde y lo calientas en tu cocina como si lo hubieses preparado tú. El rematar la noche depende de ti, machote. —Me dio un golpe en el pecho con su mano. Me aparté dándole un ligero empujón, nada hostil, solo siguiéndole el juego.
—No quiero impresionarla tanto, es solo una segunda cita. —Quería mantener el interés de Paula, no que se enamorase de mí.
—Hay un club en el que puedes cenar algo, tomar unas copas y bailar un poco, todo sin tener que llevarla de un sitio a otro, que es lo que no quieren hacer las chicas cuando llevan esos taconazos de infarto. —Se tocó el corazón como si estuviese en su mente una imagen de la última vez que una chica en tacones lo dejó impresionado—. Créeme, ella te lo agradecerá. —Se giró hacia mí, abandonado su fantástica visión—. O no, todo depende de lo que quieras.
—Vale, cena, copas y baile. ¿Cómo se llama ese sitio?
—Apunta, L´Ermitage. —Me sonaba de haber ido alguna vez, a Bibi le gustaba de vez en cuando ir a esos sitios de moda, aunque no demasiado, porque la iluminación no era demasiado buena para las fotos de Instagram. Lo que no sabía era que se podía cenar allí.
—¿Tienen teléfono para reservar? —Ramírez soltó una carcajada.
—Nada de esas cosas finolis, chaval. Tú llegas, pillas una de las mesas libres de arriba, levantas la mano a una camarera, ella se acerca y pides, solo eso. —Anoté todo mentalmente.
—Vale, lo tengo. —Solo esperaba no tropezarme con alguien conocido. ¡Qué diablos! Si iba en fin de semana ninguno de nuestros conocidos se acercaría por allí, demasiada gente vulgar, demasiado sudor de clase baja, como decía Bibi. Antes ese tipo de comentarios no me importaban, pero ahora había conocido a varios de esos proletarios y su sudor no era diferente al mío. Sacudí la cabeza para dejar de pensar en esas cosas. Cuando regresase al mundo real, mi mundo, ellos tendrían que ser otra vez personas sin nombre.

Capítulo 12

Jordan

Respiré profundamente antes de darle al botón de llamada. Era tarde, casi la hora de acostarse, pero para mí era el mejor momento para hablar con Bibi. Ella decía que necesitaba sus ocho horas de sueño para mantener su piel radiante y perfecta, y según mi plan, necesitaría dormir bien esa noche para estar espectacularmente hermosa el día siguiente, por eso no se demoraría más de lo necesario en la conversación.

—Buenas noches, amor. —Su voz sonó demasiado empalagosa. A veces me parecía que sobreactuaba con sus muestras de afecto.

—Es muy tarde, así que no voy a robarte mucho tiempo, sé que necesitas tus horas de sueño reparador. —

Escuché una risilla al otro lado de la línea.

—Me conoces muy bien. Pero no me importa renunciar a unos minutos por hablar contigo. —Ese era un gran sacrificio viniendo de ella.

—Mañana regresaré para ultimar algunos detalles con la empresa, pero por la tarde tendré que irme de nuevo. ¿Quieres que comamos juntos? —Ya sabía la respuesta antes de formular la pregunta.

—Por supuesto, pero es poco tiempo para conseguir una mesa en un lugar decente. —Ella y sus restaurantes de moda.

—Intentaré encontrar un buen lugar, aunque nadie puede superar tus contactos. —Sabía que esa era la mejor parte para ella. Nada mejor que dejarle desplegar su popularidad y contactos para hacerle un test rápido a su posición social. Cuanto más arriba estás en el escalafón, más gente estará dispuesta a hacerte un favor.

—Yo me encargaré de conseguir esa reserva, tú solo ponte guapo. —Sí, ese requisito, y pagar la cuenta, era lo único que necesitaba de mí.

—¿Te paso a recoger como siempre? —Ella respondió rápido.

—A la hora de siempre. —No es que fuese una maniática de esas que tienen que comer a la misma hora, sino que le gustaba entrar en los restaurantes cuando todo el mundo ya estaba sentado, así la gente de las mesas de alrededor presenciarían su entrada triunfal, como la de la novia en la iglesia.

—Allí estaré.

Después de colgar observé el teléfono. Lo que me esperaba al día siguiente era mucho más que un show y, como toda buena representación, requería de una puesta en escena calculada. Actores, atrezo y efectos especiales tenían un guion al que ajustarse al segundo.

La primera parte ya la había puesto en marcha ese mismo día, había pedido media jornada libre. Tendría que entrar una hora antes, pero saldría con el tiempo justo para ir a mi apartamento, darme una ducha, vestirme y tomar un taxi que me llevase a casa de mi madre. Tendría que llevar una pequeña maleta para mantener la farsa también con mi familia, pero era mejor que no supieran en qué lío estaba metido.

Cerré los ojos repasando todo el plan del día siguiente. Cuando tomase el taxi le daría la dirección de la casa de mis padres y, una vez allí, bajaría de él como si lo hubiese tomado en el aeropuerto. Después entraría en la casa. Con un poco de suerte, no me toparía con nadie y no tendría que dar explicaciones ni de dónde vengo ni a dónde voy.

El plan se desarrolló tal y como había planeado, hasta que puse los pies en el vestíbulo.
—¿Jordan? —La voz de mi madre me llegó desde la cocina. No quería encontrarme con ella, pero tampoco podía despreciarla. Una cosa era no querer involucrarla en los asuntos turbios en los que me metía el tío Ernest y otra muy distinta apartarla de mi vida.
—Hola, mamá. —Dejé la maleta y caminé a su encuentro.
—No avisaste de que ibas a venir. —Me dio un beso en la mejilla, gesto que correspondí de igual manera.
—Es una parada breve. Cambiarme de ropa, coger el coche e irme. —Las ojeras estaban muy marcadas bajo sus ojos, dándole un aspecto cansado.
—Ernest te explota demasiado. —Su expresión estaba triste, seguramente pensando en que mi rutina se estaba pareciendo demasiado a la de mi padre en sus últimos años.
—Es temporal, mamá. Solo unos días más hasta terminar con el trabajo. —La llevé hasta la mesa de la cocina, donde una taza humeante la estaba esperando.
—Es lo mismo que decía tu padre, y mírale ahora dónde está. No quiero que acabes como él. —Dejó mansamente que la acomodase en la silla.
—Precisamente por su ejemplo no voy a terminar igual. —Ella bajó la cabeza mientras negaba.
—Eres tan cabezota como él. —Alzó la cabeza de nuevo para mirarme—. Triunfar en la vida no es hacer acopio de mucho, sino disfrutar lo que tienes. Tener más no te hará feliz. —Apreté los dientes para no responderle como quería. Para mí no se trataba de tener más, sino de recuperar aquello por lo que papá dio su vida. Si no lo hacía era como si su muerte no hubiese servido de nada.
—Eso precisamente voy a hacer ahora, mamá, disfrutar un poco de la vida. He quedado con Bibi para comer y ya llego tarde. —Miré el reloj para darle más énfasis.
—Está bien, diviértete. —Su sonrisa seguía siendo triste, aunque parecía que realmente lo intentaba. Besé su frente antes de irme.
—Nos veremos esta tarde.
—Tengo cita con el doctor Mathews, puede que no esté cuando vengas. —Aquello me hizo detenerme y girarme para contestar.
—Te llamaré para ver qué tal te ha ido. —Ella sonrió de nuevo.
—Lo olvidarás, como siempre. —Puse los ojos en blanco, nadie me conocía mejor que ella. Pero lo intentaba, la llamaba cada vez que me acordaba y tenía fuerzas, pero no le preguntaba por sus sesiones con el psiquiatra, sino por cómo le había ido el día, si tenía noticias de mi hermana… Cosas del día a día que no le recordasen a papá—. ¿Recuerdas lo de la semana que viene? —No lo olvidaría.
—No faltaré, mamá.
—Más te vale, Kassi va a venir desde Columbia para la ocasión. —Un viaje en avión que seguramente pagaría el tío Ernest.
—Con más motivo para no hacerlo. —Le di una última sonrisa antes de desaparecer de la cocina.
Subí las escaleras pensando en qué podía regalarle a mamá por su cumpleaños. Era una tarea difícil, ¿qué querría una mujer de 60 años? Al final haría lo de siempre, preguntarle a Kassi qué le iba a reglar ella y si podía pagar la mitad para que el regalo fuese de los dos. Sé que es una manera cobarde y fácil de quitarse el muerto de encima, pero es que ella la conocía mucho mejor que yo, sabía qué necesitaba mamá porque ellas hablaban más.
He de reconocer que soy un cobarde. No puedo enfrentarme a mamá y los recuerdos de papá. No sé cómo afrontar la pérdida, o mejor dicho, no sé cómo ayudarle a sobrellevar la suya.
No me duché, solo me cambié de ropa, cogí las llaves del coche y lo saqué del garaje. Mientras

esperaba para incorporarme a la carretera principal, le envié un mensaje a Bibian para decirle que ya estaba en camino. Miami es muy grande, pero las zonas en las que vive la gente rica están más o menos en la misma área, así que no tardaría mucho.
La casa de los padres de Bibian era mucho más grande que la nuestra, con una enorme verja que solo se abría si tenías el aparato codificado para hacerlo, o si eras una visita esperada. La enorme puerta comenzó a abrirse al poco de alcanzarla, seguramente porque el vigilante de seguridad reconoció mi coche.
Me paré frente a la entrada de la enorme mansión. Sabía que Bibi no saldría a recibirme, tendría yo que ir en su busca, aunque probablemente llevaría esperando en la sala de estar desde hacía un buen rato. La doncella me abrió la puerta y me saludó con formalidad.
—Buenos días, señor Williams.
—Buenos días. —Pasé por delante de ella tratando de recordar cuál era su nombre. La verdad es que nunca lo pregunté.
—Jordan, querido. Cuánto tiempo sin verte. —La madre de Bibian se acercó a mí para darme un par de besos, o mejor dicho dárselos al aire.
—Mucho trabajo, señora Douglas. —Ella hizo un gesto con la mano mientras intentaba fruncir el ceño, algo inútil con la cantidad de Botox que se había metido en la cara.
—Te he dicho mil veces que me llames Lisette, la señora Douglas es mi suegra. —Ya, y no querría que la confundieran, ella no quería que la tratasen como a una mujer mayor. Pero lo dijo con una sonrisa en la cara, o al menos eso parecía, a saber.
—Hola, Jordan. —Bibian llegó oportunamente—. Nos vamos a comer, mamá.
—Divertíos. —Su madre nos lanzó un beso con la palma de la mano.
—Bueno, ¿y dónde voy a invitarte a almorzar? —pregunté mientras le abría caballerosamente la puerta del acompañante para que se acomodase.
Salir de la rutina de trabajo de un peón de obra para regresar a las comodidades de mi mundo siempre era un respiro que agradecía. Pero por alguna razón en ese momento habría preferido estar en otro sitio, no sé, tal vez uno más tranquilo, un lugar en el que desconectar de todo y de todos.

Capítulo 13

Paula

No podía decir que mi experiencia con Alex Bowman como jefe fuese mala. Intensa sí, pero no mala. A ver, tenía una idea en mente y nosotros teníamos que materializarla, así de sencillo. Lo difícil era darle lo que quería ajustándonos a los requisititos de las normas urbanas. Burocracia; si para trámites sencillos uno se podía volver loco, para algo enrevesado como lo de Bowman era como comprar un billete al otro lado del agujero de conejo, ya saben, el de *Alicia en el país de las maravillas*.

Pero sobrevivimos, los tres lo hicimos, Bianca, Mo y yo. Cuando regresé de Chicago no solo estaba satisfecha por haberle dado a nuestro cliente lo que quería, sino contenta por el trato recibido por él y muy feliz de que Bianca estuviese también trabajando para el mismo jefe. Se la veía feliz.

Nada más regresar a Miami, Fran decidió encerrarse en el despacho con Owen y Bianca para preparar su declaración ante el fiscal. Preparar el caso con otro abogado parecía tenerlo nervioso. Solo esperaba que no fuesen demasiado duros con Bianca, el asalto ya había sido bastante traumático para ella como para tener que desmenuzarlo y vivirlo de nuevo una y otra vez. Soy abogado, pero tengo que reconocer que muchos de esta profesión son peores que los criminales que defienden. Quizás por eso me hice abogado, para equilibrar la balanza. No, yo no pensaba ser nunca como ellos.

—Bueno, nos han dejado tirados. Te acerco a casa. —Escuchar ese ofrecimiento de Mo me hizo recordar algo.

—Sí, por favor, tengo muchas cosas que hacer. —Ver su ceja alzarse me dijo que le había picado.

—Creí que habíamos terminado con lo de Bowman.

—Si, eso está liquidado. Ahora tengo que ponerme de lleno con la mudanza.

—Ah, ya me han contado. —Su comentario me intrigó.

—¿Cuándo te lo han dicho? —Apenas se lo había comentado a mis padres y Mo no había coincidido con papá desde…

—Anoche me lo contó Danny. —Acabáramos, mi madre se lo había contado a la mujer de Mo. Todas las enfermeras son unas cotillas.

—No se pueden tener secretos en esta familia —me quejé con un bufido.

—¿Quieres que te ayude? —¡Acabábamos de regresar de un viaje en avión!

—Seguro que tienes mejores cosas que hacer. —Él se encogió de hombros para quitarle importancia.

—Tengo la tarde libre. —Sopesé su ofrecimiento durante un segundo. Las oportunidades hay que aprovecharlas cuando llegan.

—Ahora ya no puedes echarte atrás —le amenacé con una sonrisa.

Una vez en casa, repartí tanto como pude en cajas y maletas para llevarme a mi nuevo apartamento. Mientras iba llenando, Mo las iba cargando en el coche para llevárnoslas. Cuando terminé con todo el contenido de mis armarios y cajones, quedó poco en la habitación; algunos pósteres de mi adolescencia, peluches, fotos con compañeros e incluso cierto chico que en su momento me tuvo encandilada. Pero todo ello ya era parte del pasado, lo que me estaba llevando era para el futuro, mi nueva vida.

—¿Está todo? —preguntó Mo cuando vio que no quedaban cajas. Su mirada abarcó la habitación, seguramente notando que no había barrido con todo.
—Lo que voy a llevarme, sí.
—Entonces pongámonos en marcha, ¿o tenemos tiempo de tomar un tentempié? —Tenía que haberlo previsto, no se puede someter a un hombre a un desgaste físico intenso sin darle algo para coger fuerzas.
—Seguro que hay algo en la cocina.
Estábamos tomando un café con bizcocho, cuando entraron mis padres por la puerta. Seguramente papá habría ido a recoger a mi madre al trabajo.
—Hola, cariño. —Mamá me besó la mejilla como hacía siempre.
—He visto el coche cargado hasta los topes de cajas, ¿te mudas hoy? —preguntó directo papá.
—Mo se ha ofrecido a ayudarme, tenía que aprovechar la oportunidad.
—Por el mismo precio puedo ayudarte yo. —Papá señaló con la mirada el trozo de bizcocho que Mo se estaba metiendo en la boca.
—Podemos ayudarte todos. Así terminaremos antes. —Lo de mamá no era un ofrecimiento, parecía más una orden.
—Pues vamos, antes de que me siente y no quiera levantarme. —Papá pellizcó un trozo de bizcocho para metérselo a la boca y girarse hacia la puerta.
—Ya has oído a tu padre, en marcha. —Mamá se encogió de hombros y le siguió.
—Cuando el capitán se pone en marcha… —Mo se levantó del taburete, aclaró su taza rápidamente en el fregadero y salió disparado para alcanzar a mis padres. Imité su gesto, aunque yo me detuve un par de segundos para despedirme de mi casa al tomar mi bolso. No era un adiós, volvería, pero ya no sería MI casa, sería la casa de mis padres.
El acceso para entrar al aparcamiento subterráneo es diferente si eres trabajador VIP o inquilino. Me había estudiado bien toda la documentación técnica que acompañaba a la vivienda: la primera barrera se abría para los directivos o visitantes acreditados; la segunda, con la que se accedía al aparcamiento de las viviendas, solo admitía inquilinos. Eso sí, podían llevar los acompañantes que quisieran.
No me di cuenta de que mis padres no estaban acreditados ni para acceder al primer aparcamiento hasta que la barrera de seguridad los dejó fuera.
—¡Mierda! —Me bajé del coche para ir hasta ellos, que me hacían señales con las luces del coche. Alcancé el intercomunicador para hablar con alguien de seguridad.
—¿Necesita ayuda? —preguntó alguien al otro lado.
—Sí, soy la inquilina del apartamento B de la planta 11. Necesito que den permiso de acceso a mis padres.
—Por supuesto, ¿podrían presentar alguna identificación en el lector? Donde parpadea la luz roja. —No tuve que buscar mucho, estaba pegado al botón de llamada que había utilizado.
—Papá tienes… —Dejé de hablar cuando vi que ya estaban rebuscando en sus carteras.
—Sí que son quisquillosos aquí.
—Es por seguridad. —Papá estiró el brazo para ser él mismo el que acercara su identificación por el lector.
—No me quejo cariño, en el fondo está bien que para acceder a tu casa haya tantos controles.
Después de que reconocieran las identificaciones, la barrera se abrió dejándoles el paso libre. Mientras regresaba a mi vehículo, pensé que yo iba en el asiento del acompañante y que el coche no era el mío, pero no tuve que mostrar ninguna identificación y Mo tampoco. ¿Tendrían cámaras para hacer eso del reconocimiento facial? Apostaría a que sí. En un edificio tan moderno

y tan a la última como este no podrían faltar.
Pasamos por la segunda barrera, la que daba al aparcamiento de la zona residencial, pero esta vez estaba alzada para ambos coches. Seguro que el vigilante había tomado nota y nos había seguido todo el recorrido. A esa hora no había muchos coches por allí.
Subir cajas y maletas entre cuatro personas era mucho más rápido que solo entre dos, sobre todo si dos de los porteadores eran tipos fuertes. En el primer viaje ya llevábamos la mitad de todo lo que había traído. Pulsé los dígitos del teclado de acceso a la vivienda bajo la atenta mirada de mi padre. Tenía la ceja alzada, así que estaba segura de que además de algo curioso le pareció muy interesante.
—¡Vaya! —dijo mamá al entrar por la puerta—. Es impresionante.
—Demasiado grande para mí, pero venía entre los beneficios de mi contrato. —Papá se giró bruscamente hacia mí.
—¿En serio?
—La de Fran está justo enfrente, y es igual que esta.
—¿No necesitarán un inspector de seguridad? Porque no me importaría cambiar de empresa. —Todos sabíamos que eso nunca lo haría, estaba encantado con el trabajo que tenía. Pero era su forma de decirme lo orgulloso que estaba de que su hija tuviese algo así.
—No lo creo, pero si me entero de algo te lo diré. —Le giñé un ojo.
—¿Dónde está tu cuarto? Esto pesa. —Sabía que mamá no soltaría su carga hasta que viese el lugar donde dormiría su hija. Seguro que le dejaría el resto de la carga a los chicos mientras ella curioseaba por toda la casa. Es lo que tenemos las mujeres, somos cotillas.
Y así, sin haberlo pretendido, les había mostrado a mis padres el lugar donde iba a vivir su pequeña. Ahora estarían más tranquilos, sobre todo porque sabían que iba a estar muy segura allí dentro.

Capítulo 14

Paula

Primera noche en mi nueva casa. Me costó dormirme, supongo que por la sensación extraña de estar allí, el nuevo colchón, mi almohada… Y si además le sumábamos que tanto Fran como yo teníamos que ir a los juzgados por la mañana, pues más difícil todavía para conciliar el sueño.

Cuando estoy así de intranquila me suelo levantar antes de que suene el despertador. Los nervios me pueden. Me di una ducha, escogí con cuidado la ropa que iba a ponerme y tuve que romper mi rutina porque no me acordé de comprar algo para desayunar. ¡Qué demonios! Tenía que llenar los armarios con comida de toda clase. Afortunadamente platos, cubiertos y tazas había en las alacenas. Ya que tenía tiempo empecé a anotar en mi bloc de notas lo que necesitaba comprar. Leche, café, cereales, frutos secos, yogures, fruta, pasta, arroz… Todavía no había terminado con la lista cuando el timbre de la puerta sonó.

Revisé la pantallita esa que te dice quién está al otro lado, pero no era la persona que esperaba que fuera. Ya saben, el vecino que ya conocía.

—¿Owen? —Él sonrió—. ¿Qué haces aquí?

—Tenemos una cita con el fiscal, ¿recuerdas? —Estaba claro que él ya estaba vestido para la ocasión. Aquel traje parecía hecho a medida, le quedaba realmente bien. Y afeitado y bien peinado parecía… No podría decir que más mayor, porque sé su edad, pero sí que más formal.

—Quiero decir aquí, en mi puerta. —Frunció el ceño, confundido.

—¿Dónde querías que fuese a buscarte? —Me adentré en el apartamento seguida de él.

—No aquí. —Él pareció entender.

—Ah, anoche me dijo un pajarito que ya te habías mudado. —Ese pajarito… Qué más daba, en mi familia estaba claro que las noticias corrían como la pólvora, y si Bianca y Fran estuvieron con él toda la tarde… ¿Para qué molestarme en averiguarlo?

—¿Has desayunado? —Cogí mi bolso y me encaminé hacia la puerta. Owen alzó una ceja mientras me observaba, pero siguió con las manos en los bolsillos del pantalón, de los más relajado.

—No. ¿Te apetece que desayunemos en la cafetería de abajo antes de ir a los juzgados? El café no es espectacular, pero los muffins están buenos. —Ese dato me hizo sospechar…

—¿Has desayunado más veces ahí? —comenté mientras caminábamos hacia el ascensor.

—Casi siempre que me quedo por aquí. Nuestra nevera suele estar vacía. —Espera, me estaba diciendo…

—¿Tienes un apartamento aquí en el edificio? —¿Era eso?

—Sí, en la planta de encima. De hecho, creo que soy tu vecino de arriba. —Las puertas del ascensor se abrieron, pero yo no me moví. De no ser por Owen, que estuvo rápido en pararlas, se habrían cerrado con nosotros aún fuera.

—Vaya, tendría que haberlo imaginado.

—Los Vasiliev y nosotros tenemos viviendas aquí en el edificio. ¿Dónde creías que nos quedábamos cuando venimos todos a Miami?

—Pues, pensaba que en la finca de Irina. Tiene una parcela grande con dos edificios, al menos eso recuerdo. —Habíamos hecho alguna que otra barbacoa en su casa. Recordaba la piscina, un jardín grande y dos casas. Además de una mesa de billar junto a la que se reunían los chicos en el semisótano.

—Se quedó pequeña hace tiempo. Las familias crecen, y llega un momento en que a las chicas no os gusta compartir habitación. —Lo decía por su hermana Avalon, estaba segura.
—¿Y cuál es tu habitación? ¿La primera o la segunda puerta? Así sabré quién es el que no me deja dormir si se pone a hacer ruido. —Owen soltó una carcajada.
—Dudo que ocurra eso, la insonorización en el edificio es muy buena. Pero por si aún quieres saberlo, el apartamento de mi hermana está al fondo del pasillo. La quiero mucho, pero aquí cada uno tiene su propio espacio.
—Pues sí que tienes intimidad, el apartamento es enorme. No te molestará ni tu propio eco.
—No me he quejado.
Llegamos a la cafetería, pedimos algo para desayunar y nos sentamos para charlar sobre el caso. Ya en los juzgados, fuimos los primeros en llegar. Después de identificarnos, nos dirigimos hasta el despacho del fiscal. Le mandé un mensaje a Fran diciéndole que ya estábamos en su puerta. Alguien salió de allí, creo que una asistente, que frunció el ceño al verme.
—¿Están esperando para hablar con el fiscal? —preguntó.
—Teníamos una cita con él, soy Di Angello. —Entre abogados nos identificamos siempre por el apellido.
—Le avisaré cuando esté disponible. Precisamente en este momento está con el abogado de la defensa de su caso.
—Gracias por informar. Esperaremos nuestro turno. —La asistente volvió a entrar, seguramente para informar de que ya estábamos allí esperando.
—Entonces nos toca esperar. —Miré hacia el final del pasillo, donde vi a mis primos avanzar entre la gente. Fran, Bi y un chico rubio que la sujetaba de forma muy posesiva. ¡Ah, porras! Era el mismo con el que estaba durmiendo el día que fui a Chicago. Esto se ponía muy interesante.
—No demasiado. —Esperé a que nos alcanzaran para informarles.
—Ya estamos todos —dijo Fran.
—El fiscal está reunido con la parte contraria.
—Eso no es normal. —Seguro que Fran se olía algo raro, igual que yo.
—Quizás por eso retrasó nuestra reunión a última hora. —Que te cambie una cita el fiscal no es raro, lleva docenas de casos al mismo tiempo. Pero que retrase una cita con nosotros para reunirse con la defensa…
—¿Di Angello? —La asistente de antes preguntó nada más abrir la puerta.
—Sí —contestamos Fran y yo al mismo tiempo. Ella se sorprendió al ver que los dos nos llamábamos igual.
—Ah… Será mejor que sus testigos se queden fuera y solo entren los letrados. —Noté algo extraño en Bianca, como si pensara que nada bueno fuese a pasar. Así que tuve que tranquilizarla.
—No va a irse de rositas, Bi, no lo permitiremos. —Después de lo que pasaron ella y mi madre por ese desgraciado, no íbamos a permitir que se librase. Lucharíamos uñas y dientes para conseguir que cayese sobre él todo el peso de la ley. Solo con pensar que las encañonó a ambas con una pistola… Se me helaba la sangre. De no ser por Owen que estuvo allí para salvar la situación, no tengo ni idea de qué habría ocurrido. Tampoco permitiríamos que la defensa se ensañase con Owen, pero no es la primera vez que un abogado le da la vuelta a todo para salirse con la suya.
Someter a Bianca al interrogatorio de la defensa no me gustaba demasiado, ella es tan dulce y sensible, pero así funciona el sistema. Nunca pensé que tendría que involucrarme directamente en un juicio, uno no estudia la carrera pensando en que un día tendrá a la familia como cliente,

pero ahora que tenía que hacerlo me había dado por pensar no solo en lo que tendrán que soportar nuestros testigos, sino en cómo les afectaría realmente. Es como cuando te ponen una vacuna, sabes que el pinchazo duele, incluso asumes que puede hacerte reacción, pero dependiendo del sistema inmunitario de la persona, ésta puede ser más demoledora de lo que crees. Bianca era demasiado sensible para algo como esto, pero allí estaba, dispuesta a soportarlo. Owen tampoco parecía muy contento de estar allí, pero lo sobrellevaba con una tranquilidad que no esperaba.

Todavía no sabía cómo iría el proceso con mamá, pues ella también tendría que pasar por lo mismo. Sobre todo porque ella se había librado de la muerte, ese loco fue expresamente a por ella, Bianca fue un daño colateral, y Owen, el que las salvó a ambas.

Fran y yo entramos al despacho del fiscal, en el que además de la asistente de antes estaba otro hombre sentado frente a él.

—Tomen asiento, letrados. —La asistente enseguida consiguió una silla más para nosotros. Fran caballerosamente me cedió la butaca más cómoda y él se acomodó en la silla.

—¿Algo nuevo que debamos saber? —atacó Fran directamente. No se andaba por las ramas, y en este caso se lo agradecía, yo tampoco estaba dispuesta a esperar demasiado para que nos pusieran al día.

—La defensa nos propone un trato.

Capítulo 15

Paula

—¿Y qué nos sugiere? —preguntó Fran mientras miraba al abogado de la defensa, sentado a nuestra izquierda.

—Mi cliente se declarará culpable de los dos homicidios y cumplirá una condena de quince años por cada uno de ellos. —Ofreció el abogado de la defensa.

—El primero podría librarse de que se considere premeditado, pero con el segundo no pasará por ahí. Fue directo a por la otra mujer, sabía que iba a matarla cuando fue a buscarla. Así que tendríamos como poco quince años por homicidio y pena de muerte por asesinato en primer grado. Sin olvidarnos de que con la tercera víctima tenía las mismas intenciones, por lo que la pena seguramente aumentará. —Pensar en que mamá estuvo a punto de morir me envió un escalofrío por la espalda—. Su cliente tiene reservada una celda en el corredor de la muerte, letrado. —Al fiscal casi le faltó sonreír ante su desglose de acusaciones. ¿Cómo podía ser tan frío? Estaba empujando a un hombre a la muerte. Vale, se lo merecía por lo que había hecho, pero… Lo siento, soy una defensora de la vida a toda ultranza. La muerte para mí sería el último recurso.

—Son treinta y un años con las dos condenas consecutivas. Mi cliente tiene cuarenta y nueve, saldrá a la calle con ochenta, si es que llega.

—Cadena perpetua —contraofertó Fran.

—Mi cliente ha sido un ciudadano ejemplar hasta el día de los hechos. Cualquier psiquiatra declarará que sufrió un brote psicótico o una enajenación mental. Podríamos incluso conseguir una condena mínima de siete años en un psiquiátrico. —Pude notar la tensión en la mandíbula de Fran ante esa propuesta. Estaba a punto de saltar sobre ese idiota por tratar de librar a su cliente de lo que había hecho, y parecía que Fran estaba igual. Había atacado a nuestra familia, no era fácil mantener la calma.

—Su cliente ya tenía una orden de alejamiento de los Di Angello, ¿y se presenta en su casa para encañonar a su exnovia? Buena suerte con ese brote psicótico que le ha durado más de veinte años. —Fran sí que había sacado los cuchillos.

—Yo creo que la oferta del otro letrado de la acusación es más que apropiada. Cadena perpetua y se declara culpable de todos los cargos. —El fiscal se reclinó en su sillón, como si hubiese entregado un dulce caramelo a la defensa que no podrían rechazar. El abogado pareció pensarlo un par de segundos.

—Bueno, no hay gran diferencia entre salir con ochenta años o cadena perpetua. No creo que mi cliente rechace la oferta. —Ya, como si fuésemos a tragarnos eso. Seguramente esa opción la habían valorado como buena, ya que la alternativa era la pena de muerte.

—Pues si tenemos un trato, se lo notificaré a los otros implicados en la acusación. —Sentenció el fiscal.

—Todavía hay algunos detalles que debemos pulir con respecto a ese trato —se apresuró a decir el abogado defensor, provocando un gesto burlón del fiscal.

—¿De verdad piensas que estás en condiciones de pedir más? Son sus familiares a los que atacó su cliente. —El hombre se giró sorprendido hacia nosotros dos.

—Su madre y mi hermana —aclaró Fran con voz letal mientras nos señalaba, lo que provocó que el abogado tragase saliva.

—¿Eso no sería recusable? —Estaba intentando quitarnos de en medio. ¡Ja!
—Podemos comprobarlo yendo a juicio —atacó Fran. Había una promesa escondida entre sus palabras que avisaba de que podía cobrarse más de lo que ya había conseguido.
—Vayan a notificar el acuerdo a sus clientes, letrados. Yo me encargaré de limar esos flecos del acuerdo. Nos veremos en aproximadamente hora y media, después de que hable con las otras familias. —Miró su reloj mientras calculaba lo que le llevaría hacerlo.
—De acuerdo. —Fran y yo nos pusimos en pie para irnos. Era hora de salir y explicárselo a los demás.

—¿Y bien? —preguntó impaciente Bianca.
—Como abogado estaría muy contento, como parte implicada no lo estoy tanto —dijo Fran.
—Déjate de dar rodeos, ve al grano. —Fran me miró como pidiendo permiso. Estaba claro de que era a él al que le correspondía dar la noticia, era su hermana.
—La defensa nos ha propuesto un trato, y el fiscal va a aceptarlo, o al menos lo hará en cuanto hable con las familias de las otras víctimas —les explicó.
—¿Cuál sería? —preguntó Owen.
—Él se declara culpable de todos los cargos, a cambio la pena cambia de sentencia a muerte a cadena perpetua —resumió Fran.
—¿Así de fácil? ¿Ya está? —preguntó algo enfadada Bianca. Me sorprendió que reaccionase así, ella no era de las que pedían sangre. Aunque claro, esta vez había visto la muerte muy de cerca, tenía derecho a exigir más, mucho más.
—Piénsalo bien, Bi. Nos ahorramos el coste de un juicio y nos aseguramos de que ese tipo acabe sus días entre rejas. El estado sale ganando de esta manera —expliqué.
—Es una manera de no arriesgarse a que en el juicio el jurado le declare inocente. Ha sido un ciudadano ejemplar hasta el día en que se le cruzaron los cables y mató a su exmujer y a su exnovia. Puede alegar enajenación mental transitoria y pasarse veinte años en un psiquiátrico. Incluso podría superar una valoración psiquiátrica positiva y salir tras siete con una medicación que seguro no necesita —añadió Fran.
—¿Cómo que ciudadano ejemplar? Ya tenía una orden de alejamiento del tío Tonny y la tía María. —Fran se encogió de hombros, seguramente no quería darle más munición a Bianca para que sintiera que no lo habíamos dado todo ahí dentro. A mi forma de ver, una cadena perpetua podríamos haberla conseguido después de un largo y costoso juicio. Nos habíamos ahorrado tiempo, dinero y evitado que las familias revivieran todo de nuevo.
—Como abogado preferiría encerrar a esa mala bestia en una celda hasta que muera, y de paso no haceros pasar a la tía y a ti el mal trago de soportar un interrogatorio por parte de la defensa. A veces los juicios son más traumáticos que el delito en sí, porque atacan a la víctima para convertirla en culpable. Aunque como tu hermano preferiría ver que le ponen la inyección letal al desgraciado que te encañonó con una pistola —confesó Fran.
—No volverá a salir a la calle —dijo Bianca.
—No —le aseguró Fran.
—Entonces nos ahorramos el juicio, declarar delante de un jurado y le metemos entre rejas de por vida. —Era un buen resumen.
—Así es —volvió a confirmar Fran.
—Para mí eso suena a victoria, ¿tú que crees? —le preguntó Owen a Bianca.
—Que lo es. —Creo que todos estábamos conteniendo la respiración mientras esperábamos a que Bianca aceptara el trato de la fiscalía. A fin de cuentas, ella era la perjudicada en todo esto, ella era la víctima, o una de ellas al menos. Ya me llegaría el turno de decírselo a mamá. Solo

esperaba que a ella también le supiera a victoria.
—Bien, esto merece una celebración —propuso el chico de Bianca.
—Tenemos que volver dentro de hora y media, no lo olvides —le recordé a Fran.
—El fiscal tiene que explicar la propuesta a las otras dos familias. Con su decisión, o mejor dicho, cuando les haya convencido, nos reuniremos de nuevo con la defensa para detallar los puntos de ese acuerdo —explicó Fran.
—Entonces no tenemos tiempo para una celebración Castillo. —Owen fingió abatimiento por ello.
—¿Qué tal si nos vamos a comer a un buen restaurante? Conozco uno que está cerca de aquí. Y no te preocupes por el precio, pienso meterlo en mi cuenta de gastos. —Apostaría lo que fuera a que se estaba refiriendo a la cuenta de Bowman, por eso estaba mirando a Owen al decirlo, como retándole a que le dijese que eso no podía hacerlo.
—Me he librado de declarar en un juicio, creo que mi padre lo verá como una compensación justa. —Vaya, pues le había salido bien la jugada. Con estos jefes daba gusto.

Capítulo 16

Jordan

No habíamos hecho más que sentarnos a la mesa y ya tenía ganas de irme, y no era por el ambiente del local, o que tuviese prisa, sino porque no me sentía cómodo, y estaba convencido de que era por la compañía ¿Desde cuándo Bibian me producía esta sensación? Puede que fuese todo el asunto que estaba haciendo para Ernest, fingir lo que no soy, mentirles a todos, lo que no me hacía estar a gusto dentro de mi piel.

—¿No te gusta el *carpaccio* de salmón? —Normal que Bibi lo preguntara, no hacía más que darle vueltas con el tenedor al mismo trozo.

—Sí, está delicioso. —Pinché el trozo de pescado con fuerza y me lo metí en la boca.

—Ya sé que este sitio no tiene el mismo nivel que el club de la marina, pero está cerca de las oficinas de papi, y como luego quiere que nos acerquemos, pensé que este sitio no estaría mal. —Elevó el hombro mientras miraba alrededor.

El sitio era refinado y los precios no es que fueran populares, pero las mesas estaban casi todas llenas. Muy del estilo que le gustaba a Bibian, aunque no así la clientela. Allí había muchos hombres de negocios, e incluso mujeres, pero el ambiente era más profesional de lo que le gustaría a mi acompañante. Bibi era de las de mostrarse al público, es decir, le gustaba ir a donde podía mostrar el último modelito de ropa, accesorios caros y modales elitistas. Vamos, los lugares a los que la gente de clase alta iba a ver y que la vieran.

—Creí que querrías pasar conmigo todo el tiempo que estaría aquí. —Sopesé si debía comerme el tomate cherry que habían cortado con cuidado para convertirlo en una flor. Normalmente no lo haría, era decoración, pero ahora no desperdiciaba nada que pusieran en mi plato y pudiese comerse. Pagar por comida que se iba a tirar me parecía un desperdicio.

—Papi dijo que quería verte. —Finalmente pinché la flor de tomate y me la metí en la boca.

—Y hay que tener contento a papi. —Sus cejas se fruncieron ligeramente.

—¿Qué quieres decir? —No sé por qué dije aquello, pero tenía que salir de aquel agujero rápidamente.

—Que debo tener contengo a mi futuro suegro si quiero seguir con su hija. —No sé qué le hizo sonreír, si la mención al matrimonio o el hecho de que por ella estuviese dispuesto a tener contento al resto de su familia.

—Eres un encanto. —Su cuerpo se inclinó hacia mí buscando que la besara. Así que dócilmente me incliné hacia ella para terminar de recorrer la distancia que nos separaba y besar sus labios como ella quería. Eso sí, ligeramente para no robarle el carmín.

—Por eso me quieres. —Traté de sonreír, pero me costó conseguir que fuese natural, me sentí algo forzado.

Terminé rápidamente con mi comida, es lo que tiene acostumbrarse a almorzar a pie de obra un bocadillo, a menudo más grande que lo que te ponían en el plato en estos sitios. Sí, estaba bueno, pero un hombre que trabaja con las manos necesita más energía para seguir funcionando.

Esperé pacientemente a que Bibian terminase su ensalada y pedí la cuenta. Sabía que ella no comería más, ni siquiera postre. Las chicas y su obsesión con conservar la línea. Bueno, no todas las chicas… Paula se pidió un helado de dos bolas aquel día que… Sacudí la cabeza para sacármela de ella. No podía estar pensando en otra chica cuando estaba con mi novia.

Después de pagar la cuenta salimos del restaurante. Miré a ambos lados tratando de ubicarme, si no me equivocaba, la oficina del padre de Bibian estaba a una manzana y media de distancia. Ir dando un paseo habría sido lo más cómodo, incluso rápido, pero solo necesité darle un vistazo a sus zapatos para saber que eso no iba a ser posible. ¿Bibian caminando dos manzanas con eso en los pies? Los zapatos eran bonitos, pero dudaba mucho de que fuesen cómodos. Aun así lo intenté.

—¿Qué te parece si vamos caminando? La oficina queda cerca. —Antes de terminar la primera frase ya pude ver una expresión de horror en su cara.

—¡Ni loca!, estos zapatos no se crearon para caminar. —¿Entendía ella la ironía de esa frase?

—De acuerdo, vamos a por el coche. —Su sonrisa creció al tiempo que sus manos aferraban mi brazo de forma cariñosa.

Después de sacar el coche del aparcamiento, avanzar el breve trayecto y buscar un sitio para estacionar, finalmente llegamos. Bueno, mejor dicho, llegué yo, porque ella se bajó en la entrada y yo me fui solo a buscar un sitio para aparcar.

Una vez que llegamos a la oficina, nos encontramos con que no solo era su padre el que me esperaba, sino que lo hacía en compañía de Ernest. Como sospechaba, no solo querían hablar de mi trabajo, sino que querían verme la cara cuando lo hiciéramos. ¿Deshacerse de Bibian? En cuanto su padre le dijo que su chofer la esperaba para ir de compras, ella despareció. Me cambió seguramente por unos zapatos nuevos.

—¿Y bien? —Ernest siempre ha sido de los que van al grano.

—No tengo nada nuevo que contaros. —Ernest asintió como si comprendiera.

—Entonces esta vez te pondremos nosotros al día con lo que hemos averiguado. —Me senté en el sillón que me indicaban y esperé.

—Soy todo oídos. —Ernest sonrió como el gato que se comió al canario.

—Sabemos lo que fue a hacer tu arquitecto a Chicago. —Eso me intrigaba, sobre todo porque no me encajaba el que Paula estuviese con él. Se suponía que era abogada, ¿qué hacía en Chicago con un arquitecto? ¿Problemas con algún proyecto?

—Habéis sido rápidos. ¿Tu hombre rastreó su teléfono o algo así? —A estas alturas no me sorprendía que el investigador de Ernest se saltase más de una ley para conseguir lo que quería.

—Algo más sencillo, solo tuvo que acercarse a las dependencias municipales para buscar algún proyecto de obra con la firma Lehao. Como imaginarás no hay muchos arquitectos con ese apellido. —Rastrear sus proyectos en Miami fue fácil, en Chicago sería lo mismo.

—¿Y qué encontró?

—Podría desentrañarte toda la lista de empresas, pero para ir directos al grano, te diré lo importante: Alexander Bowman. Y antes de que lo preguntes, sí, es un tipo importante en Chicago, pero además tiene una gran cantidad de activos que lo respaldan. Resumiendo, es el tipo de cliente que nos interesa atrapar. —Ya sabía lo que eso quería decir.

—No tenemos contacto con contratistas de la zona, y sería muy caro enviar a algún equipo con el que solemos trabajar aquí. —Pero la sonrisa de Ernest me decía que eso no le detendría.

—He visto las especificaciones del edificio, los materiales son de la mejor calidad, se nota que ahí hay dinero para gastar. Solo con rebajar un tercio las calidades sacaríamos un buen pico. —En otras palabras, engañar al cliente diciéndole que has utilizado lo mejor. La mayoría de las constructoras lo hacían, así es como se consiguen beneficios.

—Entonces vas a hacerle una oferta. —Ernest sonrió más.

—Una que no podrá rechazar. —En otras palabras, arrastraría por el lodo a la competencia, quedando solo él como mejor postulante al trabajo. Una técnica que no me gustaba demasiado,

pero era la que había reflotado la empresa de mi padre.
—¿A quién vas a enviar? —Su sonrisa me dio la respuesta antes de que abriese la boca.
—Yo. —A Ernest le gustaba hablar de tú a tú con los grandes, como si solo los del mismo rango pudiesen entenderse.
—¿Abandono mi investigación? —Ahora que tenía una presa de la que se iba a ocupar personalmente, podría dejar tranquilo a Sparkling Architects.
—No, si quiero derrotarlos necesitaré toda la munición que puedas conseguirme. —De vuelta a hacer el trabajo sucio, no porque me manchase las manos con ello, sino por lo poco ético que era. Pero no podía negarme, y él lo sabía.

Capítulo 17

Paula

Mientras avanzábamos por el camino que nos marcaba el maître del restaurante, iba mirando a los demás clientes sentados en las mesas. Claramente, aquí era donde los hombres de negocios se reunían para comer y, al estar no muy lejos de los juzgados, seguramente habría varios abogados importantes. Evidentemente un sencillo abogado no podía permitirse pagar una cuenta aquí muy a menudo.

¿Estarían mis antiguos jefes por aquí? ¿Fran conocía este lugar por los suyos? Estaba buscando con la mirada un rostro conocido, cuando topé con la persona que jamás hubiese creído que estaría aquí. Lo miré con atención, asegurándome de que no me estaba equivocando, que realmente era él. Ropa de marca, reloj caro y frente a él una chica que gritaba pija a los cuatro vientos.

Pero la confusión y el desconcierto pasaron a convertirse en ira cuando vi que el muy idiota se acercaba a ella para besarla. No pude contenerme.

—Hijo de… —Me mordí la lengua para no insultar a su madre. Mamá nos repetía una y otra vez que ese insulto no iba dirigido al gilipollas que teníamos delante, sino a su madre, que probablemente ya lamentaba tener un hijo así de idiota.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja Bianca detrás de mí. ¿Qué iba a decirle? Ese idiota era un impostor, o me había engañado a mí o la estaba engañando a ella. Pero se le veía demasiado cómodo con su actual atuendo, y alguien que dice estar ahorrando para arreglar su vieja furgoneta no podría costear todo lo que llevaba encima en ese momento. ¡Mierda!, si podía comprarse una nueva solo con ese reloj.

—Pantalón verde y polo de Ralph Lauren blanco con los cuellos levantados. —Señalé la indumentaria de Jordan para que pudiese reconocerlo. Me senté a nuestra mesa en una silla desde la que tenía una buena vista del imbécil pero podía esconderme de él. No quería que me viese, porque no tenía ganas de montar un espectáculo delante de todos aquellos desconocidos. Además, ¿qué le iba a decir?

—No has respondido a mi pregunta. —Esta era la parte más difícil, explicarle cómo me había engañado.

—Se llama Jordan, o eso me dijo el muy idiota.

—¿Cómo que te dijo? —Cuando Fran atrapa un hueso no lo suelta, así que solo tenía dos opciones: cambiar de tema y rezar para que lo dejara pasar, o tirárselo para que hiciera con él lo que quisiera mientras le demostraba que para mí no era tan importante como él creía.

—Supuestamente es el ayudante del fontanero que envió Mo a reparar un atasco en Le Château, un tipo muy simpático que estaba ahorrando para reparar su camioneta. Pero como ves, no parece tener problemas de dinero si trae a una chica a comer aquí. —Esperaba que con ese completo resumen tuviese suficiente. No quería entrar en detalles, no con él y los demás delante.

—Un fontanero tampoco puede permitirse un reloj como el que tiene en la muñeca. —Owen también se había fijado en eso.

—¿Estás enfada porque te ha engañado? —No quise mirar a Fran, porque descubriría lo que estaba ocultando—. ¡Oh, mierda! Te tiró la caña y tú mordiste el anzuelo. —¡Mierda! ¿Por qué soy tan transparente?

—¿Qué es tirar la caña? —preguntó el novio de Bianca.

—Que intentó ligar con ella, y, en este caso, lo consiguió. —Odio que Fran haga eso, lo de diseccionar los hechos sin que nada se le escape.
—El muy gilipollas hasta se ofreció a llevarnos al aeropuerto a Mo y a mí en su destartalada furgoneta.
—La cuestión es ¿por qué ha fingido ser otra persona? Está claro que no fue para conseguir chicas, parece que ahí está cubierto. —Eso, meted más el dedo en la llaga. No necesitaba que remarcasen que estaba con otra mujer.
—Quizás le interesaba conquistar a una en concreto. —Eso no lo había pensado, pero era interesante. La cuestión era, ¿a ella o a mí?
—Pues ya le pueden dar viento fresco, porque a esta la ha perdido. —Conmigo no se jugaba.
—Olvídalo, no merece la pena. Hemos venido a celebrar algo bueno, no dejes que ese idiota te amargue el día. —Entre chicas nos entendíamos. ¡Que le den a ese gilipollas!
—¿Ya han decido qué van a pedir? —preguntó un camarero a nuestro lado.
Tomé de nuevo el menú y lo repasé rápidamente para escoger algo. La vez anterior que lo abrí no estaba precisamente interesada en la comida.
—Crema fría de verduras de temporada. —No iba a pedir más, porque mi estómago se había cerrado como la ventanilla de un funcionario en domingo. Un mal chiste, lo sé.
Comimos en silencio, pero nadie volvió a tocar el tema, cosa que agradecí.
—Si me disculpáis. —Owen se levantó de la mesa y se alejó en dirección al baño.
—Voy contigo. Esa crema fría no estaba muy allá. —Santi, el novio de Bianca, también abandonó la mesa. Y pensándolo bien…
—Creo que a mí también me ha sentado mal. — El baño era un buen lugar para tratar de esconderme, mientras dejaba salir todo lo que me estrujaba por dentro.
—Te acompaño. —Los ojos de Bianca me miraban como diciendo «me tienes aquí», pero en ese momento quería lamerme las heridas sin compañía.
—Preferiría ir sola, si no te importa.
—Si me necesitas estoy aquí. —¿Debía tomar su ofrecimiento? Puede que más adelante, ahora solo tenía ganas de llorar, así que simplemente me fui.
Si hay que agradecerle algo a los restaurantes caros es que el baño está bastante limpio y no huele a esa mezcla de desinfectante y mierda. Abrí uno de los habitáculos de los retretes, bajé la tapa, cerré la puerta y me senté. Era el mejor sitio para encontrar algo de intimidad, y realmente la necesitaba.
¿Por qué a mí? ¿De verdad le parecí alguien manipulable? Y yo idiota le besé. ¡Agh!, ¿por qué lo hice? Ahora pensaría que era una chica fácil, que había conseguido que fuese yo la que diese el paso. Genial para su ego de conquistador, y una pedrada a mi autoestima. No había sido fácil porque yo lo quisiera, sino que ese era su plan, conquistarme para… ¿Para qué? ¿Acaso yo no merecía la pena? ¿Por qué todos los chicos que se me acercaban al final querían algo de mí? Primero apuntes del colegio, acercarse a Gabi, que lo invitase a una fiesta de las que se organizaban en casa de mis primos… Si hasta en Le Château solo se acercan para conseguir un poco más de tarta, o alcohol… Los chicos y yo, podía escribir un libro.
—¿Paula? —La voz preocupada de Bianca llegó desde el otro lado de la puerta.
—Dame un minuto, ahora salgo. —Rasgué un poco de papel higiénico para secarme las lágrimas que mojaban mis mejillas. ¿Se me habría corrido el rímel? ¿Por qué no tenía un pequeño espejo en el bolso como tenían todas las chicas coquetas? Seguro que aquella rubia tenía uno.
Arrojé todos los papeles por el retrete y tiré de la cisterna. Tomé aire y abrí la puerta. La mirada de Bianca me siguió mientras me acercaba al lavabo para lavarme las manos. No dijo nada, pero

en su cara podía leerse un «no voy a preguntar, porque ya sé que no estás bien». Y le agradecía que no lo hiciera.
—Cuando estés preparada, sabes que puedes contar conmigo para charlar sobre ello. —Levanté la vista de mis manos para encontrar sus ojos al otro lado del espejo.
—Lo sé. —Terminé de lavarme y luego me sequé las manos.
—Los chicos están esperando para irnos. Tenéis una reunión en breve. —Miré mi reloj de pulsera, sí, era tarde, y me había pasado más tiempo de lo que esperaba encerrada en ese cubículo.
—Entonces vamos. Fran es un grano en el culo cuando se impacienta. —Conseguí sacarle una pequeña sonrisa.
Regresamos a la mesa, donde los chicos esperaban en un incómodo silencio. No tenía que ser demasiado lista para saber que se callaron al vernos llegar, y tampoco era difícil adivinar el tema sobre el que estaban hablando.
—Bueno, será mejor que vayamos a esa reunión. Os pondré al corriente de los detalles más tarde —dijo Fran mientras se ponía en pie—. ¿Lista? —Asentí hacia él como respuesta a su pregunta —. Bien, hablamos, y Bi, no lo olvides, esta noche cena familiar. Y tráete a tu chico, seguro que a nuestros padres les gustará conocerlo. —O tal vez el tema del que estaban tratando era ese. A veces olvidaba que no era la única con problemas. No quería estar en la piel del pobre Santi.
—Allí estaré. —El pobre no sabía dónde se estaba metiendo. ¿Pensaba que le iban a despellejar? Los tíos no eran unos sádicos. Si el chico hacía feliz a Bi, ellos no se meterían en medio. Otra cosa era Fran, a él siempre le gustaba tenerlo todo controlado.

Capítulo 18

Paula

Tenía que haber previsto que Fran no iba a rendirse tan fácilmente, en cuanto salimos por la puerta del restaurante comenzó con su asedio para descubrir todo lo posible sobre el autor de mi malestar: Jordan.

—Así que… tienes dos opciones: o voy preguntando o tú me lo vas contando. —Le lancé una mirada de esas de «te estás metiendo donde no te importa», pero era mi primo Fran, eso nunca lo había detenido antes, y no iba a hacerlo esta vez.

—Solo es un gilipollas con el que tuve una cita, nada más. —La ceja derecha de Fran se alzó dejando claro que no iba a engañarlo.

—Está bien, tendré que hacer de abogado malo. Recapitulemos, lo conociste como el fontanero que fue a arreglar una fuga a Le Château.

—Ayudante de fontanero. —Cuando le corregí me di cuenta de que había conseguido lo que quería, hacerme hablar. ¡Maldito manipulador!

—Supongo entonces que él te conoció como camarera. —No dejó de caminar a mi lado mientras esperaba la respuesta.

—Darío lo invitó a su fiesta. —Las cejas de Fran se fruncieron mientras acomodaba los datos en su cabeza.

—Recuerdo el día en que Gabi tuvo el problema con las tuberías. ¿Quién tomó la iniciativa, él o tú?

—Darío le prometió presentarle chicas, y supongo que yo era una candidata más.

—Así que charlasteis y quedasteis para tener una cita otro día.

—No, se me estropeó el coche y papá y Mo me acercaron al trabajo. Antes de dejarme cerca de mi oficina Mo pasó por una de las obras a dejar unos planos, y allí le vi de nuevo. —Fran asintió.

—¿Te pidió la cita entonces? —Puse los ojos en blanco, sí que estaba metido en el papel de abogado, estaba empeñado en llegar al punto que le interesaba.

—No, el día que me despedí del trabajo… —me mordí el labio antes de confesar—, pasé por la obra para ver si me encontraba con él. —Fran no tuvo problemas para atar cabos.

—Así que por eso tardaste tanto en ir a la oficina nueva. —Ahora venía la vergonzosa confesión, sí, vergonzosa, porque yo no era de las que hacían esas cosas.

—Charlamos y… quedamos para cenar.

—Vale, esa sí fue la primera cita. ¿Dónde te llevó? —Esto empeoraba.

—Como le dije que tenía un trabajo nuevo le invité yo. Fuimos al Rancho Rodante y después tomamos un helado en el paseo marítimo. —Fran volvió a asentir, como si así encajara otra pieza más en el puzle que estaba formando en su cabeza.

—Así que fuiste tú la que tomó la iniciativa. —¡Mierda! Podía ver la imagen que veía en su cabeza. La culpable de todo este lío fui yo. La que se montó todo el cuento en su cabeza fui yo.

—No me rechazó cuando le besé. —¡Porras!, ahora me sentía como uno de esos depredadores sexuales. «La chica no dijo que no quería».

—¿Le pediste otra cita? —Esa pregunta me levantó un poco el ánimo, yo había dejado abierta esa puerta, pero no la toqué.

—Le dije que si quería repetir me llamase, y lo hizo.

—Así que te llamó para pedirte otra cita.

—Se suponía que regresaba a Miami mañana, así que le pedí que la aplazase hasta entonces.
—¿Le dijiste que estabas en Chicago? —¿Por qué eso le parecía importante?
—Sí, me llamó justo cuando estábamos en el despacho de Bowman trabajando en su edificio. —Los ojos de Fran se entrecerraron suspicaces.
—¿Le dijiste que estabas con Mo?
—No, pero, como yo estaba ocupada, él contestó a la llamada, para después pasarme el teléfono. —Su manera de mover lentamente la cabeza hacia abajo, mientras miraba un punto distante de la acera, no me gustó.
—Interesante. —Me estaba desesperando.
—Estás pensando que es culpa mía, ¿verdad? Fui yo la que lo perseguí. —Giró la cabeza para mirarme.
—La primera vez sí, pero la segunda no.
—Entonces, el que él estuviese en el restaurante besándose con otra lo convierte en un gilipollas, ¿verdad? —Según mi punto de vista, estaba jugando conmigo, o con las dos.
—Todo apunta a que más que idiota sea demasiado listo, o tal vez… No me hagas caso, necesito más datos para acusarle de algo como eso. —Lo aferré del brazo para obligarlo a detenerse y mirarme de nuevo a la cara.
—¿Como qué? —le exigí que me explicase. Fran se quedó en silencio un par de segundos.
—¿Confías en mí?
—Eso no es una respuesta, Fran. —No contestó como quería.
—Lo sé. —Me estaba desesperando todo esto, y no tenía tiempo porque acabábamos de llegar a nuestro destino.
—Será mejor que nos centremos en lo importante ahora. —Era mi manera de darle carpetazo. Un tipo que jugaba con dos mujeres no merecía que malgastase en él un segundo más.

Fran

Dejé que Paula entrase en el edificio primero y así enviarle un mensaje de audio a Owen.
—Creo que a Jordan le interesa la relación de Paula con Mo. Quizás deberías investigar algún vínculo entre el chico y Mo.
Aceleré el paso para alcanzar a mi prima justo antes de entrar en el ascensor.
–Ya pensaba que tenía que disculparte con el fiscal.
—No voy a perderme nada de esto, y lo sabes.
Ese idiota tramaba algo. Owen había estado rápido en investigarlo. Entre los dos conseguiríamos dar con lo que trataba de esconder, y por qué había escogido a Paula como peón para sus propósitos.

Owen

Fran no había perdido el tiempo, ya le había sonsacado información a Paula sobre ese tipo. Yo tampoco me había quedado quieto. Le envié toda la información que había conseguido de las redes sociales del tipo a Emil, nuestro informático. Le pedí que hiciera una búsqueda profunda sobre el tipo en la red; quería saberlo todo, desde la marca de pañales que usaba de bebé, hasta la lista de compras de su tarjeta de crédito. Pero con aquel nuevo dato tenía que ampliar la búsqueda.
Me preocupaba Paula, para mí era más que una empleada, era la prima de mi mejor amiga, era familia, y no podía permitir que le hicieran daño. Pero ahora todo el asunto tomaba un nuevo rumbo. Ese Jordan podía estar interesado en el trabajo de nuestro arquitecto y eso podía ser

peligroso. Papá mantenía todos sus proyectos constructivos en el más estricto secretismo. La seguridad de sus ocupantes no podía depender de unos planos que podían conseguirse en el registro municipal, por eso trataba de modificar muchos de los elementos no fundamentales: ubicación de paredes, salidas ocultas, habitaciones invisibles, puertas escondidas… Al Capone y sus túneles secretos para el contrabando de alcohol eran un juego de niños comparado con el enrevesado entramado que mi padre implantaba en sus oficinas y en la casa familiar.

Y si había un lugar que tenía que ser seguro por encima de todos era el nuevo edificio al que trasladaría la sede central de sus empresas y que iba a compartir con el laboratorio de investigación de mi hermana Avalon. Si teníamos una ligera sospecha de que alguien quería acceder a esa información, mi padre movilizaría todos los recursos disponibles para investigarlo y con toda seguridad frustrarlo. Así que antes de perder el tiempo por mi cuenta hice lo que tenía que hacer, y era poner sobre aviso al gran jefe.

Pero tampoco iba a desaparecer precisamente ahora, así que recurrí a mis amigos para no perderme los últimos días de clases. La universidad es dura, perderte una clase no puede complicarte la existencia, pero varias podían acabar con alguna materia suspensa. Le envié un mensaje a Adrik para que se encargase de recopilar los apuntes de estos días que iba a perderme, que me pusiera al día para poder presentarme a los últimos exámenes con un viaje exprés, y sobre todo que me mandase todo el material lo antes posible, porque tendría que estudiar en mi tiempo libre.

Sabía que ellos no iban a fallarme, como yo tampoco le fallaría a mi padre, ni a Paula. La educación es importante, pero la familia y sus asuntos siempre están primero.

Capítulo 19

Alex Bowman

Mantenerme como líder de la mafia en Chicago no era cuestión de suerte, sino de trabajo duro y precaución. Estar al corriente de todas las posibles amenazas era fundamental para nuestra supervivencia, no solo como organización, sino a nivel personal. La vida de todos nosotros estaba en peligro constante, pero es un riesgo con el que convivimos, igual que lo hace un agente de policía que patrulla las calles.

Tengo que lidiar con demasiadas posibles amenazas, es imposible controlarlas todas. Pero en cuanto llega a mis oídos una remota sospecha, no puedo hacer otra cosa que investigarla para descartarla o tomar medidas al respecto. Y lo que me acababa de contar Owen definitivamente tenía que investigarlo. Puse a mis mejores hombres a ello, y les apremié todo lo posible. En estos casos, el tiempo puede ser decisivo, el tiempo y los recursos.

—¿Qué tienes? —Esperé a que Jonas me diese algo. ¿Por qué enviarlo a él? Porque era algo que quería mantener en el círculo más cercano.

Cuando alguien te avisa de una amenaza dejas que esa persona siga investigando por su cuenta y además pones a ello a un equipo paralelo, ya se sabe, por si el primer aviso no llegase de una buena fuente. En esta ocasión la voz de alarma la dio Owen, lo que me daba confianza, y ya que el círculo familiar estaba implicado, tenía que mantener el asunto entre nosotros. ¿Por qué? Pues para que esta nueva amenaza no llegara a oídos del enemigo.

—Alguien preguntó en la oficina de registros por el edificio nuevo. —Que metieran la nariz ahí no me gustaba nada. ¿Recuerdan aquel edificio en el que colocaron micrófonos durante la construcción? Yo no permitiría que mi edificio tuviera fisuras de seguridad.

—¿Averiguaste quién fue? —Necesitaba un hilo del que tirar.

—Por las cámaras de seguridad un tipo de estatura media, espaldas anchas y barriga prominente, pero tuvo mucho cuidado de que las cámaras de seguridad no le vieran la cara con claridad. —En otras palabras, un profesional que no quería ser reconocido—. Apostaría a que las credenciales que presentó son falsas. —Yo pensaba lo mismo.

—Entonces tenemos poco de dónde tirar.

—De ese tipo probablemente no, pero la forma en que pidió la información puede que nos dé alguna pista.

—¿A qué te refieres?

—No solicitó los planos del edificio por la ubicación o por el dueño del solar, sino por el apellido del arquitecto. —Eso me dio una nueva perspectiva.

—Interesante. —Cabía la posibilidad que yo no fuese a quien estaban investigando, o mejor dicho, que fuese otro tipo de objetivo. La información de Owen, o al menos la manera en que le hizo sospechar de que algo ocurría, encajaba con mi nueva teoría. No buscaban los puntos débiles para atacar a Alex Bowman, buscaban al cliente de mi arquitecto.

El siguiente paso era averiguar quién era aquel tipo y quién le enviaba, y para eso nada mejor que un informático que podía piratear la red de cámaras de la ciudad. El tipo habría utilizado un coche para desplazarse por la ciudad, propio o alquilado, y después del registro habría ido a algún edificio, casa o cualquier lugar donde viviese o se alojase.

—Llama a Emil y dale toda la información que tienes, quizás él consiga darnos algún dato más.

—Ahora mismo.

Mi siguiente llamada era para el punto de origen de todo el asunto, mi hijo.

Owen

Después de dejar a Bianca y Santi en el apartamento de la primera, empecé a marcar el número de Emil.

—Ya tengo algo de lo que me enviaste antes. —Sí, yo no había perdido el tiempo, había recurrido a la caballería en cuanto vi que yo no podía sacar más.

—Soy todo oídos. —No soy del tipo de gente que necesita detenerse para escuchar un informe y no perderse nada, así que iba caminando hacia el ascensor para salir del edificio. Mi plan: salir de allí, ir a mi apartamento, cambiarme de ropa y recoger algunas de las cajas desmontadas que tenía en mi trastero. Sí, tengo de eso, uno nunca sabe cuándo va a necesitarlas.

—Bien, apartado redes sociales. Como sospechabas, sus perfiles han sido retocados para ocultar información. Pero si vas al histórico de la red, aparecen unos datos curiosos, aunque lo más interesante son las fotografías. —Lo que imaginaba—. ¿A que no sabes a quién he encontrado en algunas de esas fotos desaparecidas? —Seguro que era alguien que ya conocía, no sabía quién, pero me arriesgué.

—Una chica.

—Si afinas un poco más seguro que aciertas. —Bien, chicas vinculadas con él solo conocíamos a Paula y, por supuesto, la que le acompañaba en el restaurante.

—La rubia de la foto en el restaurante que te envié.

—Bingo. Con el reconocimiento facial no fue difícil dar con su perfil en las redes sociales. Se llama Bibian Douglas, y según su perfil actual está en una relación con Jordan Williams desde hace quince meses. —Ese cretino ya tenía novia cuando tuvo la cita con Paula, así que era a ella a la que estaba utilizando, bueno, y engañando a su novia. Pero el caso es que él persiguió a Paula por su relación con Mo, estaba seguro.

—¿Tiene alguna relación con Sparkling Architects? —Esa era la empresa en la que trabajaba Mo como arquitecto.

—Eso me llevará algo de tiempo, tengo que programar algunos algoritmos cruzados, hacer un poco de minería de datos.

—Cuando tengas algo me lo mandas al correo.

—Como siempre. —Cuando colgué la llamada miré a mi alrededor. Estaba ya dentro de mi coche, listo para ponerme en marcha. Antes de arrancar el coche miré el reloj, les dije una hora a esos dos tortolitos, no pasaba nada si les dejaba un poco más de tiempo para que hicieran sus cosas.

Paula

La música, la gente, las risas, el alcohol… No era una fiesta Castillo si no había de todo eso en grandes cantidades, ¡ah!, y comida, lo que más había era comida.

Pero yo no tenía en mi mano un ron con piña porque estuviese de celebración, sino porque quería emborracharme, olvidar al idiota de Jordan y su estúpido juego.

—Si no vas a comerte eso, ¿podrías dármelo? —Miré el burrito sin empezar en mi plato.

—Todo tuyo. —Se lo tendí a Owen, quien le dio un buen mordisco. No tengo ni idea de dónde mete este hombre todo lo que come. Observé como bebía un poco de cerveza de su botella para pasar la bola de comida.

—¿De verdad que tu madre le ha dado a Darío la clínica veterinaria? —Yo tampoco me lo creí al principio, pero revisé el maldito documento tres veces, y todo estaba tal y como resumió el

abogado de la defensa.
—Sí, es un tipo con suerte. Pocos pueden decir que a un mes de terminar la carrera ya tienen el negocio montado y funcionando. —La casualidad había sido mayúscula, por así decirlo.
—Tu madre también podía haberla vendido, o alquilado. Hay muchas opciones de deshacerse de algo si no lo quieres. —Asentí para darle la razón
—Al principio pensó en rechazar la compensación, por así llamarla, no quería nada que le vinculase a ese tipo. Pero con todo el papeleo que tenía que hacer para rechazarlo, al final se decidió por la opción menos complicada. Quedarse con ello y después cederlo a un tercero. El destino quiso que en la familia tuviésemos un veterinario, o uno a punto de serlo, así que no se lo pensó. Por algo es su madrina. —Le di otro trago largo a mi bebida.
—Una buena manera de limpiar el mal karma del negocio. —Alcé mi vaso para brindar por ello.
—Bien visto. —Le di otro sorbo. Ya quedaba poco líquido. Si me acercaba a la barra de la bebida, me rellenarían el vaso rápidamente; no se me habían derretido los hielos, era hacer la mitad del trabajo.
—Sí que tienes sed. —Sus ojos me miraban de una forma extraña, pero como tampoco me importaba, simplemente me encogí de hombros.
—La jurisprudencia reseca.
—Eso he oído. —¿Por qué tenía la sensación de que él sabía cuál era el auténtico motivo? Owen se metió en la boca lo último que quedaba del burrito y sacudió las manos para limpiárselas. Sí que comía rápido.
—¿Vuelves para Chicago? —cambié de tema.
—Tendría que volver directamente a Berkeley, pero he decidido quedarme unos días más.
—¿No tienes exámenes o algo así? Estamos a finales de curso. —Yo en esos días estaba estudiando como una loca.
—Lo tengo todo cubierto, tranquila. —Era él el que se estaba jugando el fin de curso, no yo, así que me encogí de hombros.
—Voy a por otra copa. —Al separarme de la superficie en la que estaba apoyada, mis piernas se tambalearon, ¿o fue mi cabeza? Definitivamente, había bebido mucho, aunque no suficiente, todavía tenía grabada en la retina a ese idiota besando a la rubia delante de mis narices.
—Ya voy yo, tú espérame aquí.
No recuerdo mucho a partir de entonces, salvo que fui en coche, aunque yo no conduje. Cuando abrí los ojos estaba en una cama, mi cama. No quise pensar en cómo llegué allí, solo me arrastré hasta el baño y regresé de nuevo a mi colchón.

Capítulo 20

Paula

Me iba a explotar la cabeza, algo no dejaba de golpearla una y otra vez. No necesitaba utilizar la única neurona viva que me quedaba en el cerebro para saber que tenía una resaca de campeonato. No hay que ser muy inteligente para darse cuenta, solo hay que sumar dos y dos, o mejor dicho, sumar copa tras copa de combinado que me tomé la noche anterior. ¿Cuántas fueron?

Me llegó otro golpe a la cabeza, aunque yo intenté protegerla con la almohada. Un momento, ¿quién me estaba golpeando? Asomé la cabeza de debajo la almohada para mirar a mi alrededor con los ojos medio cerrados. Tomé aire profundamente preparándome para el siguiente golpe, pero no llegó, porque no había nadie allí, estaba yo sola con mis miserias. Entonces me di cuenta de que no me estaban golpeando, sino que un ruido atronador atacaba mis oídos. Giré la cabeza hacia un lado y vi mi bolso sobre la silla junto a la cama. No, no estaba la ropa del día anterior, solo mi bolso y… ¡Agh!, algo dentro de él se lo estaba pasando de miedo.

Tardé un rato en darme cuenta de que lo que sonaba era mi teléfono. Repté por el colchón hasta alcanzar con la mano el bolso, sacar el teléfono y contestar la llamada.

—¿Diga?

—Estaba a un par de tonos de ir a buscarte. —Resacosa sí, pero podía notar la risa contenida de Fran al otro lado de la línea—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. —Mentira, pero no pensaba confesarle que me sentía como un trapo sucio después de limpiar el retrete de una gasolinera.

—Entonces no necesitarás un par de pastillas para la resaca. —¿He dicho que le odio?

—Déjate de rodeos. —No suelo ser tan brusca, pero todos los seres humanos tenemos un límite de tolerancia, y el de una persona resacosa es muy pequeño, casi casi diminuto.

—Si tú pones el vaso de agua, yo me encargo del resto. Abre la puerta que te las acerco. —Escuché el timbre sonar en ese momento.

Esto de vivir cerca iba a estar bien, aunque… ¿Por qué sabía que tenía resaca? Seguro que había sido él el que me había traído a casa. Menos mal que había sido mi primo, él era de la familia, me había visto en mis peores momentos. Abrí la puerta, pero me topé con alguien a quien no quería mostrarle la imagen que tenía en ese momento: un híbrido entre zombi y vampiro, me mirasen por donde me mirasen, el susto lo tenían garantizado.

—Sí que tienes mala cara. —Owen tenía la cabeza ladeada mientras me observaba desde el otro lado de la puerta. Soy la abogada de su padre, se supone que tengo una imagen de seriedad que mantener, pero ya era demasiado tarde para arreglarlo.

—Si me veo igual a como me siento, entonces debo ser una pesadilla. —Antes de que respondiera apareció Fran.

—Hazme un favor, no vuelvas a beber como anoche. —Me tendió el bote de los analgésicos y yo hui con el botín hacia la cocina. Necesitaba drogas, y las necesitaba ya.

—No lo haré. —Por un hombre no merecía la pena castigarse como lo hice. Y si me sentía con la necesidad de ahogar mis penas en alcohol, no volvería a hacerlo fuera de la seguridad de mi propia casa. Nadie tenía que enterarse de mis debilidades.

—No creo que estés en buenas condiciones para trabajar. —Apreté los dientes para maldecirme, uno no bebe tanto entre semana, no si tiene que ir a trabajar al día siguiente. Miré a Fran pidiéndole perdón, éramos socios, pero yo ya había metido la pata a una semana de empezar con

nuestro negocio.
—Solo necesito una ducha, cambiarme de ropa —me miré de arriba abajo, todavía tenía la misma ropa del día anterior— y una cafetera hasta arriba de café. —Al menos esperaba que eso fuese suficiente.
—Supongo que los documentos que envió Irina Hendrick pueden esperar una hora. —Miró el reloj, pero su expresión me decía que ese tiempo seguramente no sería suficiente para despejarme del todo. Sí, me costaría concentrarme más, pero aunque fuese más despacio haría el trabajo.
—¿Puedo robártela antes? —Fran y yo miramos a Owen. Tenía las manos metidas en los bolsillos de forma relajada, pero sus ojos decían que había algo importante que necesitaba tratar conmigo.
—¿Algo personal o de trabajo? —preguntó suspicaz Fran mientras entrecerraba los ojos.
—Digamos que ambas cosas.
—En ese caso me quedo. —Owen se encogió de hombros como si eso no le importase.
—Está bien. Pero será mejor que antes te des esa ducha. —Mis párpados se entornaron hacia él, ¿qué sería eso de lo que quería hablar conmigo?
—De acuerdo. El café está en el armario. —Miré a Fran antes de irme para que pillara la indirecta. Todo sería más rápido si tenía ese café bien cargado esperándome cuando saliese.
Mientras el agua de la ducha se calentaba, saqué la ropa que iba a ponerme después. Manías que tengo desde que me hice una adulta responsable, bueno, una adulta responsable que de vez en cuando comete estupideces adolescentes como beber más de lo que puede tolerar.
Me demoré más de lo habitual debajo del chorro del agua caliente, pero es que aquella ducha era una maravilla y además necesitaba toda aquella terapia para volver a ser persona. Me sequé el pelo ligeramente, lo justo para anudarlo en uno de esos moños despeinados que despejaban la cara y quedaban elegantes. En la antigua oficina siempre los llevaba de esos tirantes, muy profesionales, pero precisamente en ese momento no necesitaba ponerle más tensión a mi dolorida cabeza.
Cuando estuve lista me dirigí a la cocina, pero desde la puerta de mi habitación me percaté de que Fran y Owen estaban hablando. Como soy un poco cotilla, me quedé agazapada como un gato tratando de descubrir de qué hablaban esos dos en mi ausencia.
—No fueron tus pantalones los que vomitó. —En ese momento recé porque no fuese de mí de quien estaban hablando.
—Ya te dije que no me parecía buena idea que te la cargases sobre el hombro —le recriminó Fran a Owen.
—Alguien tenía que abrir las puertas, y tu idea de pulsar los botones con el codo no estaba funcionando. —Owen parecía estar divirtiéndose mientras se metía con Fran, aunque era a él a quien le habían vomitado. ¿Querían de una vez sacarme de dudas?
—Podías haberla llevado como hacen en las películas, y no sobre el hombro en plan bombero. —A medida que hablaban había más posibilidades de que la vomitona fuese yo. Ya estaba notando el calor incendiando mi cara.
—Tú no has cargado con muchos pesos muertos, ¿verdad? Aunque sea una chica, Paula no es un peso ligero, e inconsciente no colaboraba mucho. Lo mejor en estos casos siempre es recurrir a lo práctico, no a lo bucólico. —Definitivamente no pensaba salir ahí. ¡Qué vergüenza!
—Entonces tendrás que pedirle a ella que te los lave, o en todo caso que te pague la tintorería. —Eso, defendiendo a su prima. Ten primos para esto.
—Un caballero nunca hace eso, aunque mejor le preguntamos a ella si quiere hacerse cargo de

mi ropa. ¿Tú qué dices Paula? —Owen alzó la voz ligeramente, como si supiera… ¡Oh, mierda!, él sabía que estaba escuchando.
No podía ser una cobarde, si me habían cazado, al menos debía tener el orgullo de dar la cara. Peor de lo que estaba la situación no podía ponerse. Así que respiré profundamente, estiré la espalda todo lo que pude y avancé hacía mi salón con la cabeza muy alta.
—Por supuesto que me haré cargo de la limpieza de esos pantalones. Y conociéndome, seguro que también de los zapatos. —Owen sonrió como un niño que consigue su postre favorito para comer.
—No esperaba menos, abogada. Y ahora… —se puso en pie— dejemos las trivialidades para ponernos con los temas serios. —Su cara no me gustaba. El Owen informal podía sacarte los colores, el Owen serio te hacía apretar el culo, como a mí en ese momento. El color de mi cara ya no me importaba.
—¿De qué se trata? —pregunté mientras iba a por la cafetera para servirme una gran taza de líquido caliente y reconstituyente.
—Cuando te tomes esa taza quiero que le eches un vistazo a esto. —Alzó una mano para mostrarme una tablet. Fuera lo que fuera, parecía que a él le preocupaba, así que en vez de una taza me tomaría dos, tenía que hacer un buen trabajo, mi reputación profesional no podía quedar a la misma altura que mi vapuleada imagen personal.

Capítulo 21

Paula

Fran estaba sentado a mi lado, con la cabeza muy pegada a la mía, porque tampoco quería perderse nada de lo que había allí. No solo era un informe a fondo sobre la vida de Jordan, sino que habían diseccionado todo su entorno. Daba miedo que alguien pudiese conseguir toda esa información solo rebuscando en internet, pero era así, toda nuestra vida estaba en la red, solo había que saber buscar.

—Así que, según tú, él nunca ha estado interesado en mi persona, sino en la información que podía conseguir sobre Mo. —Saber eso dolía, pero explicaba muchas cosas.

—Él no es más que un peón de una trama mucho más grande. Si te fijas, no hace mucho que terminó sus estudios de arquitectura. Apenas ha estado trabajando unos meses en la empresa del hermano de su padre, High Quality Engineering. Allí no tienen constancia de que haya dejado de trabajar para ellos, el sueldo le llega puntualmente, así que lo de trabajar de ayudante de fontanero en una obra no es más que una tapadera. ¿Por qué está allí? Siguiendo la trayectoria de High Quality Engineering no es difícil deducir cuál es el sistema de trabajo de Ernest Williams. Es una hiena hambrienta a la que le gusta atrapar proyectos que dan muchos beneficios. Un centro comercial, obras públicas, casas para ricos… Cualquier cosa vale si consigue dinero o prestigio, aunque tampoco es que haga mucho para conseguirlo.

Volví mi atención hacia una carpeta que había revisado anteriormente. Allí había un acuerdo legal al que llegaron High Quality Engineering y los propietarios de un bloque de apartamentos que reclamaron una construcción deficiente de sus viviendas. Materiales de menor calidad, disminución de los elementos arquitectónicos de seguridad… Que no saliera a la luz fue una ventaja para el nombre de la empresa, y tampoco es que los propietarios consiguieran una gran indemnización. Conocía el bufete de abogados que se ocupó de la defensa de High Quality Engineering, no eran precisamente baratos, y eso era porque tenían un buen número de casos ganados. Los damnificados pensaron que no tenían muchas oportunidades de ganar el juicio.

—Vale, Jordan está haciendo de espía, y según tú su objetivo es Mo, que es uno de los socios importantes de Sparkling Architects.

—Eso es. Para ellos Mo es el arquitecto de la competencia, por lo que toda información que consigan sobre él les puede dar algún tipo de ventaja a la hora de ofrecer una contraoferta a alguno de sus clientes.

—Y yo debí de ser interesante cuando se dio cuenta de que el inspector de seguridad de una de sus obras era mi padre. —Se me hizo un nudo en el estómago, me había utilizado sin ningún remordimiento.

—Seguramente. —Owen lo dijo con todo el convencimiento.

—¿Y ahora qué? —Fran podía ver que toda esta exposición nos iba a llevar a alguna parte.

—Han tratado de conseguir toda la información posible sobre el nuevo edificio de mi padre en Chicago, lo que nos dice que están detrás de una nueva presa.

—Quieren robarle el proyecto a Sparkling Architects —deduje con disgusto.

—Pero todos sabemos que eso no va a ser posible. —Que Owen estuviese convencido de ello me tranquilizaba, porque todos habíamos trabajado mucho para conseguir sacar adelante ese edificio con las especificaciones de Alex. Y no solo eso, sino que quitarle el trabajo a Sparkling Architects era robarles el pan a sus empleados.

—Menos mal —dije aliviada.
—Pero no vas a dejarlo así, ¿verdad? —le preguntó perspicaz Fran.
—No —aseguró tajante Owen—. Se han propuesto jugar con las personas equivocadas, y eso tendrán que pagarlo. —Venganza, eso me gustaba. ¡¿Qué?!, tenía que resarcirme de alguna manera.
—¿Y cómo vas a hacerlo? —pregunté interesada. Owen esbozó una pequeña sonrisa maléfica.
—Vamos, Paula, tú estás metida en esto. —Esa idea me gustó, al menos hasta el momento en que empezó a explicarme cuál era mi parte de aquel plan.

Jordan

—¡Eh!, Jordan. —Giré la cabeza hacia Ramírez.
—¿Sí?
—¿Mañana sábado estás libre? —No sabía si era para algún plan de tomar cervezas o meter alguna hora extra.
—Depende de para qué.
—Mi cuñado me ha fallado, y necesito alguien con algún conocimiento en fontanería que me eche una mano. —Algo personal. Vale, ese favor podría venirme bien para ser devuelto en un futuro.
—De acuerdo, pero sin madrugar que esta noche tengo una cita. —Le sonreí, porque fue él el que me había dicho a dónde llevar a Paula.
—Te mandaré un mensaje con la ubicación. Mañana a las nueve, y trae tus herramientas.
—Allí estaré. —Instintivamente me llevé la mano al bolsillo donde guardaba mi teléfono. ¿Era demasiado pronto para llamar a Paula? Mejor le enviaba un mensaje, por si estaba ocupada. Una abogada no podía contestar llamadas personales cuando estaba reunida con un cliente.
—*Te paso a recoger a las siete.* —Me quedé esperando unos minutos la respuesta, que no llegó. Como pensaba, su trabajo la mantenía ocupada.
—*Día complicado, ¿puedes recogerme en el trabajo?* —La respuesta llegó media hora después. Ser la nueva le estaba pasando factura. No sabía en qué empresa había empezado a trabajar, pero se estaban encargando de sacarle el jugo a conciencia; viajes a Chicago, horas extra un viernes a última hora…
—Mándame la dirección. —Unos segundos después me llegó su ubicación por mensaje. La dirección me sonaba, aunque no sabía exactamente por qué.
No es que estuviese nervioso, se suponía que era trabajo, solo eso, pero me detuve más tiempo de lo normal en encontrar la ropa perfecta para una segunda cita. Incluso limpié de nuevo la furgoneta para que ella no se manchara su ropa elegante. No quería que se encontrara restos de obra ni siquiera en sus zapatos. Antes me daba igual si se ensuciaba el interior, era solo un medio de transporte de la obra a casa y de casa a la obra, y mi ropa iba derecha al cesto de la colada nada más llegaba a casa. Pero no quería que ella me viese como un cerdo que no cuida sus cosas.
Con mi furgoneta reluciente, el pelo bien peinado y la colonia cara que tenía en el baño para mis «viajes» de regreso a casa, me presenté en la dirección que Paula me había enviado. Cuando estuve delante del edificio supe de qué me sonaba. Aquella edificación fue un golpe directo a los riñones para Ernest. No solo marcó un antes y un después para los edificios de oficinas en la ciudad, sino que el presupuesto para la construcción fue muy elevado. Ya desde fuera los cristales polarizados y el amplio vestíbulo gritaban dinero y sofisticación.
Tomé aire y entré por las enormes puertas automáticas. A esas horas no había casi nadie, apenas una limpiadora repasando el suelo de mármol, el hombre de seguridad tras el mostrador principal

y yo. Eran las siete menos diez, un poco pronto para una persona que llega a los sitios a la hora en punto, pero es que no sabía el tiempo que me llevaría llegar hasta su oficina, por mucho que hubiera estudiado los planos infinidad de veces, como muchos de los arquitectos de la ciudad. Para estar en la vanguardia había que estudiar las grandes obras.
—Buenas tardes —saludé al tipo de seguridad.
—Buenas tardes, ¿a qué oficina va? —Buena pregunta, no le había preguntado a Paula cuál era el nombre de su bufete.
—No sé el nombre, solo vengo a recoger a una chica. —El tipo me observó intensamente un par de segundos.
—¿El nombre de ella?
—Paula Di Angello. —El hombre tecleó en su terminal.
—Planta diez. Firme en el libro de registro. —Señaló una especie de pantalla a mi costado, junto a la que había uno de esos bolígrafos digitales, y en la que apareció una casilla para que introdujese mi nombre y primer apellido y un recuadro para la firma. No es que fuese una gran medida de seguridad, cualquiera podía decir que era otra persona… ¿Y ese pequeño círculo de arriba? ¡Ah!, tenía una cámara, seguro que me habían sacado una buena foto, eso sí que registraría quién era la visita.
Volví el rostro hacia el hombre, que encontré hablando por teléfono.
—Bien —respondió a la persona al otro lado de la línea—. Tome el ascensor de la izquierda, planta diez, y espere en la sala, alguien irá a buscarle.
—Gracias. —Caminé hacia el lugar que me indicaba.
Si Ernest o Frank estuvieran aquí disfrutarían con la experiencia. ¡Ver el gran edificio por dentro! Por lo que sabía, visitar las ocho primeras plantas era relativamente fácil, pero yo iba a ir un paso más allá, iba a ver con mis propios ojos la planta diez. ¿Nervioso? Como un chaval que espera en la cola del cine para ver una película de estreno de su saga favorita.

Capítulo 22

Owen

Estaba en el baño con Paula, repasando y colocando los dispositivos que me había enviado Emil por mensajería urgente.

—Recapitulemos: el bolso está blindado contra los pirateos, así que no podrá sabotear ni tus tarjetas de crédito ni tu teléfono. —Ella miró el pequeño bolso con cadena dorada que tenía sobre la encimera de mármol del lavado. Era el mismo diseño que utilizaba mamá cuando iba a algún acto benéfico. Uno no sabe la gente con la que va a tropezarse en un lugar tan grande.

—Vale. —Asintió sin hacer preguntas. Mejor, porque no quería decirle que Fran tenía un dispositivo en su maletín que haría precisamente eso con el teléfono de Jordan cuando bajasen los tres en el ascensor, además de convertirlo en un terminal inteligente a nuestro servicio. En otras palabras, podríamos ver y oír lo que quisiéramos, estaría usando su teléfono o no, solo hacía falta activarlo de forma remota y nuestro pequeño espía nos enviaría la información.

—En el reloj tienes un dispositivo de rastreo, sabremos dónde estás a cada segundo. —Le enseñé mi teléfono donde aparecía la aplicación de seguimiento con la que la tenía localizada—. Bien, la señal llega perfecta. Y ahora coloquemos el auricular para que puedas oírnos. —Saqué el pequeño auricular para colocarlo en su oído izquierdo.

—No estoy segura de todo esto. —Podía entenderlo, no estaba acostumbrada a este tipo de operaciones.

—No va a pasarte nada, Paula. Dudo que ese cretino se atreva a ponerte una mano encima. Y si lo hace, estaré a un suspiro de cogerle por el cuello y lanzarlo contra la pared. —Traté de darle algo de confianza. Yo estaría controlándolo todo desde muy cerca, tenía que estar segura de que yo no permitiría que le ocurriese nada.

—¿No sería más fácil que esto lo hiciera Mo? A fin de cuentas él era el objetivo principal, ¿no?

—Podría ser, pero si su primer objetivo has sido tú, no vamos a darle algo que pueda hacerle sospechar que le hemos descubierto. —Además de que tendríamos que involucrar a otra persona que de momento desconoce lo que está ocurriendo. Como se dice, los secretos dejan de serlo cuando los conoce más de una persona. En nuestro mundo, cuanta más gente conoce ese secreto, más posibilidades hay de que se vuelva contra ti.

—Esto te divierte, ¿verdad? —No podía negarlo. Otros juegan a estas cosas, yo las vivía.

—No me negarás que es excitante. —Ella hizo una pequeña mueca.

—Esto de los espías se lo dejo a los profesionales, yo estoy bien siendo un ratón de biblioteca. —Hay personas que valen para este tipo de vida, otras no, y por eso no podía acercarme demasiado a muchas de ellas. ¿Quién puede vivir con este tipo de presión constante sobre sus cabezas? No mucha gente.

—Confío en ti, Paula, sé que harás un buen trabajo. Solo tienes que dejar que él te haga las preguntas y darle las respuestas que hemos ensayado. —Sabía que eso se le daba bien, aferrarse todo lo posible a las pautas, los caminos marcados, dejando poco a la improvisación.

—Era mi último intento —bromeó sacándome una sonrisa. Iba a hacerlo porque sabía que era lo que había que hacer.

—Jordan Williams está subiendo. —Escuché la voz de Emil en mi oído.

—Ha llegado. Emil, haz una comprobación de su auricular.

—¿Me recibes? —dijo Emil en la línea conjunta. Él y yo mantendríamos una comunicación

constante, escucharíamos todo lo que ocurría durante la operación, aunque a Paula no le llegaría nada más que lo que yo quería que supiera. Nada peor que saturar de voces a una persona que ya estaba nerviosa.
—Sí —confirmó Paula.
—Bien. Ahora respira profundamente tres veces y sal ahí. Yo iré detrás de ti. —Aunque ni ella ni Jordan me verían.
—Vale —asintió. Recogió su bolso y salió del baño.
—Y recuerda, yo estaré cerca. —No quería que olvidase que aunque no me viese, yo estaría ahí.
—Los tengo —informó Emil mientras yo recogía con rapidez los restos del equipo.
—Dame visual. —Accioné la recepción de mis gafas. En una de las lentes se proyectaría lo que captaban las cámaras de seguimiento, sobre todo la que estaba integrada en el bolso de Paula, y que convenientemente había olvidado mencionarle.
Salí del aseo y me tropecé con Fran que estaba esperando frente a la puerta con su maletín en la mano. No nos dijimos nada, solo nos dimos un asentimiento de cabeza. Fran salió en ese momento hacia la zona de ascensores, pasando por delante de la sala de espera.
Pude ver como los tres se posicionaban frente a la puerta del ascensor, esperando a que llegase. En cuanto las puertas se cerraron con ellos dentro, corrí para acceder al otro ascensor. Estaba bien esto de poder tener el control del sistema, cortesía de la seguridad del edifico gestionada por Vasiliev Holding.
En pocos minutos estaba saliendo del garaje del edificio en mi coche, con la señal de rastreo vinculada al GPS del vehículo. Estar atento al tráfico, a su conversación y a Emil era un juego a tres bandas al que estaba acostumbrado, la práctica me había convertido en alguien diestro en estos asuntos.
En cuanto escuché que la llevaba a L´Ermitage me adelanté para buscar una posición de ventaja. Marqué el teléfono de Irina Hendricks para conseguir un trato de favor en el club.
—Viernes noche, seguro que quieres un reservado para impresionar a alguna chica. —Fue lo primero que me dijo Irina al descolgar el teléfono. Lo reconozco, no es la primera vez que la llamo para algo como eso. ¿Han probado el sexo con alguien que acabas de conocer en un lugar lleno de gente? Algo de intimidad, zona exclusiva, algo de alcohol y tienes el cóctel perfecto para triunfar esa noche. Luego, si te he visto no me acuerdo. Mis relaciones con las mujeres han sido siempre así, no pueden ser de otra manera, no puedo permitirme más.
—Paula se dirige hacia allí con un chico. Necesito una mesa junto a la que ellos van a ocupar para cenar. —No tenía mucho tiempo para explicarle el motivo, y tampoco ella tenía que saberlo todo, no al menos de momento.
—¿Tienes equipo de apoyo o necesitas algún respaldo? —Así era Irina, directa al asunto. Ella sabía de qué iban estas cosas.
—No estaría de más que tu equipo estuviese a mano si necesito a un hombre, pero no creo que haga falta, lo tengo todo cubierto. —Pero se podía mejorar—. Aunque… ¿Podrías conseguirme una acompañante que pueda repartir golpes? —Esperaba que entendiese que quería a alguien de seguridad que se hiciese pasar por mi acompañante durante la vigilancia.
—Le diré a Phill que lo tenga preparado para cuando llegues. ¿Tiempo estimado? —Miré a mi alrededor tratando de calcular.
—Hoy está algo lento el tráfico, pon que entre cinco y diez minutos. —Al menos tendría acceso al aparcamiento VIP en los sótanos del club, solo para familia y amigos.
—De acuerdo. Te esperamos.

Jordan

No podía creer lo que estaba viendo, la distribución no era como en los planos. Me hubiera gustado curiosear un poco más, pero la puerta y pared de cristal de mi derecha tenían escrito bien grande «Zona restringida». Dudaba mucho que el tipo que vigilaba al otro lado del pasillo viese bien que le hiciese una visita.

Así que me decanté por seguir las instrucciones del tipo de la recepción y me dirigí a la zona de espera que tenía delante de mí, justo hacia la zona de las oficinas. Como esperaba, no había muchas luces encendidas, algo normal un viernes a las siete de la tarde. No había ventanas al exterior, así que me senté en uno de los butacones a esperar. Apenas había conseguido acomodar mi trasero, cuando Paula apareció.

—Hola, siento haberte hecho venir hasta aquí, pero tenía que atender un asunto importante para un cliente. —Llevaba uno de esos sencillos vestidos de ejecutiva en color negro, sobrio, pero que le hacía una figura espectacular.

—Ha merecido la pena. —El edificio, ella… había mucho para deleitar la vista.

—Podemos irnos. —Nos acercamos al ascensor. Me adelanté para apretar el botón de llamada, cortésmente.

—Así que… este es tu nuevo trabajo. —Señalé con la cabeza el pasillo que dejábamos atrás, justo para tropezar con alguien que se acercaba.

—Sí. Oh, Jordan, este es mi primo Fran, trabajamos juntos. —El tipo extendió la mano para que se la estrechase.

—Encantado de conocerte —le saludé.

—No seas malo con ella o te meteré entre rejas. —El tipo lo dijo con una sonrisa, pero su mirada decía que no era broma.

—No te preocupes, está a salvo conmigo —le aseguré. Aunque quisiera sonsacarle información, no tenía en mente lastimarla.

—Bien. —Las puertas del ascensor se abrieron y todos entramos. Mantuvimos un incómodo silencio durante el corto trayecto hasta la planta de la entrada, menos mal que el primo continuó hasta el estacionamiento subterráneo.

Cuando llegamos a la acera me dio por mirar sus pies. Aquellos tacones tenían que ser incómodos para caminar con ellos.

—He aparcado a unos ochenta metros de aquí. Si esperas acercaré el coche. —Ella frunció el ceño.

—¿Por qué? Puedo caminar perfectamente. —Aquella respuesta no la esperaba.

—Pero llevas zapatos de tacón alto, será incómodo. —Ella se encogió de hombros.

—Si no pudiese caminar con ellos no los llevaría. Ochenta metros no son nada. —Ella no era como Bibian. Le tendí mi brazo para que se aferrase a él.

—Entonces, vamos. —Traté de dar pasos pequeños y tranquilos para no forzarla.

—¿Y dónde vamos a ir a cenar?

—A L´Ermitage. —Ella alzó una ceja.

—Vaya, no te hacía de esos que van a ese tipo de sitios a cenar.

—Y no lo soy, me lo recomendó un compañero de trabajo. —Su ceja volvió a alzarse. No, tampoco era un sitio al que un peón de obra iría a cenar—. Dijo que era un buen sitio para llevar a cenar a una chica y luego bailar un poco —expliqué.

—Supongo que lo es. —Con ella era fácil, se dejaba guiar. No había que pelear constantemente sobre el dónde y porqué íbamos a uno u otro lugar.

Después de ayudarle a entrar en el asiento del acompañante, quizás me demoré un segundo más

de lo habitual en rodear el coche. Ella olía de forma diferente, más suave, menos intensa y asfixiante. Lo que me hizo pensar en Bibian y en que saturarse de perfume caro no era lo mejor para agradar a un hombre.

Capítulo 23

Paula

La camarera nos llevó hasta una mesa libre que había al fondo del pasillo de arriba. Desde allí podíamos ver cómo se divertía, bailando y bebiendo, la gente de la planta inferior. Era como estar en un palco de la ópera, solo que era uno enorme que circundaba toda la pista de baile y en el que había dispuestas mesas a lo largo de la baranda. En otro momento habría disfrutado de las vistas con más entusiasmo, cena y espectáculo, ¿quién no se lo pasaría bien?, pero tenía la cabeza saturada de preguntas y respuestas que luchaban por salir de mi boca, aunque había otras que me rondaban hacía mucho más tiempo y que no pensaba pronunciar en voz alta.

Volví la vista hacia Jordan mientras se preocupaba de acomodarme en mi silla. Tenía que reconocer que el chico sabía tratar a una mujer, con caballerosidad quiero decir. Los modales no están reñidos con el empoderamiento femenino del que hacían gala las mujeres de hoy en día. No depender de un hombre para satisfacer mis necesidades o caprichos, por supuesto, pero ¿a quién no le gusta que le abran la puerta? ¿O que te ayuden a atravesar un enjambre de gente que te impide llegar a tu destino?

—Creí que habría más ruido. —Aunque la música retumbaba con estridencia en la planta baja, donde estábamos nosotros parecía llegar como amortiguada. No tenía ni idea de qué habrían hecho para conseguirlo, ¿algo de feng shui para altavoces?

—Un poco alto, pero no tendremos que hablar a gritos para oírnos. —Sí, ese era el plan, charlar durante la cena.

Me senté frente a él, a mi derecha el balcón por el que veía a la gente de abajo y a mi izquierda el pasillo por el que la gente pasaba para ir a sus mesas.

—Tiene buenas vistas. —Tenía que reconocer que estar en las mesas del otro lado del pasillo, pegados a la pared, podía ser más íntimo, pero así al menos podía fingir que observaba algo interesante cuando me atascara con la conversación. Soy una persona de letras, me siento más cómoda cuando las palabras están sobre el papel. Y antes de que lo digan, los camareros no hablan mucho, y lo que hacen no es más que repetir un menú que otra persona ha preparado para los clientes. Pero ahora… Tampoco es que tuviese que improvisar mucho, pero no me sentía muy cómoda.

—Espero que la comida sea igual de buena. —Jordan tomó el menú para revisarlo, yo hice lo mismo con el mío. Eran platos sencillos, lo que se espera encontrar en un lugar donde la gente viene a divertirse, no a tener una experiencia culinaria.

Jordan decidió lo que iba a pedir antes que yo, seguramente porque estaba leyendo lo que había en la carta, yo solo fingía que lo hacía para no tener que mirarlo.

—Pareces alicaída. —Alcé la vista del menú para mirarlo un segundo, aunque luego volví a apartarla.

—Un día duro, solo eso. —Traté de quitarle importancia. No era mentira, no solo porque trabajar con resaca es una mierda, sino porque se suponía que todavía seguía trabajando. Esto de ser una espía no tenía horarios.

—Podíamos haberlo aplazado para otro día, es culpa mía. —Aquello me hizo mirarlo con atención. ¿Realmente habría aplazado el sonsacarme información? Se supone que este tipo de gente quiere resultados de forma rápida.

—No te preocupes, lo mejor para desconectar es darle a la cabeza un pequeño respiro. —Jordan

me observó con atención durante un par de incómodos segundos. ¿Sospecharía algo?
—Aquí será imposible que pienses en el trabajo. —Ya, si él supiera.
—¿Qué vas a pedir? —Volví a leer el menú, tratando de encontrar algo que me sirviera para cenar.
—Una hamburguesa. —Revisé la hamburguesa del menú y…
—¿Estás seguro? No te hacía vegano. —Un obrero de la construcción cenaría algo calórico, pero una hamburguesa de tofu no me encajaba con… ¡Porras!, un obrero de la construcción no, pero sí podía encajar con un niño rico como era él realmente. Ese recordatorio me hizo enderezar la espalda.
—Lo importante no es la comida, sino la compañía. —¿En serio me decía eso? Ahora sí que estaba claro que estaba ligando conmigo. Farsante, estafador… Pero me tragué las palabras y sonreí como una profesional.
—¿Qué tal te ha ido los últimos días? ¿Mucho trabajo? —Tenía que dejarle fácil el tema al que quería llegar.
—Lo normal. —Se encogió de hombros quitándole importancia. ¿Lo normal? Ya, yendo a comer con tu novia—. ¿Y tú? Es evidente que te están desbordando de trabajo. —Mi turno.
—Sí, digamos que he empezado fuerte. Pero es que el cliente es muy importante, tenemos que darle el mejor servicio.
En aquel momento la camarera llegó para tomar nuestro pedido. Temí que la interrupción aplazara la conversación, pero Jordan estuvo atento y la continuó donde la habíamos dejado cuando la chica se fue con nuestra orden.
—¿Por eso viajaste a Chicago? ¿Es alguien de allí? —Como si no lo supieras.
—Sí. Es un hombre importante de negocios de la zona. Yo diría que si es algo grande, Alexander Bowman está involucrado. —Esa era una de las respuestas que habíamos preparado.
—Un pez gordo —añadió él, como comprendiendo.
—Ya te digo. La mitad del trabajo del bufete es para sus asuntos. —El ceño de Jordan se arrugó ligeramente.
—Es raro que pongan a trabajar al nuevo con un cliente tan importante. Eso dice mucho de tu valía. —A ver por dónde salía de esta.
—Necesitaban que alguien con mis aptitudes reforzase el equipo jurídico. —Creo que eso servía.
—Me has intrigado. ¿Qué es exactamente lo que haces? —Podía responder con otra de las frases que repasé con Owen.
—El señor Bowman es muy exigente con lo que quiere, y no es de los que cede con facilidad. Le gusta que las cosas se hagan como él pide, así que mi misión es escarbar entre la normativa vigente para darle lo que desea. —Jordan asintió mientras analizaba lo que había dicho.
—Así que retuerces la ley hasta hacerla encajar en lo que quiere conseguir.
—Más o menos es lo que he dicho. —Soy abogado, nunca diría de forma directa lo que se puede retorcer para convertirlo en otra cosa, al menos con asuntos de trabajo.
—Suena a un tipo exigente que siempre se sale con la suya. —Ese era Alex Bowman.
—Así es.
—¿Y qué tal te fue? ¿Lo conseguiste? —Este era el punto importante al que debía llegar.
—Yo diría que sí, pero con él uno nunca está seguro. Un día llega y te cambia los parámetros.
—Y tienes que volver a empezar —dedujo rápidamente Jordan.
—Es mi trabajo, darle al cliente lo que quiere.
—¿Y cuándo sabrás que el asunto que tiene ahora entre manos ya está cerrado? Lo digo porque parece que va a consumirte todas tus fuerzas como sigas a este ritmo. —La pregunta la esperaba,

lo que vino después, no.
—De momento parece que el arquitecto le ha dado lo que quería. Yo solo tuve que buscar la normativa en la que encajar las especificaciones del edificio y sus fines.
—Así que… Si de repente el proyecto cambiase, tendrías que repetir todo otra vez.
—Supongo que sí, pero al tío Mo y a mí no nos asusta el trabajo si es por contentar a un cliente como el señor Bowman. —Otra vez ese fruncimiento de ceño.
—No sabía que el señor Lehao, el arquitecto, fuese tu tío. —Me encogí de hombros, a esta altura ya tendría que saber mucho sobre él.
—No es mi tío como tal. Pero es amigo de la familia desde mucho antes de que yo naciera, así que llamarle tío para mí es algo normal. —Jordan analizó aquella información en su cabeza.
—Vaya, no imaginaba que le conocieras desde hace tanto tiempo.
—Sí, él trabajó como guardia de seguridad en el hospital en el que trabaja mi madre. —Aquello le hizo alzar las cejas.
—Vaya, nunca lo habría imaginado.
—La vida da muchas vueltas, al final uno no sabe dónde va a terminar, ni con quién va a tropezarse. —Creo que esa última parte de la frase me salió con un tono un poco más afilado.
—Lo sé, en mis planes tampoco estaba el meter las manos entre tuberías. —Estaba a punto de decirle algo al respecto, cuando llegó nuestra comida.
—Aquí está su pedido, que aproveche.
—La camarera dejó los platos frente a nosotros.
—Gracias —dijimos los dos al unísono.
—Estoy muerto de hambre. —Jordan atacó su hamburguesa. Al parecer, ya tenía suficiente con lo que le había dicho.

Capítulo 24

Jordan

Mis manos ya estaban limpias, pero no pude alejarme del lavabo, mi vista estaba clavada en la mirada que me devolvía el desconocido del espejo. No me reconocía, aunque esa fuese mi cara. ¿Qué estaba haciendo? Destrozar el esfuerzo y trabajo de una buena chica, del arquitecto, por darle a Ernest lo que quería, un poco más de dinero que llenase su cuenta corriente.

Todo esto no era justo, ni para el arquitecto, ni para Paula, ni para ninguna de las personas que estaban haciendo un trabajo honrado con el que alimentar a su familia. Me miré las manos de nuevo, por mucho que las enjabonase y aclarase seguirían sucias. Mi padre no me educó así, él era de los que creían que el trabajo honrado no solo tenía recompensa, sino que te permitía dormir tranquilo por las noches. Estaba claro que eso dependía de la integridad de la persona, porque estaba seguro de que Ernest no tenía ningún problema en conciliar el sueño, y su socio tampoco. ¿Y yo quería ser como ellos? ¿Quería trabajar con ellos codo con codo? Ya no, y puede que antes tampoco, pero no tenía otra alternativa: o lo hacía o podía despedirme de recuperar la empresa de papá, y con ella, la vida que mamá y Kassi merecían. No, puede que merecer no fuese la palabra, era su derecho porque papá trabajó duro para dársela.

Pero ahora era algo más que eso, con Kassi en la universidad, con las necesidades médicas de mamá, conseguir unos ingresos que cubrieran todo eso era mi obligación.

El peso del teléfono en mi bolsillo me recordó lo que tenía que hacer para conseguirlo. Así que lo cogí para darle la última información de que disponía. Había conseguido mucho más de lo que pensaba. Bowman era realmente importante, como dijo Ernest, pero tenía un punto débil por el que entrarle. Si se lo decía a Ernest, seguramente conseguiría arrebatarle el trabajo a Sparkling Architects. Nada como alguien acostumbrado a jugar con la legislación para saber qué ofrecerle a alguien que utilizaba los mismos métodos que tú.

No sentía lástima por Bowman, era otro lobo como el tío Ernest. Pero sí que me sentía mal por Paula, por Mo, ellos habían dedicado tiempo y trabajo al proyecto de Bowman, arrebatárselo ahora sería un duro golpe para ambos. Antes me había dado igual el juego de Ernest, siempre fueron nombres y números. Pero ahora conocía sus caras, lo que eran sus vidas… y no era justo.

Me pasé un buen rato mirando el teléfono en mis manos, pero no lo hice, no iba a llamarle, no al menos esta noche. No quería traicionar a Paula y luego sentarme frente a ella y fingir que todo estaba bien. Me daba igual si Ernest estaba ya en Chicago, a punto de entrevistarse con Bowman. Él estaba jugando con sus reglas, así que se apañara con ellas.

Regresé a nuestra mesa. Pero Paula no estaba sola esperándome, había un chico hablando con ella, un chico que le estaba prestando demasiada atención para mi gusto. Se suponía que ella había venido conmigo, no debía estar tonteando con otro. Vale, para mí era una cita fingida, pero se suponía que para ella no. A medida que me acercaba me iba dando cuenta de que ella no parecía relajada, sino algo tensa.

Mis ojos se cruzaron con los del tipo mientras me acercaba, pero la sonrisa ladeada que apareció en su cara fue lo que removió algún tipo de instinto protector dentro de mí.

—Siento la demora. —Paula pareció sobresaltarse. Miró al chico y luego a mí.

—No te preocupes. ¿Podrías acercarme a casa? No me siento muy bien. —Eso me hizo alejar mi atención del tipo ese para centrarme en ella.

—Lo que necesites. —Paula se inclinó sobre la mesa para tomar su bolso.

—Yo me encargo de la cuenta. —El tipo sonrió de esa manera prepotente que no me gustó nada.
—Gracias —fue lo último que le dijo Paula antes encaminarse a la salida.
—Sí, gracias. —Lo miré un par de segundos, manteniendo en silencio esa pelea de machos con la que los tíos marcamos nuestro territorio. Pero no podía dejar a Paula sola, era mi prioridad, así que corrí entre la gente hasta alcanzarla—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho o dicho algo que te ha molestado? —No podía explicar de otra manera esta salida tan repentina.
—No, solo… —dejó escapar un suspiro—, solo pensé que estaría más animada para hacer esto. Sé que lo he estropeado todo, pero… —No podía permitirlo.
—La culpa es mía, ya te dije que debí aplazar la cita. Necesitas descansar.
No dijimos nada más hasta que nos sentamos en mi furgoneta.
—Puedes dejarme en el edificio de mi oficina, dejé mi coche allí.
—De eso nada, te llevaré yo mismo a casa.
—Pero… —Antes de que siguiera con la protesta, la interrumpí.
—Te traeré mañana a que lo recojas, no te preocupes.
—Yo… puedo ir en taxi.
—No, todo esto es mi culpa, así que yo me encargo de solucionarlo.
—Está bien —cedió finalmente ella.
—Tú solo te levantas con tranquilidad, desayunas y, cuando estés lista, me llamas, te recojo y te llevo hasta tu coche, así de sencillo.
—Pero tendrás más cosas que hacer un sábado por la mañana —protestó.
—Me las apañaré, no te preocupes por mí.
Antes de darme cuenta estábamos frente a la casa de sus padres. La vi titubear. ¿Quería volver a besarme? La idea no me disgustó, y quizás por ello, cuando salió del coche me sentí decepcionado porque no lo hizo. ¡Mierda!, tenía que haber dado el paso yo, tenía que haberla besado. Estaba a punto de salir de la furgoneta y tomarlo, con la excusa de acompañarla hasta la puerta, cuando me contuve. Quizás así era mejor. Arranqué el coche cuando la vi sacar la llave y abrir la puerta.

Paula

No podía con esto.
—¿Paula? ¿Qué haces aquí? —preguntó mamá mientras cruzaba delante de mí con un bol de palomitas. Antes de que contestase, un par de golpes en la puerta me hicieron abrir. No sé por qué esperé que fuese Jordan, pero no lo era.
—He pensado que si te ayudo a recoger las cosas iremos más rápido. —¿Recoger? ¿Qué…? Tardé un par de segundos en darme cuenta de que tenía que seguirle el juego.
—Vale, no tardaré mucho, mamá, solo olvidé un par de cosas que necesito, eso es todo.
—Creí que habías llevado todo lo imprescindible —gritó mamá desde el pie de la escalera.
—Ya sabes, siempre se olvida algo. —Aunque yo no era de esas. Era la loca de las listas para no olvidar nada, pero ahora era una buena excusa.
Pasé como un rayo por mi habitación, tratando de buscar algo que llevarme.
—Esto servirá. —Owen tomó un peluche que estaba sobre mi cama. Me sentí ruborizada como una adolescente de 12 años.
—Tenía que haberme deshecho de él hace tiempo. —Owen sonrió mientras se lo metía debajo del brazo.
—Pues menos mal que no lo hiciste. —Miré alrededor, abrí el armario y tomé unas viejas deportivas que no pensaba volver a ponerme. Ya puestos, también se podían venir con nosotros.

—Ya lo tengo todo, mamá —grité al comprobar que se había ido al sofá a comer sus palomitas mientras veía una película.
—Vale, cariño, diviértete. —La manera con la que me sonreía me dijo que tenía una idea de lo que venía ahora. ¡Porras!, ¿qué se había pensado que vine a buscar?
Con rapidez nos metimos en el coche de Owen y pusimos rumbo a nuestro edificio.
—Menos mal que has venido, ya me veía inventando una excusa para pasar aquí la noche —dije mientras me ataba el cinturón de seguridad.
—Te dije que iba a estar siempre cerca.
—Casi me muero cuando nos sorprendió hablando. —Owen sonrió sin apartar la vista de la carretera.
—Lo tenía todo controlado, Paula. —Lo miré con el ceño fruncido.
—No sé lo que hay dentro de esa cabeza retorcida tuya, pero estoy feliz de no saberlo. —Eso le hizo sonreír un poco más.
—Si lo supieras saldrías corriendo. —Me dedicó una fugaz mirada al decirlo. ¡Mierda!, chicos y sus cosas, seguro que algo sucio.
—Deja de hacer eso —le recriminé.
—Yo no he hecho nada, ha sido tu cabeza sucia la que ha pensado algo que no te gusta. —¡Mierda!, volvía a tener razón. No podía con este hombre. Mi cabeza cayó pesada hacia atrás.
—Necesito descansar, esto de los espías no es para mí.
—Tranquila, ahora les toca a ellos mover ficha. Con un poco de suerte, tú ya habrás terminado. —Levanté la cabeza para responder.
—De eso nada, se ha empeñado en llevarme mañana a la oficina a recoger mi coche. —El ceño de Owen se arrugó.
—Vaya, no esperaba que se moviese tan rápido.
—Solo ha sido un gesto cortés. O puede que quiera sonsacarme algo más. —Owen asintió ligeramente con la cabeza sin dejar de mirar al frente.
—No te preocupes, podemos buscar cualquier excusa para que te libres. No sé, por ejemplo, que Fran te ha llevado porque tenías que ir a la oficina pronto o algo así. —Si me libraba de pasar un mal rato como el de esa noche, a mí me valía.
—Eso me sirve. —Dejé que mi cabeza se apoyara en el respaldo de nuevo.
—Cuando llegues a casa tómate una aspirina y métete en la cama. —Sonó más a orden que a sugerencia.
—Estoy bien —protesté.
—No lo estás, tú no sirves para esto. Aunque lo has hecho muy bien. —Genial, con la primera frase me tira por el suelo y con la segunda me da una palmadita en la espalda. ¿Sentarme mal? Para nada, no dijo nada que yo misma no supiera ya.

Capítulo 25

Jordan

El lío en que me metió Ramírez no era lo que me esperaba, o bueno, puede que un poco sí. Pensé que tendría que ayudarle en alguna obra, tal vez una chapuza en casa. En vez de eso me encontré en la casa de su madre, o mejor dicho, en el anexo a su vivienda. Convertir una cochera en una habitación con baño era algo que mucha gente hacía, eso no me extrañó, pero ver como la calle empezó a llenarse de furgonetas de las que no solo salían obreros, sino todo tipo de materiales, sí que fue algo que no esperaba.

—¿Qué demonios tienes aquí montado, Ramírez? —pregunté mientras caminaba hacia la casa atándome el cinturón de herramientas a la cadera.

—Ya está aquí el fontanero, ¿dónde están las tuberías, Mateo? —gritó a su espalda—. Vamos a preparar el cuarto de mi madre —me dijo mientras me guiaba a la puerta del garaje por la que se veía a la gente metida ya en faena.

—Ya están en la parte de atrás, Carlos —le contestó alguien. Así que Ramírez aquí era Carlos.

—Entonces será mejor que te pongas con ello, quiero tener el baño preparado antes de cerrar la pared. —Alguien estaba desmontando el mecanismo de la puerta metálica, así que no tenía que preguntar a qué pared se refería.

Caminamos hasta la parte trasera del garaje, perdón, la nueva habitación de su madre, donde ya estaban montadas las guías de madera que configuraban la nueva disposición de la pared del baño. En el suelo habían picado los surcos para los desagües, y los empalmes de las tuberías del agua sobresalían del cemento como brotes de metal en un jardín artificial.

—Bueno, esta es la composición. —Me enseñó una hoja que había sacado de uno de sus bolsillos. Dibujado con trazos toscos, había un diseño de baño con las medidas que encajaban con aquel hueco—. Aquí el lavabo doble, el retrete y el bidé a este lado, y aquí la ducha con mampara. —Miré a mi alrededor para hacerme una composición del lugar en mi cabeza. Estaba en ello, cuando un chico llegó cargando una caja de baldosas negras.

—¿Dónde dejo esto? —le preguntó a Ramírez, Carlos.

—¿Negras? ¿Qué voy a hacer con esto? Se suponía que eran blancas y azules —protestó Carlos, a lo que el muchacho se encogió de hombros después de dejar la pesada caja en el suelo.

—Es lo que hay. —Carlos miró la caja de baldosas con expresión derrotada.

—¿No puedes cambiarlas? —pregunté. A veces, cuando comprabas material de saldo esa opción no estaba incluida.

—Son restos de obras, chaval, me tengo que apañar con lo que llega. ¿Cómo crees que puedo costear una obra como esta? Un poco de aquí, otro poco de allí, amigos y familia que no cobran por el trabajo… La gente pobre nos tenemos que apañar con lo que hay. —En ese momento muchas cosas empezaron a encajar.

—¿Qué material tienes para alicatar los suelos y paredes? —pregunté.

—Aquí tienes tres metros cuadrados de baldosa blanca, dos y medio de azul turquesa, cinco de gresite blanco y en esa caja —se agachó para comprobar lo que había dentro—, calculo que unos dos metros de azulejos negros. Tendré que comprar otra caja de dos metros cuadrados para poder alicatar todo el baño hasta el techo, o hacer un diseño de esos hasta media altura y luego pintar. —Se llevó las manos a las caderas mientras buscaba los enormes cubos de pintura amontonados a un lado de la estancia, seguramente calculando si con ese cambio tendría suficiente para todo el

proyecto.
Mi cabeza se puso a trabajar rápidamente con lo que tenía, tratando de crear una composición que se ajustara a lo que teníamos.
—Puedes realizar un patrón algo diferente con los azulejos, y así aprovecharlos todos. —Carlos arrugó el entrecejo cuando me miró.
—Mi madre tiene 66 años, no quiero provocarle un infarto cada vez que se levante por la mañana a mear. —Seguro que pensaba en enormes figuras geométricas negras y azules en un fondo blanco. Le di la vuelta al papel y empecé a trazar el patrón de intercalado con mi lápiz.
—Si lo haces así quedaría un diseño original con una transición suave. —Carlos ladeó la cabeza mientras seguía mis trazos sobre el papel.
—Así… parece una cascada. Pero es muy complicado, no se puede hacer —desestimó con rapidez.
—No es complicado, solo es contar. —Repasé las dimensiones de los azulejos, las unidades de cada color y la disposición en el diseño. Ser bueno con las matemáticas tenía que servir para algo. —Mira, una azul, cuatro negras, otra azul, una blanca, y vuelves a empezar. En la fila siguiente es cambiar a una blanca, una azul, tres negras, una azul y una blanca. ¿Ves? Es fácil. —Dibujé las baldosas mientras las sombreaba para emular los colores del patrón.
—¿Tú crees que podemos….? No sé —dudó.
—Con media caja de azul cielo el efecto cascada quedaría incluso más acentuado. Me parece que el desembolso no es muy grande y te quedaría un baño de revista de diseño. —Eso le hizo sonreír.
—Mi mami con un baño de diseño, creo que eso sí que le gustaría. Podrá presumir ante sus amigas. —Sacó pecho, orgulloso.
Le di la vuelta de nuevo al plano para encontrar algo que no me gustaba.
—¿La puerta va a ser corredera? —El ceño de Carlos se arrugó, al tiempo que cogía el plano para revisarlo.
—No, una normal.
—Pues… o la pones que se abra hacia la habitación, o no se abrirá completamente. —Casi de forma automática, sacó el metro del cinturón y lo extendió en el suelo para medir las distancias.
—Sí que lo hace, ¿ves? Pasa un poco justo, pero se abre hasta la pared. —Tomé su metro para realizar la medida desde el lugar correcto.
—Lo mides desde la pared exterior, no desde el lugar real donde irán las bisagras de la puerta, y esa es otra, tampoco las has tenido en cuenta. —El metro sobrevolaba la marca del bidet, demostrando que una puerta real tropezaría con él.
—No mames. —Le había escuchado decir eso en alguna otra ocasión en la obra, sabía lo que significaba.
—Es lo que hay. —Para mí los cálculos estaban mal, lo que significaba que había que parar para recalcularlo todo o no se podría arreglar los fallos después.
Carlos bufó mientras miraba al suelo frustrado.
—Parad un momento. —Las personas que pululaban por allí casi no le hicieron caso, solo los más cercanos le prestaron atención—. ¡He dicho que paréis! —gritó más alto. Esta vez sí que todo se detuvo.
—¿Qué ocurre? —Carlos parecía estudiar en su cabeza la manera de decirle a toda aquella gente que había que detener la obra. Sabía lo que podría suponer un retraso en algo como lo que intentaba hacer ahí. Convocar a todos de nuevo en su día libre, el trastorno que eso significaba… Todo en suspenso por unas medidas que solo implicaban a la distribución del baño, una

distribución que revisé de nuevo.
—¿Tus padres cuándo quieren mudarse? —le pregunté.
—No, solo mi madre, mi padre murió hace un año. —Aquello me hizo pensar.
—¿Y por qué vas a poner un lavabo doble?
—Porque es el que tenemos. —A él le pareció razonable.
—¿Y vas a condicionar todo un baño por una pieza que puedes comprar por menos de setenta dólares? —Aquello no lo había pensado.
—Pues, así dicho... —Finalmente cedió, lanzando los brazos al cielo—. Imposible, hay que hacer un diseño nuevo y… —No podía dejarlo así, no cuando el domingo tenía una cita ineludible con mi familia.
—Mira. —Cogí mi lápiz y empecé a dibujar sobre las dimensiones del plano ya trazado—. Si ponemos un solo lavabo, podemos reubicar la ducha aquí, y mover el retrete y el lavabo a este otro sitio, incluso te quedaría espacio para un pequeño mueble para toallas y esas cosas. —La sonrisa de Carlos creció cuando la idea plasmada en el papel empezó a gustarle.
—Eres rápido, ¿podrías darme las nuevas medidas de todo eso? —Miré a mi alrededor, el metro ya lo tenía en la otra mano.
—Déjame medir de nuevo todo esto y las tendrás. ¿Diez o quince minutos? —Su sonrisa creció mucho más al tiempo que sentí la fuerte palmada en mi espalda.
—Sabía que ibas a solucionarme el problema. —Alzó la voz para dirigirse a todos—. Volvemos al trabajo. Los del baño, id trayendo todo el material, pero dejad el lavabo doble fuera. —Volvió a mi—. ¿De qué medidas necesitas el lavabo nuevo?
—Haré los cálculos para uno estándar, así que trae el que quieras.
—Bien, ya habéis oído, no quiero gente parada, esto tiene que estar terminado antes de que se vaya la luz. ¡Tadeo!, Jordan te explicará cómo hay que colocar los azulejos. Voy a salir a comprar los azulejos y el lavabo que falta, sorprendedme gratamente cuando vuelva.
—Claro que sí, cuñado —gritó alguien no sé dónde.
—Jordan queda al mando, no lo volváis loco. —Esto sí que era un ascenso, de ayudante de fontanero a capataz de obra.
Antes pensaba que el trabajo duro no era para mí, pero en este momento descubrí que todo depende del sentido que le des. Iba a construir el lugar perfecto para una mujer que iba a mudarse con su hijo, darle un espacio que fuese suyo, que le hiciese sentirse querida e independiente. Pero lo más importante, estaba dando rienda suelta a mi creatividad, y lo que estaba exponiendo gustaba.
Mis pensamientos regresaron con papá, cuando me llevaba a las obras para mostrarme lo que estaba construyendo. Ahora lo comprendía, el orgullo de sentir que una parte tuya estaba tomando forma era realmente gratificante.

Capítulo 26

Paula

Fui una cobarde. No quería volver a hablar con Jordan, así que me escondí detrás de un mensaje de texto. Utilicé la sugerencia de Owen para deshacerme de él. ¿Por qué? Pues… no soy una persona que aguante bien la humillación, y que él me utilizara para sus fines ocultos me hacía sentir una persona de segunda. Y no he luchado toda mi vida para que me traten como algo que se puede usar y tirar, yo merezco algo más, merezco que alguien me quiera por lo que soy, no que me utilicen como puente para alcanzar otra meta.

Mamá siempre me ha repetido que la primera en valorarme, en quererme, debo ser yo misma. Si tú no te quieres, si tú no te respetas, probablemente el resto de la gente no lo haga. Y si alguien se empeña en tratarte como un trapo viejo, debes alejarte de esa persona todo lo que puedas.

El trato de Jordan fue agradable, respetuoso, pero no era más que un mentiroso, y alguien que te miente no merece una segunda oportunidad, porque la mentira es una costumbre difícil de erradicar. Como dijo la tía Cari cuando vino a casa a contarle a mamá lo de su divorcio: puedes perdonar una falta, errores cometemos todos, todo el mundo se equivoca. Pero una mentira es dejar de confiar en la persona que se supone que amas, con la que compartes tu vida. ¿No es mejor decir «esto ya no funciona» o «no me siento a gusto contigo» que mantener una mentira que acabará descubriéndose y que causará más daño? La mentira acaba con las relaciones, con las de cualquier tipo. La gente que va con la verdad por delante se expone a que lo condenen por sus errores, pero también opta al perdón. El que miente tiene asegurada su condena, aunque se libre momentáneamente de ella.

Jordan me había mentido, o, mejor dicho, había jugado conmigo, y no podía pagarle con la misma moneda, porque me convertiría en alguien como él. Para mí era mejor un «ahí te quedas» que retorcer su juego y volverlo en su contra. No tengo estómago para ese tipo de cosas. Irónico, ¿verdad?, soy abogado.

Por la mañana, la imagen que me devolvió el espejo era igual de mala que el día anterior, cuando me levanté con resaca. No había dormido demasiado bien, y sabía por qué. Después de enviarle el mensaje a Jordan (el cual no contestó, afortunadamente), llamé a Owen.

—¿Cómo estás? —Esa frase no era una formalidad para él.

—Pssse. ¿Tienes todo lo que necesitas o tenemos que repetir lo de anoche otra vez? —Así era yo, directa al grano.

—¿Tantas ganas tienes de deshacerte de él? —No lo sabía bien.

—Sí —contesté tajante. Escuché un suspiro al otro lado de la línea.

—Entonces tranquila, no volverás a verlo si no quieres.

—No quiero. —Fui rápida en contestar.

—Bien. —Pero tampoco quería quedarme sin saber cómo terminaba la cosa.

—¿Me contarás como se desarrolla el asunto? —Él soltó una pequeña carcajada.

—Espía no, pero sí que te gusta estar metida en una aventura. —Soy mujer, ¿qué esperaba?

—No todos los espías hacen trabajo de campo, los hay que son analistas. —Me acordé de Jack Ryan, el analista de la CIA que creó Tom Clancy para sus libros, sí, el de la serie de televisión. ¿No la recuerdan? ¿No han leído *La caza del Octubre Rojo*? Yo tampoco, pero vi la película, culpen a Sean Connery.

—Entendido.

—Entonces, me mantendrás al corriente. —Me pareció que se demoraba en su respuesta.
—Sí.
—Entonces, no te entretengo más. A menos que tengas algo que contarme —probé suerte.
—Es demasiado pronto. En cuanto tenga algo interesante, te lo contaré.
—Más te vale. —Amenazar a Owen no creo que sirviera de nada, pero ahí lo dejaba.
Después de cortar la llamada medité sobre lo que iba a hacer. Sábado. Podía hacer limpieza en casa, acomodar lo que quedaba en las cajas de mudanza, ver una película lacrimógena mientras comía helado… En vez de eso, abrí mi ordenador y busqué los últimos documentos que tenía que revisar. El trabajo es lo mejor para apartar de la mente lo que no querías recordar.

Owen

Dudé entre quedarme en Miami o regresar a Chicago. Pero al final decidí que mi padre tendría cubierto todo en casa, así que decidí quedarme cerca de Paula. La acción se repartía entre ambas ciudades, y no tenía que olvidar que el objetivo de ese tipo no era otro que Mo. Paula era un daño colateral, no tenía pinta de que fuesen a hacerla daño, aunque no descartaba ninguna actuación por parte de ese tipo. No de Jordan, sino de ese tal Ernest. Cuidar de ella para mí era mucho más importante.
Lo sé, soy un blando. Es ver una chica en apuros y me tiro de cabeza como un idiota. Quizás sea por mi hermana, o porque no todas son tan fuertes como mi madre, ella es una auténtica superviviente. El caso es que si veo que alguien intenta hacerles daño, sale mi caballero de brillante armadura para rescatarlas. Bueno, no a todas, solo a las que conozco y sé que realmente sufrirán si algún cretino se mete con ellas. Bianca había cambiado, había levantado el vuelo y ahora no era una chica que dejara que le pisaran el cuello. Paula podía fingir ser más fuerte que ella, pero todavía le quedaba un buen camino que recorrer para superar el daño que un hombre guapo puede hacerle a su tierno corazón. Aunque no quisiera reconocerlo, se había ilusionado con Jordan, supongo que como lo haría cualquier otra. Ahora solo necesitaba tiempo para curar el escozor de esa herida.
Por eso no me había dejado atrapar por ninguna chica, porque sé que tarde o temprano la haré sufrir. En el fondo, todas quieren una vida tranquila y sin sobresaltos, emoción sí, incluso puede que un poco de aventura, pero al igual que ocurre con el cine, está bien durante el tiempo que dure la película, después todas quieren irse a casa a dormir plácidamente en su camita. Yo no podía darles eso.
Volví a repasar todo lo que habíamos conseguido la noche anterior. Lo más productivo fue el pirateo del teléfono de Jordan. Agenda, contactos, mensajes… Toda la vida de una persona se puede destripar si consigues acceder a la información de su teléfono, y así había sido. Con sus contactos Emil consiguió trazar una red de comunicaciones que nos llevó hasta Ernest y su socio. Pero papá quería más, y le comprendía. Controlar a todas las ratas evitaba que recibiéramos una dentellada inesperada. Teníamos que conseguir localizar al tipo que consiguió la información del edificio en el registro, y no, no todo el mundo puede hacerlo así como así. Hay que saber cómo moverse entre los organismos para llegar al lugar donde pueden darte lo que quieres. La burocracia es así, está creada para que te pierdas en ella si antes no te vuelve loco. Pero ese tipo era bueno. Si pudiésemos piratear el teléfono de Ernest seguramente daríamos con él.
La aplicación instalada en mi ordenador portátil todavía no había registrado ninguna llamada entre Ernest y Jordan. ¿A qué esperaba para ponerle al día sobre lo que había descubierto la noche anterior? ¿Ya lo sabían? ¿No había nada nuevo que mereciese la pena compartir? Eso me llevaba a pensar que sus investigaciones eran muy concienzudas y, sobre todo, rápidas.

Era sábado… Quizás había una manera de conseguir llegar hasta Ernest y piratear su teléfono. Tenía el equipo, solo tenía que acercarme lo suficiente, pero para eso necesitaba saber dónde se encontraba. Una idea se materializó en mi cabeza: su hija. Esa niña pija y estúpida publicaba en sus redes cada paso que daba, por lo que solo tenía que encontrar el momento en que ella estuviese con su papi. Entré en su Instagram y, como suponía, allí tenía toda la información que necesitaba. Bien, como ella no tenía a su novio para acompañarla, tenía que presumir de padre rico con gustos elitistas. Toda la familia estaba en el Ocean´s Club: una mañana al sol para la niña y la mami mientras papá hacía negocios, y después a comer en el exclusivo restaurante.
Tenía todo lo necesario para acercarme y hacer un buen trabajo. Ropa adecuada, equipo técnico y una sonrisa que abría muchas puertas. Esa serpiente iba a caer en mi red sin que se diese cuenta.

Capítulo 27

Owen

¿Cómo llamar la atención de una niña rica? Pues enseñándole un juguete nuevo que brille mucho. El plan puede parecer sencillo, aunque para que salga bien tiene que estar bien perfilado.

Primera parte, conseguir que te dejen entrar en un club exclusivo para gente rica. Si no eres socio, lo más rápido era que alguien te invitase, aunque no supiese que lo estaba haciendo. Con un poco de ayuda encontré a uno que no estaba en la ciudad. Llamar al club y hacerme pasar por él no fue difícil, solo tuve que tomar como muestra la voz de su contestador para que el programa de simulación de voces hiciese el resto.

—He quedado en el club con el señor Owen Darro. Puede que me retrase, así que atiéndanle hasta que yo llegue.

—Por supuesto, señor Carmichael.

Con el acceso garantizado, solo me quedaba hacer una entrada triunfal, algo a lo que una joven acostumbrada a ser el centro de atención no pudiese resistirse. Ya saben lo que se dice de las polillas, les atrae la luz. Yo necesitaba que Bibian se quemase.

Decidí convencer a Simon de que me acercase hasta la dársena del Ocean´s Club en su yate de recreo, algo nada difícil porque mi padre era uno de sus clientes desde hacía mucho tiempo. No había viaje a Miami en el que no se relajase con un día de pesca, y un yate de lujo era lo mejor si querías que tu mujer te acompañase.

Como decía, solo le tuve que pedir que me acercase hasta la dársena. Desde allí, Simon, como capitán de la embarcación, solicitó al club que enviasen una lancha para recoger a un pasajero del yate. En cuanto les dijo el nombre del pasajero no hubo pega alguna. ¿Por qué hacer mi entrada precisamente así? Pues porque llegar en coche lo hace la mayoría, hacerlo en yate, solo unos pocos. Sabía que Bibian estaba en una tumbona con vistas al mar con su madre, y ver a alguien llegando al club en lancha motora, le haría sentir curiosidad. ¿Quién era ese joven atractivo al que recibían como si fuese un socio importante del club? La camisa polo de Lacoste de color azul turquesa que me había puesto me convertía en un objetivo fácil de localizar. ¿Por qué Lacoste? Porque no solo es una marca de lujo, es europea. El toque francés me daba un plus de interés sobre mi persona.

Caminé detrás del empleado que vino a recibirme al pequeño embarcadero, aparentemente ajeno a la gente que me miraba curiosa, aunque totalmente consciente de que había conseguido mi objetivo: llamar la atención de la princesita de papá.

Como Carmichael no había llegado, me acomodé en una de las mesas de la terraza con una cerveza de importación bien fría. Eso sí, desde donde podía ver por el rabillo del ojo la zona en la que se encontraba Bibian. Yo estaría observando el mar y ella me estaría observando a mí.

Casi llegada la hora del almuerzo, Bibian y su madre se encaminaron hacia el edificio para pasar al restaurante donde tenían reserva para comer. Según su Instagram, solía sentarse en la terraza con un combinado de moda a esperar a su padre. ¡Qué casualidad que esta vez decidieran sentarse, ella y su madre, en la mesa junto a la mía!

Mientras pedían su consumición, tratando de hacerse las refinadas, puse en marcha la siguiente parte del plan. Me puse el auricular en el oído y, mientras fingía escuchar música, realicé la segunda llamada al club, salvo que en vez de hablar, puse la grabación que tenía preparada. Acto seguido se me acercó el encargado.

—Señor Darro, el señor Carmichael ha tenido un contratiempo y no podrá llegar a su cita. Me ha pedido que le transmita sus disculpas y que no se preocupe por la cuenta, él se hará cargo de todos sus gastos en el club. —Expuso educadamente el encargado con su mejor tono de disculpa.
Solté el aire fingiendo contrariedad. Miré el reloj y luego me digné a responderle.
—Tráigame otra Backwoods y cargue aquí mis consumiciones. —Dejé sobre la mesa una tarjeta black. Nada como decirles que tienes tu propia tarjeta sin límites. No es que la usase mucho, pero había ocasiones en que era útil, como en esa ocasión. No sé cuál de las dos abrió más los ojos, si la madre o la hija.
Cuando el empleado se retiró con mi tarjeta, llegó el momento de hacer mi movimiento.
—Perdón, ¿podrían aconsejarme un restaurante aceptable por la zona? —Me incliné ligeramente llamando su atención.
Antes de que pudiesen contestar, su padre, que había visto acercándose por la terraza, alcanzó su mesa.
—Oh, pues… Tiene varias opciones, pero dudo que pueda encontrar una mesa con tan poca antelación. —La madre de Bibian ya había urdido un plan en su cabeza para conocer a un buen partido para su hija. Hay que ver lo rápido que se había olvidado de que su niña tenía novio.
—¿No has pensado comer aquí? La comida es exquisita y no tendrías que desplazarte —me sugirió Bibian.
—Hola, cariño. —Su padre saludó con un correcto beso a su mujer y a su hija.
—¿Aquí? —Miré alrededor centrándome en las vistas.
—Aquí tiene su cerveza, señor. —El camarero llegó en ese momento con mi pedido y mi cuenta. Firmé el resguardo de la transacción fingiendo no mirar el importe y guardé la tarjeta en mi elegante cartera de piel. La cerveza estaba buena, pero yo no soy de los que pagan esos precios por saborear una cerveza de importación. ¡Qué demonios!, mi padre colaba en el país bebidas mucho mejores que ésta a mejor precio. No es que sea un tacaño, es que hay que saber en qué merece la pena gastarse el dinero.
—¿Podría comer aquí? —le pregunté.
—Preguntaré en el restaurante si tenemos una mesa disponible para usted.
—No, allí dentro no. ¿De qué sirve tener unas vistas como estas si no puedo recrearme con ellas mientras como? ¿No podría comer aquí, en esta terraza? —El camarero meditó unos segundos. Primera regla de estos sitios, no solo el cliente tiene la razón, sino que complacerle es tu mayor prioridad.
—Por supuesto, señor. Avisaré para que le preparen la mesa. —Bibian miró a su padre con súplica. Al menos tenía que reconocer que este hombre sabía lo que había en la cabeza de su hija sin necesidad de que hablase.
—Muchacho, informa de que nosotros también queremos comer aquí, en la terraza. —Seguro que el camarero estaba maldiciéndome en ese momento.
—Sí, señor Douglas.
—La verdad es que tienes razón, muchacho. Hace un día estupendo para comer aquí afuera —dijo en voz alta el padre de Bibian—. Soy Frank Douglas, y estás son mi esposa Lissette y mi hija Bibian. —Y esa era la oportunidad que estaba buscando. Me puse en pie y saludé con educación, estrechándoles la mano a cada uno de ellos. Eso sí, dejando un elegante «*enchanté madame*» antes de inclinar la cabeza ligeramente hacia la madre de Bibian. Y así, señoras y señores, es como se conquista a los padres de una chica, con una tarjeta black y modales refinados.
Conseguir que añadieran una silla más a su mesa y comiese con ellos fue fácil. Y en cuanto a mi

plan, solo tuve que esperar a que su socio y amigo apareciese en escena. Según el Instagram de Bibian, normalmente ella se iba del club, pero sus padres y sus amigos se quedaban a pasar la tarde, y daba la casualidad de que esos amigos de sus padres eran… Exactamente, Ernest Williams y su esposa. En esta ocasión solo tuve que dejar mi teléfono sobre la mesa, esperar a que las chicas se fuesen al baño y piratear los teléfonos que quedaban a la vista, es decir, el de Ernest y Frank. Fue como una de esas ofertas del supermercado, un dos por uno.

Vale, en esta ocasión Bibian se quedó a pasar la velada con los mayores, pero tampoco le dejé que disfrutara demasiado de mi compañía. Me disculpé poco después de terminar el café de la sobremesa, y me alejé de allí con una sonrisa en la cara. Y no, no era por llevarme encima el teléfono de la chica, sino por tener todo lo que había ido a buscar.

Mientras salí del club para tomar un taxi, ya estaba llamando a Emil para que se pusiera a trabajar con lo que acababa de conseguir. Localizar al tipo de Chicago que trabajaba para Ernest estaba a solo un paso.

Capítulo 28

Jordan

¿Se han sentido en alguna ocasión agotado, con el cuerpo dolorido, pero satisfecho y contento? Hasta entonces solo me había sentido así después de una buena sesión de sexo. Al marcharme de la casa de Carlos estaba que no podía más, me dolían hasta las pestañas, pero estaba pletórico por haber conseguido algo que no creía que se podía hacer. Mi rapidez a la hora de darme cuenta de los errores y de subsanarlos, y de alcanzar el objetivo con unas pequeñas modificaciones, había concluido con un baño funcional y bonito para la madre de mi compañero. Solo con ver la cara ilusionada de la esposa de Carlos ya sabía que a su madre le iba a encantar.

Con esa agradable sensación regresé a mi casa, me di una larga y reconfortante ducha de agua muy caliente y después me vestí para ir a casa de mi madre. Era tarde y estaba agotado, pero no me importaba. Le había hecho una promesa y debía cumplirla. Mi hermana había viajado desde Columbia para su cumpleaños, y era mi deber de hijo estar allí. En principio solo iba a ir el domingo, pero quería regresar a casa, mi casa, aunque ellas ya estuviesen durmiendo cuando yo llegase. Despertarme de nuevo en mi habitación era algo que echaba de menos. Y no era porque el colchón fuese más cómodo, no era porque todo estuviese más limpio, ni porque alguien me preparase el desayuno, sino porque no estaba solo. Nada más que por eso prefería ir de noche a mi viejo hogar, caminar en la oscuridad y colarme en mi antigua habitación como si fuese un ladrón.

Pero todo mi plan se fue al traste cuando al llegar vi la luz de la cocina encendida, y ya sabía lo que eso significaba: mamá estaba despierta. Otra noche más de insomnio que ni las pastillas podían ayudar. Dejé la maleta a un lado de la escalera a las habitaciones y caminé hacia la luz.

—¿Mamá?

—¿Jordan? —Escuché su voz antes de verla allí, como esperaba, sentada en la barra de desayuno con un vaso de algo caliente, una infusión de valeriana supuse.

—Tenías que estar durmiendo. —Besé su mejilla con delicadeza.

—Y tú llegabas mañana. Como ves, a ninguno de los dos se nos da bien ajustarnos a los planes. —Me senté a su lado para acompañarla hasta que consiguiera llevarla a la cama.

—¿Kassi llegó?

—Está arriba durmiendo —señaló—. El viaje ha sido interminable para ella. Vino conduciendo, ¿sabes? —Aquello me extrañó.

—¿El tío Ernest no le pagó el billete de avión? —Lo había comentado con él, el que mi hermana iba a venir al cumpleaños de mi madre.

—Hay algo que quiero hablar contigo sobre eso, y alguna cosa más. —Escuchar esas palabras me hizo ponerme alerta.

—¿Qué ocurre? —Mamá no era de dramatizar, pero aquella forma de mirarme me decía que esto era algo serio.

—Tu hermana está trabajando a media jornada para pagarse los gastos de la universidad, no quiere deberle nada a Ernest. —Aquello me confundió.

—Un poco tarde para eso, ¿no crees? Él pagó las matrículas de ambos, la suya y la mía. Le debemos… —Mamá movía la cabeza de lado a lado, negando.

—Llegué a un acuerdo con él cuando murió tu padre. Yo le cedía mi parte de la empresa y él a cambio pagaba los estudios que os quedaban. —Eso lo desconocía.

—¿Le vendiste la empresa de papá? Creí… creí que todavía la mitad era nuestra. —Por eso había luchado, para recuperar su control.
—Ernest dijo que llegado el momento podrías volver a tomar las riendas, pero no serías más que un empleado, nada más. Aunque… —Que no terminase la frase me mosqueó.
—¿Aunque? —le insistí.
—Tu primo Robert lleva al mando desde hace tres años, ¿crees que va a renunciar a su trabajo para pasártelo a ti? O mejor dicho, ¿crees que tu tío le dio el puesto para luego quitárselo? Y no te engañes, tu tío no es un buen samaritano, él siempre tiene que ganar. —Eso lo sabía, pero nunca pensé que se atrevería a hacérselo a su propia familia.
—¿Por qué no me lo dijiste antes? —Ella suspiró pesadamente.
—Porque me creí sus mentiras, igual que tú, que todos. Él me prometió que tendrías un buen trabajo, que incluso cuidaría de que Kassi también lo consiguiera, solo tenía que entregarle mi parte de la empresa y él se encargaría de todo, nada más. Pero tu hermana me contó algo poco después de llegar a casa.
—¿Qué te contó? —Sentí mi cuello tensarse. Que Ernest se atreviera a intentar… Con mi hermana no, yo debía protegerla, a las dos.
—Supongo que las mismas mentiras que te contó a ti, que si trabajaba para él, algún día podría estar al mando de la empresa de tu padre. —No eran las mismas palabras, pero eran un buen resumen—. Pero a diferencia de ti, Kassi no quiere hacerlo. A ella nunca le ha gustado el mundo de la construcción. Me dijo que se sentía mal por haber rechazado su oferta, sobre todo porque tu tío se puso duro con ella. La llamó niña consentida y le dijo que en la vida no hay nada gratis, que cuando aprendiera lo que realmente cuestan las cosas, ya volvería pidiendo que le diese otra oportunidad. —De otra chica podría esperarlo, de alguien como Bibian, pero no de Kassi, ella tenía los pies bien puestos sobre la tierra, no era caprichosa, y tenía muy claro qué era lo que quería.
—Por eso no le pagó el billete de avión —deduje.
—Hace tiempo que no cubre sus gastos, pero Kassi ya tenía un trabajo para obtener su propio dinero. Lo que nos ha enfadado a las dos es que Ernest le mintiera diciéndole que trabajaría para recuperar la empresa de tu padre, cuando yo sé que no va a ser así. Ernest no regalará algo que ya es suyo, algo que puede vender para sacar un buen beneficio. —Mamá alzó la mirada para observarme de la misma manera que cuando era niño—. Cuando me contó el chantaje al que la había sometido, comprendí que ese desgraciado había hecho lo mismo contigo. Por eso trabajas tantas horas, porque él te ha dicho que la empresa será tuya algún día, que regresará a nuestra familia.
—Así que nunca lo hará. —Era un golpe para mis esperanzas de futuro, de darle a mi familia la misma seguridad que le dio mi padre en su día.
—Voy a vender la casa. —Aquella frase me devolvió de golpe a la realidad.
—¿Por qué? Esta es nuestra casa, papá… —Mamá puso los dedos sobre mi boca para silenciarme.
—Lo sé, tu padre y yo luchamos durante años para conseguirla. No solo esta casa, sino la empresa.
—Pero… Toda nuestra vida está aquí, mamá. —Ella sonrió de forma triste.
—No, cariño. Estuvo aquí, pero eso ya es pasado. El doctor Mathews dice que debo aceptar que tu padre ya no está aquí, y creo que vender la casa no solo me ayudará a dejarlo marchar, sino que me dará un colchón económico que me ayudará a vivir lo que me queda de vida.
—Pero…

—No necesito una casa tan grande, Jordan. Kassi tiene en mente conseguir un trabajo en alguna empresa de Nueva York, tú algún día también te irás a tu propio nido. Yo solo necesito una casa en la que los recuerdos no me aplasten, y donde pueda recibir a mi familia cuando quiera visitarme. Con dos habitaciones me sobra, no necesito una mansión. —La mirada de mamá me decía que ella no creía estar renunciando a nada, sino liberándose.
—¿Estás segura? —Ella asintió.
—Eres un adulto autosuficiente, Jordan, no me necesitas, ninguno de los dos lo hacéis, pero tendré mis brazos abiertos para recibiros cuando queráis regresar. —Tomé sus manos entre las mías.
—Si es lo que quieres hacer, por mí adelante. —Una suave sonrisa apareció en su cansado rostro.
—Una cosa más. —Retuve el aire esperando el siguiente golpe—. Prométeme que seguirás tu propio camino, Jordan. No dejes que nadie te diga lo que tienes que hacer. —Sabía que, aunque no lo dijese, estaba hablando del tío Ernest.
—Lo prometo. Y ahora, vamos a la cama, necesitas dormir.
La acompañé hasta su habitación y, como hizo ella cuando yo era niño, la arropé, besé su frente y le deseé buenas noches. Escuché su largo y lento suspiro, ese que me decía que acababa de liberarse de un peso que la había asfixiado durante mucho tiempo. Y de alguna manera, el prometerle aquello me había liberado a mí también. Kassi estaría bien, mamá también, ellas se habían liberado, había llegado el momento de hacer lo mismo.

Capítulo 29

Owen

Mientras revisaba los datos del teléfono de Ernest vi que tenía un billete de avión para ir a Chicago ese domingo. Ese dato me dijo que iba a tomar personalmente las riendas del asunto. Así que tenía que prevenir a mi padre.

—Hola, papá —saludé en el mismo momento que descolgó la llamada. ¿Arriesgarme que fuese otra persona la que contestase? Salvo mamá, ese teléfono no podía ser desbloqueado por nadie.

—Emil me ha dicho que has tenido un día fructífero. —A veces olvidaba que papá es un maniático del control.

—Entonces sabrás por qué te llamo. —No es que juegue con mi padre, es que me gusta saber hasta dónde es capaz de llegar.

—Tú me cuentas lo tuyo y yo te cuento lo mío. —A mi padre sí que le gustaba jugar.

—Ernest tiene un billete de avión para el domingo, destino Chicago.

—Y una cita conmigo el lunes por la tarde. —Sabía por qué a esa hora, a papá le gustaba que las oficinas estuviesen casi vacías cuando hacía algunos negocios, por eso sus empleados allí tenían solo jornada de mañana.

—Un hombre de negocios tan ocupado como Ernest Williams hubiese aprovechado mejor el tiempo. Si quería pasar el fin de semana en Chicago, habría ido el sábado o el viernes por la tarde. Y si solo fuese a la reunión contigo, habría comprado un billete para el lunes por la mañana. —Al menos es lo que haría cualquier ejecutivo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —Solo había una manera de saberlo.

—Que tiene otra cita el domingo. —Escuché la suave risa de papá al otro lado de la línea.

—Ya tengo un equipo de seguimiento preparado para cuando llegue. Nada más sacar un pie del avión, sabré dónde va, con quién está y las veces que…

—Que va a cagar. —Terminamos la frase juntos. Era la frase favorita del tío Viktor. Algo que dejaba bien claro que conoceríamos cada paso de ese hombre al segundo, frugalidades incluidas.

—¿Necesitas que vaya a Chicago? —Sabía que los hombres de papá se encargarían de todo con eficiencia, pero a mí me gusta estar en mitad de todo. Si algo se cuece, me gusta estar removiendo la cazuela con la cuchara. Además, para saber cómo funcionan las cosas, lo mejor es ensuciarse las manos, ya me entienden. Pero esta vez no es que estuviese escurriendo el bulto, sino que la acción estaba en dos sitios a la vez. Y también era por Paula, si algo ocurría, yo sería el apoyo más cerca.

—Por aquí lo tenemos todo cubierto, no te preocupes. ¿Hay algo más que quieras contarme? —Aquella pregunta me desconcertó ¿Creía que le había ocultado algo?

—No, creo te he contado todo lo importante. —Escuché un suspiro de papá.

—Está bien, sé que harás lo correcto. —¿Qué demonios…?

—Te avisaré si surge cualquier novedad.

—Estaré pendiente.

Colgué la llamada pensando en qué podría ser eso que papá veía y yo no, qué… ¡Oh, mierda! ¿Pensaba que había algo entre Paula y yo? Sacudí la cabeza mientras sonreía. Mi padre se pensaba que me gustaba, como Santi y Bianca. Seguro que si Paula fuese un chico no me haría esa pregunta, aunque tampoco yo estaría tan interesado en cuidar de él. Reconozcámoslo, si Fran hubiese estado en el punto de mira de Ernest o de cualquier otro tiburón, no estaría tan

preocupado por su seguridad. Pero era así, las chicas son más vulnerables, por eso tenía que protegerlas. Por eso y porque la conocía desde que era pequeña, pertenecía a mi círculo de confianza, y solo por eso me sentía de alguna manera responsable de ella.
Pues lo sentía por papá y su nuevo oficio de casamentero, pero esta vez el olfato del gran Alex Bowman se estaba equivocando. Paula me gustaba, pero de la misma manera que podía hacerlo una amiga, como Bianca, como lo hacía mi hermana Avalon. Ellas eran mis chicas, a las que cuidaría y protegería porque eran de la familia. A ver, que no me imaginaba besándolas ni nada más carnal, ya me entienden. En cambio, la tal Bibian era una niñata boba y caprichosa, su personalidad no me atraía lo más mínimo, pero su cuerpo… Tenía que reconocer que tenía un buen revolcón. ¿Tirármela? Por supuesto, lo haría, pero nada más. No piensen que soy un cerdo, no pienso en las mujeres solo para eso, pero tampoco soy un santo. Si una chica me pide guerra no soy de los que desaprovechan una oportunidad. Para una relación no estaba preparado, pero para algo esporádico un chico siempre está listo.
Miré el reloj para comprobar la hora. A estas alturas, y con la entrevista de Ernest con mi padre, el espía tenía que haber pasado la información a su jefe. ¿Por qué Jordan no le había llamado? No le creía lo suficientemente estúpido como para no ver los sutiles detalles que Paula le había dado. Yo sacaría mucho de la conversación de la otra noche. Pero claro, Jordan no soy yo, él podía no ver lo mismo. Dejé salir el aire de mis pulmones antes de hacer algo que no quería. No teníamos mucho tiempo, así que actuar rápido era primordial. Cogí el teléfono y marqué el número de Paula.
—Hola, Owen. —Su voz no sonó muy animada. Me mataba hacerle esto, pero… Hay cosas que no nos gustan, pero hay que hacerlas.
—¿Qué tal lo llevas?
—Bien. —Ya, como si fuese a engañarme. Ese cretino le había hecho más daño de lo que quería reconocer. Es lo que tienen las chicas, que cuando se ilusionan con un chico les duele directamente en el corazón.
—Tenemos un pequeño contratiempo.
—¿Qué ocurre? —Su voz pareció animarse. Esa es Paula, dispuesta a ponerse manos a la obra rápidamente.
—El cretino nos ha salido un poco corto de entendimiento. —Podía imaginarme su ceño fruncido al otro lado—. Hay que darle la información más clara para que la pille. —Escuché su suspiro al oírlo.
—Tengo que volver a quedar con él —entendió. Tenía que darle algo que la animara con esta misión.
—Una cita pequeña, y puedes mandarlo a la mierda después.
—
¿Quieres decir que puedo…?
—Gritarlo, insultarlo, incluso golpearlo si te da la gana. A fin de cuentas, no tendrás que volver a verlo después, puedes quedar como una loca si te da la gana. —Es lo que había hecho yo alguna vez para deshacerme de una chica pegajosa.
—No soy de las que golpea, aunque a veces me dan ganas de hacerlo. Pero… no estoy en contra de ponerlo en ridículo en público. —Nada como sacar el lado vengativo de una chica para animarla.
—Bien. ¿Qué te parece si preparamos el guion y luego concertamos la cita con el cretino?
—¿En tu casa o en la mía? —Esa frase, viniendo de una chica, siempre presagiaba algo bueno, pero esta vez, era mucho más interesante. No piensen mal, el sexo está bien, pero cuando hay un

poco de acción de otro tipo, mis hormonas se preparan para entrar en batalla como buenos soldados.

Paula

Seguro que la CIA no preparaba sus operaciones frente a un montón de cajas de comida china. Metí mis palillos dentro del recipiente de los tallarines fritos y rebusqué en el fondo.

—Bueno, ya está. Ahora a esperar a que conteste. —Owen me devolvió el teléfono. Nadie mejor que él para enviarle el mensaje perfecto a un chico. Busqué con la mirada lo que se suponía que yo le había dicho a Jordan.

—*Siento lo de la otra noche, pero es que estaba algo estresada por el trabajo. ¿Quieres que quedemos hoy? Me toca invitar a mí* —leí en voz alta—. Muy yo, aunque no le habría contado lo del estrés.

—Queremos darle pie a que pregunte, ¿recuerdas? Así solo tienes que dejar que la conversación fluya hacia donde él quiere. —La respuesta llegó rápida.

—*Lo siento, hoy no puedo. Reunión familiar* —leí. Owen frunció el ceño, era evidente que eso no lo esperaba.

—Esto no encaja. —Pensó rápidamente y escribió—: *¿Estás enfadado conmigo?*

—Yo no he hecho nada malo —me defendí.

—Reconócelo, estuviste algo rara en la cita del viernes. —Sí, eso no podía negarlo.

—*No* —respondió Jordan.

—Es una respuesta demasiado breve. —Owen alzó la mirada hacia mí, tenía una idea en la cabeza y, por lo que parecía, me había llegado el turno de entrar en el partido.

Capítulo 30

Paula

Owen estaba sentado frente a mí, sosteniendo frente a su pecho la lista de respuestas que tenía que darle a Jordan. Si no conseguía una cita con él, tendríamos una conversación en la que pasarle toda la información, así que estaba a punto de marcar su número. Owen tenía en su oído un auricular y yo tenía el otro, ambos escucharíamos al tiempo. ¿Era mala señal si quería que no me cogiera la llamada? Pero tenía que hacerlo, porque no era una cobarde y porque quería terminar con toda aquella farsa. Si le daba lo que buscaba, Owen y su padre le harían pagar por lo que había hecho.

—Recuerda, te iré señalando lo que tienes que decir en cada momento. —Eso era lo mejor, tener a un apuntador diciéndome lo que tenía que decir.

Apreté el botón de llamada y esperé. Fueron muchos tonos de llamada los que escuché, y creí que no me contestaría, cuando finalmente lo hizo.

—Hola. —Su voz me sonó algo seca.

—¿Está todo bien? Entre nosotros quiero decir. —Era la primera pregunta en el papel que estaba leyendo, aunque la cambié ligeramente, puede que para hacer que sonara más mía.

—Claro que sí. —Podía escuchar algo de música a lo lejos, ¿merengue?

—Es que me ha dado la impresión de que me rehuías. —Una observación que la auténtica Paula pensaría, pero no se atrevería a decir en alto a un chico. A alguno de mis primos o hermanos sí, pero no a quien quisiera agradar.

—Nada de eso. Es que es el cumpleaños de mi madre, y le prometí que hoy sería solo para ella.

—Buena respuesta, tenía que reconocerlo, y demasiado rápida para ser improvisada.

—De verdad que siento lo del viernes, Bowman es un cliente realmente recalcitrante, lo quiere todo perfecto y muy rápido, sus plazos son endiablados. Menos mal que no pone reparos con los gastos, a él no le importa el precio si le das lo que quiere. —No me había costado decirlo, porque era verdad, aunque lo de recalcitrante… Alex Bowman era exigente, pero no te presionaba más allá de lo que podías dar, y lo hacía de una manera que estabas casi feliz de probarte a ti mismo que podías hacerlo.

—La vida no es solo trabajo, Paula. Hay cosas más importantes. —Miré a Owen, seguramente pensaba lo mismo que yo, que estaba tratando de prepararme para perder «ese» trabajo. Estaba a punto de darle la razón, cuando…

—Jordan, cariñito, me has dejado abandonada. —La voz excesivamente dulzona y a todas luces con connotaciones sexuales me lanzó por el precipicio. Solo podía ser una persona la que pronunciase esas palabras, y no era precisamente su madre.

—Ya veo, que disfrutes con tu «mami», gilipollas. —Colgué sin esperar su respuesta, aunque enseguida lo lamenté. Se suponía que tenía que darle todos los detalles de la lista que había preparado con Owen y apenas había pasado de la primera línea—. Lo siento —me disculpé.

—No te preocupes —intentó tranquilizarme.

—Pero no le he dicho todo. —Se encogió de hombros.

—Con lo de la otra noche y esto tendría que ser suficiente. Además, ahora la pelota está en su tejado, si quiere conseguir más información tendrá que hacer un gran esfuerzo para arreglar esto.

—Al menos Owen me daba la razón.

—Su madre. —Puse los ojos en blanco al decirlo—. Seguro que era su novia.

—No lo pienses más. —Owen empezó a recoger las anotaciones que había preparado para que me sirvieran de guion. Tanto trabajo para nada.
—¿Te apetece salir a dar una vuelta? —Yo necesitaba distraerme, sacarme de la cabeza a ese cretino. Owen pareció pensarlo un par de largos segundos.
—Lo siento, tengo trabajo. —Señaló el ordenador portátil que tenía delante, sobre la mesa, y el cuaderno en el que tenía anotadas algunas cosas que no eran del caso. Estaba claro que había estado metido en ello cuando sugirió que fuésemos a su apartamento a preparar todo el asunto de Jordan. También había un par de libros de estudio, lo que me dio la última pista.
—¿Tienes algún examen pronto? —En la recta final no podía permitirse suspender.
—El martes. —Hizo un gesto de disgusto con los labios.
—Entonces no te distraigo más, bastante has tenido ya con todo esto del espionaje industrial. —Me puse en pie dispuesta a irme, pero como soy una chica bien educada, no lo hice sin antes empezar a recoger los recipientes de la comida que habíamos pedido.
—No te preocupes, yo lo recojo. —Su mano me detuvo. ¿Por qué no tuve la suerte de que el chico que quería ligar conmigo fuese él? Era tan atento, tan…—. Tú eres capaz de tirar lo que queda, y yo no he terminado. —Glotón. Hombres.
—De acuerdo. —Me acompañó hasta la puerta—. Si necesitas que le de otro empujón a ese idiota, solo tienes que decírmelo. —No me apetecía, pero se suponía que esto no era por gusto, sino por trabajo.
—Que le den, si no sabe hacer su trabajo no es nuestro problema.

Jordan

Bibian había saltado sobre mí, rodeándome el cuello con los brazos, pero mi atención seguía en el teléfono que tenía en la mano. Ella me había colgado, me había llamado gilipollas, y tenía todo el derecho a hacerlo.
—Esto es una fiesta, Jordan. Vamos a bailar. —No me moví, y Bibian me soltó el cuello para aferrarme el brazo con ambas manos y tirar de él.
Su actitud, su contacto… Todo en ella empezó a repugnarme. Con brusquedad me solté de su agarre, algo que pareció entender. Se quedó mirándome mientras su sonrisa iba desapareciendo lentamente.
—¿Qué te pasa? —preguntó. ¿No se daba cuenta? No, no lo hacía, porque ella no veía más allá de sí misma.
—Tenemos que hablar. —Dejé escapar el aire mientras miraba soslayadamente hacia el interior de la casa. Salir a la terraza no había sido suficiente para conseguir algo de privacidad para contestar la llamada de Paula.
—Me… me estás asustando. —Algo dentro de ella pareció despertar en ese momento, algo que debía ser evidente—. ¿Vas a cortar conmigo? ¿Es eso? ¿Me vas a dejar? —Su ceño fruncido dejaba claro que estaba enfadada, no dolida.
—Esto no funciona, Bibian. —Nunca lo haría. Antes lo sabía, pero ahora había encontrado el valor de decirlo en alto y terminar con todo. Escuché sus bufidos infantiles en silencio.
—Eres… Eres… ¡Nadie me deja! Soy yo la que deja a los demás. —Se dio la vuelta ofendida y empezó a andar hacia la casa—. Cuando se lo diga a papá te vas a enterar. —Su voz iba alejándose, y aunque la amenaza tenía que haberme puesto a temblar, porque su padre podía hacer que me despidieran, eso no me desagradó. Liberarme, fuese de la manera que fuese, era mejor que seguir con esta farsa, con toda la farsa. Mi vida era una mentira, y había llegado el momento de ponerle fin.

Caminé lentamente hacia la casa de mi madre, la casa en la que había crecido, la que pronto pertenecería a otra persona. En vez de fijarme en mi tía, la esposa de Ernest, que consolaba las fingidas lágrimas de Bibian mientras me miraba de forma acusadora, mi atención se dirigió hacia mi madre. No quería estropear su cumpleaños, pero era evidente que por mi culpa la fiesta se había terminado. Sus ojos me dijeron que todo eso no le importaba, que esa gente probablemente no estaba allí para hacerla feliz, y tampoco le preocupaban. El que le importaba era yo. No tuve que decirle nada, ella solo asintió, dándome con ese gesto la aceptación que necesitaba. Ella comprendía que este era el primer paso para ser libre y, al igual que ella, estaba empezando a soltar lastre.

Al girar la cabeza hacia su izquierda encontré la sonrisa mal disimulada de mi hermana Kassi, a ella nunca le gustó Bibian, así que esta ruptura le estaba haciendo feliz, muy feliz. Eso era lo fundamental, que las dos únicas mujeres que me importaban en la vida fueran felices.

Lo único de lo que me arrepentía era de haber hecho daño a Paula, ella no merecía todo lo que le había hecho. Quizás en otras circunstancias… Sacudí la cabeza para sacarme esa idea de la cabeza. Ella merecía encontrar a un hombre que la apreciara y le diese todo lo bueno que merecía. Para mi ese barco nunca estuvo en mi puerto.

Capítulo 31

Owen

¿Han tratado de retener algo en la cabeza cuando están distraídos? Por mucho que repasara una y otra vez el temario de mi examen, la vista se me iba hacia el dispositivo que me avisaría si Jordan usaba el teléfono. Además, me imaginaba que papá estaría controlando todo lo que ocurría con Ernest y su reunión clandestina. Piratear su teléfono para convertirlo en un mecanismo de escucha era una ventaja que papá no desaprovecharía, tendría la oreja pegada en todo momento. Casi imaginaba a Ernest vaciando la vejiga en los baños del aeropuerto, y as mi padre escuchando al otro lado el chorrito contra la porcelana.

Decidí tomarme un respiro. Si no podía encontrar la motivación para concentrarme, lo mejor era hacer una pausa y despejarme. Quizás más tarde podría intentarlo de nuevo. Mi primer pensamiento fue llamar a Adrik, con todo el asunto de su primo Grigor aún en pie de guerra no había querido molestarlo demasiado.

—¿Cómo lo llevas? —me saludó.

—Debería ser yo el que hiciese esa pregunta. —Escuché como soltaba el aire pesadamente.

—No quiero aburrirte con detalles que ya imaginas, solo… no está siendo fácil para la familia, para ninguno. —Que metieran en prisión a un chico de 17 años era un drama para cualquiera, pero si además era un Vasiliev, el asunto empeoraba considerablemente. La mafia tiene enemigos en todas partes.

—¿Qué tal lo lleva Luka? —El hermano de Grigor ya arrastraba su propio calvario por una culpa que no era capaz de quitarse de encima. Que su hermano fuese encarcelado siendo tan joven, era otro golpe más que le costaría sobrellevar.

—Al menos el asunto de Grigor le ha hecho aparcar todo lo demás. No puedo decir que todo haya sido malo. —Adrik siempre buscaba la parte positiva de las cosas.

—Algo es algo.

—¿Qué tal llevas lo de Steinbeck? —Adrik cambió de tema con rapidez, ahorrándome a mí el tener que hacerlo.

—No como me gustaría, estoy algo distraído.

—Nadie como tú para buscarte algún lío. Si necesitas ayuda… —Con la que ellos tenían encima no podía aceptar la suya.

—Tranquilo, mi padre se está encargando de todo.

—Entonces parece importante —dedujo.

—Nada que no podamos solucionar, ya nos conoces. —Escuché una pequeña carcajada al otro lado de la línea.

—Sí, no conozco a tu padre tan bien como a ti, pero alguien me dijo que se parece mucho al mío, así que me hago una idea. —Si mi padre era un controlador minucioso, el suyo lo era más.

—Nos vemos en Berkeley. —No quería alargar más aquella charla. Ya nos pondríamos al corriente de todo personalmente en unos días.

—Estudia. —Su voz sonó como la de un padre preocupado.

—Tranquilo, no creo que pierda oportunidades de trabajo porque mis notas sean bajas. —No lo habían sido durante el curso, pero no me importaba sacar un aprobado raspado en este examen. La nota media no sería tan alta, pero serviría. Tendría que aguantar su vacile el resto de mi vida, pero podría vivir con ello.

Regresé a mis apuntes, dispuesto a darles una nueva oportunidad, pero el parpadeo que encontré en el dispositivo de escucha me hizo cambiar de idea. Jordan estaba hablando con Ernest.

Jordan

Cuando Bibian abandonó la casa con tanta prisa ya sabía que el asunto no se iba a quedar así. Lo primero sería llamar a sus inseparables amigos del alma para contárselo, o publicarlo en sus redes sociales. Aunque, si estaba tan enfada, seguramente recurriría a su padre para que la defendiese de semejante vejación. Me la podía imaginar llamando a su papi con esos pucheros infantiles y sus lágrimas de cocodrilo. ¿Importarme? Me había librado de ella, creo que todo iba por el buen camino.

Apenas estaba recogiendo mis cosas de la habitación, cuando el teléfono empezó a vibrar en mi bolsillo. No había tardado mucho, pensé, pero no era el padre de Bibian el que me llamaba, sino el tío Ernest. Tomé aire antes de contestar.

—Hola, Ernest. —Ya no podía llamarle tío, esa palabra solo se la merecía la persona que pensaba que era, no la que en realidad es. La familia se ayuda, pero no se utiliza como él había hecho con nosotros.

—Llevo esperando tu llamada todo el día, muchacho. —Muchacho. Eso es lo que soy para él, un muchacho manipulable que utilizar a su antojo.

—No iba a llamarte —confesé.

—¿No has conseguido más información?

—No —dije tajante. Lo había hecho, pero no iba a compartirla con él, ya no.

—Vaya, entonces la chica no era tan buen contacto como suponías. —Me mordí el labio para no decirle que la chicha era muchas cosas, todas buenas, y que no merecía que yo jugase con ella para conseguir algo que no era honrado utilizar en su contra—. O quizás el que ha fracasado has sido tú. —Ahí estaba, su auténtico ser había aparecido.

—Seguramente. —Prefería que me llamase fracasado a traicionar la confianza de Paula. Aunque no volviese a verla en mi vida, ella merecía más respeto que ese gusano rastrero que decía preocuparse por la familia. Estaba claro que el puesto de hermano de mi padre le quedaba grande.

—¿Qué tratas de decirme, muchacho? Sé que eres inteligente y tenaz, esa chica no puede ser rival para ti. Y da igual que sea abogada, no es más que una de esas empollonas que entierran la nariz en contratos y textos legales. Tú tienes mucho carisma, muchacho, y sabes utilizarlo. Esa chica tendría que estar coladita por tus huesos en este momento. —Esa era la razón por la que me había metido en esto, lo sabía.

—Tus informes se equivocan, es una mujer lista y muy profesional. Ha sido imposible conseguir información de sus clientes.

—¡Maldita sea, muchacho! Sedúcela, acuéstate con ella si hace falta, pero dame algo. —No solo la idea era ruin, sino que me pidiese hacerlo era aún peor.

—Tengo novia, no voy a… —No me dejó terminar la frase.

—Ella no se va a enterar.

—Es la hija de tu socio.

—El mismo Frank estaría de acuerdo si con eso consigues la información. Es solo un polvo, nada más.

—No soy de ese tipo de personas, Ernest. —Yo no era como él.

—Piensa en High Quality Engineering, muchacho. ¿No quieres estar al mando de la empresa de tu padre? Sabes que te sentaré en el sillón del director si haces bien tu trabajo. —Para él no era

más que un prostituto, vendía mi moral a cambio de dinero.
—No lo quiero a este precio, Ernest.
—Te lo diré de otra manera, si no me das algo antes de mañana a mediodía, ya puedes ir despidiéndote de ese puesto. Incluso puede que considere el ponerte de patitas en la calle, y los dos sabemos que no puedes permitírtelo. ¿Qué dirá tu madre si pierdes el trabajo? ¿Qué le ocurrirá si no tiene a alguien que la cuide en el futuro? ¿Y tu hermana? ¿Quién pagará sus estudios? —Él no lo sabía, pero ellas misma me habían liberado de esa carga.
—Haz lo que tengas que hacer. Yo seguiré cuidando de mi familia, buscaré la manera. —Sabía que había tocado el botón equivocado, o quizás fuese el correcto, pues hizo que Ernest perdiera el control del todo.
—No será en esta ciudad, muchacho. Te pondré en la lista negra del gremio. Ningún estudio de arquitectura te contratará, no podrás conseguir un trabajo decente con el que mantenerte, ni a ti ni a tu familia. —Sabía que era capaz de eso, pero no contaba con algo.
—Hay muchos trabajos decentes que puedo hacer en esta ciudad y, si no, siempre puedo irme a otro sitio. Mi padre levantó una empresa de la nada, yo no te necesito para hacer lo mismo, si es eso lo que quiero.
—Estás cavando tu tumba, y la de tu familia.
—Te equivocas, los estoy salvando de ti. Así que aléjate de mí y de ellas, porque ya no tengo nada que perder, y puedo llamar a algunas puertas para contar los métodos de los que te sirves. Puede que alguno de tus oponentes les interese lo que puedo contarles.
—No te atreverás.
—No me provoques y no tendrás que descubrirlo. —Él podía amenazarme, pero si se metía con mi madre y mi hermana, ya podía ponerse a temblar, porque le atacaría con todo lo que pudiese conseguir. Si fuese honrado no tendría nada que temer, pero como no lo era…
—Esto vas a pagarlo. Nadie me amenaza y sale indemne. —Y colgó la llamada. Debería haberme echado a temblar porque sabía que era capaz de muchas cosas, pero no lo hice. Solo me sentí libre.

Capítulo 32

Paula

Lunes, había sobrevivido al fin de semana. La rutina es lo mejor para que la gente siga con su vida. No es que la mía hubiese sufrido un duro golpe, pero, en fin, el corazón, al menos el mío, necesita un tiempo para recuperarse de sus heridas. Como decía mi hermano Hugo, tenía un corazón demasiado tierno. La única manera de fortalecerlo era pasando por situaciones como estas, de las que endurecían el alma a fuerza de desilusiones, engaños y traiciones.

Solo me separaba una planta de mi trabajo, así que en vez de usar el ascensor subí por las escaleras. ¿Por qué? Pues por muchas razones, es energéticamente más sostenible, más ecológico, a mis piernas les viene mejor el ejercicio y mi cabeza estaría centrada en no tropezar y caer en vez de pensar en Jordan. ¿Por qué me afectaba tanto? Solo había sido una cita, bueno, dos, pero la segunda ya sabía que no era real. Me considero una persona inteligente, práctica, pero no sé la respuesta.

Estaba acercándome a las oficinas de nuestro bufete, cuando me percaté de que había alguien hablando.

—… Salgo hoy mismo, no te preocupes. … Lo sé. … Dale un beso de mi parte. —Creí que no se había dado cuenta de que me acercaba, pero al girarse hacia mí con calma, y su forma de mirarme, me decían que no era así. Sorprender a Owen era algo que parecía imposible.

—Hola. —Gesticulé con la boca mientras alzaba la mano para saludar. No quería interrumpirlo.

—Te llamaré esta noche. —Colgó la llamada sin apartar la mirada de mí—. Sé que no entra en tus obligaciones, pero… ¿Podrías acercarme al aeropuerto? —Owen tenía dinero para pagarse un taxi, así que aquella petición traía algo escondido.

—Deja que hable con Fran y te acompaño. —Lo bueno de trabajar con tu primo, de ser mi jefa y haber adelantado mucho trabajo el fin de semana era que podía escaparme sin tener que dar demasiadas explicaciones.

—Si tienes algún problema, siempre puedes decirle que es una orden de mi padre. —Una sonrisa canalla apareció en sus labios. Él sí que sabía lo que su padre imponía, incluso a Fran. Avancé hasta su despacho para encontrarlo sentado frente al escritorio.

—Voy a salir un momento a acercar a Owen al aeropuerto. —Fran pareció mirar detrás de mí y luego asintió serio.

—De acuerdo. —Me sabía mal abandonar así mi puesto de trabajo, así que…

—Aquí tienes las correcciones de los contratos de Hendrick. Revísalas, se las comentas, y si hay que hacer algún cambio me lo dices. —Dejé la carpeta sobre su mesa. Sus cejas se alzaron ¿sorprendidas o curiosas? No lo sé, diría que lo primero, pero era Fran, difícil saberlo.

—Entonces tómate tu tiempo, esto me llevará un rato. —En otras palabras, no pasaba nada si me paraba a tomar un café en el camino.

Salí de su despacho dispuesta a cumplir con mi misión de chofer.

—Listo, ¿nos vamos? —Él asintió y después recogió una pequeña maleta que no había visto antes.

Bajamos al aparcamiento subterráneo del edificio, tomamos mi coche y nos pusimos en camino. No sabía cuándo Owen iba a decidirse a soltar lo que tenía en la cabeza, pero estaba claro que buscaba que estuviésemos a solas para hacerlo, ya saben, sin posibles interrupciones. No tardó mucho, apenas salimos a la carretera principal habló.

—No vas a volver a verlo. —Así, directo y sin rodeos. No necesitaba preguntar de quién estaba hablando.
—¿Estás seguro? —Miré un segundo hacia él, pero sus ojos parecían más centrados en la carretera que en mí.
—Totalmente. A menos que quieras. —Advertí por la periferia que se giró hacia mí.
—¿Por qué querría hacerlo? Sí, me encantaría darle un buen puñetazo en la cara, romperle la nariz y llamarle imbécil, pero algo me dice que de eso ya te habrás encargado tú, ¿verdad? —Él no contestó, tampoco necesitaba que lo hiciera, soy abogada, sé que si había hecho algo como golpear a alguien, precisamente yo no debía saberlo—. Él no tuvo remordimientos por jugar conmigo y utilizarme, lo que le pase a ese cretino se lo tiene merecido.
—Entonces asunto zanjado. —Intuía que había algo más, pero sabía que de Owen no conseguiría nada. A veces era un poco terco, poco comunicativo. No le estoy llamando insociable, Owen es encantador, pero hay veces que oculta demasiado para mi gusto. Nunca estaré segura del motivo por el que lo hace, ¿sería su manera de protegerme? Creo que él tiene una visión del mundo mucho más oscura que la que tengo yo.
Hablamos de otras cosas durante un rato, pero soy curiosa, así que no pude aguantarme y antes de alcanzar el aeropuerto volví a retomar ese hilo de conversación que habíamos abandonado.
—¿Estás seguro de que todo ha terminado? —Sus ojos me miraron directamente.
—De lo que queda se encargará mi padre, no te preocupes —dijo serio.
—Ya, pero… —Owen soltó el cinturón de seguridad, dejando claro que iba a irse dejando el asunto zanjado por su parte.
—No le des más vueltas, Paula. Ese cretino te utilizó y no volverá a acercarse a ti. Fin del asunto. —Aquella brusquedad en su respuesta me desconcertó. Owen no era tan cortante.
—No me trates como una estúpida, es normal que quiera saber qué está ocurriendo con todo el asunto. ¿No quieres decírmelo? Bien, no lo hagas, pero no hace falta que seas un borde. —De su boca escapó un suspiro.
—Perdóname. Tener que irme sin ver cómo acaba todo me pone un poco irritable, eso es todo. —Acepté su disculpa con un asentimiento de cabeza.
—Vale. Cuando termines los exámenes ¿regresarás a Miami? —¿Sonaba a que quería verle? Bueno, en estos días había descubierto en él a un buen amigo, alguien que se preocupa por mí. Aunque no me entusiasmara que estuviese permanentemente controlándolo todo; me estresaba.
—No, cuando termine regresaré a Chicago. ¿Por qué? ¿Ya me estás echando de menos? —Sonrió como si pensara que estaba coladita por sus huesos. Alcé los ojos al cielo exasperada. Hombres.
—¿Y hacer de espías otra vez? No, gracias, prefiero regresar a mi anodina y apacible vida. —Los ojos de Owen se quedaron un par de segundos sobre los míos.
—¿Amigos? —preguntó.
—Hasta que decidas meterme en una de tus aventuras tipo James Bond, entonces es posible que rompamos relaciones de forma permanente. —De su garganta escapó una carcajada.
—Di Angello, no cambies nunca. —Y salió del coche.
Lo vi alejarse mientras arrastraba su pequeña maleta, con una sonrisa divertida en la cara. La llegada de un mensaje me hizo prestarle atención a mi teléfono.
—*Lo siento.* —La sonrisa se borró de mis labios. Respiré profundamente, era hora de zanjar esto. Abrí mi lista de contactos y lo bloqueé. Adiós, Jordan. Perdiste tu oportunidad.

Jordan

Tenía que hacer bien las cosas, y lo primero era pedir perdón a Paula por lo que había hecho. Necesitaba… Esperaba… A quién quería engañar, nunca podría mirarle a la cara y no recordar que la había utilizado; no podía ser un hipócrita y actuar como si nada hubiese ocurrido. Al final, que ella pensase que estaba con otra chica era lo mejor. Realmente era un gilipollas, no merecía su perdón. Aun así, mi corazón lo necesitaba. ¿Por qué me preocupaba más Paula que Bibian? Se suponía que la segunda era mi auténtica novia, hacerle daño me tendría que haber sentado peor. Pero no, tan solo me preocupaba Paula.
Sacudí la cabeza alejando esa idea de mi mente. Olvídala, Jordan, ella ya no estará en tu vida. Vive con las consecuencias de lo que has hecho, sé un hombre.

Capítulo 33

Alex Bowman

Owen estaba intranquilo, no le gustaba quedarse fuera de este tipo de cosas, sobre todo cuando había sido él el que había intuido el peligro, pero tenía que entender que no podía controlarlo todo personalmente. Si algún día se hacía cargo del negocio familiar, tenía que aprender a delegar. Confianza, debía encontrar a efectivos capacitados en los que poder confiar. Encontrarlos era cuestión de tiempo y de suerte. Todavía era muy joven, tenía tiempo.

Por mi parte, ya tenía un equipo humano que seguía mis directrices como una máquina bien engrasada. A veces me asombraba toda la eficacia que habían alcanzado. No podía olvidar que Chicago era grande y había mucha gente. Pero eran mis hombres; si trabajaban para mí, no solo era porque eran buenos en su trabajo y fieles a su jefe, sino porque se esforzarían al máximo para tenerme contento.

—¿Dónde está nuestro gato curioso? —Jonas miraba su teléfono mientras contestaba.

—Según la última foto, está desayunando unos huevos revueltos con zumo y café, en la cafetería frente a su hotel —detalló mi amigo.

—¿Tenemos pirateado su teléfono? —quise saber.

—Estamos al 67 %. —Asentí conforme. El plan estaba en marcha.

—¿Crees que va a volver a darnos problemas? —preguntó Connor sentado en el borde de mi escritorio.

—Está claro que ha conseguido lo que necesitaba con la ayuda de alguien de la zona. No es él el que me interesa tener vigilado, sino a su contacto. Aunque bueno, ya puestos, no hay que descuidar a ninguna rata. —Connor asintió pensativo.

—¿Piensas que ese contacto puede estar relacionado con alguna de las otras familias? —Torcí la boca ante esa pregunta.

—Me preocupa más que sea un agente libre. —Ese tipo de gente no tenía más lealtad que el dinero, y no se podían controlar.

—100 % —informó Jonas. Bien, teníamos controladas las comunicaciones del investigador que había contratado Ernest. Pulsé el comunicador con el despacho de Emil, nuestro informático.

—Emil, en cuanto tengas acceso a la información del sujeto beta, necesito que compruebes si tiene algún viaje programado para hoy.

—Sí, jefe. —Me encantaba este hombre.

—Y si es posible, también quiero que encuentres algún dato personal sobre él, como dónde vive, si tiene hijos, dónde estudian, el nombre de sus profesores, el dentista que le puso su primer empaste…

—Informe completo, como siempre. Ya estoy en ello. —Pude escuchar como las teclas eran golpeadas con velocidad. Corté la comunicación para regresar con mis hombres de confianza.

—¿Tienes todo lo que necesitas sobre Ernest Williams para la reunión de esta tarde? —Sabía que Connor lo preguntaba porque se moría por estar, pero no podía ser, y él lo sabía. Ernest quería una reunión con Alexander Bowman el empresario, y era lo que iba a tener, más o menos. Solo con pensar en ello ya sonreía como el gato que se comió al canario.

—Podría invitarte, pero prefiero que seas tú el que se encargue de nuestro gato curioso. —Eso consiguió sacarle una sonrisa canalla.

—¿Como en los viejos tiempos? —Desde que había hecho de él un hombre de negocios

importante, apenas le dejaba manejar en primera persona asuntos «comprometidos». Pero a veces regresar al pasado por unos momentos le rejuvenecía a uno.
—A menos que prefieras que se encargue Jonas. —El aludido levantó la cabeza de su pantalla, súbitamente muy interesado. No es que no estuviese atento, nuestro indio iroqués tenía su fino oído puesto en todas partes. Pero estaba claro que mencionar su nombre le había hecho meterse en la conversación.
—De eso nada. Quiero comprobar si he perdido mi toque. —Sonreí ante esa observación, Connor sabía que no lo había perdido. Todavía podía persuadir a cualquiera para que le diese lo que quería. Meter el miedo en el cuerpo a un tipejo sin perder la sonrisa de niño bueno era algo que solo él podía hacer.
Emil no tardó mucho en pasarnos los datos de nuestro curioso. Se llamaba Daniel Bolinger, era investigador privado, aunque su reputación, o mejor dicho, sus métodos no eran muy refinados. Pero tenía clientes que pagaban bien por sus servicios, así que le iba bien. Trabajaba principalmente en Florida, por lo que recurrir a otros era algo de lo que se servía cuando sus investigaciones lo llevaban fuera de su zona habitual.
Estudiamos a fondo su dosier, buscando la pieza perfecta para conseguir nuestro objetivo y ahí estaba: una fotografía de un niño de unos 14 vestido con uniforme deportivo y una pelota de baloncesto bajo el brazo. Connor y yo nos miramos sin decir nada, ambos sabíamos cómo jugar la baza. ¿Hacer daño a un crío que apenas había salido del cascarón? La mafia irlandesa de Chicago tenía fama de dura, pero no éramos unos salvajes. Aunque eso ese tipo no lo sabía. Y esa era precisamente nuestra ventaja, nuestra mano ganadora. No recuerdo quién me dijo que no hacía faltar lanzar una bomba contra el enemigo para infundirle miedo, solo es necesario que sepa que la tienes y que no tienes reparos en usarla.
—Nuestro hombre tiene visita. —Aquella frase nos hizo mirar a Jonas en busca de más información.
—¿Tienes a alguien para hacerle seguimiento? —La boca de Jonas se torció.
—Seguro que sí, pero voy a confirmarlo. —Tecleó con rapidez en su teléfono—. Sí, tengo un operativo listo.
—Bien. Con un poco de suerte será el contacto que nos interesa descubrir. Pon a Emil sobre la pista, no quiero que se nos escape. —Jonas asintió y salió de mi despacho, seguro que directo al de Emil, que estaba al final del pasillo.
—Ultima reunión antes de irse —dijo Connor mirando su reloj. Según el avión que sabíamos que iba a tomar, no tardaría mucho en ir al aeropuerto.
—No, le falta otra. —Le miré directamente para que supiera que había llegado el momento de que se pusiera en marcha. Connor asintió antes de ponerse en pie.
—No seas muy duro con Williams, recuerda que no es de la zona. —Él mejor que nadie sabía que iba a divertirme con ese tipo. Jugaría con él y después… Después le dejaría claro que el único que decidía cómo terminaba la partida era yo.
—Nadie le ha obligado a venir. —Connor negó con la cabeza mientras sonreía.
—Tampoco creo que quiera volver. —Y salió del despacho. Estaba convencido de que Bolinger también se lo pensaría un par de veces antes de regresar a Chicago, por si se metía en charcos en los que no querría meterse.
Ernest Williams llegó dos minutos antes de nuestra cita. Sabía que estaría algo extrañado por no ver a nadie en la oficina a aquellas horas, solo el vigilante de seguridad que lo acompañaba hasta mi puerta, nadie más. Después de llamar tres veces con el nudillo, Colton esperó a que le diera permiso para abrir.

—Señor Bowman, su visita está aquí. —Como si no me hubiesen llamado en el mismo instante en que se presentó en la recepción del edificio.
—Gracias, Colton. —Este cedió el paso a Ernest y cerró la puerta a sus espaldas. Siguiendo el protocolo habitual, permanecería allí hasta que la visita se fuera, para acompañarla hasta la salida. No se permitían desconocidos deambulando por el edificio sin acompañamiento.
Me levanté de la silla para salir a su encuentro y saludarle formalmente con un apretón de manos.
—Señor Williams. —Él correspondió con un apretón firme y una sonrisa exagerada.
—Es un placer conocerlo, señor Bowman. Agradezco que me haya recibido con tan poca antelación. —Se sentó en la butaca que le señalé y yo regresé a mi sillón. Con alguien a quien conociese o no quisiera intimidar me hubiese sentado en la butaca frente a la silla. Pero quería impresionarlo, dejarle claro con quién trataba.
—Dijo que quería hablar conmigo un asunto lucrativo, y no soy de los que desaprovechan ese tipo de oportunidades, Williams.
—Estoy seguro de que traigo algo que le gustará. —Odio a la gente que te hace la pelota.
—Al grano, Williams. Mi tiempo vale demasiado como para perderlo en adornos superficiales.
—Aquello pareció importunarlo, pero enseguida el hombre de negocios tomó el mando.
—Sé que tiene un edificio en construcción, y que ha contratado a Sparkling Architects para el proyecto.
—No habrá venido hasta aquí para decirme algo que ya sé. —Me incliné hacia delante con los dedos entrelazados y las manos apoyadas sobre el escritorio.
—No, he venido para proponerle un cambio. —Abrió su maletín para sacar unas simulaciones y planos que me presentó con demasiada ilusión—. Como verá, nuestra propuesta es más moderna y dinámica. Espacios interiores más definidos, más iluminados y, sobre todo, mejor aprovechados. —Se habían esmerado con el diseño, tenía que reconocer su esfuerzo. No me puse en pie para apreciar mejor los planos sobre mi mesa, solo tomé las imágenes para darles un vistazo rápido.
—Sparkling Architects ha creado un edificio que se ajusta a las especificaciones que les he pedido, el suyo no cumple con ninguna de ellas. —Fue como arrojarle un vaso de agua helada a la cara.
—Si ellos lo han hecho, nosotros también podemos, y por menos dinero. —Me recliné en el sillón, dejando mis manos sobre mi abdomen, en actitud relajada.
—Ya le he dicho que mi tiempo es muy valioso. ¿Por qué lo malgastaría en hacer otra vez lo mismo?
—Por el precio. —Esa era su baza. Una lástima que no pensáramos igual.
—Voy a explicarle mi forma de trabajo, señor Williams. Me gustan las cosas tal y como las pido, que se hagan rápido y que estén perfectas. Ya tengo a un equipo de construcción trabajando en la estructura, hacerles parar para preparar unos nuevos planos supondrá un sobrecoste en tiempo y dinero. Un mejor precio solo se consigue abaratando costes, y eso solo puede hacerse con trabajadores menos cualificados y con materiales de inferior calidad. Seguramente todo ello a la vez, y eso es algo que no toleraría. La calidad de ese edificio ha de ser excepcional.
—Por supuesto, señor Bowman, no le quepa duda de que le daríamos lo que pide. En High Quality Engineering nos encargaríamos de que tanto contratistas como materiales pasen los más altos baremos de calidad. —Negué con la cabeza.
—De los contratistas me encargo yo, Williams. Lo único que le he pedido a Sparkling Architects ha sido el diseño. —Acababa de cercenar su fuente de beneficios.
—Conocemos el trabajo de los profesionales con los que trabajamos, señor Bowman. A veces

recurrir a…
—No se canse, Williams. Sé perfectamente con quién trabajo, y lo más importante, ellos me conocen a mí. Saben lo que se juegan si no me dan lo que pido. —Verle tragar saliva me hizo sonreír por dentro. Todavía no había perdido mi toque. Hacerle sudar sin proferir una amenaza era divertido.
—Pero…
—No pierda más de mi tiempo, Williams —le interrumpí antes de ponerme en pie—. Lo que usted me ofrece no es lo que quiero, así que puede irse. —Dudó un par de segundos, pero su ego no dejó que le viera vencido. Se puso en pie, estiró el cuello y me tendió la mano para despedirse.
—Siento que no hayamos llegado a tiempo para este proyecto, señor Bowman. Desearía que nos tuviese en cuenta para algún otro en el futuro.
—Sopesaré su oferta si se da el caso. —Ni de broma, pero eso él no tenía que saberlo.

Connor

Me senté frente a Bolinger y deslicé la fotografía de su hijo sobre la mesa hasta dejarla junto a su taza de café. Podía ver el desconcierto convertirse en miedo. No necesitaba decirle mucho. Que un desconocido se presente con una foto de tu hijo sin cruzar ni una palabra contigo, tenía que acojonar pero bien.
—¿Qué…? —No se atrevió a terminar la pregunta. Era el momento de dejarle claro dónde se había metido. Me puse en pie y me dispuse a irme, pero me giré hacia él en el último minuto. Ya saben, por el dramatismo.
—A poca gente le gusta que desconocidos curioseen en sus asuntos. Al señor Bowman tampoco.
—Ahora sí. Con todo dicho, me fui de allí. No le había proferido ninguna amenaza, él era lo suficientemente inteligente para imaginársela. ¿Sería suficiente para que no volviese a meter sus narices en nuestro territorio? Por la palidez de su cara yo diría que sí.

Capítulo 34

Alex Bowman

Puse la grabación de nuevo. Connor torció la boca cuando escuchó lo que aquel sucio perro de Williams estaba preparando. Estaba claro que no era de los que aceptan una derrota, era de los que hacen lo que sea con tal de ganar, incluso hacer trampas.

—Será mejor que ponga a los hombres en alerta. —En mi cabeza no hacía más que dar vueltas la misma idea; ese desgraciado no se detendría solo con el sabotaje. No solo sacaría de la ecuación a las constructoras con las que estaba trabajando en ese momento, haría lo imposible para quedar como única opción disponible.

—Solo hay una manera de que se aleje de nuestro proyecto, Connor, y es hacer que el atacante se convierta en presa. —Levanté la mirada para encontrar la suya. Él y yo nos habíamos tropezado con mucha gente como Williams, y sabíamos que no había otra manera de hacer que soltara su presa.

—Miami nos queda un poco lejos, Alex. —Sabía a qué se refería. Toda mi infraestructura y toda la red de contactos que habíamos tejido para dar sostén a nuestra organización estaban en Chicago. Realizar una operación a miles de kilómetros de distancia requería de más planificación y recursos de los que querría utilizar. Pero él se había atrevido a venir a mi ciudad a amenazarme y atacarme, no podía dejar que eso sucediera. No solo por mi ego, sino porque alguien como yo, con mi posición, no solo no debía mostrarse débil, sino que no podía pasar por alto algo como lo que pretendía ese hombre. Cualquier otro podía pensar que era posible golpearme y hacerme sangrar.

—Pero tenemos amigos allí. —Ese gilipollas de Williams no solo se había atrevido a meterse con la mafia irlandesa de Chicago, sino que iba a descubrir que teníamos a otra de las mafias como aliada. Si con los irlandeses de Chicago era mejor no meterse, con los rusos de Las Vegas tampoco. Vale, su infraestructura en Miami no era tan potente, pero podría decirse que en esa ciudad tampoco se atrevían toser en su dirección.

—¿Vas a decírselo a Owen? —Sabía lo que estaba pensando. Todo esto lo había destapado él, le debía al menos saber lo que iba a ocurrir.

—Vamos a dejarle tranquilo de momento. Ya le ha robado demasiados días a su carrera académica. Total, en unos días regresará a casa.

—¿Y a los Di Angello? —Eso era otra cosa.

—Ya han hecho su parte. Esta guerra es cosa nuestra. —Los abogados pueden ser los aliados del diablo, pero no necesitaban saberlo todo. No al menos que ya estuviese hecho. Sus armas eran las leyes, las nuestras eran la persuasión y el juego duro.

5 semanas después…

Paula

El trabajo es lo único que puede hacer que me olvide del resto del mundo. Mamá siempre dice que soy demasiado responsable como para no centrarme en lo que tengo que hacer. Aunque eso no quiere decir que mi cabeza no se pierda por extraños mundos cuando encuentra un momento de paz. Como en aquel momento. En cuanto el avión despegó rumbo a Chicago no pude evitar

pensar en Owen y en todo el asunto de Jordan. Creía que había pasado página, pero estaba claro que todavía dolía. ¡Estúpida! ¿Cómo pude dejarme engañar así? Porque te gustaba, más de lo que pensaste, me respondí. Estuve ciega, y eso solo ocurre cuando el enamoramiento no te deja ver nada más. Lo veo cada día. Mujeres que babean como idiotas por tipos egocéntricos que no les hacen ni caso.

Sacudí la cabeza tratando de alejar la imagen de Jordan de mi cabeza, su sonrisa, su voz, sus labios…

—¡Ey! —Alcé la vista para ver el ceño fruncido de Owen—. ¿Estás bien? —Miré a mi alrededor para darme cuenta de que había llegado a la puerta de salidas del aeropuerto sin apenas haberme percatado de ello. Mi cuerpo debió actuar de forma autónoma, llevándome hasta el exterior, seguramente siguiendo al resto de los pasajeros de mi vuelo.

—Sí, solo estaba algo distraída. —Traté de sonreír, pero no conseguí gran cosa, no al menos como antes de…

—El coche nos está esperando fuera.

—Estupendo.

—¿Pudiste repasar los contratos? —Aquella pregunta me ofendía.

—Por supuesto. —Otra vez aquel fruncimiento de ceño—. ¿Por qué pones esa cara?

—Te los enviaron ayer a última hora de la tarde. —Me encogí de hombros. No era la primera vez que adelantaba trabajo en casa—. Y por tu cara diría que no los has revisado en el avión, así que…

—Lo hice anoche. —A estas alturas él ya tendría que conocerme. Owen soltó aire lentamente.

—No puedes seguir así, Pau.

—Así, ¿cómo?

—Llorando la pérdida de ese tipo. —Odiaba lo transparente que podía ser para Owen.

—Fueron solo dos citas, no fue para tanto. —Traté de quitarle importancia, pero era difícil de engañar.

—Ya, a veces sobra con eso. —Menos mal que alcanzamos el coche, porque no tenía ganas de seguir con aquel tema.

Ni Owen ni yo seguimos hablando de ello en el coche, más que nada porque era un tema personal, y a los dos tipos que iban en la parte de delante no les interesaba mi vida.

—El jefe nos espera en el edificio nuevo. —Ya me había dado cuenta de que delante de otros empleados de Alex, su hijo tendía a no decir la palabra «padre», se refería a él siempre como «jefe». ¿Era su manera de que le vieran como a uno más y no como el hijo del jefazo?

—¿Algún problema con los permisos de obra?

—Ninguno. —Eso me tranquilizaba, porque ese había sido mi trabajo, el que todo estuviese dentro de los parámetros legislativos.

—¿Y con la constructora? —Por eso me habían enviado aquellos nuevos documentos. Alex quería contratar a otro constructor para que hiciese el trabajo.

—Será mejor que eso se lo preguntes a él. —Su expresión estaba seria, como si ese tema no tuviésemos que tratarlo nosotros y mucho menos delante de nuestros acompañantes. Ya me había dado cuenta de lo meticuloso y celoso que era Alex Bowman con sus asuntos de negocios.

Mantuvimos unos minutos el silencio entre nosotros, hasta que me atreví a preguntar. Ya que no podía hablar de negocios, tal vez podría cambiar de tema.

—¿Qué tal los exámenes? ¿Te fueron bien? —La sonrisa de Owen volvió a aparecer.

—Aprobé todo, si es lo que te preocupa. —Puse los ojos en blanco.

—No estaba preocupada. —Owen soltó una pequeña carcajada.

—Pues lo parecía. —Me incliné hacia él, porque no quería que nuestros acompañantes pensaran mal.
—No tuviste mucho tiempo para estudiar en Miami —susurré. Vale, podía parecer otra cosa, pero no me importaba.
—No puedo resistirme cuando hay un poco de acción, pero eso no quiere decir que no cumpla con mis obligaciones. —Su manera de sonreírme parecía darle un toque sexual a la conversación. No sé por qué me dio por mirar hacia delante, pero al hacerlo vi que el conductor del vehículo sonreía. ¡Mierda! Estos dos pensaban que Owen y yo… Este idiota lo estaba haciendo adrede. Le di un manotazo en el hombro para que dejase de jugar conmigo de esa manera.
—Eres un idiota.
—Eso dicen.
El resto del trayecto no pude dejar de sonreír, y entendí por qué Owen había hecho eso, simplemente quería que dejase de pensar en lo que me había entristecido. Tenía que reconocer que era bueno, muy bueno, haciendo que una chica olvidase sus problemas.
El coche se detuvo frente a la enorme construcción metálica. El esqueleto del edificio parecía desnudo, aunque no le restaba poder. Era imponente, aunque en la ciudad hubiese edificios mucho más altos que ese. Si Alex trataba de crear algo a su propia imagen, esa edificación servía perfectamente. Sabía que la mitad se dedicaría a oficinas y otras cosas, pero pensar que Alex había creado esto para su hija, para que tuviese un laboratorio en el que trabajar, le encogía a una el corazón. Existían hombres como él, como mi padre, que estaban dispuestos a darle a sus hijos todo lo que pudiesen necesitar, sin escatimar esfuerzos. Vale, mi padre no tenía tanto dinero y poder, pero, a su manera, él y mamá habían trabajado duro para darnos estudios a todos nosotros. Algún día esperaba ser merecedora de semejante esfuerzo.

Capítulo 35

Paula

—Así que tendré que revisar unos nuevos contratos dentro de tres meses. —Observé a Alex esperando su confirmación.

—Sé que es un poco tedioso, pero si quiero mantener el interior del edificio en secreto, ha de ser así. —Me miró de esa manera que decía «tengo motivos para que nadie sepa lo que estoy haciendo, pero no vas a preguntar». Y no lo hice.

Todo el asunto de Jordan me hizo pensar que el trabajo de Mo como arquitecto estaba en peligro, pero Alex no le retiró del proyecto. Seguíamos utilizando los planos que habíamos usado aquel día en su oficina.

Aproveché que Alex se alejaba hacia un extremo de la edificación para preguntarle con discreción a Owen.

—Jordan y para el que trabajaba no… no dieron problemas. —Era una afirmación con rastros de pregunta, pero Owen me entendió.

—Es complicado. —Aquella respuesta no la esperaba.

—¿Ellos…? —Owen no me dejó continuar, me tomó del brazo y me alejó del grupo que estaba inspeccionando los avances en la primera planta del edificio.

—Tienes que confiar en mí, Paula. El mundo de los negocios no es tan brillante como te lo imaginas. Tiene muchos puntos oscuros que alguien como tú jamás debería conocer. —Aquellas palabras me hicieron temblar.

—¿Quieres decir…? —Owen negó con la cabeza.

—Hay personas como el tío de Jordan que no tienen prejuicios a la hora de saltarse la ley, y tampoco es el único. Cuando alguien como él te ataca, a veces la única manera de defenderse es utilizar las mismas armas. —Había algo oscuro en su mirada, algo que parecía mantener oculto del resto del mundo, o al menos, de personas como yo.

—¿Por eso contratasteis a Fran? ¿Para que os libre de los problemas legales? —Nada como un abogado para hacer que alguien que se ha saltado la ley quede libre. Es así, y siempre seguirá siendo de la misma manera. Solo necesitaba… Solo quería que me dijese que él no era como ese tipo, como Jordan. Aunque algo me decía que no le importaría serlo si tuviese que proteger a los suyos.

—La ley no siempre es justa con quien debe serlo. Todo depende de lo bueno que sea tu abogado. —Oírlo de su boca me hizo sentir un escalofrío. Pero no reculé. Cuando uno estudia para abogado ya sabe a lo que se enfrenta. Tan solo tenía la esperanza de que ellos fueran…

—Fran y yo estaremos ahí para libraros de la cárcel, no te preocupes. —Sus cejas se alzaron algo sorprendidas.

—¿Qué crees que hacemos en mi familia?

—Yo… —No supe qué contestar, o tal vez me mordí la lengua para no decirlo en voz alta.

—Lo único que te digo es que a veces hay que jugar sucio con esta gente, es la única manera de sacártelos de encima. Normalmente estas cosas no salen a la luz, pero si lo hacen, podemos buscarnos algún problema. ¿Recuerdas cuando el loco aquel secuestró a tu madre y a Bianca? —Algo se atravesó en mi garganta.

—Sí —logré decir.

—Para mí lo importante era sacarlas a las dos de allí con vida. Si la cosa se hubiese complicado,

no me habría importado dispararle a aquel tipo. Era él o ellas, y está claro a quién prefería sacar de allí de una pieza. —No dijo la palabra matar, pero sabía que él lo habría hecho. Sentí algo extraño en mi interior. Me sentí a salvo por saber que alguien como él estaba dispuesto a cualquier cosa por nuestra seguridad, pero al mismo tiempo, me daba miedo que pudiese decirlo con aquel pragmatismo, con aquella seguridad.
—Por suerte no lo hiciste.
—No, pero me vino muy bien tener a Fran cerca para pararle los pies al inspector ese. A veces la gente que defiende la ley solo piensa en conseguir méritos para ascender y se olvida de que mi intervención evitó una tragedia.
—Tendría que haberte dado las gracias y dejarte ir.
—En este mundo no hay mucho espacio para la honorabilidad. Poca gente se rige por unos buenos principios, y otras, aunque lo intentan, no pueden hacerlo porque no les dejan. —Sus ojos me miraron de una manera extraña.
—¿Qué tratas de decirme? —Le vi levantar la mirada hacia un punto tras mi espalda. ¿Iba a decirme algo que no debía saber? ¿Algo que su padre no quería que me contase?
—Ernest Williams empujó a su sobrino para que espiara a la competencia.
—¿Estás diciéndome que lo que hizo tiene disculpa? —Mi voz sonó enfadada. Lo que me hizo Jordan, su forma de jugar conmigo, no tenía perdón.
—Al principio no. Después… —Owen torció el gesto, pero no respondió a mi pregunta. Trató de alejarse, pero lo aferré de la manga para que no lo hiciera.
—No haber empezado, ahora me lo cuentas todo. —Él dudó.
—Verás, recurrimos a métodos un poquito ilegales para conseguir la información. No quiero que… —Después de todo lo que me había contado, ¿se pensaba que me iba a escandalizar por algo como eso? Vale, soy abogado, pero incluso los asesinos tienen un abogado para defenderlos. Yo al menos sabía que los medios de los que se habían servido no eran para hacer el mal a nadie, sino para defenderse. ¡Y qué porras!, me parecía genial si lo habían hecho.
—El secreto entre abogado y cliente te protege, os protege a todos. —Owen sonrió de esa manera que decía que me tenía donde quería. ¿Pero cómo podía jugar conmigo de esa manera?
—¿De verdad quieres saberlo?
—Me da igual lo que pase con los demás negocios oscuros que tenga la empresa de tu padre. Pero este… Estoy metida en ello desde el principio, merezco que me cuentes todo lo que sabes al respecto.
—Está bien. —Alzó las manos como si le hubiese vencido, pero los dos sabíamos que era un retorcido tramposo que había conseguido lo que quería: que estuviese deseosa de saber qué había ocurrido con Jordan y todo el asunto del espionaje.
—Ve soltándolo todo —le apremié.
—¿Recuerdas que tuvimos que insistir con la información que tenías que darle? Ya sabes, cuando le llamamos por teléfono desde mi apartamento.
—Sí, me acuerdo. —Como para no olvidarlo, todavía tenía ganas de estrangularlo. ¿Su madre? ¡Ja!
—Jordan decidió no transmitirle la información. —Aquello me confundió.
—¿Encontró otra persona a quien darle esa información? ¿O de repente se le apareció un ángel, le dijo que tenía que ser un chico bueno y no hacer esas cosas? —Lo sé, estaba siendo cruel, pero es que Jordan no merecía ningún tipo de consideración, era un sucio y rastrero mentiroso.
—Yo más bien diría que su ética decidió sublevarse.
—¿Su ética? —repetí incrédula.

—Explícame tú entonces lo que ocurrió. Jordan le dijo a su tío que se fuera a la mierda y que no iba a seguir utilizándote para conseguir información. —Aquello me sorprendió.
—¿Qué?
—Lo que oyes.
—Pero… —¿Por qué de pronto cambió de opinión?
—Algo debió cambiar su chip, porque decidió que trabajar para él era mala idea, que no merecía la pena, y que prefería quedarse sin trabajo antes que seguir con ello.
—Así que… ¿Por qué lo hizo? —Lo miré esperando a que él me diese la respuesta, pero se encogió de hombros.
—Tendrías que preguntárselo a él. Pero si te fías de la intuición de este humilde chico, yo diría que… No, olvídalo, son tonterías. —Y se dio la vuelta para irse detrás del resto del grupo.
—Espera —traté de detenerlo—. No puedes dejarme así —le reproché.
—Lo siento. Pero no me parece justo especular con lo que había en la cabeza de ese chico para llevarle a tomar esa decisión. La única manera de saberlo sería preguntándoselo.
—Ya, como si fuera a hacer eso —gruñí exasperada.
—Entonces será mejor que dejes el asunto como está. Jordan está fuera y punto. —Me mordí los labios, tratando de pensar en lo que podría haber pasado por la cabeza de Jordan. ¿Habría sido yo la que hizo que su ética despertara? ¿No quiso seguir utilizándome y por eso desertó?
Sacudí la cabeza tratando de sacarme todas esas preguntas. Owen tenía razón, no debíamos darle más vueltas. Jordan estaba fuera de la ecuación y era lo que importaba. En una guerra solo importan los soldados que están en el contingente de ataque, los que huyen no son una amenaza.

Capítulo 36

Paula

Ni yo misma me entendía.

Después de la reunión que mantuvimos con los nuevos contratistas, Alex decidió modificar ligeramente algunos puntos del contrato, más que nada porque le sugerí con mis anotaciones que lo hiciera. En la construcción, los plazos son importantes, y para Alex estaba claro que mucho más, así que añadimos una penalización si no cumplían con las fechas pactadas.

Después de firmar y darse el correspondiente apretón de manos, nos fuimos a almorzar para seguir charlando sobre algunos detalles. Alex ya no me necesitaba, estaba segura de ello, pero me incluyó en el grupo. No me pareció mal, sobre todo porque podía ver a mi prima Bianca, ya que fuimos a comer al restaurante de su novio. Mientras el edificio no estuviese terminado, ella trabajaba casi siempre desde casa. No me pregunten lo que hacía, solo sé que algunos equipos técnicos se tenían que encargar con meses de antelación y ella se aseguraba de que todo estuviese listo para la fecha prevista.

Así que me disculpé con los comensales y fui a verla. Necesitaba consejo, aunque tal vez Bianca no fuese mi mejor opción. Su experiencia con los hombres era muy escasa, y encontrar a su estupendo chef fue más una suerte que un proceso de búsqueda. Pero después de pasarme todo el trayecto al restaurante mirando la pantalla de mi teléfono, necesitaba sacarme estas absurdas ideas de la cabeza, y una opinión desde un punto de vista exterior siempre venía bien. Como decía ese dicho: «ves la paja en el ojo ajeno, pero no la viga en el propio».

¿Que qué buscaba en mi teléfono? Nada. Solo miraba mi lista de contactos, sopesando si debía desbloquear a Jordan. Lo sé, le puse ahí por algo, por eso digo que ni yo misma me entiendo.

Subí por las escaleras que comunicaban con la planta superior y llamé al timbre del único inquilino. Medio minuto después Bianca me abrió la puerta.

—¡Paula!, qué alegría verte. —Me estrujó entre sus brazos con efusividad.

—¿Qué tal te tratan por aquí? —Más que su enorme sonrisa, fue el rubor de su cara lo que me dijo que mejor de lo que esperaba al venirse.

—Genial. —Al entrar en el apartamento encontré su ordenador abierto sobre la encimera de la cocina.

—¿Te pillo en mal momento?

—Qué va, has llegado justo a tiempo para hacer una parada de avituallamiento. ¿Quieres… —miró el reloj antes de continuar— comer algo?

—Acabo de comer en el restaurante con el jefe, pero sí que te aceptaré el postre. —Ella sonrió mientras me amenazaba con el dedo índice y entrecerraba los ojos.

—Tu sabías que Santi me ha hecho flan, ¿verdad? —Alcé las manos en señal de rendición.

—Juro que no sabía nada. —Seguimos hablando mientras ella sacaba un plato de comida para calentarlo en el microondas y después desmoldaba un par de flanes en sendos platillos.

—¿Alguna novedad que me haya perdido por Miami?

—Creo que te puse al día la última vez que hablamos. —Las videoconferencias eran una maravilla.

—Vaya, entonces no tienes cotilleos nuevos para contarme. —Esa era mi entrada. Dejé que se sentara frente a su plato humeante antes de meterme de lleno con mi dilema.

—Pues la verdad es que había algo que quería comentarte. —Sus ojos se centraron en mí antes

de meterse el tenedor con comida en la boca.
—Dispara —dijo después de tragar. Súbitamente, el caramelo que se acumulaba en el borde del flan me pareció sumamente interesante.
—Verás, hay un chico con el que he salido un par de veces… —Alcé la vista y vi que se estaba acercando a mí, como para escucharme mejor.
—Sigue.
—Descubrí que la causa por la que quiso salir conmigo no era porque yo le gustase, sino que tenía otros… motivos. —Tampoco podía decirle todo, así que algunas partes las obviaría, más que nada porque no quería preocuparla.
—¿Y?
—Creo que trató de pedirme perdón, aunque no sabe que lo descubrí.
—Interesante. —Le dio otro bocado a su comida.
—El caso es que bloqueé su número, y ahora tengo la duda de si debería darle la oportunidad de disculparse.
—Te gusta. —Aquella observación me extrañó.
—Lo hizo en su momento —confesé.
—No, te gusta ahora. Si no, no estarías pensando en darle otra oportunidad. La Paula que conozco ni lo dudaría, ese tipo sería historia. —En eso tenía razón. Pero Jordan había conseguido que hiciera cosas que antes ni imaginaba que haría. ¿Invitar yo a un chico? Jamás. Me insinuaría, coquetearía, pero nunca iría a buscarlo para pedirle una cita.
—Prefiero no arriesgarme, porque no quiero acabar más atrapada de lo que estoy ahora. —Decirlo en voz alta me hacía comprender que lo había estado negando. El hecho estaba ahí, me gustase o no.
—Demasiado tarde para eso. Ahora solo puedes ir hacia adelante. O recibes un golpe lo suficientemente gordo como para mandarlo de una vez por todas a la mierda, o le perdonas y olvidas todo lo ocurrido. —Mis cejas se alzaron sorprendidas.
—Vaya, sí que lo tienes claro. —Ella se encogió de hombros.
—Es fácil ver la dinámica cuando no estás metida en ella. —Lo que decía, la paja en el ojo ajeno.
—Así que… le doy una oportunidad para que se explique y se disculpe. —Me mordí el labio inferior, sopesando si finalmente haría lo que me había dicho.
—Si no lo haces ese gusano te roerá los pensamientos de vez en cuando, atormentándote con los remordimientos de no haberlo hecho, o con la duda de qué habría ocurrido si lo hubieses hecho. —Respiré profundamente para tomar fuerzas.
—De acuerdo, le daré esa oportunidad. —Empecé a rebuscar entre mis contactos para desbloquear el número de Jordan—. Pero como salga mal pienso torturarte con mis lamentos durante una larga temporada.
—¿Para qué son las primas? —Entonces me di cuenta de que tenía una cucharilla en la mano. ¿Ya había llegado al postre?

Jordan

El olor a café recién hecho me golpeó nada más salir del baño. Otra vez mamá se había levantado pronto para prepararlo. Caminé por el pequeño pasillo hasta encontrarla en la cocina vertiendo la leche en un bol.
—¿Otra vez haciéndome el desayuno? Te dije que no tienes que hacerlo, mamá. Soy adulto. —Ella se encogió de hombros, pero no interrumpió su tarea.

—Disculpa por querer desayunar con mi hijo antes de que se vaya a trabajar. —Se sentó frente a mí para empezar a comer sus cereales.
—Pero no tienes que madrugar para verme, sabes que nos veremos por la noche. —Ella arrugó los labios.
—Vivo contigo y apenas te veo, Jordan —me recriminó.
—Ya te dije que no pasaba mucho tiempo en casa —le recordé. Cuando le ofrecí que se viniese a vivir conmigo, mientras arreglaba su nuevo apartamento, no pensé que la tendría detrás de mí como si fuese un adolescente.
—Ya, pero es que si no hablo contigo me volveré loca. Esto es muy aburrido. —Alcé las cejas. No podía decirme que se aburría. Se pasaba el día limpiando la casa, lavándome la ropa, reorganizando mi armario… Le había dado la vuelta a todo. Lo agradecía, pero no la había traído aquí para que fuese mi criada. Ella tenía una en su vieja casa, no estaba acostumbrada a este tipo de trabajo.
—Puedes ver la tele. No hay muchos canales, pero seguro que encontrarás algo entretenido. —Nada de televisión por cable. Esas cosas desaparecieron de mi vida, como el gimnasio, los clubs, mi coche de alta gama… Había hecho muchos cambios, y el primero fue desprenderme de todo lo que no necesitaba. Ahora mi sueldo era el de un simple ayudante de fontanero.
—Cuando empiezas a hablar con la televisión es el momento de buscar otro entretenimiento. —Ahí tenía que darle la razón. Poco después de terminar el desayuno me acerqué a ella para darle un beso de despedida.
—Intentaré regresar pronto. ¿Quieres que venga a recogerte para que vengas a ver cómo va la reforma?
—Esto no es lo que tenía pensado para ti —dijo dándome una palmada en el brazo. Iba a interrumpirla antes de que me sermoneara, pero se me adelantó—. Estoy muy orgullosa de ti, cariño. Aunque me cueste reconocerlo, ahora veo que lo que hiciste fue lo correcto. —Aquellas palabras me hicieron crecer por dentro. La estrujé con fuerza contra mi pecho.
—Que le den a Ernest. —Ella había perdido más que yo. El tío Ernest era parte de la familia de papá y, de alguna manera, era como si su memoria siguiera con nosotros.
—Que le den —repitió contra mi cuello—. Vete, no quiero que llegues tarde. —Me empujó para separarse de mí.
—Vendré a recogerte. Ponte ropa vieja. —Su apartamento era un desastre lleno de polvo y material de construcción. Llevara lo que llevara, acabaría ensuciándose.
Mientras bajaba en el ascensor busqué en la agenda de mi teléfono el número de Carlos. Tenía que pedirle al equipo una intervención rápida para el fin de semana. Si conseguíamos terminar la reforma pesada para el domingo, mamá podría regresar a su nueva casa. Yo podía ir pintando y arreglando la habitación de invitados en mi tiempo libre, pero al menos quería terminar su cuarto, el baño y la cocina para que pudiese hacer vida normal.
Mientras bajaba por la lista de contactos, encontré algo que me llamó la atención, algo que hizo que mi respiración se cortase. No había tenido el valor de borrar el número de Paula. Quizás esperaba un milagro, y era precisamente eso lo que tenía delante. Ella me había desbloqueado.

Capítulo 37

Paula

No tardó mucho, aunque a mí me pareció una eternidad. Al principio revisaba mi teléfono cada poco tiempo, esperando una reacción por su parte, pero nada, no llegaba. Después me relajé un poco, y dos días después ahí estaba. Tenía un mensaje de Jordan.

—*Siento lo ocurrido la última vez. Me gustaría explicarte lo sucedido. Sé que no merezco una oportunidad, pero me gustaría tenerla. Es mucho pedir, pero ¿podríamos quedar para tomar una café?*

Lo medité largamente. ¿Iba a hablarme de su novia? ¿O quizás solo quería limpiar su alma contándome lo del espionaje? Cualquiera de las dos opciones me servía, aunque si las sumábamos ambas… Su novia. A veces olvidaba que yo no había sido más que un trabajo. Pero me desconcertaba el que insistiera en pedirme perdón. Además, aún recordaba el gesto poco amable que le había dedicado a Owen cuando estábamos en el club. No sé, pensé que no le gustaba que otro hombre se interesase por mí. ¿Celos? No era posible, pero quizás…

Necesitaba un lugar en el que me sintiera segura, donde ser quien tuviese el poder. No sé si me entienden. Quería que nos viéramos en un lugar en el que él se sintiera intimidado. No tuve que darle muchas vueltas: mi despacho. Allí tenía al equipo de seguridad del edificio para sacarlo si fuese necesario. Y detrás de la mesa de mi despacho, yo tenía el poder. Era mi territorio, él no era más que un intruso. Así le recordaba que, si jugaba conmigo, podía hacerle la vida imposible, al menos en el campo judicial. Una demanda por acoso, una orden de alejamiento… Cualquier cosa que le dejaría marcado.

—*Viernes por la tarde, en mi despacho.* —Pensé en la hora en la que quedaría con su novia, más que nada para que tuviese que justificar el que no estuviese con ella—. *A las 7.* —Era más noche que tarde, pero no me importaba.

—*Allí estaré.* —La respuesta llegó demasiado rápido. Realmente parecía impaciente.

Me recosté en mi sillón, sopesando qué más podía añadir a mi lado de la balanza. Mi trabajo lo apabullaría, ya lo hizo la vez anterior. Bueno, creo que lo que le impresionó era el lugar donde estaba mi oficina. Lo único nuevo que podía mostrarle era a mí misma, que viese el cambio que había provocado en mi persona. Deseé que fuera consciente de que yo no era la mujer inocente y vulnerable que creía. Necesitaba hacerle ver que frente a él había una mujer fuerte, poderosa y, sobre todo, muy superior a él.

Con un niño rico lo que más importaba eran las apariencias. Recordé la vez que lo vi en el restaurante. Su novia iba vestida para que la gente la admirase. Yo podía hacer lo mismo. Pero no quería que me deseara, no quería ser para él un objeto sexual, no quería que pensara que me había vestido para agradarlo. Mi intención era mostrarle que era algo que muchos desearían, pero que debía tener cuidado conmigo, porque si se descuidaba, podía morderlo.

La imagen de una espada tomó forma en mi mente, concretamente una catana; letal, elegante, y refinadamente perfecta, sobria, sin demasiados adornos. Eso quería ser yo, un arma muy afilada, que impone respeto, pero de la que no puedes apartar la vista por su exquisita belleza. En ese momento lo supe. Me incliné hacia delante y cogí el teléfono, era el momento de hacer una llamada.

—Hola, Bruno.

—Vaya, hacía tiempo que no me llamabas, Pau. ¿Qué has roto? —La antigua yo le habría sacado

la lengua.
—¿Tienes cerca a tu mujer? Necesito algo de ropa nueva para el trabajo.
—Claro, te la paso… Nika, mi hermana necesita ropa de ejecutiva. —Su voz sonó amortiguada, lejos del micrófono del aparato.
—Hola, Paula. ¿Ya tienes una idea de lo que quieres? Ah, y tu hermano insiste en que paga él, así que no te preocupes por el precio.
—Él sigue siendo un simple militar, y yo ahora tengo un buen trabajo, así que pagaré yo mi nuevo guardarropa. —Escuché el bufido de mi hermano de fondo—. Vamos a lo importante. Necesito algo que deje con la boca abierta a la parte contraria. —Casi podía imaginar la expresión de Nika al otro lado del teléfono.
—¿Boca abierta?
—Sí, ya me entiendes. Chica poderosa y sexy.
—Eso no se consigue solo con un vestido, Paula. Lo que me pides es… una suma de varias cosas. —Me sentí decepcionada.
—Vale, ¿qué puedes ofrecerme?
—¡Eh!, no he dicho que no se pueda conseguir. Si te pasas por la tienda, seguro que Luna puede ayudarte con los complementos. Ya sabes, zapatos, maletín, peinado, perfume… Todas esas cosas que hacen que una mujer marque la diferencia. —Ahí quería yo llegar.
—¿Tendrá hueco para mañana?
—Sí que tienes prisa. —Ni se imaginaba.
—Tengo una negociación importante el viernes. Querría tener todo el conjunto listo para ese día. ¿Crees que es posible?
—Me encantan los retos. —Aprecié la sonrisa traviesa en su voz.
—Entonces estoy en tus manos. Aunque sea en la distancia.
Ni se me ocurrió pensar que no iba a ser así, pues al día siguiente me encontré con Nika y Bruno en la tienda. A mediodía me hicieron un hueco y, con las puertas de la exclusiva *boutique* cerradas, tuve a mi disposición a una costurera, a una estilista y a una experta en moda. De allí iba a salir hecha una auténtica pantera de los juzgados, pero lo mejor de todo fue estrujar a mi hermano. Necesitaba que un hombre me devolviese la fe en que los buenos chicos todavía existían. Vale, Owen está bien, pero no sé, no era del todo bueno, no sé si me entienden. En cambio, Bruno era un osito de peluche relleno de gominolas, algo suave y achuchable por fuera y dulce por dentro. Está claro que lo que una mujer aspira a conseguir es a alguien protector como su padre o su hermano, y al mismo tiempo sexy como un modelo de la revista GQ. ¡¿Qué?! A tiempo estoy para bajar un poco el listón.

Jordan

Tuve que hacer malabares para poder estar en el edificio en el que trabajaba Paula a la hora que me pidió. Llegué unos minutos tarde, pero le envié un mensaje avisando de mi tardanza. Solo esperaba que ese inconveniente no estropease de inicio aquel encuentro.
Mis manos temblaban mientras trataba de adecentar la camiseta que me había puesto antes de salir del coche. Me pasé el peine frente al espejo retrovisor de la furgoneta y recé para que el desodorante camuflara el olor a sudor de un largo día de trabajo bajo el sol. Me sacudí tanto como pude los pantalones vaqueros y me cambié las botas de trabajo por unas deportivas. Con el poco tiempo que tenía, era todo lo que pude conseguir.
Habría preferido ir a casa, darme una ducha y ponerme ropa elegante, pero en mi actual circunstancia era lo que había. Además de la escasez de tiempo, tampoco quería darle más pistas

a mi madre de lo que iba a hacer. Si fracasaba, no quería sobre mí su mirada de lástima cuando le confesara que mi cita había sido un desastre.
Mientras subía en el ascensor, repasé mi aspecto en la reluciente superficie brillante de la puerta. Cuando las puertas se abrieron, respiré profundamente y enfilé con decisión hacia el único despacho que tenía la luz encendida. Menos mal que no había nadie más, no quería mirar a su primo a la cara porque todavía tenía presente su amenaza. Si esto salía mal, me cortaría las pelotas para hacerse una funda para el teléfono. Egh, aparté esa desagradable ocurrencia de mi cabeza. Un mal presentimiento me golpeó antes de llegar hasta el umbral de la puerta, ¿y si su primo estaba dentro? Solté el aire pesadamente, era demasiado tarde para echarse atrás. Afrontaría cualquier cosa, podría con todo lo que me esperase allí dentro.
Cuando la vi allí de pie, mirando la ciudad por la ventana, algo me golpeó dejándome anonadado. No estaba preparado para esto. Ella era el sueño de cualquier hombre, ¿cómo no me había dado cuenta antes? Si la chica con uniforme de camarera y los pies descalzos me pareció adorable, la abogada con tacones de diez centímetros y vestido elegantemente sexy me dejó boquiabierto. Estaba perdido. Pero no sabía cuánto hasta que ella se giró hacia mí. ¿Por qué? Porque ella sabía el poder que tenía sobre mí. En ese momento, yo no era más que un muñeco de trapo en sus manos.

Capítulo 38

Paula

No podía creerlo, todavía seguía aferrándose a su fachada de trabajador de bajo nivel, cuando yo sabía que era un niño rico. Pero si quería continuar con la farsa, no tenía inconveniente. Veríamos hasta dónde era capaz de llegar. Quizás era el momento de tomarme mi venganza.

—Hola —saludó algo cohibido.

—Toma asiento, por favor. —Le señalé la silla frente a mi mesa, mientras yo me acomodaba en mi sillón. Así, con la mesa entre ambos, le quitaba intimidad al acto. Para mí, él no era más que un desconocido.

—Quiero darte las gracias por darme esta oportunidad. Te debo algunas explicaciones. —Al menos empezaba bien.

—Te escucho. —Me recliné en el respaldo y crucé las piernas, consiguiendo que sus ojos se desviaran hacia mis rodillas. Pero debía entender que esto no era una seducción, así que también crucé los brazos sobre el pecho.

—Cuando llamaste la última vez… La mujer que oíste era mi novia. —Se quedó en silencio, esperando mi reacción.

—Así que me mentiste, como me parecía. —Podía haberle llamado sucio mentiroso, rastrero y cientos de cosas más, pero no lo hice. Me mantuve serena, civilizada, pragmática, estoica.

—Cuando te dije que estaba en la fiesta de cumpleaños de mi madre era verdad, tan solo no te quién más estaba allí. —¿En serio? Yo también sabía jugar a este juego.

—No, pero tampoco me dijiste que tenías novia cuando me pediste una segunda cita. Eso podría llamarse mentir por omisión. Es más, la forma en cómo actuaste, saliendo con una mujer estando ya comprometido con otra, se puede tipificar como obrar de mala fe. —No sé cómo me salió aquel tono duro e inflexible, supongo que cuando me meto en el papel de abogada me transformo en otra persona. Él bajó la cabeza, avergonzado.

—Soy muy consciente de mis actos, y sé que actué mal, pero en aquel momento me sentí justificado por las circunstancias. Sé que te hice daño, y lo siento de corazón.

—¿Qué circunstancias? —Sabía que se refería al espionaje, pero necesitaba oírlo de su boca.

—Digamos que antes trabajaba para una persona que estaba muy interesada en Sparkling Architects, la empresa en la que trabaja Guillermo Lehao, Mo, como tú le conoces.

—Pero tú ya estás trabajando en la obra de Mo. ¿Por qué precisamente yo? —Jordan torció la boca en un gesto de disgusto.

—Porque mi antiguo jefe quería conseguir información personal, y a ser posible sensible, del arquitecto de la competencia.

—Y te acercaste a mí porque mis padres y él son amigos. —Otra vez ese gesto de contrariedad.

—Al principio creí que había algo turbio, por eso quería saber más.

—¿A qué te refieres con turbio? —Esa parte sí que no la sabía.

—No es normal que un arquitecto confraternice con el inspector de seguridad de las obras. No al punto de llevar a su hija en el coche con ellos. Y luego estaba tu coche nuevo, la casa de tus padres en una zona fuera del alcance del sueldo de un inspector. Todo apuntaba a que era un hombre que aceptaba gratificaciones por hacer la vista gorda en algunos temas, ya me entiendes.

—Así que por eso me pediste una segunda cita, porque creías que mi padre era corrupto. —Contuve mis ganas de saltar sobre él y arrancarle la yugular de un mordisco. ¿Qué se creía? No

había nadie más recto y honrado que Tonny Di Angello—. Mi padre en la vida ha aceptado un soborno, es una persona demasiado comprometida con su trabajo. Para él, la seguridad de las personas está por encima del dinero. —Mi voz salió afilada al decirlo.
—Tú lo conoces mejor que yo, así que no discutiré sobre eso. Solo expongo mis observaciones, que parecían encajar con mis sospechas.
—Así que le dijiste a tu jefe que mi padre aceptaba sobornos de Mo para dar el visto bueno a la seguridad de sus edificios.
—Le transmití los hechos y lo que ellos me indicaban, sí.
—Así que no creíste mi palabra cuando te dije que el coche era el de sustitución del taller, ni que la casa era un regalo de mi abuelo a mis padres. —Él se encogió de hombros.
—Normalmente la gente que acepta sobornos justifica sus ingresos de cualquier manera, incluso sus compras. Y tampoco es que vayan contándole a todo el mundo, y mucho menos a sus hijos, la verdad sobre cómo ha conseguido sus bienes. —No, ahí tenía que darle la razón.
—Supongo entonces que investigaríais la autenticidad de tus sospechas. —Se encogió de hombros de nuevo.
—Supongo que Ernest lo haría, es el procedimiento habitual. —Acababa de confesarme que no era la primera vez que hacía esto.
—De acuerdo, así que eres un espía enviado para descubrir los trapos sucios de la competencia.
—Así es.
—Lo que no entiendo es por qué me cuentas todo esto, y por qué narices me pides perdón. —Sus ojos se atrevieron a mirarme tímidamente.
—Porque me di cuenta de que no quería hacerte daño, porque de entre todas las personas que me han enseñado que esto está mal, la única que consiguió hacerme despertar de este mal sueño del que no me atrevía a salir fuiste tú. No quería seguir siendo un ser mezquino y egoísta, al que no le importa dañar a otras personas con tal de conservar su bien pagado trabajo. Tú me hiciste ver que no estaba bien, que no merecía la pena vender mi alma por una vida cómoda y llena de lujos. Me hiciste desear ser mejor persona, y por ello quiero darte las gracias también. —Por un momento me quedé sin palabras. ¿Sería verdad lo que me estaba diciendo? ¿Cómo podía asegurarme de que ahora no mentía?
—Así que perdón y gracias. —Conseguí decir con una voz bastante estable—. Pues bien, ya lo has hecho. ¿Algo más? —Jordan pareció meditarlo un segundo. Me dio la impresión de que tenía algo más que decir, pero al final decidió que no merecía la pena.
—Eso es todo. —Y se puso en pie—. Solo… solo quería hacerte ver que la culpa nunca fue tuya. El estúpido siempre fui yo. —Se dispuso a salir de la habitación, aunque en el último momento se giró ligeramente; había algo que necesitaba decir antes de irse—. Me hubiera gustado conocerte en otras circunstancias, porque… eres perfecta, auténtica de pies a cabeza, y tienes más belleza en tu corazón de la que alguien como yo puede merecer. Solo espero que algún día encuentres a alguien que sepa valorarte como mereces. —Y se fue, dejándome paralizada, sin saber qué decir, con el corazón estrangulado por aquellas palabras tan profundas. Había tanto dolor en su voz que no podía ser una farsa.
Cuando finalmente reaccioné, cogí el teléfono que había escondido para grabar aquella conversación. Mi plan inicial era mandárselo a Owen por si le servía de algo, por si a su padre le ayudaba a frenar la amenaza que tenían encima. Pero ahora… ¿Cómo podía darle esto? Era más una declaración de amor que una justificación de sus actos, era… Aquel maldito nudo en la garganta me hacía cada vez más difícil respirar. ¿Qué había pasado aquí dentro?
Aferré con fuerza el teléfono en mi mano, maldiciendo la extraña sensación que amenazaba con

tomar el control de todo mi ser. No podía perdonarlo, no después de lo que había hecho. ¿Y si volvía a equivocarme? ¿Y si su juego se había vuelto más retorcido que antes?

—¡Agh! —Me aferré la cabeza tratando de empequeñecer todas esas preguntas hasta hacerlas desaparecer. No podía complicarme la existencia de esta manera, para él no podía ser tan fácil.

Respiré profundamente y ordené mis pensamientos tanto como pude. Lo primero que tenía que hacer era sacarme todas las malditas dudas de mi cabeza. Para volver a confiar en él necesitaba que alguien fiable me asegurase que todo ello era cierto, y solo conocía a una persona que podía ayudarme a desentrañar todo aquel lío: Owen. Él era el único que podía arrojar algo de luz al pozo oscuro al que Jordan me había enviado con su confesión.

Capítulo 39

Paula

—*Necesito tu ayuda.*
—*¿Qué ocurre?* —contestó Owen tras unos minutos. Me mordí el labio, indecisa. Toda la noche estuve dándole vueltas a la cabeza, sopesando si debía enviarle a Owen toda la conversación que grabé. Hasta que se me ocurrió mandarle solo la parte que a ellos les podía interesar. Pero claro, lo mío no son los programas con los que cortas y pegas pistas de audio, lo mío son las letras.
—*Estuve hablando con Jordan.* —Él mismo me dijo que si necesitaba saber lo ocurrido debía hablar con él.
—*¿Y bien?* —Era Owen, no podía darle la información con cuentagotas.
—*Grabé la conversación.*
—*¿Quieres que la escuche?* —Apreté los dedos antes de escribir la respuesta.
—*¿Puedes comprobar si lo que me dijo es verdad?*
—*Envíamelo y veré qué puedo hacer.*
—*Gracias. Necesito saberlo.* —Adjunté el archivo del audio y se lo envié.
Debió de escuchar la conversación de inmediato, porque enseguida entró una llamada suya.
—Hola —saludé.
—Es casi lo mismo que te dije yo. No sé de qué tienes dudas. —Dejé escapar el aire.
—Es que… No estoy segura de… —Owen me interrumpió.
—Lo que te pasa es que tienes miedo a equivocarte de nuevo, y quieres que alguien te diga que no va a ser así, Paula. —Tenía razón.
—¿Crees… crees que debo darle otra oportunidad? ¿Crees que me dijo la verdad?
—Que te dijo la verdad los dos lo sabemos, pero te preocupa más lo que no te dijo. —Odio a este hombre. Normalmente soy yo la que detecta ese tipo de cosas.
—No me dijo si seguía con su novia. No me dijo que quisiera otra oportunidad conmigo. —Owen parecía mi profesor de facultad, tratando de hacerme ver lo que podía o no sacar del interrogatorio de un testigo.
—Rompió con su novia el mismo día de la famosa llamada. —Esa noticia aceleró mi corazón.
—¿Estás seguro?
—Al menos es lo que ella publicó en sus redes sociales. —Vale, la puerta se había abierto.
—Pero todavía sigue fingiendo que es un obrero de la construcción, no el chico de clase alta que tú y yo sabemos que es. —Por fin había llegado al punto que me seguía confundiendo, el que él mantuviera esa farsa cuando yo sabía que no era así. Podía decir que Ernest le había prometido un trabajo mucho mejor que el que tenía, podía fingir ser un pobre chico al que le deslumbró el brillo de una vida mejor. Pero todos sabíamos que ya lo tenía. Aquella imagen de pobrecito chico seguía siendo falsa.
—Dejó su trabajo en la empresa de su tío Ernest. Lo que había sido su tapadera en la obra es ahora su auténtico medio de subsistencia. —Un escalofrío recorrió toda mi piel. El Jordan que había estado frente a mí el día anterior era el auténtico. Se había mostrado tal y como era, y además había abierto su corazón para que viese lo que había dentro.
—Entonces… ¿Le doy otra oportunidad? —Necesitaba que alguien me lo dijera, porque si fallaba, necesitaba echarle la culpa a alguien.
—No soy bueno haciendo de Cupido, esto se os da mejor a las chicas. Pero sí puedo decirte que

eres tú la que merece esa oportunidad. Es normal que tengas dudas, incluso que tengas miedo a que te vuelva a hacer daño. Pero no te he tenido nunca por una cobarde, y sé que los desafíos no te asustan. ¿Crees que va a volver a fallarte? Puede, pero es el riesgo que todos asumimos al comenzar una relación. ¿Merece otra oportunidad? Todos aprendemos de nuestros errores. Además, algo me dice que ha sacrificado demasiado como para volver a caer otra vez en el mismo. —Aquellas palabras quitaron un enorme peso de mi corazón.
—Entones lo haré, le daré esa oportunidad. Si la quiere, claro. Porque no me pidió que lo hiciera.
—Él solo dijo que merecía a alguien mejor que él.
—No lo pidió con palabras, pero si fue hasta tu despacho para pedir tu perdón es que la desea. —Este hombre y su forma de ver las cosas.
—¿Cómo sabes tanto sobre asuntos del corazón? —Escuché su risa en mi oído.
—Del corazón no tengo ni idea, pero sé interpretar las acciones de la gente.
—Gracias, por estar ahí y dejar que te vuelva loco. —Otra risotada.
—No te creas, pienso cobrarme el favor en el futuro, no te quepa duda. —Eso me sacó una gran sonrisa.
—Cuando lo necesites, allí estaré. Para eso están las amigas.

Owen

Miré a mi padre al otro lado de la cristalera. Su maldita sonrisa no se me había escapado. Él pensaba que había algo que le ocultaba, algo con una chica. Y sí, era así, pero no como pensaba. Cada día me sentía más como ese Charlie, el de los ángeles, ya saben, el de las películas. Pues eso, un hombre rodeado de mujeres que le admiraban y con las que no tenía ningún vínculo amoroso. ¿Quejarme? Bueno, desde que asumí que los Vasiliev regresarían a Las Vegas después de la universidad, tenía que buscarme un nuevo grupo de amigos de confianza, que diera la casualidad de que fuesen mujeres no era culpa mía. Y no, mis órganos reproductivos no tenían queja, porque les tenía bien alimentados. ¿Tengo que explicarlo?
—Tengo algo para ti —dijo mi padre nada más acercarme a él.
—¿De qué se trata?
—La rata curiosa tiene un nuevo trabajo. —Eso me interesaba, porque ese tipo era realmente escurridizo, y algunos de sus clientes nos interesaba tenerlos controlados. Identificarlo suponía una gran baza para nosotros.
—Conseguiré una imagen para poder identificarlo.
—Williams se ha movido. —Connor llegó en ese momento con la noticia. En otra ocasión habría salido disparado a cumplir con mi misión, dejando que papá se preocupara de ese otro asunto, pero estaba interesado precisamente en saber lo que ocurría con este.
—¿Con los nuevos contratistas o con los que están en este momento con la estructura del edificio?
—Con los que están ahora. —Empezaron a caminar hacia la mesa de su despacho y yo les seguí muy interesado.
—¿Negociación o zancadilla? —Esas eran las dos únicas maneras de hacerse con el trabajo: o haciéndoles una oferta para encargarse ellos del trabajo, lo que se llama normalmente una subrogación de contrato o subcontrata, o directamente sabotearlos para que no puedan cumplir con su labor, se retrasen en los plazos, y el cliente les penalice o los despida por incumplimiento.
—No se anda con tonterías. Ha saboteado dos entregas de material y tiene concertada una cita con el director general para esta tarde. —Para mí estaba claro.
—Le hará una oferta que no pueda rechazar —vaticiné.

—Menos mal que su trabajo finaliza en una semana, que se retrase uno o dos días no nos supone mucho perjuicio. Williams habrá gastado su dinero en vano —sopesó papá en voz alta.
—A mí me preocupa más el que alguien se atreva a perjudicarnos. Todo el mundo sabe que ese edificio es tuyo. Los que han saboteado la entrega de material saben el suministro que han cortado. —Papá me miró satisfecho, como si aquella deducción hubiera estado en su cabeza y no la dijera en voz alta para probarme. No me importunaba que lo hiciera, se suponía que tenía que aprender a ser como él, a estar dentro de su cabeza, para así algún día tomar las riendas del negocio. Como siempre insistía, dejar al mando a alguien sin la capacidad y determinación adecuada podría acabar llevándonos a una nueva guerra por el poder, y él no permitiría que nuestra familia estuviera en peligro. Y yo tampoco.
Papá ya perdió una vez a todos los que amaba, Connor también perdió a su padre y a su hermano. Muchos de los hombres que seguían trabajando y siendo fieles a la familia irlandesa habían sufrido pérdidas, y no solo materiales. Demasiados muertos por la ambición de un hombre. Mientras papá siguiera en el poder, no volvería a ocurrir. Y cuando él ya no pudiera llevar las riendas, yo estaría ahí para hacerlo.
—Entonces habrá que encontrarlos, averiguar si son de la zona, cuál ha sido su precio, y hacerles pagar por su osadía. —Y mandar un mensaje al resto para que no se les olvidara lo que les pasa a los que se meten con la mafia irlandesa de Chicago. Pero eso no hizo falta que lo dijera en voz alta, todos lo sabíamos.

Capítulo 40

Jordan

Estaba molido, pero sabía que no podía pararme precisamente en ese momento. Solo una pausa para recuperar fuerzas y volvería al trabajo de nuevo. Ya habíamos terminado con la instalación eléctrica, la fontanería y la calefacción. Las paredes levantadas y el mobiliario sanitario listo para colocarse en su lugar. El alicatado estaba ya en proceso, y esperaba a que terminase para colocar la mampara de la ducha y el inodoro. Si el plan de trabajo seguía la pauta que había establecido, el suelo se pondría esta tarde, y tendría toda la noche para secar y asentarse.

—¿Te has pensado lo que te comenté el lunes? —Carlos se sentó a mi lado con un burrito tamaño familiar envuelto en papel de aluminio. Antes me habría preguntado dónde metía ese hombre todo eso. Ahora quería pedirle que me consiguiese uno igual.

—No sé, no tengo dinero para crear una empresa como la que dices. —Él puso los ojos en blanco.

—Ninguno tenemos, pero precisamente por eso queremos meternos en ello. Lo he estado investigando. Podemos crear una cooperativa, en la que cada socio aporta su trabajo como cuota. Hay un par de almacenes de material de construcción que pueden abrirnos una cuenta y pagar a fin de mes todas las compras. Mi madre ha sido una excelente relaciones públicas, y ya tenemos en el barrio un par de clientes. ¡Míranos!, somos un grupo muy completo de trabajadores, solo necesitamos un buen director de orquesta que nos haga sonar bien afinados.

—Y quieres que ese sea yo, pero… —Carlos puso los ojos en blanco.

—Ah, ya vale, *wey*. Mira, lo he estado hablando con los chicos, y me han dicho que si aceptas, ellos no te cobrarán por esto. —Señaló a mi alrededor para que viera la reforma que estábamos haciendo en el apartamento de mi madre. La verdad es que en mano de obra se llevarían un buen pico. No quería que mamá pagase por ello, por eso había decidido hacerlo con mis ahorros—. ¿Qué me dices?

—Está bien. Si ellos pueden aguantar el trabajar a este ritmo los fines de semana, por mi adelante. —Carlos sonrió como si le hubiese dicho que nos íbamos a tomar unas cervezas bien fresquitas.

—¡Eh!, ha dicho que sí —gritó en voz alta para que todos lo oyeran. Unas cuantas voces se unieron a buena noticia—. Toma, Rosa me lo ha dado para ti. —Puso el burrito en mis manos.

—¿Rosa? —Carlos puso los ojos en blanco.

—Mi cuñada. Como le partas el corazón te depilo las cejas. —Aquello me dejó sorprendido.

—¡Vaya!, no sabía ni que estaba interesada. —Recordaba vagamente a la chica, que se pasó algunas veces por la obra para llevarnos unas colas frías. Alguien la llamó Rosita, pero no sabía más.

Pensar en que una chica podía verme como un buen candidato para novio me hizo pensar en ella. Si las cosas hubieran sido diferentes… Sacudí la cabeza intentando no pensar en Paula, pero sabía que no podría sacarla de mis pensamientos en mucho, mucho tiempo. Y no pensaba engañar a una pobre muchacha dándole esperanzas, porque en este momento no podía corresponder a esos sentimientos. Se acabó el fingir.

—Está claro que le gustas.

—Será mejor que le digas que en este momento hay otra chica en mi cabeza. No puedo corresponderla como merece. —Podía haberme callado, así conseguiría más burritos como el que

tenía en la mano para llenar mi hambriento estómago. Pero la experiencia me había enseñado que era mejor ser honesto, por mi propio bien y por el de los demás.
—La chica no es fea y cocina bien, ¿por qué no le das una oportunidad? ¿Te parece acaso poca cosa? —preguntó Carlos con seriedad.
—No, nada de eso. Es que… ¿tú cambiarías a tu mujer por otra más guapa? —Carlos fingió sopesarlo con una sonrisa.
—Hombre, si tienes unas buenas tetas… —rio mientras simulaba tocarse unos grandes pechos imaginarios.
—En serio, Carlos. —Su sonrisa decreció considerablemente.
—A mi Margarita no la cambiaría ni por todo el oro del mundo. —Asentí satisfecho.
—Yo he perdido a mi flor recientemente, no puedo ni pensar en poner otra en mi jarrón. —Carlos asintió.
—Vale. —Trató de quitarme el burrito, pero yo lo evité alejándolo de su alcance.
—¡Eh!
—Si no quieres a la chica, tampoco te quedas con la comida. —Pude ver un atisbo de sonrisa mal disimulada en su cara.
—Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita. —Se lo había oído decir a unos cuantos de los chicos, y en ese momento me vino muy bien.
—No, si tonto no eres.
Aunque no estuviese listo para abrir mi corazón, podía decir que el día estaba saliéndome redondo. La vida volvía a sonreírme. Tenía compañeros de trabajo que me valoraban, que no me miraban por encima del hombro porque pensaran que me habían colocado a dedo en un puesto que me quedaba grande. Tenía un plan para conseguir dinero extra con pequeñas obras exprés de fin de semana. Mamá tendría listo su nuevo apartamento en poco tiempo. Y lo más importante, estaba encontrando un hueco en este mundo en el que me sentía bien.
Al final, romper con Ernest y con mi vieja vida me había privado de cosas materiales, pero me había dado a cambio otras mucho más importantes. Paz, amigos y… Mi teléfono vibró en aquel momento por la llegada de un mensaje. Lo saqué de mi pantalón y miré de quién era. ¿Mamá necesitaba algo? ¿O tal vez era Kassi que había encontrado un hueco en su apretada agenda para mandarle un mensaje a su hermano?
Nada más ver el remitente sentí una sacudida eléctrica por todo mi cuerpo. Paula, tenía un mensaje de Paula. Ni lo dudé, lo abrí con toda la rapidez que mis temblorosos dedos me permitieron.
—*¿Qué pasó con tu novia?* —Cuando me fui de su despacho no hablamos sobre ello.
—*Terminamos hace tiempo.*
—*Puedo darte otra oportunidad si la quieres, pero exijo sinceridad total.* —Ni dudé en teclear mi respuesta.
—*Sí que la quiero.*
—*Una mentira pequeña, una ocultación deliberada, y todo se acabó. Para siempre.* —Tragué saliva, nervioso. Otra oportunidad, me estaba dando otra oportunidad…
—*No volverá a ocurrir, lo juro por mi vida.*
—*Que sea por tus pelotas, porque si me fallas, te las cortaré con un alicate roñoso*. —Aquella ocurrencia me hizo sonreír.
—*Si fallo, tienes mi permiso para hacerme lo que quieras.* —Esperé mientras ella escribía la réplica.
—*Que sepas que acabo de hacer una copia de este mensaje, porque legalmente puedo utilizarlo*

para librarme de la cárcel si te mato. Es tu consentimiento explícito a la justicia que impartiré por el agravio que puedas infringirme. —¿Sabía ella lo que me ponía oírla hablar con toda esa jerga de abogados? Uf, tuve que recolocar mi trasero sobre la pila de madera laminada sobre la que estaba sentado para almorzar.

—*Puedo firmarlo cuando quieras*. —Y no era broma. Por esta nueva oportunidad habría hecho cualquier cosa, y de ninguna manera iba a estropearlo. Con ella no.

Saber que podía intentarlo, que la posibilidad de que pudiéramos ser… No me atrevía ni siquiera a pensarlo. Pero la esperanza de alcanzarlo me daba fuerzas para creer.

—*Te avisaré cuando tenga un rato libre para quedar a tomar un café.* —Café, esa palabra iba a convertirse en mi favorita durante un tiempo, lo sabía.

—*Estaré esperando.*

—¿Buenas noticias? —preguntó Carlos mientras se sentaba frente a mí con una cola en la mano.

—Tu cuñada no tiene nada que hacer. —Se lo dije con una sonrisa que no me cabía en el rostro. Sentía mi pecho burbujear emocionado. Y lo siento, puede que no fuese lo correcto, pero me sentía en la necesidad de gritarlo a los cuatro vientos.

—Eso ya me lo has dicho antes. —Sus ojos se entrecerraron al mirarme. Sabía que estaba tramando algo.

—¿Recuerdas que te dije que yo había perdido a mi flor? —Él asintió intrigado—. Pues ha vuelto.

—No te olvides de regarla todos los días. —Aquel comentario me gustó, porque demostraba que… ¡Espera!, de qué se reía. ¡Oh, mierda! En su mano se balanceaba el tesoro que me había robado por estar concentrado en mi teléfono: medio burrito.

—Serás… —empecé a amenazarlo.

—Tú céntrate en tu flor, que de atender a esta ya me encargo yo. —Me guiñó el ojo y le dio un buen mordisco a su trofeo. Pero no podía enfadarme con él, en ese momento no, porque era el hombre más feliz del mundo, ¡qué digo!, ¡de toda la galaxia!

Capítulo 41

Paula

Ya estaba hecho. Había hablado con él y había dejado en el aire que quedaríamos para vernos en persona. Un café no es lo mismo que salir a cenar, era una cita más *light*.

Estuve pensando lo que quedaba del día, y mucha parte de la noche, en cómo abordar ese encuentro. ¿Quedar un día entre semana? ¿A qué hora saldría de trabajar en la obra? Todavía recordaba su visita a mi despacho el viernes. Reconozco cuando alguien se cambia lo justo para acudir a una cita después del trabajo. Yo lo he hecho infinidad de veces, y hay detalles que te delatan, como el pelo, con ese aspecto de haber soportado suciedad y sudor durante todo el día. El suyo parecía cubierto de algo que opacaba su brillo, aunque seguramente se había peinado antes de venir a verme.

Lo sopesé bastante, hasta que decidí que, aunque había sido poco tiempo, el mejor día para quedar era el domingo. Si no tenía novia, tendría todo el día libre. Así que por la tarde, después de comer, sería el momento adecuado para ese café.

Esta vez no quería que la conversación fuera algo tan impersonal como unos cuantos mensajes, y tampoco quería que fuese una llamada, porque la última vez fue un tanto… Digamos que no fue buena. Así que me decidí por una videollamada; quería verle. Marqué su número y esperé su respuesta.

—Hola. —Por su expresión parecía feliz de verme.

—He pensado que hoy podemos tomar ese café. —Sus ojos se volvieron hacia alguien a su izquierda, algo que no me gustó. ¿Desconfianza? Sí, iba a costarle mucho el que yo volviese a confiar en él.

—Me encantaría, pero tendría que ser algo rápido y cerca de donde estoy. —La vista de la cámara cambió para mostrarme una panorámica totalmente distinta—. Como ves, estoy un poco liado. —Estaba en el interior de una vivienda, que a todas luces estaba en obras; azulejos a medio colocar, hombres pintando las paredes…

—No sabía que trabajases los domingos.

—Los chicos y yo estamos reformando la casa de mi madre. —Intenté atisbar un poco más los detalles del lugar, pero por lo que veía, no se parecía en nada a una mansión. Ya saben, habitaciones amplias y luminosas. Pero claro, tendría que estar allí para comprobarlo por mí misma.

—Si me mandas la ubicación puedo acercarme. —La panorámica cambió nuevamente a su rostro.

—¿Estás segura? No tendré mucho tiempo, pero me encantaría verte.

—Segura. Mándame la ubicación. Te avisaré cuando esté en la zona.

Después de colgar esperé a que llegara su mensaje con las coordenadas de su situación. Como pensaba, no estaba en una zona de ricos. Decidido, iba a presentarme allí y curiosear.

Jordan

—¡Mierda! —Era la tercera vez que se me caía una herramienta de las manos. Desde la llamada de Paula parecía que se me habían convertido en mantequilla. Parecía un adolescente en su primera cita, y eso me asustaba, pero al mismo tiempo estaba deseoso de que ocurriera. Deseaba, no, necesitaba que todo fuese bien, que ella realmente me perdonase, que me diese una

oportunidad real de empezar de nuevo.
Sabía que era difícil que ella volviese a confiar en mí, pero prefería vivir con sus dudas a perderla del todo. Nunca, jamás en mi vida, me había importado tanto una persona, aparte de mi madre y mi hermana, quiero decir, y quizás por eso tenía miedo, mucho miedo. ¿Cómo había llegado a meterse debajo de mi piel de esa manera? Tan solo nos habíamos besado una vez, pero había sido más real y auténtico que todo lo que había vivido antes con otra chica, incluso con Bibian. Ese beso me había dejado una huella imposible de borrar. Igual que ella. Tenía muy claro que, si al final lo nuestro no prosperaba, siempre compararía a todas las mujeres con ella. Eso me aterraba, porque sabía que no podía fallar, esta vez no.
—¡Eh!, Da Vinci, hay una chica en la puerta que pregunta por ti. —El vello de mi nuca se erizó ante las palabras de Vanko.
—Voy. —Dejé todo lo que tenía entre manos y avancé entre el material desperdigado por el suelo con cuidado. No quería estropear nada, y tampoco quería parecer un patoso delante de los chicos, y sobre todo de ella. Sabía que ella era Paula, no había otra mujer que supiera que estaba allí, solo Rosa, la cuñada de Carlos. ¿O tal vez era ella? Mi corazón rezaba para que no fuera así, y ese mismo músculo saltó como un perro de caza que ve salir al conejo de su madriguera. Era ella. ¿No podía estar más preciosa? Llevaba una sencilla camiseta de algodón, unos pantalones vaqueros y unas zapatillas deportivas. De su hombro colgaba un enorme bolso, como los que llevan las chicas a la playa.
—Creí que me llamarías para bajar a buscarte. —Limpié nervioso mis sucias manos en mis no tan pulcros pantalones de trabajo.
—Tenía curiosidad por ver dónde estabas metido. —No sonreía, y eso me hizo sentir un imbécil. Yo había acabado con su sonrisa.
—¿Quieres pasar y verlo? —Su mano aferró con más fuerza el asa de su bolsa—. Una opinión femenina no estaría de más. —Le tendí la mano para ayudarla a pasar por los obstáculos esparcidos sobre el suelo.
Ella no era como Bibian, a ella no le asustaba meterse entre materiales de construcción, con miedo a ensuciarse, o al menos esa era la Paula que creía conocer. ¿Yo había cambiado eso? Seguramente lo que le amedrentaba era tocarme. Entendí mi error y retiré mi ofrecimiento. Todavía era demasiado pronto.
—Claro.
Le señalé el camino y los cambios que habíamos obrado en la casa; paredes, suelo, iluminación, fontanería. Me detuve más de lo normal para explicarle lo que habíamos cambiado en el baño, sustituyendo la bañera por una cómoda ducha para mi madre.
—Todavía falta colocar la mampara, el lavabo sobre el mueble, el espejo… —Ella parecía estudiarlo todo con ojo crítico.
—Me hago una idea.
—¿Y qué te parece? ¿Te gusta? —Su opinión era importante para mí, casi mucho más que la de mi madre, y eso que era ella la que iba a vivir allí. Pero sabía que mi madre no me diría si algo no le gustaba, simplemente se callaría para no molestarme. Paula me diría la verdad, sin importar si me gustaría o no su respuesta.
—A quien tiene que gustarle es a la persona que vivirá aquí. —Que fuera tan diplomática me desilusionó.
—No te gusta —deduje.
—Nada de eso, para mí está bien. —Todavía no sabía si me lo decía para quedar bien o si era sincera. Seguramente lo que yo encontraba fascinante no lo era para una abogada de un bufete

importante.
—Salgamos de aquí, no quiero que te ensucies. —Miré sus deportivas, que se habían llenado de polvo.
—Ya lo lavaré, no te preocupes por eso. —Mientras salíamos, perdió algo de estabilidad al pisar algo en el suelo. Estuve rápido y la agarré, pero enseguida me di cuenta de que la había incomodado.
—Lo siento. —Me aparté de su lado con rapidez—. Si me das unos minutos me limpiaré un poco y te llevaré a tomar ese café. —La precedí por el pasillo, directo hacia la cocina abierta, donde sabía que el grifo y los desagües funcionaba hacía tiempo.
—¿Cuánto falta para que lo termines? —Escuché su voz a mi espalda mientras me lavaba las manos.
—Queríamos terminarlo hoy, al menos lo más importante. —Me volví hacia ella para responderle mientras me secaba las manos con papel de cocina.
—¿Hoy? —dijo sorprendida.
—Mi madre quiere regresar a su apartamento lo antes posible. En el mío se aburre. —Esperaba que no sonara como que quería deshacerme de mi madre a la primera de cambio.
—Así que andas justo de tiempo —dijo mirando a su alrededor, donde alguno de los chicos iba de aquí para allá cargando con material. Espera, ¿no era la segunda vez que Carlos pasaba con la radial por el salón? ¡Mierda!, estos tramposos se estaban paseando por allí para curiosear. Para que luego digan que las mujeres son unas cotillas. Aunque los entendía, Paula era un regalo para la vista.
—Parar para tomar ese café me hará regresar con más energía. —Ella hizo un gesto extraño con sus labios, para después depositar su bolso sobre la encimera de la cocina.
—Entonces será mejor que no te entretenga demasiado. Tomaremos ese café aquí. —Mis ojos no podían apartarse de lo que estaba haciendo. De su bolso empezó a sacar un enorme termo, unos vasos de plástico y una caja de…
—¿Galletas? —dije cuando abrí la tapa.
—Receta de la abuela Cari. —Cuando levanté la vista, encontré a cuatro de los chicos mirando lo que había expuesto.
—Atrás, lobos —les advertí con mi rostro más amenazador. Ella me había traído café y galletas hechas con sus manos, no pensaba compartir.
—Tranquilo, he traído suficiente para compartir con tus compañeros. —Por un lado sentí que me derretía por dentro, esta era mi Paula, atenta a todos los detalles, con un corazón tan grande que no le cabía en el pecho. Pero por otra parte, no me gustaba que fuese atenta con ellos, ella me pertenecía, era solo mía, y no quería compartirla.

Capítulo 42

Paula

No sé por qué esperaba que la casa fuese más grande. Bueno, sí. Al ser de familia rica, pensé que la nueva casa de su madre sería más… ¿ostentosa es la palabra? Pues me encontré una casa no solo de un barrio de clase media, sino que realmente necesitaba una reforma como la que estaban haciendo en aquel momento. El edificio tenía más años que yo, y por los viejos muebles de cocina que vi en el contenedor en la calle, hacía tiempo que no los habían renovado. Creo que incluso debían de ser los que pusieron al construir el edificio.

Moverme entre los operarios me hizo sentirme un poco incómoda, más que nada porque tenía la impresión de que solo había ido a estorbar. Jordan realmente estaba metido en faena, y no era un hobby, sino algo muy serio. Por el aspecto de su ropa, él también participaba en el trabajo manual.

Nunca me ha gustado interrumpir a la gente que está trabajando, porque lo que para mí es un capricho, sé que para ellos es un trastorno. Lo sé porque yo he estado al otro lado. Pero cuando vi a todos aquellos hombres haciendo cola para que les diera su vaso de café y su galleta, supe que necesitaban una pequeña parada.

—¿No quedan más de esas galletas? —Lloriqueó uno de los hombres al revisar el interior de la caja.

—Lo siento, no sabía que erais tantos —me disculpé.

—Se acabó. —Jordan dio una palmada al aire mientras se ponía en pie—. Todos de vuelta al trabajo. Tenemos que dejar todo terminado antes de que se vaya la luz natural.

—A mí no me mires, yo ya he terminado de pintar la habitación principal. —Jordan frunció el ceño.

—Entonces ve recogiendo los cubos y los rodillos. Hay que despejar todo esto de trastos para que pueda colgar la lámpara. Hay que comprobar que todo el cableado está bien antes de que Ramiro se vaya. —Miró hacia un hombre sentado sobre un enorme cubo de pintura tres pasos detrás de mí.

—¡Eh!, la instalación está perfecta —protestó.

—Eso te lo diré cuando probemos todas las bombillas. —Jordan le señaló con el dedo al decirlo.

—Listo, tienes agua caliente. —Anunció el recién llegado que iba secándose las manos con un trapo viejo—. ¿Me guardaste lo mío? —Señaló con la mirada la caja vacía de las galletas.

—Aquí lo tienes. —Jordan le tendió la galleta que tenía junto a él, y que no había probado. Abrió el termo y echó lo que quedaba de café en un vaso de plástico para ofrecérselo al recién llegado.

—¡Eh! —protestó el goloso que quería otra galleta y no la consiguió. Pero Jordan lo puso en su sitio con una sola mirada.

—¿No ibas a comerte la galleta de Novac, verdad? —El goloso miró al tal Novac y reculó. Normal, era un armario de tres puertas con unas manos enormes. Cualquiera le quitaba su comida.

—El próximo día tienes que traer más —me sugirió el goloso.

—¿Las haces con chocolate? —preguntó Carlos. De uno de los pocos nombres con los que me había quedado, seguro que era porque fue el primero que me presentaron.

Me hizo sonreír pensar en lo rápido que habían cambiado. Al principio me miraban con recelo, curiosidad, hasta que vieron las galletas y el café, y todo quedó a un lado. Habían charlado

conmigo como si nos conociéramos de toda la vida.
—¿Ya habéis terminado? —Una mujer mayor, de unos 60, acababa de aparecer por la puerta del apartamento, y Jordan saltó a la mitad de la sala como si un hierro al rojo se le clavase en el trasero.
—La jefa ha regresado, todo el mundo a lo suyo. —Incluso Novac, que se estaba metiendo la galleta en la boca, se esfumó por uno de los pasillos sin protestar.
Como si la orden también se extendiese a mí, empecé a recoger con celeridad mis cosas para llevármelas lo antes posible. Al alzar la vista, me topé con la mirada curiosa de la mujer.
—Mamá, esta es Paula. Paula, ella es mi madre. —Menuda encerrona. Pero no me amilané, esbocé mi sonrisa más profesional, la que le daba a los invitados según llegaban a Le Château, y le tendí la mano.
—Encantada de conocerla, señora Williams. —Sus ojos se desviaron ligeramente hacia su hijo mientras me estrechaba la mano con educación.
—Puedes llamarme Nancy, querida. —Había algo en la forma de mirarnos a Jordan y a mí que me puso nerviosa.
—Yo… Será mejor que me vaya. Ya he entretenido más de la cuenta a los obreros.
—Tonterías. Es más, me vienes estupendamente. —Me tomó del brazo como si fuésemos amigas del alma—. Necesito una mirada femenina. —Con delicadeza empezó a guiarme hacia el pasillo, donde sabía que estaba la habitación principal.
—Eh…. Claro. —Miré hacia atrás buscando el apoyo de Jordan y me lo encontré con los ojos muy abiertos, puede que algo sonrojado e incómodo.
—Verás, mi hijo se ha empeñado en poner una de esas camas con un cabecero enorme. Pero yo le he dicho que, a mi edad, sería mejor poner una de esas camas que se pueden articular, como las que hay en los hospitales. —Escuché un bufido a nuestra espalda.
—No necesitas una cama de esas, mamá. Todavía eres muy joven. —Nancy se giró hacia su hijo en medio de la habitación.
—No voy a hacerme más joven, cariño. Hay que pensar en el futuro. —Genial, una disputa familiar en la que no quería meterme. Pero ya que estaba aquí, no podía escapar.
—¿Y por qué no algo intermedio? —Ambos me miraron esperando a que me explicase—. Quiero decir, que todavía no la necesita, así que puede tener una cama preciosa y moderna, pero que en un futuro pueda modificarse para usarse con un somier articulado. —Nancy sonrió como el gato que se comió al canario.
—Me gusta cómo piensa esta chica, cariño. No la dejes escapar. —Y luego, la muy ladina me guiñó un ojo. ¿Qué acababa de ocurrir ahí? Por el tono sonrojado de Jordan creo que acababa de caer en una treta de su madre. ¿Le habría hablado de mí?
—Está bien, buscaré nuevas opciones y te las mostraré para que elijas la que más te gusta. —Puso los ojos en blanco y escapó de la habitación como si se hubiese declarado un incendio en ella. Quería hacer lo mismo, pero Nancy me tenía bien sujeta por el brazo, no tenía escapatoria. Cuando volví a mirarla, encontré una sonrisa cómplice en su cara.
—Sabía que algo me escondía, pero no sospeché que fueses tú hasta que he visto su cara en la cocina. —Su sonrisa creció como si acabase de descubrir la combinación ganadora de la lotería.
—No, él y yo no… No estamos saliendo… Es solo…
—¿Y por qué no? ¿Acaso mi hijo todavía no te lo ha pedido? —Sus cejas se fruncieron, seguro que pensaba que no se había equivocado, pero que había algo más que se le escapaba.
—Es… complicado.
—Te gusta, no habrías venido hasta aquí si no fuese así. Y a él le gustas, se ha puesto colorado

como un tomate hace un momento. ¿Cuál es el problema entonces? —¿Cómo explicárselo a su madre? Sobre todo si no tenía que decirle lo que había ocurrido.
—Digamos que nos conocimos de mala manera. —Sus ojos se abrieron asustados.
—¿Tuvisteis un accidente o algo así? —dijo angustiada.
—No, no, qué va, solo… —A ver cómo sales de esta, Paula.
—Déjala tranquila, mamá, o no querrá volver a quedar conmigo. —Jordan al rescate.
—Eso será culpa tuya. No se puede tener una cita en una obra. ¿Por qué no la llevas a cenar? —Jordan me miró con una pequeña sonrisa.
—Es una buena idea. Conozco una heladería en el paseo marítimo que hace unos helados estupendos. —Me miró esperanzado. ¿Lo estaba diciendo en serio?
—Entones no hay más que hablar. Saca de aquí a toda esta gente. —Empezó a empujarlo para que saliera de la habitación.
—Pero, mamá… No hemos terminado —protestó Jordan mientras dejaba que su madre se saliera con la suya.
—No me importa si la obra se retrasa otro fin de semana. Has trabajado mucho últimamente, mereces un par de horas libres. —Finalmente se dio la vuelta, se encogió de hombros y alzó los brazos al cielo, rindiéndose.
—Ya habéis oído a la jefa, chicos. Recoged todo, por hoy hemos terminado. —El patrón exigente e impaciente había desaparecido y lo había sustituido un joven sonriente que deseaba escapar de allí.
—¿Pero no eras tú el que quería terminar todo hoy? —le recordó Carlos. Antes de contestarle, Jordan me miró directamente con una sonrisa esperanzada en la cara.
—Eso era antes de tener una cita. —Le sonreí, porque de alguna manera, aquella encerrona no me disgustó. Así que asentí. Teníamos una cita.

Capítulo 43

Jordan

Llegué veinte minutos antes de la hora que habíamos acordado. Creo que era la primera vez que estaba tan nervioso, ni siquiera esperando las notas finales de la carrera estaba así.

Decidimos quedar en el mismo lugar de nuestra primera cita, en el Rancho Rodante. Era una manera de comenzar de nuevo, una vuelta al principio de todo, solo que dándonos la oportunidad de ser nosotros mismos, sin motivos ocultos.

Cuando la vi aparecer caminando por el paseo, mi corazón dio un salto mortal hacia atrás. Hubo un momento en que dudé que fuese verdad, era demasiado bonito para ser real. ¿Me daba otra oportunidad? Ninguna otra lo hubiese hecho. Pero ahí estaba.

—¿Tienes hambre? —me preguntó como si no hubiese pasado nada.

—Estoy famélico. —Nos pusimos a la cola para hacer nuestro pedido.

Antes de que ella dijera lo que quería, me adelanté a preguntarle.

—¿Lo mismo de la otra vez? —Ella me miró extrañada, pero asintió. Repetí el pedido exactamente igual a la primera ocasión, lo que le sorprendió.

—Vaya, te has acordado de todo. —Le sonreí satisfecho.

—Parece que sí.

Siguiendo nuestros pasos de la vez anterior, caminamos hasta la orilla para comer acompañados del murmullo de las olas.

—Háblame de ti, de tu auténtico yo —dijo seria antes de darle un buen mordisco a su pollo ranchero.

—Bueno… Seguí los pasos de mi padre. Estudié arquitectura, y cuando terminé la carrera me puse a trabajar para mi tío Ernest.

—¿Tu padre también trabaja allí? —Apreté los puños antes de contestar.

—No. Mi padre tenía una empresa que creó desde cero con trabajo y muchos sacrificios. Creía que High Quality Engineering iba bien; tenía prestigio y muchos clientes. Pero cuando mi padre murió de un infarto hace seis años descubrimos que las cosas no iban tan bien como pensábamos.

—Os lo ocultó —dedujo.

—Los proveedores exigían los pagos de los materiales, los edificios tardaban en venderse… Los préstamos vencían y había que hacerles frente. Llegó un momento en que los bancos dejaron de fiarnos, así que mi padre pidió ayuda a su hermano. Y lo hizo, pero con sus condiciones. Creo… creo que el infarto le sobrevino por todo el estrés que estuvo soportando. Al final, mi tío se quedó con la empresa. La reflotó, aunque cambió cosas que mi padre no habría tolerado. Para Ernest lo importante es ganar dinero, para mi padre era dejar un legado del que sentirse orgulloso, crear hogares para las personas que viven en sus edificios.

—Por tus palabras, intuyo que tenías pensado recuperar el control de la empresa de tu padre. —Sus ojos me miraban como si pudiese leer dentro de mi alma.

—Al principio tenía esa esperanza, sí. Pero no hace mucho descubrí que el tío Ernest había usado esa carta para jugar con todos nosotros. Mi madre le vendió su participación de la empresa de papá, así que como mucho solo podría convertirme en otro empleado más de Ernest sin poder de decisión. —Su mano se posó sobre mi brazo. Alcé la vista que había llevado sin darme cuenta hasta mis pies, y me encontré con la tierna mirada de Paula.

—Por eso espiaste para él, porque querías recuperar la empresa de tu padre. —No era una

pregunta.
—Y porque necesitaba mantener a mi familia. Pero eso ya no importa. —Intenté sonreír—. Ahora todo es diferente.
—¿Qué ha cambiado? —preguntó curiosa.
—Que me han abierto los ojos. —Aquello la desconcertó.
—¿Porque descubriste el juego sucio de tu tío?
—Porque mi madre me hizo ver que no yo tenía que soportar toda la carga. Y porque el pasado no me dejaba mirar hacia delante. —Su gesto me decía que no acababa de entenderme, así que se lo expliqué—. Mi madre ha vendido la casa familiar. Con ese dinero se ha comprado un apartamento más pequeño y le quedará suficiente para vivir holgadamente sin la ayuda de nadie. Mi hermana está trabajando para costearse lo que le queda para terminar la carrera, y tiene pensado quedarse a trabajar en Nueva York. Ahora son independientes, no necesitan mi ayuda.
—Aunque seguiría ayudándolas en lo que me fuera posible.
—¿Y tú? ¿Cuál es tu plan de futuro? —Había pensado muchas veces en ello, pero no lo había hecho seriamente desde que todo había cambiado, desde que mi vida se había desmoronado. Todo lo que había imaginado se esfumó como el humo. Sabía que tenía que volver a empezar de cero, pero…
—Pues… De momento voy paso a paso. Voy poniéndome objetivos y según los voy cumpliendo, me planteo el siguiente. De momento quiero terminar de acondicionar el apartamento de mi madre.
—Ya casi lo has terminado. ¿Qué harás después? —Me rasqué la nuca mientras trataba de encontrar algo en mi cabeza.
—Pues… Carlos me ha propuesto algo.
—¿De qué se trata? —Paula me miró expectante mientras le daba un sorbo a su bebida.
—Dice que se nos da bien esto de las reformas exprés de fin de semana. Él quiere crear una cooperativa, en la que cada uno de los chicos aportará su trabajo. Si abrimos una cuenta de gastos en algunos almacenes de suministros, podríamos aplazar los pagos hasta terminar la obra y cobrarla. Luego repartiríamos las ganancias entre todos. —Los labios de Paula se torcieron mientras pensaba, sabía que le estaba dando vueltas a algo.
—Si quieres hacerlo podría asesorarte con la parte legal. —Su ofrecimiento me sorprendió gratamente.
—¿De verdad lo harías?
—Claro. Incluso podría convertirme en uno de los cooperativistas y llevarme un porcentaje por mi trabajo en vez de cobrarte por mis honorarios.
—Como uno más de los chicos. Pero… El sueldo de un fontanero no es el mismo que el de un abogado. —Ella desechó esa observación con un movimiento de la mano.
—Tampoco cobra lo mismo un pintor que un electricista. Al final será cuestión de hacer una tabla de trabajo con los baremos por especialidad y las horas que dedica cada uno. —Esa forma de analizar el proyecto me llamó la atención.
—No había pensado en ello. —Su ceja se alzó inquisitiva.
—¿Pensabas pagarles a todos lo mismo? Algunos apenas trabajarán unas horas, mientras que otros estarán jornadas completas. Yo no lo vería justo.
—No, tienes razón. —Bajé la cabeza, desanimado—. Está claro que no estamos preparados para algo así.
—¡Eh! —Sentí una sacudida en el brazo que me obligó a afrontar su mirada de nuevo—. Es solo cuestión de formar un equipo completo. Tú no eres pintor, pero en tu cuadrilla hay alguien que

hace ese trabajo, ¿verdad? —Fruncí el ceño tratando de ver hacia dónde quería llevarme.
—Sí.
—Pues eso. Solo es cuestión de encontrar a alguien que se encargue de esas cuestiones que tú no sabes hacer. —Ahora lo entendía.
—Quieres que delegue.
—No, te digo que amplíes tu cuadrilla con los profesionales que necesitas. Y da la casualidad de que tienes delante de ti a una experta en cuestiones legislativas, organizativas y todas esas tareas que requieren papeleo.
—¿Te estás ofreciendo para trabajar conmigo? ¿Con los chicos?
—Tú coméntaselo.
—Lo haré, aunque… —¿Meterla a ella entre tanta testosterona? Era como dejar un caramelo a la puerta de un colegio, y no es por nada, pero este dulce no quería compartirlo.
—¿Tienes miedo de que descubra algún secretillo oscuro?
—No sé los chicos, pero yo no tengo nada que ocultarte, ya no. —Dejé de lado mi comida para tomar sus manos—. No quiero más mentiras entre nosotros, ningún secreto. —Ella asintió y soltó el aire pesadamente.
—Me parece bien, sin secretos. —La vi ponerse en pie y limpiarse la parte trasera de los pantalones—. Entonces será mejor que me acompañes. —Aquello me extrañó, pero obedecí, me puse en pie y tomé su mano.
—¿Algo que desees decirme?
—Más bien es algo que quiero que veas. —¿Qué me estaría ocultado? ¿Qué secretos podía tener que yo no había descubierto antes? Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Pero no pensaba salir corriendo, por ella lo aceptaría todo, cualquier cosa.

Capítulo 44

Jordan

Confundido no era la palabra, o tal vez sí. ¿Qué demonios hacíamos en el edificio de su oficina de trabajo?

Estacioné la camioneta en el exterior y esperé en la puerta exterior como me pidió. Las luces de las oficinas estaban apagadas, incluso en el hall de entrada la iluminación estaba atenuada. La vi avanzar entre las enormes cristaleras hasta llegar a la puerta.

—¿Vas a hacerme salir a buscarte? —dijo desde el umbral.

—Ya voy. —Como si despertase de un letargo, mi cuerpo se puso en movimiento con rapidez. En tres zancadas estaba junto a ella—. Se supone que los domingos las oficinas están cerradas. —Susurré a su oído mientras nos acercábamos al control de seguridad.

—Lo sé —dijo con una extraña sonrisa—. Buenas noches, Ramy —saludó con familiaridad al vigilante tras el mostrador de control.

—Buenas noches, señorita Di Angello. —No se me escapó la mirada suspicaz que me lanzó el hombre. Estaba claro que a ella la conocía, pero no sabía lo que hacía yo allí, y ya éramos dos. ¿Querría mostrarme algo de su trabajo? ¿Ese cliente sobre el que me había mostrado interesado, Bowman?

Ella apretó el botón nada más entrar, pero no presté atención, estaba más preocupado en averiguar por qué estábamos allí.

—¿Tu primo está aquí? —Si era una encerrona para hacerme picadillo, me lo tenía merecido, pero… ¿no me había perdonado? ¿Y si me estaba llevando a una trampa? A estas alturas, me daba igual. Hiciese lo que hiciese conmigo me lo merecía, asumiría cualquier precio que ella decidiera que debía pagar.

—Sí. —Mis glúteos se tensaron al escuchar esa respuesta.

—Vale. —Lo aceptaba, no iba a salir corriendo como un cobarde.

El ascensor se paró en ese momento y las puertas se abrieron… Un momento, esta no era la planta de las oficinas, parecía más una zona de viviendas. Iba a preguntarle si se había equivocado, porque nadie esperaba para entrar en el ascensor con nosotros, cuando ella salió. No, no se había confundido. Como un dócil borrego la seguiría allí donde quisiera llevarme. Ella podía hacer conmigo lo que quisiera.

Avanzamos por un lado del pasillo hasta detenernos frente a una de las puertas. No llamó, solo introdujo una clave numérica en un dispositivo y la puerta se abrió. Ella entró, así que la seguí sin preguntar.

Busqué con la mirada, pero no encontré ningún «comité de bienvenida», ya me entienden. No había nadie más en el lujoso apartamento, solo ella y yo. ¿Para qué me había traído aquí? Volví el rostro hacia ella buscando una respuesta.

—¿Y bien? —Ella se encogió de hombros.

—Vivo aquí.

—¿Qué?

—Venía con mi nuevo trabajo. —Ladeó la cabeza como si tratase de disculparse.

—¡La leche! —Mi cerebro no pudo procesar otra palabra para describir mi asombro.

—Lo sé. ¿Una café? —Echó a andar hacia la cocina, pero yo no podía dejar de admirar todo a mi alrededor. No solo por lo magnífico del apartamento, sino porque nunca, jamás, pensé que algo

así podría estar dentro de ese edificio. Ella, sin saberlo, me había dado el mejor regalo que se le podía dar a un arquitecto en esta ciudad.
—Necesito algo más fuerte. —Finalmente espabilé y me acerqué a ella. ¿De verdad no sabía lo que me estaba ofreciendo? Poder recorrer su apartamento era… Uf.
—¿Un chocolate? No tengo alcohol aquí si es lo que esperas. —¿No era adorable?
—¿Te queda alguna de esas galletas que llevaste a la obra?
—No. —Mis deseos de algo dulce se fueron a paseo. Lo reconozco, soy un goloso—. Pero tengo algo que puede que te sirva. —Se giró para coger algo de un plato y ¡oh, sorpresa!— Tengo bizcocho. —Mis glándulas gustativas se pusieron a gritar como posesas.
—¿Lo has hecho tú? —Ella encogió un hombro.
—Cuando no quiero darle vueltas a la cabeza, me da por cocinar. —Para ella sería algo malo, y para mí debía serlo también, porque yo era el culpable de su desazón, estaba seguro, pero viendo el resultado… no me sentí tan culpable.
—¿Te ayudo a prepararlo? —Desde que empecé a vivir solo aprendí a darle valor a todas esas cosas que otros hacían por mí.
—No hace falta, tú siéntate. —Obedecí. Me acomodé en el taburete junto a la barra del desayuno, admirando cómo se desenvolvía por la cocina.
—Debes trabajar para una empresa importante —comenté.
—Realmente son varias, y sí, puede decirse que son muy importantes.
—Vaya, me alegro por ti. Supongo que ya no tendrás que trabajar de camarera para llegar a fin de mes. —Ella me sonrió mientras dejaba una taza de chocolate caliente frente a mí.
—No puedo decir que lo eche de menos, pero me gustaba. —Nunca habría esperado escuchar eso de boca de una abogada triunfadora como ella.
—¿Hablabas en serio cuando me dijiste que querías ayudarme con lo de la cooperativa? —Tomé un sorbo de chocolate mientras esperaba su respuesta.
—Siempre hablo en serio cuando son temas de trabajo. Aunque te has confundido en algo. —Mis cejas se alzaron sorprendidas.
—¿En qué?
—Me ofrecí como una cooperativista más, nada de colaborar de forma desinteresada. —Ella le dio un sorbo a su chocolate, dejando ese bigotillo marrón sobre su labio superior. Me contuve para no sonreír, porque estábamos hablando sobre algo serio.
—Perdona, sí que lo dejaste claro. —Sus ojos se entornaron al mirarme.
—¿No será que no quieres que me una al proyecto? —Esa pregunta me pilló desprevenido.
—¡No!, claro que no. Quiero decir, que por supuesto que me agrada la idea de que quieras trabajar con nosotros. Realmente me has hecho ver que te necesitamos. —Una de sus cejas se alzó.
—Entonces ¿quieres que me una a la cooperativa?
—Me encantaría. Sé que es demasiado pronto para que vuelvas a confiar en mí, pero yo sí que confío en ti, así que pondré mi futuro en tus manos. —Ella frunció el ceño.
—Y el de los chicos —añadió.
—El de ellos también. —Si Paula nos salía rana, irían a por mi cuello, pero sabía que por muy resentida que estuviese conmigo, no les perjudicaría a ellos. Sabía que era una buena persona.
—¿Y cuándo quieres que me ponga con ello? —Me rasqué la nuca, pensativo.
—No sé, aún le tenemos que dar algunas vueltas entre todos. La idea es de Carlos, él ha movido todo esto. —Ella asintió como si analizara esa información.
—Entonces será mejor que tenga una charla con él.

—Si nos haces otra visita con café y esas galletas tan ricas, seguro que se sentará contigo todo el tiempo que quieras. —Me metí en la boca un trozo de aquel esponjoso bizcocho. ¡Mierda!, no tenía que comentarle a Carlos que también hacía de estas cosas, y al resto de los chicos todavía menos. Había mucho soltero que no dudaría en lanzarse sobre mi chica como si fuera un helado en plena ola de calor.
—No entiendo que os pasa a los hombres con la repostería casera. —¿De verdad no lo sabía?
—No son todos los hombres, sino los que nos vemos obligados a comer cualquier cosa para no desfallecer en un largo día de trabajo. Cuando se nos presenta un pequeño manjar de estos, no podemos evitar saltar sobre él para saborearlo como el regalo que es.
—Vaya. —Su cabeza se ladeó curiosa.
—¿Tú que prefieres? ¿Una rosquilla glaseada de una de esas tiendas? ¿O un trozo de esta maravilla? —Alcé el pequeño trozo de bizcocho que me quedaba, admirando el color dorado y prendándome de su delicioso sabor.
—No se puede comparar algo hecho con cariño y mimo a una de esas cosas en las que prima el beneficio económico.
—En la vida, las cosas realmente buenas no se consiguen con dinero. —Me comí el último trozo de bizcocho, pero no era el placer que sentía en la boca lo que llenaba mi alma, sino el saber que finalmente me había dado cuenta precisamente de eso, de que el dinero solo es una herramienta para conseguir otras cosas. Y lo que realmente me importaba era lo que había estado a punto de perder por estar cegado por ese dinero. Y lo tenía delante.
Paula no era de las que se compraban, y daba gracias al cielo de que el viejo Jordan hubiese cambiado su forma de ver la vida a tiempo. El nuevo yo ya había probado las mieles del otro lado, y aunque este fuese más duro, también me llenaba de una manera que no había experimentado antes. ¿Saben lo que se siente cuando ves que tu esfuerzo se materializa? Estudiar como un poseso para conseguir una buena nota no es lo mismo que construir con tus manos algo que sabes que será útil para otra persona.

Capítulo 45

Paula

La forma en que Jordan me había abierto las puertas a lo que era ahora su vida me demostraba que no quería ocultarme nada. Realmente se había tomado en serio lo de no tener secretos. Para él esta era la manera de mostrarme que realmente todo había cambiado, él había cambiado. Bueno, seguía pareciéndose al Jordan que yo había conocido, solo que aquel papel que representaba se había convertido en su realidad. Lo que sí que encontraba diferente era que ahora daba todo tipo de detalles sobre sí mismo, sobre su vida, que antes había esquivado.

Tras varios días hablando con él por mensajes, habíamos concertado una reunión con su amigo Carlos para detallar las bases de su nueva empresa. Estuve repasando la legislación al respecto, pero una cosa era lo que yo podía recomendarles y otra la que ellos querían. Como buena abogada, debía adaptarme a las necesidades del cliente para complacer sus demandas. Para mí lo más cómodo era tener esa reunión en un lugar tranquilo y donde tuviese a mano las herramientas que pudiese necesitar. ¿Y qué mejor sitio que mi despacho? El problema vendría cuando le explicase a Fran lo que quería hacer, no por el hecho de tener unos nuevos clientes, ese tema era fácil de tratar. Lo complicado era decirle que ese cliente era Jordan.

Tenía muy claro que iba a meterme de lleno con este proyecto. Me atraía, y sabía que no me robaría mucho tiempo de mis otras obligaciones. Trabajar para los Holding Bowman y Vasiliev era exigente, pero no podía decir que me ocupase toda una jornada laboral completa. Así que ocuparme de la cooperativa no me consumiría mucho tiempo. Además, este era el auténtico motivo por el que me hice abogada, para ayudar a la gente con sus problemas legales, hacerles más fácil el lidiar con la administración, o con otras empresas que se aprovecharían de su falta de conocimientos técnicos para abusar de ellos. Nada como decir «se lo diré a mi abogado» para que la otra parte se dé cuenta de que en la contienda ambos bandos tendrían las mismas armas. Normalmente los pequeños, la gente sencilla, no puede costearse un buen abogado, eso queda relegado a los ricos y poderosos. Yo pensaba cambiar eso.

Pero hay cosas que no se pueden ocultar a tu socio, y mucho menos a tu primo, sobre todo si ese es Fran. Cuando olía algo, perseguía a su presa hasta que la acorralaba, y si era posible, se la comía. Así que tenía que hablar con él y ponerle al día sobre la nueva situación entre Jordan y yo. Tomé aire profundamente, me dirigí a su despacho y llamé con los nudillos en el marco de su puerta. Salvo que estuviésemos reunidos con alguno de nuestros clientes, teníamos la política de dejar «todas las puertas abiertas», literalmente. Creo que la única que se cerraba era la del baño, evidentemente.

—¿No es un poco pronto para el almuerzo? —preguntó mirándose el reloj de la muñeca.

—Quería comentarte algo. —Eso le hizo girarse totalmente hacia mí. Lo sé, si teníamos que decirnos algo, solíamos hacerlo con mensajes o correos electrónicos. El hacerlo de persona a persona era algo que ocurría cuando nos reuníamos para hacer algo; tomar una café, almorzar, terminar el día y subir a nuestros apartamentos… Si uno iba a buscar al otro a su despacho es que era algo importante que era preferible decir cara a cara.

—Te escucho.

—¿Te acuerdas de Jordan Williams? —Sus cejas se fruncieron, al tiempo que su mirada se endureció.

—Sí. ¿Ha vuelto a molestarte? —Esto necesitaba una larga explicación, así que me acerqué a la

mesa y tomé asiento en una de las sillas frente a él.
—Pues verás, con respecto a eso… —Empecé a narrarle la historia desde aquel día en que se unió a Owen y a mí en aquella operación de contraespionaje hasta el domingo anterior en que lo traje a mi apartamento. En todo ese tiempo, Fran no dijo nada, solo escuchó.
Cuando terminé la narración y él siguió sin decir palabra, empecé a ponerme nerviosa.
—¿Y bien? —me aventuré a preguntar yo.
—Es tu decisión, ¿qué quieres que te diga? Si tú crees que ahora todo está bien entre vosotros, si quieres darle otra oportunidad, no voy a ser yo quien se interponga en tu camino.
—Gracias por tu confianza en mi criterio. Pero no me refería a eso.
—¿A qué entonces?
—Como te he comentado, Jordan y sus compañeros de obra quieren crear una cooperativa entre ellos, para realizar trabajos por su cuenta y conseguir algunos beneficios que les repercutan directamente. —Sus ojos se entrecerraron hacia mí.
—¿Quieres involucrarte en eso? —quiso cerciorarse.
—Creo que necesitan a alguien con mis conocimientos. Son simples obreros de la construcción, no tienen idea del papeleo legal, de los trámites con la administración, ni nada de lo que engloba la parte administrativa de todo ello.
—Pero tú sí. Así que… quieres trabajar para ellos. —Se recostó en su sillón, mientras cruzaba los dedos sobre su vientre.
—No PARA ellos, sino CON ellos. —Sus cejas se alzaron ligeramente, revelando que estaba sorprendido, y ese gesto por sí solo me dijo que lo había descolocado.
—¿Quieres ser una cooperativista más?
—Parece mentira que a estas alturas no me conozcas, Fran. Está claro que ellos necesitan a alguien como yo, pero no pueden permitirse mis servicios. Si me convierto en una cooperativista más, me llevaré mi parte de los beneficios, y ellos no tendrán que adelantarme un dinero que no tienen. —Su cabeza se ladeó mientras lo sopesaba.
—Si pensase que es por el dinero, diría que has visto algún tipo de potencial en la empresa. Pero como lo que cobramos ahora es una suma descomunalmente importante, no creo que el dinero sea tu motivación.
—Es evidente —le confirmé.
—Es por él —dedujo.
—En parte sí, y en parte por el resto de los chicos. Los he visto trabajar, y sé que le ponen empeño y esmero. Creo que merecen una oportunidad para llevar algo más de dinero a casa. —Fran suspiró.
—Y tú mejor que nadie sabes lo que es estar en el escalón de abajo. —Sabía que lo decía porque había estado muchos años trabajando como camarera. Reconozcámoslo, no es el trabajo que uno sueña cuando es mayor, pero es lo que paga las facturas. ¿Conseguir un ingreso extra siendo tu propio jefe? La mayoría aceptaría sin pensárselo.
—Entonces ya sabes que voy a hacerlo. —Fran suspiró, como si ya supiera que discutir sobre ello era una batalla perdida.
—No podría impedírtelo. —Me mordí el labio inferior, porque en ese momento llegaba la parte peliaguda del asunto.
—El caso es que quería reunirme con ellos aquí, en el despacho. Me gustaría usar los recursos del bufete para este trabajo y, para ello, necesito tu permiso. —En ese momento me hubiese gustado saber lo que pasaba por la mente de Fran, porque había adoptado esa expresión dura y neutra que me hacía difícil saberlo.

—Somos socios, Pau, el trabajo que se hace en el bufete nos concierne a ambos. Si tú quieres trabajar con ellos como clientes, yo también estoy dentro de esa ecuación. —Ahora la que estaba desubicada era yo. Pues no me estaba diciendo que…
—¿Tú también quieres entrar en la cooperativa?
—Seamos realistas, si equiparamos el sueldo por hora que tendríamos que cobrarles por nuestros servicios con el de uno de sus especialistas, seguiríamos perdiendo dinero.
—¿Dónde quieres llegar? —Sospechaba que detrás de aquella aclaración había algo más.
—Podemos cobrarles en especias. —Abrí los ojos sorprendida por ese giro.
—¿Quieres decir que nos paguen realizando algún tipo de trabajo para nosotros?
—Uno nunca sabe cuándo va a necesitar un fontanero, o un electricista. —Ahora le entendía.
—En el fondo tú también tienes un corazón tierno.
—Que ahora esté arriba no quiere decir que haya olvidado de dónde vengo. Mi abuelo sacó adelante a su familia vendiendo coches, mi padre hizo lo mismo. Mi tío, tu padre, es bombero y su esposa enfermera. Para mí, todos esos trabajos son dignos, y merecerían estar mejor pagados. Por desgracia yo no impongo los salarios del mercado laboral, pero sí que puedo decidir lo que puedo pedir por mi trabajo. Bueno, en este caso por el nuestro, si tú estás de acuerdo, claro. —Antes de que terminase la frase corrí hacia él para darle un demoledor abrazo.
—¿Te he dicho alguna vez que te quiero, primo?
—Ya, eso me lo dirás más tarde. Ahora ponte a trabajar para encontrar fórmulas que mejor se ajusten a lo que te he explicado. Será complicado, pero seguro que das con algo. —Dejé un beso húmedo en su mejilla antes de alejarme de él.
—Lo encontraré, Fran. Lo encontraré.

Capítulo 46

Jordan

No podía dejar de mirar a Carlos mientras el ascensor subía hacia la novena planta. Estaba nervioso, aunque puede que estaría mucho más incómodo. Al igual que me pasó a mí la primera vez, el edificio nos apabullaba.

—Sigo pensando que no es buena idea, *wey* —dijo sin apartar la vista de las puertas cerradas.

—Eras tú el que insistió en crear la cooperativa. ¿Ahora quieres echarte atrás? —Su cabeza se giró hacia mí para contestar.

—Míranos, no pertenecemos a este lugar. —Sabía que lo decía por el tipo trajeado que se apeó del ascensor en la planta del restaurante. Nos miró con desdén y desprecio, como si dos tipos con botas de trabajo polvorientas fuesen animales escapados del zoo.

—¿Has venido a hacer algo malo? —Me miró extrañado por la pregunta.

—Por supuesto que no —dijo con voz firme.

—Entonces no debería preocuparte lo que piensen los demás, mientras tu conciencia esté tranquila. —No sé si le sirvió de ayuda, porque en ese momento llegamos a nuestra planta.

—No parece que haya mucho movimiento por aquí. ¿Estás seguro de que es en esta planta? —Estaba a punto de decirle que yo tuve la misma impresión cuando vine por primera vez, cuando divisé la figura de Paula acercándose por el final del pasillo.

—¿Responde eso a tu pregunta? —Allí estaba mi chica, metida dentro de uno de esos vestidos de ejecutiva sexy que harían babear a cualquiera.

—Wow —susurró Carlos. Tuve que darle una fuerte palmada en la espalda, recordándole que él era un hombre casado y que esa chica era mía.

—Bienvenidos. ¿Os apetece tomar un café? —Carlos me miró confundido.

—No, gracias. No queremos ser un estorbo —respondió vacilante Carlos.

—Pues yo voy a hacerme uno, a estas horas necesito cafeína para continuar. —La seguimos hasta un amplio office con una cafetera de esas de cápsulas, una pequeña nevera, un fregadero, estanterías con tazas… Vamos, lo que se puede encontrar en una pequeña cocina de oficina.

—No quiero ser un desagradecido, pero no estoy muy seguro de que podamos llegar a un acuerdo. —Carlos consiguió que Paula se girase hacia él con el ceño fruncido.

—¿Me estás prejuzgando por mi aspecto? ¿Porque soy mujer? —Carlos enseguida trató de defenderse.

—No, no. Nada de eso, es que… —Miró a nuestro alrededor, buscando la manera de decirle que aquel bufete tenía clientes mucho más adinerados que nosotros.

—No voy a cobrarte por la visita, tranquilo. Solo quiero que charlemos sobre lo que necesitáis, la manera de conseguirlo, y del resto ya hablaremos si llegamos a un acuerdo. —Carlos me miró. Yo me encogí de hombros ante él.

—No tenemos nada que perder —le dije.

Más convencido, Carlos siguió a Paula por el pasillo hacia su despacho. Como si fuésemos dos clientes más, nos sentamos en las sillas que estaban frente a la mesa. Verla allí, saboreando aquel café entre sus manos, con el gran ventanal desde el que se veía la ciudad de fondo, seguía erizándome los pelos del brazo. Este era su elemento, ella era poderosa aquí, y yo un insignificante ratón que aspiraba a no quedarse atrapado en el barro que pisaban sus pies.

Antes me creía tan importante como ella, solo por pertenecer a una familia rica y tener una

carrera universitaria. Pero me había dado cuenta de que la auténtica aura de persona poderosa era más impresionante cuando realmente te la ganabas. Ella había llegado ahí por méritos propios. En la situación en que me encontraba antes, tenía que demostrar que no estaba allí para rellenar un hueco en la foto, que era el puesto que había preparado Ernest para mí.

—Bien, he estado estudiando varias opciones, y aunque la cooperativa es la que os interesa adoptar, existen otras que pueden encajar mejor en vuestro plan de negocio. A fin de cuentas, lo que queréis es que la empresa se base no en un capital inicial, sino en el trabajo que cada cooperativista pueda aportar.

—No tenemos dinero, sino conocimientos técnicos de nuestros respectivos campos de trabajo. —detallé. No sabía si Carlos podía seguir un lenguaje más complicado al que estaba acostumbrado, por eso tomé la iniciativa y respondí por ambos.

—Lo primero que tenéis que entender es que no solo se trata de montar una cooperativa. A fin de cuentas, eso es solo un tipo de empresa. El problema puede venir después, cuando tengáis que hacer el ajuste de cuentas con el estado. Las declaraciones, los impuestos… Todo se complica cuando tienes un negocio y al mismo tiempo trabajas para otro empleador. —Cuando habló de impuestos, Carlos abrió los ojos desmesuradamente.

—No creí que nos pudiese suponer problemas —dijo algo asustado.

—A ver, tú lo que tenías claro era la receta para preparar el pastel, pero no solo se trata de los ingredientes y de añadirlos en el orden adecuado, eso vosotros lo sabéis hacer muy bien. No olvides que para hornear la tarta hay que meterla en un horno, cuya electricidad hay que pagar. Y después, cuando la tarta ya está lista para comerla, hay que repartir las porciones según corresponda. No todos los trozos serán iguales, porque el que puso los huevos aportó más que el que solo puso la sal. —Cualquiera entendería esa analogía.

—Vale. —Carlos se inclinó hacia adelante—. Está claro que nosotros entendemos de temas de construcción, y que lo tuyo serían todas esas cosas legales. ¿Cuánto nos costaría el que hicieras ese trabajo? —La sonrisa de Paula no fue para nada depredadora, sino conciliadora.

—Mi socio y yo hemos estado hablando sobre el asunto y comprendemos que el tema monetario es un inconveniente, así que hemos pensado que podríamos aceptar la retribución de nuestros servicios en especie. —Aquello me sorprendió.

—¿Estás diciendo que te pagaríamos con trabajos manuales? —Ella alzó un hombro.

—Fran tuvo la idea, y a mí me parece apropiada. No vamos a pediros dinero, pues precisamente es lo que queréis conseguir. Así que el plan sería contar con vuestros servicios cuando los necesitemos. Lo que siempre se ha llamado un trueque.

—Espera, ¿quieres decir que tú llevas todo eso del papeleo y nosotros te pagamos pintándote la casa? —Carlos sí que había estado rápido esta vez.

—Arreglando alguna tubería, cambiando el parqué del suelo, solucionando problemas eléctricos…

—¿Y cómo sabríamos que te hemos pagado por el trabajo que has hecho y no nos estás explotando? —Paula tomó una hoja que tenía apartada y se la tendió a Carlos.

—Es fácil. Esta es una hoja de cálculo. En ella se anota la especialidad de cada uno, ya sea pintor, fontanero, albañil… Todas las que consideres tienen su hueco. A su lado iría el precio que se paga por hora por sus servicios. Me he tomado la libertad de buscar en los convenios del sector para ir rellenándolos, pero si ves que alguno es incorrecto, solo tienes que corregirlo en rojo encima y yo los sustituiré. —Ella seguía señalando columna a columna mientras iba explicando—. Aquí se anotarían las horas de trabajo en el proyecto actual, el gasto en materiales, y de ahí se sacaría el porcentaje de beneficios que le correspondería por esa obra. La forma de

pago podría ser a fin de obra, de semana o de mes, ya decidiréis vosotros la forma de liquidación de beneficios.
Carlos revisó la hoja por encima, aunque dudo que fuese capaz de calcular si los porcentajes eran correctos. De lo que sí estaba seguro era de que estaba tan impresionado como yo por la meticulosidad con que había sido hecho.
—Así que me llevo esto, lo repaso y te lo devuelvo con los datos corregidos si hubiese alguno que retocar. —Ella asintió con firmeza ante el comentario de Carlos.
—Correcto.
Pasamos unos minutos más repasando las distintas maneras de crear nuestra empresa de reformas exprés. Después, redactamos una especie de borrador de los estatutos y dejamos casi listo para tramitar todo el papeleo necesario.
—Tu amiga es buena —alabó Carlos a Paula mientras bajábamos en el ascensor de camino a nuestros vehículos. En ese momento tenía una sonrisa estúpida en la cara. Paula era meticulosa y concienzuda con su trabajo, no me sorprendía que una empresa tan importante la hubiese contratado. Pero había algo en las palabras de Carlos que me hizo ponerme en alerta.
—No es mi amiga, es mi chica. —Y lo dije con el tono más serio que pude imprimirle a mi voz.
—Ya, ¿y eso ella lo sabe? —Aquella pregunta me hizo fruncir el ceño—. Lo digo porque nada de un beso de despedida ni… —Me giré bruscamente hacia él, amenazándole con mi cercanía.
—Es mía, y al que se atreva a meter las narices en medio le corto las pelotas. —La advertencia estaba clara. Carlos sonrió con picardía. El muy cabrón me había provocado intencionadamente, y yo había caído.
—Es bueno saberlo. —Sacudí la cabeza para despejarme. Tenía que moverme rápido. No quería presionarla, no quería hacer que se sintiera incómoda, pero tenía que dar el paso. Deseaba volver a besarla, no, lo necesitaba. Aquel efímero recuerdo parecía estar borrándose demasiado rápido de mi memoria, o tal vez necesitaba crear uno nuevo, uno realmente auténtico, libre y limpio. Un beso que le hiciese olvidar la mancha del viejo.

Capítulo 47

Paula

Cuando me centro en algo productivo, quedan apartadas todas las tonterías que pueden distraerme, como el que Jordan me mirase con admiración. Sí, lo noté, y me hacía sentir muy bien, pero en aquel momento tenía que poner toda mi concentración en orientar a Carlos en su objetivo, no en regodearme en mi propio ego, y sobre todo, en contener las repentinas ganas de aferrar a Jordan de la camisa y besarlo con pasión.

Con esas ideas en la cabeza, fui recogiendo mis cosas para irme a casa. Cerré mi ordenador portátil, apagué las luces de mi despacho, cerré la puerta y caminé con paso firme por la vacía oficina. Mis tacones repiqueteaban en el suelo a buen ritmo, recordándome que era la última en abandonar el lugar.

El día había sido realmente largo y estaba cansada mentalmente. Era uno de esos días en los que la correa de la bolsa del ordenador se me clavaba en el hombro como si el aparato pesase una tonelada. Mis brazos sostenían unas copias de los contratos de distribución que Irina Hendrick nos había remitido esa mañana, y aunque sumarían unas veinte hojas, tenía la sensación de que cargaba con un árbol entero.

Estaba tan agotada que la oscuridad que envolvía toda la planta me parecía reconfortante, incluso relajante. Sabía que aquel era un lugar seguro, que nadie aparecería por una esquina para asaltarme, así que dejé que mis sentidos se relajaran. Hoy no pensaba ni ducharme, ni ponerme a repasar los documentos, ni cenar… Nada. Solo quería llegar a casa, quitarme aquellos zapatos, el vestido, y dejarme caer sobre la cama, cerrar los ojos y quedarme allí quieta hasta que el sueño me recogiera en sus amorosos brazos.

Ya estaba sintiendo la calidez de las sábanas sobre mi piel desnuda, cuando el pitido de llegada del ascensor me hizo girar la cabeza hacia las puertas del aparato. Estas se abrieron, marcando un pequeño camino con la luz de su interior. Mi corazón se puso a latir como loco, porque, por mucho que alardease de la seguridad de aquel lugar, ahora ya no estaba convencida de que no pudiese ocurrir nada malo. A menos que fuese alguien del personal que llegaba para ir directamente a la oficina de seguridad, aquella visita no podía traer nada bueno.

Pero no, aquel hombre que acababa de salir del ascensor no solo no llevaba uniforme, sino que su rostro me era muy conocido. Sus ojos se cruzaron con los míos, provocando que mi ya alterado corazón se acelerase aún más. Aquella manera de mirarme, aquella intensidad, aquella determinación… En dos pasos estuvo junto a mí y, sin cruzar una sola palabra, su boca tomó la mía.

Sus labios estaban hambrientos. Su cuerpo se pegó al mío y sus manos se aseguraron de que no pudiese escapar de su abrumadora presencia. Con una mano me sostenía con delicadeza mi nuca para que no pudiese escapar de la devastación que su boca estaba causando en la mía, mientras que con la otra mano me acercaba tanto como era posible a su cadera.

El aire fue el único que nos hizo separarnos, o mejor dicho, la falta de este en nuestros pulmones. Pero tampoco nos distanciamos demasiado, porque necesitaba su aliento para no caer desmadeja como una bolsa de plástico al suelo. Mis piernas temblaban, todo mi cuerpo lo hacía, pero no pensaba dejarme caer, no si eso suponía alejarme de él.

—No podía irme sin besarte —confesó en un susurro junto a mi boca.

No supe qué decir, es más, mi cerebro se había quedado paralizado. Respirar era la única función

que podía procesar en aquel momento, y era porque mi cuerpo se ocupaba de ello sin que yo tuviese que intervenir.
Jordan me había besado, pero no había sido como las veces anteriores que… No, definitivamente nunca había experimentado algo parecido, ni con él, ni con nadie. Era como si me hablara sin decir nada, como si me transmitiese con aquel intenso contacto mucho más de lo que podía decirse con palabras. Y lo que me decía me había dejado en una nube de la que no quería bajar.
—Haces que me sea muy difícil irme. —Me aferré con fuerza a los documentos que tenía entre mis brazos para evitar agarrarlo por la camisa y llevármelo derechito a mi apartamento. ¿Desde cuándo tenía yo esas ideas tan locas? Yo siempre he sido una chica buena, y… y…. Se suponía que tenía que estar todavía resentida con él. Bajé la cabeza, impotente; estaba claro, no podía negarlo, aquel idiota arrepentido me había conquistado el corazón, estaba enamorada.
De su boca salió un profundo suspiro y sentí una extraña sensación de frío abandono cuando el cuerpo de Jordan se alejó del mío.
—¿Por qué? —pregunté. Necesitaba una buena justificación para que él decidiera irse dejándome insatisfecha. Mis ojos le miraban con súplica, pero él no cedió. Había una férrea determinación en su rostro.
—Lo siento. No quería hacerte sentir incómoda, sé que es demasiado pronto, pero… —Sacudió la cabeza como si quisiera sacarse una mala idea de allí dentro—. Ojalá tu perdón fuesen algo más que palabras.
—Yo… —¡Pues claro que le había perdonado!, sino no le habría dejado regresar a mi vida. Pero él no me dejó explicárselo.
—Sé que la confianza perdida es lo más difícil de recuperar. Pero trabajaré el resto de mi vida para conseguirlo. —Dio otro paso atrás sin dejar de mirarme—. Algún día dejarás de temer que vuelva a hacerte daño. —Y sin decir nada más, apretó el botón del ascensor para irse. Las puertas se abrieron antes de que pudiese elaborar una frase coherente que le hiciese entender que no le tenía miedo, ya no. Pero… ¿y si me estaba mintiendo a mí misma? Todavía sentía en el fondo de mi alma que no sabía realmente si aquel cambio era total.
—Te llamaré —conseguí decir. Sus ojos me miraron desde el interior del ascensor. Había tristeza, como si hubiese comprendido que había perdido la batalla.
—Eso espero. —Las puertas empezaron a cerrarse, pero no podía dejarlo así. No sé qué me impulsó a hacerlo, pero avancé deprisa hasta las puertas para detenerlas antes de que se cerrasen del todo, me acerqué a él para darle un beso demasiado breve para ser intenso, pero demasiado lento para ser una despedida.
—Mañana. —Di un paso hacia atrás para salir del ascensor sin apartarle la mirada. Quería ver aquel brillo esperanzado en sus ojos, aquella pequeña sonrisa en sus labios.
—Mañana. —Repitió antes de que las puertas lo ocultaran.
Mi cansado cuerpo se llenó de energía en ese momento, haciendo que mis pies caminaran alegres hacia las escaleras. Sabía que estaba sonriendo como una tonta, pero me daba igual.
Una vocecilla dentro de mí me recordó que había pedido su sangre por haberme utilizado, quería venganza. Pero nunca pensé que la obtendría de aquella manera. Jordan estaba sufriendo porque pensaba que me había alejado de él, que no podía alcanzarme. Quizás por eso le besé, para decirle que no estaba tan lejos como pensaba.
La esperanza es la fuerza que nos mantiene en la lucha a todos los seres humanos, pero en el caso de Jordan, además se había convertido en la tortura que lo mantenía en vilo. Saber que has perdido algo te libera de la constante angustia, mientras que la esperanza te sostiene en ese estado de incertidumbre que te consume poco a poco. Sin haberlo pretendido, le estaba haciendo

pagar de la peor manera posible por sus actos. Ahora sí que estaba segura y me sentía poderosa por ello. Jordan había cambiado, Jordan ahora me pertenecía.

Capítulo 48

Jordan

Lo peor de trabajar al aire libre es que estás condicionado por la meteorología. Podemos soportar el calor, algo de lluvia, incluso un poco de viento, pero cuando no consigues mantener tu estabilidad dentro de una estructura abierta, es mejor trabajar dentro de cuatro paredes. El problema era que en aquel edificio apenas había un par de ellas, así que ocurrió lo de siempre, el encargado de la obra nos mandó a casa. Eso era algo bueno y malo; bueno porque no nos jugábamos la vida, ni ellos tenían que arriesgarse a que ocurriese un accidente que la compañía de seguros investigaría a fondo para no pagar. Y malo porque un día sin trabajar, significaba un día menos de paga.

—¿Qué te parece si terminamos lo de casa de tu madre hoy? —sugirió Carlos mientras metía la caja de herramientas en la parte de atrás de su *pick-up*.

—Es buena idea, así nos lo quitamos de encima.

—Seguro que nos da tiempo incluso a repasar los papeles que nos dio tu chica ayer. —Mi chica, sonaba bien cuando otro lo decía.

—Conociéndote, seguro que ya le has echado un ojo. —Él me sonrió con picardía.

—Como decía mi padre, nunca te fíes de un abogado. Pero tu chica parece honrada, aunque… —se acercó a mí para que no nos oyeran los demás—, ¿sabes lo que cobra un abogado por hora? —Era algo que no me había interesado, al menos hasta ahora.

—No, cuéntame. —Sacó la hoja en la que Paula había anotado el precio de todos los profesionales implicados en la empresa, en donde había anotado a bolígrafo «abogado» y a su lado una cifra ridículamente alta—. ¡Joder! —escapó de mi boca.

—Creo que lo de hacerle algún trabajito nos compensa más que pagarle estos honorarios. —Visto así, ellos salían perdiendo. Ella y su socio, quiero decir.

—Por eso dices que es honrada. —Sus ojos se posaron sobre mí mientras se llevaba una mano a la cadera. Ese gesto decía que lo que iba a decir era serio e importante.

—No creo que ningún otro abogaducho nos ofreciera unas condiciones como estas. Una de dos, o piensa explotarnos como mano de obra barata para hacerse una casa nueva, o realmente le caemos muy bien. —Yo conocía la respuesta.

—He visto su apartamento, no creo que necesite mudarse en mucho tiempo.

—Entonces, me parece que hemos tenido suerte, porque le caes muy bien. —Eso me infló el pecho.

—¿Tú crees? —pregunté con una sonrisa canalla.

—Ya puedes tratarla como a una princesa, porque nos joderías a todos vivos si la cosa sale mal.

—Nunca lo haría, pero me sentía con ganas de picarle.

—No sé. Ya la has visto. ¿Qué puede ofrecerle un fontanero a una chica como ella? —La mano de Carlos se apoyó en mi hombro.

—Vas a ser capataz de obra y diseñador de interiores, nada de un simple fontanero. —Casi había olvidado el papel que tenía en nuestra empresa de fin de semana.

—Solo a tiempo parcial. Pero aun así… —Sacudí la cabeza para que entendiera que mi yo actual y el de ella distaban mucho de estar al mismo nivel. Qué ironía, cuando nos conocimos el que estaba arriba era yo y ella la que estaba debajo.

—Entonces tendrás que ser un tigre en la cama, *wey*. Si la tienes loca de amor, el resto no le

importará tanto. —Al imaginarme teniendo sexo con Paula, mi cuerpo se sacudió con un relámpago electrizante que encendió cada fibra de mi ser.
—Amor y sexo son cosas diferentes —le expliqué. Él me guiñó un ojo antes de alejarse.
—Bueno, tú ya me entiendes. Tú tenla contenta, y ella nos tendrá contentos a nosotros.
—Me metes mucha presión. —Pero lo dije con una sonrisa enorme en la cara. Por mí, ese sacrificio por mis compañeros sería un regalo para mí mismo.
En el apartamento de mi madre quedaba poco por hacer, así que decidí llevármela para que lo viese y así, con un poco de suerte, estuviese ansiosa por estrenar su nueva casa. Lo sé, soy egoísta. Quiero a mi madre, y aprecio toda la ayuda que me brinda con las tareas de casa, pero prefería recuperar mi independencia, sobre todo ahora que tenía en mi cabeza algunos planes de seducción que incluían mucha intimidad. La culpa era de Carlos, él me metió esas ideas calenturientas en la cabeza.
Al final, resultó que iba a tener el apartamento para mí mucho antes de lo previsto. Cuando atravesé la puerta de casa me encontré con una maleta preparada.
—¿Mamá? —la llamé.
—Hola cariño, creí que tardarías algo más en llegar a casa.
—¿Me estás abandonando? —Señalé con la cabeza la maleta.
—Solo serán unos días. Tu hermana está enferma, así que voy a ir a cuidarla. —Aquello me preocupó.
—¿Qué tiene? ¿Necesitas que vaya contigo? —No es que pudiese permitirme perder el trabajo, pero siempre podría encontrar otro. Una hermana es más difícil de reemplazar.
—No hace falta, tranquilo, solo es una gripe fuerte que ha pillado. —Mamá y sus preocupaciones excesivas.
—Entonces no hace falta que viajes hasta Columbia, se le pasará en una semana. —No es que tuviese celos de mi hermana, pero cuando uno va a la universidad se vuelve independiente, no necesita que su mami vaya a cuidarlo si se resfría. Se compra analgésicos, pañuelos desechables y bebe muchos líquidos, solo eso. Mamá tenía que aprender de nuevo que sus polluelos habían crecido y sabían volar solos.
—He dicho gripe fuerte, Jordan. Tu pobre hermana está con fiebre, cansada y con dolores musculares. Voy a ir allí, a prepararle sopitas calientes y a cuidar de ella hasta que se recupere.
—De acuerdo. Supongo vas a ir en avión.
—El dinero está para cuando se necesita. —Ahí tenía que darle la razón.
—¿Cuándo sale tu vuelo? —Ella miró su reloj.
—Conseguí un billete para el vuelo de las cinco, así que todavía tengo tiempo. —Mi cabeza trató de buscar una excusa para poder enviarle un mensaje a Kassi sin que mamá estuviese delante, más que nada porque tenía una ligera sospecha de lo que podría tener y quería confirmarlo.
—¿Vas a llevar abrigo? Recuerda que Nueva York no es Miami. —Mamá alzó la cabeza alerta.
—Tienes razón. —En cuanto se dio la vuelta para ir a su habitación, saqué el teléfono y empecé a teclear.
—*¿Gripe o la enfermedad del beso?* —La mononucleosis infecciosa no era precisamente lo mismo.
—*Mono* —contestó escueta Kassi. Suspiré, eso era más preocupante. Que mamá fuese con ella era lo mejor, o tal vez no.
—*Antes de que llegue le dices lo que es. No queremos que se contagie, y ya la conocemos*. —Mamá es mucho de achuchar y besuquear, y la mononucleosis se transmite por la saliva, de ahí el nombre.

—*Que no venga.* —Sí que estaba vaga mi hermana para escribir.
—*Tarde, tiene el billete de avión. Despega a las cinco.*
—*Ok.* —Que mi hermana se rindiese tan pronto me decía que realmente se encontraba fatal.
—*Cuídate.*
Me respondió con el emoticono ese del tipo enviando un besito justo antes de que regresase mi madre de la habitación.
Después de llevarla a su apartamento para explicarle lo poco que quedaba por hacer, y de que me hiciera alguna petición de última hora, la acerqué al aeropuerto.
Con la tarde libre, me dediqué a rematar las cosas que quedaban pendientes. Quité los plásticos y papeles protectores, recogí los embalajes y me dispuse a montar el armazón de la cama. Así, a su vuelta, ya se podría instalar.
—Nos vamos. ¿Necesitas algo? —La voz de Carlos llegó desde la puerta del cuarto.
—No, con esto ya me apaño solo. —Poco después escuché la puerta cerrarse y el silencio llenó el apartamento. Me gustaban esos instantes de paz. Cómo no, el timbre sonó para interrumpir.
—¿Qué se te ha olvidado? —Tropecé con la sonrisa de Carlos, pero este no llegaba solo.
—Mira a quién me he encontrado en el portal. —En otro momento no habría sonreído como un idiota, pero ver a Paula es lo que tenía, que me convertía en Homer Simpson delante de una caja de rosquillas glaseadas.

Capítulo 49

Paula

Carlos me había llamado a medio día porque había repasado los documentos y había tomado una decisión. Era el momento de crear la empresa. Le pedí los nombres y los documentos de identidad de todos los implicados y, cuando los tuve, preparé el contrato de formalización. Solo se necesitaban las firmas y listo para tramitar el registro mercantil. El resto era simple burocracia.

—Lo tendré preparado esta misma tarde. ¿Podéis pasar a firmarlo?

—¿Podemos quedar en un lugar fuera de tu despacho? Verás, estamos terminando de rematar un trabajo, e ir y venir a tu despacho desde la obra nos puede retrasar bastante. Si fueses otra persona no te lo pediría, pero tengo la corazonada de que tú eres de las que se preocupa por la gente obrera como nosotros. —Ya estaba tocándome la fibra sensible. Pero era una abogada de un bufete importante, no podía tratarme como quisiera.

—Podría hacer una excepción y acercar los documentos para la firma, pero tendría que ser fuera del horario laboral.

—Estupendo.

—Pero eso tiene un coste adicional.

—¿De cuánto estamos hablando? —La jovialidad parecía haberse evaporado de su voz. Sentaba bien esto de ser poderosa.

—Tendréis que pagarme la cena, y yo elijo dónde.

—Tenga piedad, señorita abogada. Soy un pobre capataz de obra con una familia numerosa que mantener. —El caradura se estaba mofando de mí, pero tenía que entender que yo era una profesional seria.

—Si no está dispuesto a pagar los extras, señor Ramírez, será mejor que no los pida.

—Está bien, ya veré cómo lo soluciono. Cuando estés lista para venir, avísame. La dirección ya la conoces. —Aquello me intrigó.

—¿Cuál es?

—La misma a la que nos trajiste esas galletas tan ricas para tomar el café. —Otra vez su voz sonreía. Este tunante pensaba que me estaba metiendo en una encerrona, o tal vez se lo estaba poniendo fácil a su amigo. ¿Le habría dicho Jordan que me estaba haciendo la dura? Si no, no encontraba otra explicación.

Así fue como me presenté en el edificio de la madre de Jordan. Tropecé con Carlos en el portal, y uno a uno les hizo firmar a todos en el recuadro en el que estaba su nombre. Él fue el primero, dando ejemplo. Solo faltaba uno, tanto él como yo lo sabíamos.

—Jordan está rematando algunas cosas que quedaron pendientes. —Me señaló con el dedo el portal, para que le siguiera. Me acompañó hasta la puerta, llamó y con una sonrisa soltó aquello de…—: Mira a quién me he encontrado en el portal.

—Paula. —Sus ojos brillaron cuando dijo mi nombre. Jordan no podía disimular lo feliz que le hacía verme allí.

—Ya hemos firmado el documento… —Carlos me miró para que terminase la frase.

—De constitución de la empresa. —Saqué el taco de papeles y se lo expuse para que viese que faltaba su firma—. Tienes que firmar aquí. —Señalé con el dedo.

—De acuerdo. —Tomó el documento y buscó un lugar donde apoyarse para hacer lo que le pedía.

—Bueno, nosotros ya hemos terminado aquí, así que me voy. —Alcé una ceja hacia Carlos advirtiéndole de que no podía irse de allí sin pagar el precio que habíamos convenido—. Del pago de sus honorarios se encargará aquí mi socio. —El aludido acababa de llegar para entregarme el documento firmado. Sus ojos nos miraban a ambos pidiendo una explicación.
—¿De qué pago estás hablando? —El pillastre de Carlos se largó despidiéndose con la mano, dejándole el marrón a Jordan.
—Me temo que has escogido muy mal a tu socio. Acaba de venderte —le informé.
—Tengo el documento en la mano, todavía estoy a tiempo de romperlo. —Lo retiró antes de que yo pudiese cogerlo.
—Lo has firmado sin leerlo, ¿verdad? —Alcé una ceja hacia él al decirlo, lo que pareció despertar su miedo. Con rapidez empezó a pasar las páginas repasando el texto.
—Había confiado en ambos, pero está claro de que no ha sido una buena idea. ¿Dónde me habéis metido? —Solté un suspiro, tomé el documento y pasé las hojas hasta señalarle el lugar donde tenía que leer con atención. Sus cejas se fruncieron confundidas.
—Básicamente dice que tú mandas. Eres el que decide qué trabajo aceptar, cómo hacerlo y a quién necesitarás para ello. Tu porcentaje de beneficios es mayor porque recae sobre ti el triple de responsabilidad. Y si hablamos de gastos, eres el único que puede ordenar los pagos. Carlos es el capataz principal, por lo que organizará los grupos de trabajo y tú serás el que supervise todos los proyectos. —Jordan sacudió la cabeza, no sé si feliz o contrariado.
—Así que soy el jefe.
—Eso han decidido entre todos, sí. —Bufó ante mi afirmación.
—Eso quiere decir que si algo sale mal el responsable soy yo. Bonita forma de dejarme con el culo al aire. —Cogí de nuevo el documento y pasé las páginas hasta el otro párrafo que debía leer.
—Los cooperativistas tienen la misma responsabilidad civil. Lo que quiere decir que son ellos los que se arriesgan a que tú les dejes con el culo en el aire a ellos. —Aquello sí que le sorprendió.
—¡Vaya! Si apenas me conocen, no sé cómo se arriesgan a algo así.
—Ellos han visto en ti a alguien en quien confiar, y por este contrato, no solo a nivel laboral, sino económico también. Creen que vales como profesional y como persona. —Y eso me hacía confiar a mí también. Jordan no era un estafador. Una persona así no llevaría a sus víctimas a casa de su madre, ni siquiera se la habría presentado.
—De acuerdo. —Me entregó de nuevo el documento—. Pero todavía no tenemos una cuenta de gastos, así que no puedo pagarte esos honorarios que pactaste con mi capataz a mis espaldas. —Me crucé de brazos de la forma más altiva que pude.
—Sí que puedes. Es tarde y me ha hecho venir hasta aquí, así que le dije que me tendría que pagar la cena. —La cabeza de Jordan miró a su alrededor.
—¿Te importaría si termino de montar la cama? En cuanto esté colocada te llevaré donde quieras. —Lo pensé un par de segundos, y después dejé mi bolso sobre la encimera de la cocina.
—Tengo hambre, así que vamos con ello. —Sus cejas se alzaron mientras me veía pasar a su lado en dirección a la habitación de su madre.
En cuanto entré en la habitación vi las piezas de un armazón de cama de madera. En vez de un somier convencional, había uno de esos articulados de las camas para personas mayores. El colchón estaba de pie junto a la pared, todavía envuelto en el embalaje original.
—¿De verdad vas a ayudarme a montar esto? —dijo sorprendido.
—Así terminaremos antes. —Sus ojos no se apartaron de mis manos mientras me quitaba los

zapatos de tacón y los ponía a un lado, donde no pudiesen molestar. Si pensaba que era una finolis que no había hecho bricolaje en toda si vida, se iba a llevar una buena sorpresa. Mi padre siempre nos trató de igual manera a todos sus hijos, nada de muñecas para las chicas y coches para los chicos. Como dijo una vez, si yo he aprendido a cocinar, tú puedes hacer agujeros con un taladro.

Jordan

¿Recuerdan a Catwoman? ¿Wonderwoman? Cualquier heroína sexy, cualquier icono sexual, acababa de ser relegada a simples mitos del pasado. Ver a Paula con aquel vestido de abogada seria, formal y sexy, con su coleta pulcramente peinada y con un atornillador eléctrico en la mano, encajando como todo un profesional tornillo tras tornillo en su sitio… Uf, tengo que reconocerlo, me había puesto cachondo, pero muy muy cachondo. Hasta el punto de que tuve que disculparme para ir al baño a meter la cabeza debajo del grifo de agua fría para bajar el calentón que tenía encima.

¿Cómo una imagen como esa podía convertirse en un sueño erótico? Porque sabía que soñaría con ello cada noche. Daba igual, ya no podría ver un aparato de esos sin que mi pene se pusiera duro como una piedra.

Menos mal que el timbre de la puerta sonó en aquel momento, porque tenía unas ganas terribles de tirar el colchón al suelo y estrenarlo con Paula.

Cuando abrí la puerta, la imagen de la persona que estaba al otro lado me dejó completamente congelado.

—Te dije que nos dejaras en paz. —Mi voz salió fría y cortante, pero es que Ernest no merecía otra cosa.

Capítulo 50

Jordan

La mirada de Ernest debía de haberme asustado, pero me había liberado del miedo que me provocaba lo que pudiera hacerme.

—Y yo que pagarías si me traicionabas, pequeño estúpido. —Su cuerpo se acercó hacia mí, por lo que tuve que alzar la mano para detenerlo. Al tocar su pecho noté el ritmo frenético con el que su corazón palpitaba, lo que me reveló lo alterado que estaba.

—No te he invitado a entrar. —La fuerza que había conseguido gracias al trabajo duro en la obra me permitió contenerlo bajo el marco de la puerta.

—Después de lo que me has hecho, ¿creías que no iba a venir a por ti? —escupió con ira.

—Tú fuiste el que me utilizó a mí, tendría que ser yo el que estuviese cabreado. Te dejé tirado, sí, pero eres un hombre de recursos, seguro que no tardas en encontrar a otro que te hiciese el trabajo sucio. —Una de sus manos salió disparada hacia mi pecho, consiguiendo aferrar la tela de mi camiseta.

—Voy a destrozarte. Te dije que si le contabas a la competencia mis trapos sucios, tu familia y tú acabaríais pagándolo. —Aquello me desconcertó.

—Yo no he ido contando por ahí las sucias tretas que empleas, Ernest. —Su puño se clavó en mi pecho, mientras sus ojos inyectados en sangre me atravesaban.

—Mentiroso. Eres el único que ha podido hacerlo, el único que me ha plantado cara y se ha largado. —Lo aferré del antebrazo para controlar su empuje.

—Te dije que lo haría si no te metías con mi familia, y no lo has hecho, así que he mantenido mi palabra. Pero ahora te has presentado en casa de mi madre para amenazarnos, así que probablemente cambie de idea. —Ernest me soltó con brusquedad, al tiempo que su rostro esbozaba una cínica sonrisa.

—No trates de hacerte ahora el niño bueno. Sé que has sido tú el que le ha contado a Wonder View Enterprise todos los chanchullos que hice con su urbanización. Sé que has sido tú el que ha ido a chismorrear al oído al inspector de seguridad del ayuntamiento. Sé que… —Ya me estaba cansando.

—¡Basta! —grité—. Yo no he hecho nada de eso.

—Eres un hijo de puta desagradecido, después de todo lo que he hecho por ti, por tu familia. —Sus ojos me miraban con desprecio, como si yo no fuera más que un vagabundo al que había ofrecido cobijo.

—Te quedaste con la empresa de mi padre. Creo que pagamos con creces todas esas ayudas caritativas que te salieron a precio de saldo.

—¿Eso es lo que quieres, verdad? Por eso estás haciendo esto. Pues te diré que la destruiré antes de devolvértela. —Puede que él no se hubiese dado cuenta de ello, o pensase que con el nombre era suficiente. Pero lo que tenía en su poder no se parecía en nada a lo que había creado mi padre, esa amenaza llegaba tarde.

—No quiero nada tuyo. Déjanos en paz de una puñetera vez. —Lo empujé para que su cuerpo saliera de la casa.

—A tu madre ya le contaré lo despreciable que es su hijo. Aunque también puedo contárselo a esa rata de biblioteca a la que te estás tirando. ¿Qué pensaría ella de ti si supiera que la has mentido desde el principio? ¿Y si…? —No quería oír lo que pretendía hacerle a Paula.

—A ella la dejas en paz también. —Di un paso amenazador hacia él, pero eso le hizo gracia.
—Demasiado tarde. —Su mirada estaba fija en un punto por encima de mi hombro, a mi espalda. Me giré para ver a Paula caminando hacia nosotros—. ¿Quieres que te cuente más cosas de tu novio? Puedo decirte… —Pero Paula le interrumpió.
—¿Está amenazando a mi cliente, señor Williams? Porque tomaré medidas si es así. —Ernest metió las manos en los bolsillos de su pantalón, mostrando una imagen mucho más relajada que minutos antes.
—¿Yo? ¿Quién ha dicho que le he amenazado? Solo estábamos charlando sobre la familia. ¿Verdad, sobrino? —A la mirada amenazadora de Ernest le acompañó una falsa sonrisa.
—Curioso, creí haber escuchado un «Voy a destrozarte".
—Yo no he dicho nada de eso —respondió Ernest, altanero. Paula alzó una mano para mostrarnos su teléfono, y acto seguido pulsó algunas teclas.
—*Voy a destrozarte. Te dije que si le contabas…* —la grabación reprodujo claramente las palabras de Ernest, haciendo que su rostro se enrojeciera por la ira.
—¡Maldita hija de puta! —Trató de pasar por encima de mí para arrebatarle el teléfono, pero ella lo alejó rápidamente y yo agarré a Ernest por la pechera para detenerlo.
—Si le pones una mano encima te mato —siseé contra su cara.
—¡Dame eso, puta! —gritó mientras trataba inútilmente de soltarse de mi agarre. Él estaba muy cabreado, pero yo era más joven y fuerte, no pasaría.
—¿Cómo dijo usted, señor Williams? ¡Ah!, sí, demasiado tarde. Ya se lo he mandado a mi socio. Aunque consiga arrebatarme el teléfono, y borrar la grabación en la que amenaza a mi cliente, ya hay una copia en manos de otro abogado. Y le aseguro, señor Williams, que si yo no le caigo bien, de mi socio tendrá una peor opinión cuando lo descuartice ante un juez. Yo solo soy una rata de biblioteca, pero mi socio es un león que se excita cuando huele sangre. —Paula volvió a teclear algo en su teléfono.
—Voy a acabar contigo, puta. No sabes con quién te estás metiendo. —Paula alzó el teléfono para que lo viera.
—Siga hablando, señor Williams. Esto sigue grabando, y se enviará al servidor de mi empresa en cuanto suelte el dedo. Ya sabe cómo somos los abogados, nos gusta tenerlo todo registrado. —Ernest fue lo suficientemente listo como para callarse, aunque su dedo acusatorio siguió amenazándola.
—Fuera de mi casa. ¡Ahora! —Ernest nos lanzó una mirada asesina antes de obedecer. Cerré la puerta y puse el pestillo.
—¿Y tú trabajabas para ese energúmeno? —Me acerqué a ella mientras respondía.
—A la familia no la escoges, es la que te toca —me defendí.
—Ya, pero puedes pedir una orden de alejamiento. Hay familia que es mejor que esté lejos. —Apoyé el codo sobre la encimera mientras la observaba guardar el teléfono en su bolso.
—Buen truco lo de grabar la conversación —la alabé.
—Pensé que merecía la pena grabar todo lo que estaba oyendo. —Además de guapa y lista, era rápida.
—¿De verdad vais a ponerle una demanda por amenazas? —quise saber.
—No se lo he mandado a Fran, eso fue un farol. —Sonreí divertido.
—¡Vaya!, así que eres una ratita que sabe jugar al póker. —Ella se encogió de hombros mientras esbozaba una tímida sonrisa.
—Cuando nadas entre tiburones tienes que aprender a defenderte. —No podía contenerme mucho más; mi cuerpo me pedía saltar sobre ella, tomarla por la cintura y asaltar su boca con un

beso salvaje. ¡Dios! Cómo me ponía esta mujer.
—Voy a besarte —le dije mientras me aproximaba. Ella alzó una ceja desafiante.
—Ya estás tardando. —No sabía si perdería la imagen de chico dulce y paciente que había tratado de tener con ella, pero no aguanté aquel desafío. En un parpadeó aferré su cuerpo para pegarlo al mío y devorar su boca con el hambre que esta mujer había despertado dentro de mí. Su primo podía ser un león que se excita cuando huele sangre, yo solo necesitaba escucharla hablar para desear comérmela.

Paula

En cuanto escuché el primer grito salí disparada hacia la puerta para ayudar a Jordan, pero según me acercaba se me ocurrió que sería buena idea conseguir pruebas de lo que estaba sucediendo. Como abogado, sé que una demanda se gana con pruebas, y yo iba a proteger a Jordan de ese abusador. Mi fuerte no son las peleas con los puños, pero podía golpear con un libro de leyes.
Escuchar cómo defendía a su familia de ese energúmeno me hizo sentirme orgullosa de él, del paso que había dado al abandonar su viejo trabajo al servicio de ese desgraciado. Y cuando empezó a amenazar a su tío para defenderme a mí, uf, se me pusieron los pelillos de la nuca de punta. Jordan estaba dispuesto a meterse en un buen lío por defenderme. Y no, allí no había nada fingido, podía verlo en sus rostros, en la tensión de sus cuerpos, en su forma de agarrarlo. Si no hubiese intervenido, Jordan lo habría golpeado.
En ese momento pensé no solo que debía dejarle claro a ese tipejo que conmigo no se jugaba, que esta mosquita muerta sabía defenderse y hacer sangre, sino que también estaba dispuesta a protegerle a él, a mi chico. Él podía partirle la cara, romperle algún hueso. Yo podía hacerle más daño. A la gente como Ernest Williams le dolía mucho más perder dinero, y eso haría, le haría pagar con creces todo lo que le había hecho pasar a Jordan y su familia.
¿Lo mejor de todo? Que mi cliente iba a pagarme mis servicios en «carne». ¿He dicho que Jordan sabe besar muy bien? Pues con este beso estaba haciendo su mejor trabajo. Mmmm, esto era el cielo. No, esto se estaba poniendo muy caliente, era el infierno.

Capítulo 51

Paula

¿Puede ser un hombre salvaje y cuidadoso al mismo tiempo? Jordan lo conseguía. Su boca era exigente, avasalladora, pero al mismo tiempo dulce y delicada, como si separase los pétalos de una flor para alcanzar el precioso néctar en su interior.

Su cuerpo se pegaba al mío con una muda demanda que exigía que me rindiese a su dominio, y aunque eso a una chica poco experta en las artes amatorias podría asustarla, a mí me provocó un estado de excitación que no recordaba haber experimentado nunca. Sí, la primera vez que lo hice estaba ansiosa por descubrir lo que me esperaba, pero al mismo tiempo estaba algo asustada. Ahora, con la madurez que da la experiencia y los años, mi seguridad en mí misma me hacía ver las relaciones como algo totalmente diferente.

Jordan había conseguido recuperar mi confianza, hasta el punto de que estaba dispuesta a dejarme llevar por este camino poco transitado por mí. La mayoría de los hombres se olvidan de ti después de haber conseguido lo que querían, pero lo que más me decepcionó de mi ex, al que llamaré idiota, era su egoísmo machista, siempre en busca de su propio placer. En cuanto lo alcanzaba, el juego se acababa. No tenía ni idea de cómo sería Jordan, y aunque las expectativas parecían buenas, ahora tenía la fuerza y la confianza en mí misma para dejarle claro que tenía que terminar el trabajo. ¿Mujeres frígidas? Tantas como eyaculadores precoces les tocaron en el reparto. Los hombres y su ego.

Parecía que con Jordan no iba a tener que sacar la hoja de reclamaciones, porque de momento estaba haciendo un buen trabajo, o al menos eso decía mi ropa interior. En unos segundos, sus manos habían viajado por aquellas partes de mi cuerpo que necesitaban un poco de atención, y no es que mi trasero gritara eso de «apriétame», pero al hacerlo, esa parte más íntima que estaba al otro lado, se encontró presionada contra algo duro y caliente que prometía entrar a jugar muy pronto.

No sé cómo, pero me vi alzada sobre uno de los taburetes de la cocina y mis piernas se abrieron para mantener cerca de mi pubis aquella protuberancia que me urgía explorar. Mientras, una de las manos de Jordan ascendía por mis costillas hasta que su pulgar llegó a tocar la punta endurecida de mi pezón. ¡Dios!, aquel firme contacto consiguió arrancarme un gemido, lo que le animó a ir más allá, aferrando mi pecho a través de la tela de mi vestido. Por instinto, mis muslos apretaron sus caderas para obligarlo a pegarse más a mí. Necesitaba más, mucho más, todo lo que él pudiese darme. Mi mano se deslizó entre nuestros cuerpos para ir directo a por lo que quería. Y, ¡bingo!, lo encontré. Su pene estaba duro y caliente bajo la tela de sus pantalones. ¿Qué demonios estaba esperando para sacarlo de ahí?

—Sssshhhh —un siseo atormentado escapó de su garganta, mientras una de sus manos me abandonaba para detener la mía—. Si sigues por ahí, esto no va a durar mucho. —Esa confesión me hizo sentir poderosa.

—No me importa si es rápido, pero tendrás que hacer que merezca la pena. —¿Yo había dicho eso?

—¿Estás segura? —Apreté mis dedos alrededor de su pene, arrancándole un gemido.

—¿Te vale esa respuesta? —La suya vino en forma de beso arrollador.

Sus fuertes manos se apresuraron en despejar el camino, levantando mi falda hasta dejar al aire mi ropa interior. Sentí sus dedos deslizando los elásticos por mis muslos, bajando la prenda hasta

quitarla. Mi mirada no podía apartarse de los botones de su pantalón, esperando el momento en que el animal enjaulado saliera de su prisión. Pero… ¿Qué estaba haciendo? Se puso de rodillas, tomó uno de mis muslos y lo pasó por encima de su hombro. ¿Qué…? ¡Oh, por Dios! Sus labios besaron aquella zona altamente sensible, para después comenzar a atormentarla con lánguidas pasadas de su lengua. ¿Estaba haciéndome…? ¿Cunnilingus? «¡Ah, cállate!», dijo una vocecilla dentro de mi cabeza, «deja de analizarlo todo y disfruta».

Una intensa succión en mi clítoris hizo que mi cuerpo se sacudiera como una maraca llena de rayos eléctricos, obligándome a aferrarme a su cabeza mientras luchaba conmigo misma por no caer de espaldas. ¡Madre mía! De no ser por la mesa, cuyo borde se clavó en la parte baja de mis escápulas, mi cuerpo hubiese caído sin remedio contra el suelo. ¡Eh!, pero qué magnífica manera de caer.

—Agárrate. —Sus ojos apenas asomaron por encima de mi monte de Venus para decirme eso. ¿Se estaba riendo? Oh, sí, podía adivinar la sonrisa canalla y autosuficiente que debían tener en ese momento. El maldito sabía perfectamente lo que aquello me había hecho… ¡Ay, Dios! Otra succión, más larga, más intensa, me obligó a lanzar mis brazos hacia atrás, donde mis codos buscaron un apoyo firme sobre la encimera. Era una postura incómoda, tendría dolores musculares cuando todo terminase, pero ni loca iba a quejarme. Jordan sabía perfectamente lo que… ¡Oh, Dios! Su lengua pasó expertamente por encima de esa zona, arrancándole un escalofrío de placer a mi columna vertebral, para después rematarlo soplando sobre la zona humedecida. ¿Todos los hombres sabían hacer esto? Puede que no, o puede que pasasen olímpicamente de hacerlo; ya lo he dicho, egoísmo masculino.

Pero Jordan era un exporto, y estaba compartiendo su sabiduría con mi cuerpo, haciendo que cayera rendida a sus expertas atenciones. ¿Le habría hecho estas cosas a su exnovia? Porque en este momento estaría rabiando por haber perdido algo así, yo al menos lo estaría. ¡Oh, Dios! ¿Qué…? Sentí algo introduciéndose en mi vagina, creo que un dedo, al tiempo que sus labios volvían a succionar mi clítoris. ¡Mierda!, esto se ponía más caliente. En esta ocasión fue tan… tan… que los dedos de mis pies se enroscaron dentro de los zapatos.

—No voy a tardar mucho en correrme —dije entre jadeos. Su mirada perversamente satisfecha apareció entre mis piernas.

—Entonces los dos estamos en el mismo punto. —Se alzó, dejando su dedo dentro de mí, lo que agradecí, porque si lo sacaba me sentiría incómodamente vacía.

Su boca se lanzó a por la mía, que se dejó conquistar. No me importó probar mi sabor en ella. Estaba tan concentrada en… Bueno, más bien todo lo contrario, estaba tan perdida en lo que Jordan le estaba haciendo a mi cuerpo que no me di cuenta de que algo estaba ocurriendo con su otra mano. Al menos hasta que él se apartó nervioso para soltar una maldición.

—¡Mierda! —Miré hacia abajo para encontrar su cartera abierta entre nosotros.

—¿Qué ocurre? —me atreví a preguntar.

—Que no tengo preservativo —dijo enfadado y frustrado, además de apesadumbrado.

—¿Qué? —Creo que me salió un pequeño gallo de la garganta al decirlo. Jordan bajó la cabeza, avergonzado, tratando de serenarse.

—El sexo no era algo que entrase en mis planes últimamente. —Su mirada buscó la mía pidiendo disculpas. Hombres, en cuanto besan a una chica por primera vez meten un preservativo en la cartera, pero este tiene que sacarlo cuando yo me cruzo en su camino.

—Buf —solté de mi boca con frustración, lo que hizo reaccionar a mi pareja de baile.

—Pero tú no te vas a quedar a medias.

No me dio tiempo a decir nada. Jordan se acuclilló de nuevo entre mis piernas y se propuso

volverme loca tan solo con su boca y sus dedos. ¿Tengo que decir cuál fue el resultado?
Acabé desmadejada, haciendo equilibrios entre el taburete y la mesa para no caer, tratando de recuperar el aliento poco a poco.

Capítulo 52

Jordan

Sentir como una mujer se deshace de placer entre tus manos es un placer en sí mismo, pero saborearlo en tu boca es un deleite mucho mayor, porque sabes que lo que has hecho le ha llevado a la rendición total, y que no hay nada de fingimiento. Todo lo que escuchas, hueles y saboreas es algo que no puede inventarse ni esconderse.

Lo mejor de todo era alzar la vista después de sentir en mis manos como su cuerpo se rendía, lacio por el éxtasis que había soportado, y ver su rostro sonrojado y sudoroso sonriendo apaciblemente. No era como la sonrisa de Bibian aquella vez, una que decía «me lo merezco»; la de Paula decía «no puedo creerlo, pero ha sido increíble». ¿Por qué ni en momentos como este podía dejar de compararlas? Pues porque con gestos así me daba cuenta de que lo que había encontrado era infinitamente mucho mejor a lo que antes había conocido. Bibian era una princesita de cuento, una versión edulcorada y simple de lo que debía ser una mujer perfecta. Paula lo era, no por ese falso concepto que entendemos por perfección, sino por su autenticidad. Tanto tiempo rodeado de máscaras y falsedad me ha enseñado a apreciar las cosas reales, sencillas y sin artificios, como Paula.

—¡Wow! —escapó de su boca. ¿Sentirme orgulloso? Como la primera vez que hice pis yo solito en el baño. Deposité un pequeño beso sobre su castigado monte de Venus y me puse en pie.

—Y ahora que la chica está servida, voy a hacer algo para aliviar mi situación. —Sus ojos se dirigieron directamente a mi entrepierna, donde era imposible ocultar mi erección. El brillo en sus ojos y la forma en que se mordió el labio inferior… Tuve que salir de allí a toda velocidad, directo hacia el baño, necesitaba un alivio manual o una ducha muy fría, quizás ambas cosas.

Llegué hasta el baño de la habitación y lo primero que hice fue mirar a mi alrededor. Ni papel higiénico, ni una triste toalla. ¿Cómo iba a deshacerme de las pruebas que iba a dejar? Tendría que buscar algún resto de material usado, algún embalaje, con el que limpiar el estropicio que sabía iba a dejar. En fin, el lavabo no era el mejor lugar para hacer eso, pero en cuanto vi mi reflejo en el enorme espejo no pude irme de allí. El pelo estaba revuelto por el castigo que ella le había dedicado mientras se aferraba a mí, era una prueba evidente de lo que había sucedido. Al recordarlo, noté como el pene que tenía en la mano daba un pequeño saltito en mi palma. Sí, lo tenía fuera y listo para el tratamiento manual que todo adolescente ha puesto en práctica cientos de veces. Yo no lo hacía desde…

—¿Necesitas ayuda con eso? —La voz de Paula llegó increíblemente sexy a mi espalda.

No me había dado cuenta, pero había entrado en el baño y me estaba observando directamente a través del espejo. Sus ojos brillaban traviesos, y eso me incitó a mover mi mano arriba y abajo por mi duro apéndice. A mí me gustó, y a él mucho más. Poder mirarla mientras me masturbaba era algo que no había imaginado que ocurriera, pero ya puestos, estaba dispuesto a hacerlo, muy dispuesto. Al cabrón impertinente que estaba en mi mano le gustaba todavía más.

—¿Crees que no sé cómo se hace? —Volví a recorrer de extremo a extremo la longitud de mi pene, dándole un poco más de presión a la caricia. No era lo mismo que estar dentro de ella, pero podía imaginármelo. Su tacto resbaladizo, la calidez de su piel… Podía perderme en la profundidad de sus ojos y sentirlo todo.

—Nadie mejor que tú conoce lo que tienes entre manos. —Noté la presión de su cuerpo a mi espalda, al tiempo que mi nalga derecha era estrujada provocativamente—. Pero he pensado…

—Su otra mano se estaba deslizando por mi cadera acercándose peligrosamente a mi ingle—. Puedo probar… —Su mano aferró mi pene con firmeza, sacándome un siseo—. ¿Te he lastimado? —Antes de que apartase su mano, la aferré con la mía para que no se moviera del sitio.
—No, está perfecto. —Sus ojos me atraparon al otro lado del espejo, mientras su mano empezó a deslizarse lentamente por mi miembro con excitante lentitud.
—¿Así? —susurró cerca de mi oído. Su lengua se deslizó para acariciar el lóbulo de mi oreja, haciendo que aquella sensual caricia llevase una vigorizante corriente eléctrica hasta la base de mis testículos. No pude contenerme. Al igual que si estuviese a solas en mi baño, mi mano libre se dirigió a darme el placer que mis partes íntimas necesitaban. No pude contener un gemido.
—Más deprisa —la urgí con mi voz entrecortada. Mi respiración se estaba volviendo más trabajosa, como si fuese yo el que estuviese haciendo todo el trabajo y no fuese un mero observador frente al espejo. Su mano obedeció mi orden, encontrando el ritmo perfecto, así que la dejé hacer, me dejé llevar y cerré los ojos—. Más. —Aferré con un poco más de fuerza mi mano sobre la suya, para que le imprimiese más crudeza a la caricia. El ritmo, la presión… Sabía que estaba muy cerca del colapso.
—La próxima vez, me pido encima. —Aquella frase la acompañó con una fuerte presión en la parte baja de mi trasero, muy muy cerca del perineo. Solo con imaginarme estar dentro de ella, mientras ella me cabalgaba con aquella intensidad, hizo que mis pelotas se contrajesen antes del acto final. Sentí como todo lo que luchaba por salir abandonaba de forma agónica mi cuerpo, vaciándome por completo, o al menos así lo sentí, porque ella no detuvo su movimiento hasta que ya no quedó nada más dentro de mí.
—Joder, Paula. —Giré la cabeza para mirarla directamente a la cara. No quería un espejo entre nosotros. Enmarqué su rostro con una de mis manos, mientras sopesaba en si lo que sentía en ese momento dentro de mí estaba bien. No quería decirlo en voz alta, no podía permitir que ella lo supiera, no porque me volvería débil, mucho más de lo que ya era ante ella. Así que la besé, devoré su boca como si no hubiese tenido suficiente de ella, porque en ese momento supe que siempre sería así.
—Es tarde, tengo que irme. —Ella se apartó de mí, no sé si vi algo de rubor en su cara antes de alejarse.
Estuve a punto de ir tras ella, pero el espejo me recordó que no podía correr detrás de una chica con el pene flácido colgando. Lo metí con rapidez dentro de mis calzoncillos, me até los botones del pantalón y le di un vistazo rápido al desastre que había dejado allí. Maldije en silencio cuando vi medio espejo salpicado de semen. Tuve que decidir: o salía corriendo detrás de ella o limpiaba todo aquello antes de que se secase; ella ganó.
—Paula. —La llamé por el pasillo antes de alcanzarla. Se estaba colocando el asa del bolso sobre el hombro cuando la alcancé.
—Tengo… Ejem… Mañana he de levantarme temprano. —Bajo la luz más intensa de los fluorescentes de la cocina pude apreciar mejor el rubor en su rostro. No podía esconderlo, se sentía avergonzada. ¿Dónde estaba la chica osada del baño? ¿Había sido yo el que la había hecho salir?
—Ha estado increíble. —Acaricié su mejilla antes de besarla. No tenía que sentir vergüenza por lo que había ocurrido allí dentro.
—Te… te llamaré cuando todo esté listo. —Alzó la carpeta con los documentos que yo ya había olvidado y comenzó a alejarse de mí. Corrí detrás de ella.
—Esperaré ansioso esa llamada. —Ella se giró para darme una dulce sonrisa, depositó un fugaz

beso en mis labios y luego desapareció tras la puerta—. Te quiero. —¡Mierda! Lo dije. Bueno, al menos ella ya no podía oírme.

Capítulo 53

Paula

Tenía la vista clavada en la pantalla de mi ordenador, pero no veía las palabras del documento que supuestamente tenía que estar revisando, mi mente estaba en un lugar a kilómetros de distancia. No podía dejar de pensar en lo que había ocurrido la noche anterior, desde que llegué al apartamento de la madre de Jordan hasta que salí de él apresurada. Precisamente era esa última parte la que me tenía suspendida en aquel extraño sopor cerebral.

Estaba abrumada y avergonzada por lo que había ocurrido en el baño, yo no era del tipo de chicas que hacía esas cosas tan valientes y descaradas, yo era comedida, tímida… Pero es que lo que me hizo Jordan en la cocina había enviado la vergüenza, la timidez y la precaución a un viaje al extranjero. ¡Señor!, si todavía me ruborizaba al pensar en ello. Por eso salí de allí como si me persiguiera una jauría, solo me sentí segura para poder respirar cuando la puerta del apartamento se cerró a mi espalda. En ese instante me permití parar mis pies y tomarme un par de segundos para llenar los pulmones de aire. Es lo que decía papá: «no dejes que el pánico te domine, tómate un segundo, respira profundamente y deja que la razón tome el control». Si a un bombero le funciona, y él se enfrentan a situaciones peligrosas, conmigo también debería hacerlo.

Pero lo que vino después me descolocó del todo. «Te quiero». La puerta estaba cerrada, pero eso no me impidió oír la voz de Jordan. ¿Y qué hice? Pues dejar que mi desconcertada cabeza ordenara a mis pies salir corriendo. No me detuve hasta que llegué a mi coche, donde me concentré en lo más importante, que en aquel momento era llegar sana y salva a casa, no empotrar mi coche contra otro vehículo, no provocar un accidente.

Es lo que tienen los actos rutinarios, que tu cuerpo actúa por costumbre. ¿Nunca han hecho algo, pero no recuerdan haberlo hecho? Es porque nuestro cerebro desconecta esa parte de nuestra consciencia y deja al mando a… La ciencia no es lo mío, pero supongo que es una especie de piloto automático; mientras él tome el control, el avión seguirá volando.

Sacudí la cabeza, porque no podía permitirme pensar en aquellas palabras en aquel momento, y mucho menos lo que significaban. Él las pronunció cuando creía que yo no le escuchaba, así que yo debía actuar como si no las hubiese oído. ¿Pero qué significaban para mí…? ¡Agh! ¡Céntrate, Paula!

Volví a mirar la pantalla y vi el aviso de llegada de un correo nuevo. Al abrirlo, un nombre lanzó un rayo luminoso que hizo despertar mi mente: Bowman. Como una máquina bien engrasada, mi cerebro empezó a centrarse en la otra cosa importante que ocurrió anoche: la visita de Ernest Williams. Miré el teléfono cargando en su base a mi izquierda, ¿debía enviarle la conversación a Owen? Había algo en lo que dijo aquel hombre que me preocupó, pero lo ocurrido después lo había desplazado al fondo de mi cabeza. Había llegado el momento de recuperarlo. Tomé el dispositivo, me puse el auricular al oído y le di al botón de reproducir para escuchar la grabación.

—Voy a destrozarte. Te dije que si le contabas a la competencia mis trapos sucios, tu familia y tú acabaríais pagándolo.

—Yo no he ido contando por ahí las sucias tretas que empleas, Ernest.

—Mentiroso. Eres el único que ha podido hacerlo, el único que me ha plantado cara y se ha largado.

—Te dije que lo haría si no te metías con mi familia, y no lo has hecho, así que he mantenido mi palabra. Pero ahora te has presentado en casa de mi madre para amenazarnos, así que

probablemente cambie de idea.
—No trates de hacerte ahora el niño bueno. Sé que has sido tú el que le ha contado a Wonder View Enterprise todos los chanchullos que hice con su urbanización. Sé que has sido tú el que ha ido a chismorrear al oído al inspector de seguridad del ayuntamiento. Sé que…
—¡Basta! Yo no he hecho nada de eso que me acusas.
Paré la grabación en ese punto. Creí a Jordan cuando dijo que él no había revelado los secretos de su tío por ahí, y no me lo imaginaba diciéndoselo a su familia, porque si recordaba bien…
—Eres un hijo de puta desagradecido, después de todo lo que he hecho por ti, por tu familia.
—Te quedaste con la empresa de mi padre. Creo que pagamos con creces todas esas ayudas caritativas que te salieron a precio de saldo.
—¿Eso es lo que quieres, verdad? Por eso estás haciendo esto. Pues te diré que la destruiré antes de devolvértela.
—No quiero nada tuyo. Déjanos en paz de una puñetera vez.
—A tu madre ya le contaré lo despreciable que es su hijo. —Eso era, Jordan protegería a su familia, no se lo contaría para no preocuparles—. *Aunque también puedo contárselo a esa rata de biblioteca a la que te estás tirando. ¿Qué pensaría ella de ti si supiera que la has mentido desde el principio? ¿Y sí…?*
—A ella la dejas en paz también. —Ahí estaba, extendiendo esa protección hacia mí. ¿Pensaría que había sido yo la que había descubierto los trapos sucios de su tío? No creo, porque yo no sabía dónde había metido sus pezuñas ese animal, pero los Bowman seguro que sí lo habrían averiguado.
Detuve la primera grabación y puse la segunda.
—Voy a acabar contigo, puta. No sabes con quién te estás metiendo.
—Siga hablando, señor Williams. Esto sigue grabando, y se enviará al servidor de mi empresa en cuanto suelte el dedo. Ya sabe cómo somos los abogados, nos gusta tenerlo todo registrado.
—Fuera de mi casa. ¡Ahora!
El veneno en la voz de Ernest, la fría amenaza en su mirada… Sabía que no podía pasarla por alto, él no era como Jordan, él haría todo lo posible para hacerme pagar por desafiarlo. Tenía que llamar a Owen y pedir ayuda. Marqué su número y recé para que pudiese contestarme, afortunadamente lo hizo después de cuatro toques.
—Hola, pequeña. ¿Me echabas de menos? —Aquel tono juguetón me extrañó, pero aparté eso de mi cabeza para centrarme en lo importante. ¡Espera!, ¿le pillaba en una situación comprometida? ¿Y si estaba metido en otra de sus misiones de espionaje? No seas idiota, Paula, ni que Owen hiciese estas cosas todos los días, no era James Bond.
—¿Puedes hablar o es un mal momento?
—Claro, cuéntame. —Su voz parecía haber cambiado de tono, lo que me hizo soltar el aire antes de empezar a hablar.
—No sé si tenéis algo que ver con lo que ha sucedido, pero Ernest Williams está bastante cabreado. Al parecer sus trapos sucios han llegado a oídos de personas que no le interesaba que supieran de ellos.
—Eso le pasa por meterse con gente que sabe jugar a esto mejor que él. —Esa era mi confirmación.
—Ya, pues no es de los que no sabe perder. Ha acusado a Jordan de ser el responsable de todo ello y está dispuesto a destrozarle la vida a él y a toda su familia.
—¿Cuándo te ha dicho eso? —Su voz sonó diferente, como si estuviese analizando la información y le preocupara.

—Voy a mandarte un par de grabaciones. Las tomé ayer mientras ayudaba a Jordan a montar unos muebles en casa de su madre. No está la conversación completa, pero creo que es suficiente para que te hagas una idea. —Excepto por las primeras frases del principio, había conseguido grabarlo todo.
—Voy a escucharlas, pero ya puedo asegurarte de que ese gilipollas no va a hacer daño a tu chico ni a su familia. —Su voz dejaba claro que para él esto era un asunto muy serio. ¿Estaría insinuando que…?
—¿Qué vas a hacer? —me atreví a preguntar. ¿Estaría pensando en matarlo? No pienses en eso, ni que fueran de la mafia.
—Dejarle bien claro quién ha sido el que le ha jodido la vida, porqué y lo que puede empeorar todo si sigue atacando a quien no debe. —Tragué saliva, nerviosa. No querría estar en su situación. ¿Implicaría tortura? ¡Paula!, que Owen ni su padre son de ese tipo de gente, por favor.
—No te metas en líos, Owen. —Mi sugerencia le hizo soltar una carcajada.
—Tranquila, puede que no sea ético, pero destrozar el ego de un rico prepotente todavía no es delito. —Aquello me tranquilizó. Owen era listo, seguro que encontraba la manera de bajarle los humos a Ernest sin buscarse un problema.

Capítulo 54

Paula

—*Estamos solucionando el problema*. —El mensaje de Owen me tranquilizó, lo suficiente como para volver a controlar mis nervios y ponerme a trabajar de nuevo. Si podía confiarle mi seguridad a alguien, ese era Owen.

—Pau, ¿podrías quedarte al frente del castillo? —Fran estaba parado en el marco de mi puerta, pero su atención estaba en lo que había en su teléfono, no en mí.

—¿Ocurre algo? —Sus ojos me miraron con rapidez, por lo que descubrí sus pupilas muy dilatadas.

—Nada grave, solo… Gabi quiere que le ayude con algo que tiene entre manos. —Acabáramos, aquellas pupilas, la forma en que se humedeció los labios… SEXO, sí, con mayúsculas. Ahora que había probado lo intenso y atrapante que podía llegar a ser, entendía por qué estaba así de impaciente por ir junto a su chica.

—Tranquilo, yo me encargo de todo —le sonreí.

—Si no es urgente no me llames. —Asentí antes de responder.

—Vete ya, o tu chica se enfría. —En la sonrisa pícara que me dedicó no había ni rastro de vergüenza. Normal, si podía llevar una relación a tres con el conocimiento de toda la familia, el que yo supiera a lo que iba no le incomodaba en absoluto.

—Ya te tocará. —Hombres y sus debilidades. Bueno, y las nuestras también, porque en ese momento pensé que mi turno no estaba tan lejos.

¿Qué tiene el chocolate que cuando lo pruebas ya no puedes resistirte a él? Es una pregunta metafórica, por supuesto. Mi mente se alejó de todo lo que era trabajo y me llevó a otra tarea mucho más divertida. ¿Qué nos pasa a las mujeres cuando descubrimos nuestro poder? Ahora que sabía que Jordan estaba en mis manos, quería jugar con él. Como le escuché decir una vez a Gabi: «era el momento de sacar la lencería cara».

Toda mujer tiene en su cajón un conjunto de ropa interior con el que al mirarse al espejo piensa: «estoy caliente». Hasta entonces no había tenido muchas oportunidades para ponérmelo, pero decididamente hoy tocaba. ¿Sería demasiado pronto? Es un hombre joven, nunca es demasiado pronto para el sexo, ¿verdad? Ahora solo tenía que encontrar la manera de atraerlo a la trampa. Una lástima que la profesional del estilismo femenino estuviese en ese momento ocupada, porque nadie mejor que Gabi para orientarme sobre cómo recibir a un hombre para hacerle caer a mis pies. En fin, tendría que apañármelas sola.

Jordan

Era difícil centrarse en el trabajo porque tenía grabada en la retina la imagen de los ojos de Paula mirándome al otro lado del espejo mientras sus manos se dedicaban a atormentar mis genitales. Cuando puedes perder los dedos si no estás atento, intentas centrarte con más ganas en lo que tienes delante, pero Paula regresaba una y otra vez a mi cabeza, haciendo que un picante cosquilleo se instalase de forma permanente en mi ingle. Ese duende travieso volvía una y otra vez a susurrar en mi oído, volviéndome loco.

—¿Me estás escuchando? —Giré la cabeza con rapidez hacia Carlos, que me miraba fijamente con los ojos entrecerrados.

—Perdona, ¿podrías repetírmelo? —Carlos puso los ojos en blanco.

—Te decía que este fin de semana podríamos tener nuestro primer trabajo. Necesito que te pases hoy por el domicilio de la clienta para hacer tu magia y así poder ponerme con el material y asignar los turnos de trabajo. —Por instinto me llevé la mano al teléfono en mi bolsillo, ¿me habría enviado algún mensaje Paula?
—Déjame comprobar si estoy libre. —No, no tenía ningún mensaje suyo—. Vale, soy todo tuyo. ¿Dónde tengo que ir?
—Tenemos, iremos los dos. Así nos ahorramos una visita. Cuando salgamos de allí, quiero tener claro lo que quieres hacer y lo que necesitamos. Así, si hay que cambiar algo, lo haremos sobre la marcha.
—Espero que también esté el cliente, porque sus deseos son los que marcarán nuestra línea de trabajo.
—¡Claro que sí!, ¿cómo crees que íbamos a entrar si no a ver la casa? —Puso los ojos en blanco, como si la respuesta para él fuese obvia. No iba a decirle que algunas veces el que abría la puerta no era el que deseaba hacer la reforma, y a veces tampoco era el que iba a pagar.

Paula

Me giré de nuevo hacia la izquierda, admirando la forma en que el encaje se amoldaba a las curvas de mi cuerpo. Como escuché una vez, no se trataba de mostrar mucha carne, sino hacerlo de manera sugestiva. Hay que presentar la mercancía de forma atractiva, pero sin desvelar al comprador todo el contenido del envase.
—Perfecto —me dije a mí misma.
Era hora de pasar a la segunda parte del plan. Cogí el teléfono y me preparé para enviarle el mensaje que llevaba toda la tarde elaborando en mi cabeza. ¿Cómo decirle a un chico que lo necesitas para que venga rápido, pero sin que sospeche a lo que viene? O mejor dicho, ¿cómo decirle que si venía podía tener una noche «interesante» sin que fuera obvio? Solo cuando abriese el «paquete regalo» sabría para qué lo había llamado. Pues creía que lo tenía, por eso estaba sonriendo como la villana de la película mientras tecleaba letra a letra.
—¿Podrías pasarte por mi casa? Necesito que desatasques una tubería.
¿Se decía así, verdad? Un fontanero con SU herramienta para desatascar MI tubería. ¿Lo han entendido? Esperé impaciente la respuesta, pero no llegaba. Miré hacia la ventana y comprobé la hora. Empezaría a anochecer en una hora, así que estaba segura de que ya estaría recogiendo su equipo para irse a casa.
—¿Puede esperar a mañana o es muy urgente? —Aquella pregunta me desinfló la libido. Eso no se le podía decir a una mujer con el uniforme de combate puesto. Piensa, Paula, piensa. Tecleé la respuesta esperando que le hiciese ver lo necesitada que estaba.
—Entonces no usaré mi ducha con efecto masaje. —Me até el albornoz, me recogí el pelo con una pinza en la coronilla, como hacemos las chicas cuando andamos por casa, y me saqué una foto de esta guisa, tratando de poner carita compungida y triste. Después se la envié.
—Pasaré por ahí cuando termine con Carlos. Estamos con un cliente. —Esas dos palabras juntas, Carlos y cliente, me dijeron que no había sido el mejor día para poner en práctica mi plan de seducción. Yo pensando en sexo y él metiendo horas extras en el negocio de la cooperativa. Mentalmente me golpeé mientras me llamaba estúpida egoísta. Busqué en mi cabeza una razón para liberarle de premura a mi asunto.
—No te preocupes, usaré el baño de invitados. ¿Mañana?
Giré el rostro hacia el espejo de mi vestidor. ¿Decepcionada? Después de todo lo que me había esforzado pues la verdad es que sí. La caja de preservativos que había comprado esta sobre la

mesita junto a la cama, me había depilado, untado con crema hidratante y perfumado con una fragancia de esas que gritan «mujer en celo». Y todo eso para nada. En fin, cuando las cosas no tienen solución es una estupidez perder el tiempo con lamentaciones.
Me quité el albornoz, la lencería fina y me puse el pijama de todos los días. Al menos mañana no tendría que volver a depilarme ni untarme con crema, ese trabajo ya lo tenía adelantado. Y hablando de adelantar trabajo, podía ponerme a revisar los documentos a los que no había prestado la suficiente atención durante el día.
¿Alguna vez han estado cenando unos fideos chinos delante del ordenador? Pues esa era yo, con mis gafas de trabajo y unos palillos en la mano que intercambiaba con el ratón cada vez que tenía que cliquear en algún sitio. En alguna ocasión casi me meto en la boca el aparatito.
Había olvidado todo mi plan cuando recibí una llamada al teléfono. El identificador me decía que era la central del edificio, y eso me desconcertó.
—¿Diga?
—Señorita Di Angello, el señor Jordan Williams solicita acceder a su apartamento. —¡Mierda! Había venido, estaba aquí.
—Eh, sí, que suba. —Ya estaba en pie, cerrando mi ordenador y pensando que el plan se ponía en marcha de nuevo.
Salí disparada hacia mi habitación, me quité el pijama en tiempo récord y me enfundé la lencería fina. Cuando sonó el timbre, estaba a punto de meter una manga en el albornoz. Casi pierdo una de mis peludas zapatillas de osito panda mientras corría atándome el nudo del cinturón de camino a la puerta. Respiré profundamente no solo para tranquilizarme, sino para tratar de meter de nuevo en el pecho el corazón que parecía querer escapar por mi boca.
—Hola —saludé con inocencia—. Creí que vendrías mañana. —Nada más terminar la frase, Jordan depositó un pequeño y rápido beso en mis labios al tiempo que pasaba a mi lado.
—No puedo dejar a mi chica sin su ducha relajante. —Le vi avanzar con la caja de herramientas en la mano, lo que me derritió de ternura y culpa, hasta que recordé el auténtico motivo por el que le había hecho ir hasta allí a esas horas.
Con rapidez me desaté el cinturón, bajé el albornoz hasta dejar los hombros al descubierto y, justo antes de decirle que la tubería que había que desatascar estaba en mi vagina, recordé que tenía que soltarme el pelo.
—¿Dónde dices que está esa tube… ría? —La última palabra se quedó cortada cuando, al darse la vuelta, se encontró con mi sorpresa.

Capítulo 55

Jordan

No me di ni cuenta de que la caja de herramientas se había escurrido de mis dedos hasta que golpeó con fuerza el suelo junto a mi pie. ¡Joder!

—Aquí. —¡Santa madre de…! Se estaba señalando… El dedo estaba apuntando a su…

Antes de que mi cerebro pudiese procesar todo aquello, mi cuerpo ya había tomado la decisión de moverse. Salí disparado como si ella fuese una gallina y yo el zorro que se la iba a comer. Su boca me pareció el manjar más exquisito, el tacto de su piel el terciopelo más suave, su olor era pecado, pero no encontraba una palabra que definiera lo que aquella indumentaria tan sexy le estaba haciendo a mi cerebro. ¿Lujuria? Se quedaba demasiado corta.

—Eres una bruja. —Conseguí decir junto a su boca cuando pude separarme de sus labios. Ella sonrió de una manera traviesa que me enloqueció.

No podía permitir que se me escapara, así que aprisioné su cuerpo contra la pared. Ni qué decir tiene que mi pene se sintió tremendamente contento por el hueco en el que lo había encajado. Sus piernas rodearon mi cadera cuando la alcé para ajustar mejor el punto de fricción, porque necesitaba devolverle todo ese calor que me estaba provocando. Si yo caía en este infierno, la arrastraría conmigo, nos quemaríamos juntos.

—Esta vez no vas a escapar. —Aquella amenaza me hizo alzar la cabeza.

—La otra vez tampoco lo hice. —A mi forma de ver, los dos conseguimos un buen orgasmo, no perfecto, pero sí sorprendentemente bueno.

—Ya sabes a lo que me refiero. —Tardé un poco en entender, hasta que su pubis se apretó contra mí un poco más. ¡Dios!, esta mujer iba a matarme. Aferré mejor su trasero para ponernos en camino hacia su habitación. Todo lo que mi mente estaba imaginando hacer con ella se hacía mejor con un colchón debajo.

—Compré una caja nada más salir de casa de mi madre. —No, no iba a volver a pillarme desprevenido. Si la situación se repetía, estaría preparado. Aunque no lo estaba tanto para verla metida en aquella lencería tremendamente sexy, aquello sí que no me lo esperaba.

—Yo también compré una. —Su cabeza se giró para señalarme la mesita de noche, pero no me detuve a comprobar lo que había en ella. La tumbé sobre la cama y me erguí para apreciar aquel espectáculo. Toda aquella carne era mi cena, y estaba terriblemente hambriento.

—Bien, señorita Di Angello. —Tiré de mi camiseta para sacármela con rapidez por la cabeza—. ¿Dónde dice que está esa tubería que tengo que revisar? —Sus manos descendieron hacia su zona íntima, al tiempo que sus piernas se abrían incitadoras. Su cuello se había expuesto hacia mí, haciéndome salivar como un vampiro; necesitaba hincar mis dientes en él.

—Por aquí.

—Entiendo. —Mis rodillas se doblaron para rendirle pleitesía a aquel templo, a aquella diosa. Mis manos ascendieron reverentes por sus suaves piernas hasta detenerse en los delicados encajes y seda que cubrían sus caderas.

No pude resistirme a pasar mi mejilla por la suave tela que cubría su pubis, aspirando profundamente aquel aroma embriagador. Mi otra nariz, la que presionaba dentro de mis pantalones, también se moría de ganas por olisquear allí dentro. Mis dedos agarraron la tela elástica por la cintura para deslizarla lentamente, y así dejar a la vista aquello que ansiaba volver a probar.

—Tendré que comprobar lo grave que es el atasco. —Mi pulgar jugueteó con sus labios vaginales, provocando un pequeño gemido en su garganta.
—Deja de perder el tiempo —ordenó exigente, lo que provocó una sonrisa en mis labios.
—El fontanero soy yo, sé muy bien lo que estoy haciendo. —Metí mi pulgar en su vagina, buscando esa lubricación que mi pene necesitaba. Sí, estaba cálida y húmeda, pero no lo suficiente.
Tenía que hacer que ese camino estuviese listo para lo que iba a llegar, así que recurrí a mi experimentada boca para conseguir ese extra de lubricación. Besé suavemente su pubis y seguí regando de besos su suave piel a medida que descendía hasta llegar al punto exacto donde su clítoris esperaba impaciente. Una succión lenta, profunda… Una provocativa pasada en ese punto con la punta de mi lengua… Sentí la humedad llegar a su cueva, desbordándola, era el momento.
Saqué el dedo para rebuscar en mi cartera el preservativo que había guardado en ella. Mientras sacaba el pequeño paquete, succioné de nuevo y después deslicé mi lengua por toda la entrada de su vagina, separando sus labios internos.
—Mmmm. —Su gemido provocó que mi pene saltará impaciente dentro de mi ropa interior. Lo liberé con rapidez, al tiempo que me separaba de ella para poder rasgar el paquete con los dientes. Me puse en pie con agilidad, me coloqué el preservativo con rápida eficiencia y dejé que mis pantalones cayesen al suelo.
—¿Preparada? —le dije aferrando mi pene endurecido por su base. Ella asintió algo ¿asustada? No, imposible, mi chica no era de las que tenían miedo, pero por si acaso… Apoyé una rodilla en la cama, mientras me acercaba más a ella. Quería leer en sus ojos que esto era lo que ella quería, que no había dudas. Estúpido, ¿verdad? Ella había sido la que me había llamado para hacer precisamente esto.
—Lo quiero —dijo mirando directamente a mi miembro erecto, para después morderse el labio inferior. Tenía mi respuesta.
Tomé su pierna para llevarla hasta mi cadera, mientras con mi otra mano guiaba mi ariete contra la puerta de su fortaleza. Había llegado el momento de conquistar ese castillo. Sentí como mi pene se abría paso entre sus apretadas paredes, oprimiéndome en exquisita tortura durante todo mi avance. Retrocedí y volví a adentrarme en su interior, esta vez un poco más lejos, más profundo. Solté el aire con agonía, sin darme cuenta había contenido la respiración durante demasiado tiempo. Iba a morir si no me movía tan rápido como necesitaba, pero no podía, todavía no, tenía que darle tiempo a acomodarse a mi invasión, a que se acostumbrase a mi tamaño.
—¡Muévete! —Me pidió alzando sus caderas para salir a mi encuentro, mientras sus manos se aberraban a mis brazos para tirar de mí y acercarnos un poco más.
—Sí, señora —dije con una sonrisa. Mis caderas imprimieron más velocidad a mis acometidas.
Había hecho esto cientos, puede que mil veces, pero jamás había sido así, nunca mi corazón había estado a punto de estallar de felicidad, como en ese preciso instante en que sus gemidos se fundieron con los míos, creando la más pecaminosa melodía que había escuchado antes. Antes había sido sexo, en ese momento era más, mucho más. Era el deseo de alcanzar el cielo juntos, de llevarla al paraíso, de hacerla sentir lo mismo que estaba a punto de hacer explotar mi corazón. La había estado esperando toda mi vida, pero no lo había sabido hasta ese momento. Ella era lo que necesitaba para sentirme completo, el placer en su cara era lo que había buscado en las mujeres con las que me había acostado antes.
Tenía que llenarme de su placer, sentir dentro de mí lo que mi pene le estaba provocando, así que

la besé para llenar mi boca con sus gemidos, para que ninguna parte de su cuerpo se quedara sin recibir mis atenciones, para estar dentro y fuera de ella en tantas partes como pudiese.
Sentí sus paredes apretándose a mi alrededor mientras sus uñas se clavaban en mi espalda con agónico deleite.
—Jordan —lloriqueó junto a mi boca.
—Lo sé, cariño, lo sé. —Podía sentir el orgasmo tomando posesión de ella. Pero no me detuve, seguí golpeando en su interior con ansias de más, con la firme determinación de conseguir de ella hasta el último espasmo de placer que mi cuerpo exhausto pudiese arrancarle. No me detuve cuando me liberé dentro de ella porque todavía me quedaban unas pocas fuerzas para darle, porque necesitaba vaciarme completamente, no quería guardarme nada. Ella merecía todo de mí.

Capítulo 56

Paula

No podía creerlo. No cabía duda, esto había sido mejor, mucho mejor que lo de la noche anterior. Jordan seguía entre mis piernas, tratando de recuperar el aire que sus pulmones necesitaban con urgencia, y lo sabía, porque los míos estaban en la misma situación. A riesgo de desmayarme por hiperventilar, mis pulmones se esforzaban al máximo por llevar oxígeno a mis colapsadas células.

—Ahora sí. —Solo pude ver una autosuficiente sonrisa en su cara antes de que su cuerpo se desplomase a mi lado, aún rodeándome con sus brazos. Así, en aquella postura, nuestros cuerpos siguieron unidos unos segundos más, hasta que sentí como algo en mi parte baja se deslizaba para salir. Me sentí vacía y no estaba preparada para ello, así que me aferré a su sudoroso cuerpo para que no se alejase de mí.

—Estoy pringoso —susurró mientras me observaba, pero no hizo nada por alejarme. Es más, una de sus manos pasó cerca de mi cara para retirar algo de pelo que parecía molestarle.

—Creo que los dos necesitamos una ducha. —Una sonrisa traviesa apareció en su cara.

—Ahora que he desatascado la tubería podemos hacerlo. —¡Será…!

—Tonto. —Le di un suave golpe en el hombro con mi puño, aunque no muy fuerte. Su carcajada resonó en la habitación haciéndome reír.

—Me encantaría quedarme así toda la noche, pero tarde o temprano tendremos que asearnos. —Aunque no había mucha luz en la habitación, pude ver la sinceridad de sus palabras en sus ojos.

—Quédate. —No sé cómo ocurrió, pero expresé en voz alta el deseo que se instauró en mi cabeza. El rostro de Jordan mostró sorpresa.

—¿En serio? —Demasiado tarde para retractarme, aunque tampoco quería.

—Sí. —Me estrechó más cerca de su cuerpo.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Que te quedes a dormir. Pero si algo te lo impide o no quieres pues…

—Quiero —me interrumpió—, más de lo que piensas, y con mi madre fuera de la ciudad no tengo que avisar a nadie. Es solo que… ¿Y si me gusta demasiado? —Sopesé el lugar al que quería llegar con aquella pregunta.

—¿Por si quieres repetir? —No es que la idea me desagradase, para nada. Es más, estaba empezando a encontrarle muchos puntos a favor. ¡Sexo con regularidad!, mmmmm.

—Venir cada noche después de un largo día trabajo, besar a mi chica, hacerle el amor un par de veces y después dormir abrazados. —Besó mi frente con dulzura—. No puede existir nada mejor que eso. —Me derrito.

—¿Un par de veces? —¿Se creían que no me había quedado con eso? ¡Ja! Lo mío son los detalles, y ese no iba a escapárseme.

—¿No pensarás que he terminado contigo, verdad? Ayer saliste huyendo, pero hoy no tienes escapatoria. —Acarició mi brazo con delicadeza, consiguiendo arrancarme un escalofrío de placer, ¿eso existe?

—Así que… esto no es todo. —Dibujé un círculo alrededor de una de sus tetillas, haciendo que esta se endureciese. Mmmm, estaba bien esto de ser la incitadora. ¿Pero qué dices? Si llevas un buen rato siendo la que lleva la batuta en todo este asunto.

—Dame unos minutos, mejor si hay algo de comer de por medio, y te demostraré hasta dónde

puedo llevarte. —No pude evitar morderme los labios con glotonería. Mmmm, más, ¡claro que quería más!
—Tendrás que conformarte con unos fideos instantáneos. Lo siento, no pensé en que esto acabaría en cena —me disculpé.
—Comería esos fideos directamente del paquete si la recompensa es dormir contigo al lado. —Eso tendría que recordarlo, quizás en el futuro me serviría. ¿Pero en qué estaba pensando?
—De acuerdo, vamos a la ducha, cenamos y luego repetimos. —Intenté ponerme en pie, pero mi cuerpo todavía estaba algo inestable. Jordan se puso en pie primero y me ayudó a levantarme.
—Si nos duchamos juntos, puede que ese orden se altere ligeramente. —¿Estaba diciendo…? Pues sí, su sonrisa decía que el sexo pasaría delante de la cena, puede que incluso se solaparía con la ducha.
—Tranquilo, machote. Tenemos dos duchas, así evitamos tentaciones prematuras. —Sus ojos no se apartaban de mi sostén, que extrañamente todavía seguía en su sitio. Sí que habíamos ido rápido.
—Es tarde para eso. —Antes de que sus manos se acercasen a mis pechos, le di la vuelta y empecé a empujarlo por la espalda en dirección al baño.
—No cambies el plan, Jordan. —Escuché su risa mientras finalmente accedía a caminar solo.
—Sí, señora. Usted es la que manda. —Mi sonrisa de triunfo se volvió pecaminosa cuando lo vi agacharse para sacarse el calzoncillo que arrastraba por los tobillos. No, realmente no nos lo habíamos tomado con calma.
Cuando estuve a solas en la habitación, vi su ropa desperdigada por el suelo. Si iba a quedarse a dormir, necesitaría ropa limpia que llevar por la mañana. Así que recogí su camisa, el pantalón, el calzoncillo y lo metí todo en la lavadora. En veinte minutos estaría limpio. Luego la secadora y todo listo.
Estaba sacando una toalla del armario, cuando él apareció ante mí con el pelo húmedo. Menos mal que se había cubierto con una toalla a la cintura… A ver, que Jordan vestido estaba bien, pero desnudo era mucho más apetecible. Necesitaba esa ducha.
—¿Todavía no te has duchado? —Su mirada lasciva se paseó por la escasa ropa que llevaba encima, o mejor dicho, por donde no llevaba nada. ¿Por qué no me habría puesto algo encima? Pues porque no has tenido tiempo.
—Ahora voy, antes he metido la ropa a lavar. —Su mano acarició con descaro mi trasero al tiempo que inhalaba mi cuello.
—No sabes cómo me pone eso.
—El plan. —Le amenacé con el dedo mientras se lo recordaba. Él alzó las manos en alto en señal de rendición.
—Sí, señora. Hay que seguir el plan. —Caminó de espaldas hacia el pasillo, alejándose de mí—. Pero como tardes mucho en salir iré a por ti. —Negué con la cabeza y me fui a tomar esa ducha, la necesitaba para bajarme un poco la temperatura.
Cuando salí del baño busqué a Jordan y lo encontré en la cocina, pasando una tortilla de la sartén a un plato.
—Pensé que te apetecería más que unos fideos. —Me senté frente a la mesa e inhalé con deleite. Había comido algunos fideos antes, pero estaba claro que había gastado toda esa energía y que necesitaba llenar de nuevo el depósito, el viaje todavía no había terminado.
—Eres una caja de sorpresas.
—Es solo una tortilla, no me pidas mucho más. —En ese momento sonó el timbre de la lavadora —. Voy a meter la ropa en la secadora. —Alcé las cejas, sorprendida—. ¡¿Qué?! Llevo viviendo

solo lo suficiente como para saber cómo funcionan estas cosas.
Cenamos, recogimos y, llegado el momento de seguir con el plan, Jordan me tomó de la mano y empezó a tirar de mí hacia la habitación. Con calma me acostó sobre el colchón, después se recostó a mi lado y comenzó a besarme y acariciarme con calma.
—Esta vez iremos más despacio —me dijo entre beso y beso—. No quiero que pienses que soy un salvaje. —Mi mano se deleitó acariciando la curva de su duro trasero. Ir despacio me daba la oportunidad de explorar su cuerpo con calma, de la misma manera que él estaba haciendo con el mío. Y estaba bien, muy bien esto de la exploración.
—Me gusta tu lado salvaje —confesé antes de morderle el labio inferior.
—Espero que el mimoso también lo haga. —Tenía que reconocer que esa otra faceta suya también era agradable, muy agradable. Uf, no sabría por cuál de estos Jordan me decantaría. Mejor me quedaba con todos.
—Calla y céntrate. —Y él obedeció, vaya que si obedeció.

Capítulo 57

Paula

Sentí un suave beso sobre la mejilla. No necesitaba abrir los ojos para saber quién me lo había dado. Su olor, su tacto, su delicadeza… y que no había nadie más en mi habitación, claro.

—Buenos días —susurró Jordan.

—Buenos días. —Mi cuerpo se estiró sobre la cama como un gato. Cada músculo de mi persona estaba aletargado, no por la hora que era, sino por… ¿Cómo se dice cuando has llevado a tus músculos al límite y se despiertan después de un largo descanso? Pues así.

—Normalmente no me entusiasma salir de la cama para ir a trabajar, pero hoy es peor. —Eso me hizo sonreír.

—Necesitas descansar un poco más. —Al menos era lo que me pedía el cuerpo. «¡Quédate, quédate!», me gritaba.

—No. Es que en este momento el único lugar en que quiero estar es aquí. —Sus ojos me atraparon con su dulzura.

—Este colchón es una maravilla. —Conseguí sacarle una sonrisa.

—No es el colchón, es la compañía. —Sentí como me convertía en un charco de almíbar.

No sabía qué decir, me había dejado sin palabras. Menos mal que una alarma sonó para librarme.

—Umf. —Jordan metió la cara en la almohada, pero aun así pude oírle—. No quiero. —Aquella protesta infantil me hizo reír.

—Arriba, hay que ir al cole. —Golpeé su trasero sobre las sábanas y salí de la cama con agilidad, o al menos lo intenté, porque una mano me aferró por el tobillo antes de conseguir escapar.

—No te vayas —suplicó. Cuando me giré, encontré una carita que me habría comido a besos, pero me hice la dura.

—Si eres bueno te haré chocolate para desayunar. —Su sonrisa creció, pero su mano no me soltó, es más, Jordan trepó por mi pierna hasta ponerse de rodillas frente a mí y que nuestros rostros estuviesen a la par.

—Solo quiero un beso. —Y lo tomó de mis labios mientras sus brazos me envolvían con posesividad.

—No puedes encarar el día solo con un beso. —Su sonrisa traviesa me dijo que le había dado lo que quería.

—Es verdad, necesitaré alguno más. —Esta vez fue más largo, lento y… Si no le detenía acabaríamos sobre el colchón para retozar otro buen rato. No podía permitir que llegase tarde al trabajo por mi culpa, así que traté de buscar algo con lo que hacerle desistir.

—Chocolate y bizcocho. —Su estómago rugió, pero no me soltó.

—Eres dura negociando. —Ya, y duro también se había puesto eso de ahí abajo. Uf. Escuché la llegada de un mensaje a mi teléfono y, por el tono, supe que era un tema de trabajo.

—Las obligaciones me reclaman. —Me zafé de su abrazo y salí directa a leer lo que había llegado.

—Está bien, me rindo. —Jordan salió de la cama con las manos en alto. Pero de camino al baño me dio una palmada en el trasero.

—¡Eh! —protesté. Me guiñó un ojo por respuesta antes de darme la espalda. Mmmm, ese trasero pedía a gritos un mordisco. Céntrate, Paula.

Busqué el mensaje de Fran y lo leí con atención. ¡Mierda! Bowman estaba en la ciudad y

teníamos una reunión con él para desayunar en veinte minutos. ¿Han visto alguna vez a un gato escapar de un baño con agua fría? Pues yo corrí aún más rápido hacia mi armario. No tenía tiempo ni de ducharme.
Preparé la ropa sobre la cama en tiempo récord, al tiempo que escuchaba el agua de la ducha corriendo al otro lado de la pared. Me habría encantado estar allí, porque una fantasía se había metido en mi calenturienta cabeza.
Antes de que él terminase, corrí a la cocina, metí una taza de leche en el microondas y saqué el chocolate instantáneo del armario. Gracias, tecnología, por facilitarme la vida. Corrí a la habitación, me vestí y después corrí de nuevo a la cocina para sacar la taza, verter el chocolate en polvo y removerlo. Cuando Jordan apareció en la cocina, vestido con sus pantalones y su camiseta, yo ya tenía su plato de bizcocho y su chocolate calentito preparado para él. Lo sé, lo sé, estaba entrando en un terreno peligroso, porque a un hombre no hay que atenderle como si fueras su chacha, pero en ese momento no tenía tiempo de ponerme a pensar en las implicaciones de todo eso. Le había prometido chocolate y bizcocho, y eso iba a darle antes de irme.
—Huele bien, pero… —Su ceño se frunció al darse cuenta de que solo había en la mesa un servicio de desayuno—. ¿Y tú?
—Desayuno de trabajo. —Me incliné hacia él para darle un besito rápido. Mientras me alejaba iba metiendo los pies dentro de los zapatos, recogiendo mi teléfono, el maletín…—. Te llamaré.
—Le di otro beso rápido que me supo a poco y me fui del apartamento. No había hecho más que cerrar la puerta cuando llegó otro mensaje.
—Te estamos esperando en el restaurante de la planta octava. —La hora del reloj me dijo que llegaba dos minutos tarde.
—¡Mierda! — maldije en un susurro.
Tomé el ascensor y descendí hasta la planta lúdica. Caminé tan deprisa como me lo permitían los tacones, tratando de no llamar la atención de la gente con la que me cruzaba, atrayendo las miradas de las personas con ropa deportiva que entraban o salían del gimnasio. Estaba demasiado centrada en alcanzar mi objetivo como para sentirme avergonzada por ser el centro de atención.
Ya en la puerta del restaurante, divisé a Alex Bowman y a Fran sentados en la terraza. Avancé entre las mesas para alcanzarles. Para ser tan temprano, el lugar estaba repleto de gente trajeada, como Fran, impoluto y elegante. Por el contrario, Bowman llevaba una camisa blanca remangada por los antebrazos, los botones del cuello abiertos, puede que alguno más porque veía parte de su pecho, y unos pantalones claros de lino. Aunque su postura era relajada, su presencia imponía mucho más que la de cualquiera en todo el restaurante. Era poder en su máxima expresión, lo irradiaba por cada poro de su piel, aunque Fran a su lado tampoco parecía desmerecer. Podría trabajar para él, pero no irradiaba esa sensación de gregario que había visto en mi camino hasta ellos. Solo rezaba para que yo no pareciese a su lado una de esas secretarias que toman notas.
—Ah, ya estás aquí. —Bowman depositó la taza de café sobre su plato. En la otra mano tenía un periódico que dejó apartado sobre la mesa.
—Siento el retraso —me disculpé antes de sentarme frente al servicio vacío, sí, ya saben, la servilleta, los cubiertos, el vaso… Todo listo para un nuevo comensal.
—Tranquila, sé que avisé con poco tiempo. —Si el jefe te dice eso con una sonrisa es que puedes dejar de apretar el culo.
—Bueno, ¿y qué es esta vez? —pregunté con familiaridad mientras me acomodaba mejor en la silla.
—Alex tiene una demanda que presentar contra una empresa de aquí de Miami. O mejor dicho,

contra el dueño. —Demandas, eso era para Fran.
—¿Algún contrato incumplido?.
—Digamos que el sujeto en cuestión ha recurrido a métodos poco lícitos para alcanzar su objetivo.
—Mala gente. —Aunque sabía que Alex tenía métodos más rápidos y efectivos de hacerle pagar a ese tipo por sus actos que un largo y costoso juicio.
—Tú y yo sabemos que lo es. —No entendí a qué se refería, hasta que me tendió el periódico. Estaba doblado por la página que había estado leyendo antes de mi llegada, donde aparecía la foto de alguien que me resultó familiar, muy familiar. El titular de la noticia confirmó mis sospechas.
—Ernest Williams, CEO de Complex Solutions, acusado de fraude, extorsión y estafa. —La imagen de un Ernest esposado entrando en un coche de policía remataba un titular que me hizo entender el camino que habían tomado los Bowman.
Ahora entendía por qué Owen me había asegurado que Ernest ya no sería un problema para nosotros. Con centrarse en salir de los suyos tendría suficiente. Me pregunté si Jordan estaría a salvo de su tío por considerarlo un testigo que había que silenciar, pero la sonrisa depredadora de Alex, antes de darle otro sorbo al café, me dijo que podía estar tranquila. Los Bowman hacían las cosas bien, y su objetivo no era solo castigar a Ernest, sino sacarlo de nuestras vidas, estaba segura de ello.
Mi sonrisa creció, transformándose en una muy parecida a la de Alex, incluso Fran parecía decidido a cazar esa presa. Éramos una manada de lobos que no descansaría hasta derribar a su enemigo. Si por mí fuese, Ernest perdería hasta los calzoncillos por todo lo rastrero que era. Me amenazó, a mí, a Jordan y a su familia, y eso tenía que hacérselo pagar muy caro. Era curioso cómo habían cambiado las tornas. Al principio Jordan era el espía, el poderoso que tenía el destino de los míos en sus manos. Ahora era yo quien tenía el suyo en las mías. Él cambió por mí, era correcto que yo cuidase de él ahora.
—Vamos a destrozarlo —le aseguré. Alex asintió satisfecho.

Capítulo 58

Jordan

Podría haberme sentido utilizado. Le doy una buena noche y después me despide como si le estorbase. Pero al mismo tiempo se había molestado en prepararme ese desayuno especial que me había prometido. Estaba confundido. ¿Era o no era alguien especial para ella? Sí, disfrutaba como una loca con mis atenciones en la cama, pero después se largaba como si no hubiese sido tan increíble como lo fue para mí.

Sacudí la cabeza tratando de no darle más vueltas. Ella me había preparado aquel desayuno rico y me había besado antes de irse. Además, parecía bastante preocupada por aquel mensaje que había recibido. Con lo responsable que era, seguro que era algo muy importante y urgente. Una auténtica mujer de negocios, nada que ver con la vida relajada de las chicas como Bibian. Eso me hizo sonreír, mi chica valía mucho. Mi chica, ¿realmente era mía? No podía seguir por ese camino.

Recogí la vajilla del desayuno, la lavé y la coloqué de nuevo en su lugar en el armario. Regresé a la habitación para recoger mi teléfono de la mesita de noche, donde lo había dejado. Al ver la cama aún desecha recordé la magnífica noche que habíamos tenido. Pese a todas las dudas que me asaltaban, no me importaría repetir tantas veces como ella quisiera. Esa noche había sido mucho más especial, que todo lo que había vivido con otras antes.

Metí el teléfono en mi bolsillo y me dispuse a hacer la cama, pero a hacerla bien, nada de estirar una sábana y ya está. Quería que ella viese en mí alguien que también se preocupaba en hacer bien su trabajo, aunque solo fuese una cama. Nuestros actos nos definen.

Cuando salí del apartamento me sentí extraño, como si no perteneciese a ese lugar, pero al mismo tiempo me sentí a gusto. Dejé de darle vueltas y me centré en mi día. Otra jornada de trabajo en el infierno, y no solo era por el calor. Definitivamente, ser tú el que organiza todo el trabajo, el que toma las decisiones, pese a ser más arriesgado y tener más responsabilidad, al mismo tiempo era más excitante y gratificante. Ojalá todo el asunto de la cooperativa fuese viento en popa, porque si la cosa salía bien, tal vez podría dedicarme a ello a jornada completa en vez de solo los fines de semana. ¿Qué pensaría de esto Carlos? Dejar de lado las grandes obras, el trabajar para otras empresas, y hacerlo solo para la nuestra.

Sueños, eran solo eso, pero algo me decía que estaban más a mi alcance de lo que parecía. Si trabajaba duro, si todos lo hacíamos, podríamos convertirnos en un gran negocio. Entonces puede que fuese digno de estar a la altura de Paula, de su dedicación, de su tenacidad.

Una llamada de teléfono me sacó de mis pensamientos; Paula. Sabía que estaba sonriendo como un idiota cuando contesté.

—Hola.

—Espero no pillarte en mal momento. —Me ajusté mejor el auricular en la oreja y miré a mi alrededor. El dispositivo bluetooth era una de las pocas cosas que había recuperado de mi vieja vida de niño rico.

—No te preocupes. —Metí la llave inglesa en mi caja de herramientas y cogí el sellador de juntas. Soy un chico multitarea, puedo hablar por teléfono y sellar la tubería de un desagüe al mismo tiempo.

—¿Has visto la prensa de hoy? —Aquella pregunta me extrañó.

—Pues no. La cafetería en la que desayuné esta mañana no tenía periódicos. —Soy un poco

travieso, lo admito, quería que recordara que habíamos pasado la noche juntos, que había despertado en su cama.
—De acuerdo, te haré un resumen: han detenido a Ernest Williams por extorsión y estafa, entre otras cosas. —Escuchar aquello me dejó congelado.
—¿En… en serio? —¿Trataba de preguntarme si yo había tenido algo que ver?— Yo no he sido.
—Quizás eso era lo malo, que tenía que haberlo hecho yo, ser más valiente y destapar todo lo que sabía que había hecho, por mucho que fuese mi palabra contra la suya. Pero me frenó el miedo a las represalias que podrían sufrir mi madre y mi hermana.
—Lo sé. —Dejé lo que tenía entre manos y me fui en busca de un lugar tranquilo donde poder hablar.
—Tenía que haberlo hecho, lo sé. Pero no tenía pruebas con las que respaldarlo. Solo era mi testimonio contra el suyo, por eso no di el paso. —Traté de justificarme ante ella. Como abogado debía saber que muchas veces eso no era suficiente.
—El caso es que saldrán a la luz muchos trapos sucios de su empresa ahora que va a ser investigada a fondo, y me preguntaba si te interesaría presentarte como acusación particular para reclamar High Quality Engineering—. ¿Cómo sabía Paula que Ernest se había quedado con la empresa de mi padre?
—Yo… Realmente hace tiempo que perdí cualquier derecho sobre la empresa. —Tomé aire profundamente antes de continuar—. Mi padre le entregó la mitad de la empresa a cambio de financiación, y mi madre le entregó la otra mitad si se hacía cargo de nuestros gastos. Les engañó a ambos, la empresa valía mucho más, pero eso fue más una mala venta que un robo. —No quería reconocer que mis padres habían pecado de ingenuos con Ernest, y tampoco deseaba revolver todo el asunto, porque era desenterrar fantasmas que estaban bien lejos de nuestras vidas.
—Entonces… ¿No quieres recobrar la empresa? Pensé que te gustaría recuperar el legado de tu padre. —Suspiré apenado, porque esa herencia no la recuperaríamos nunca.
—High Quality Engineering hace tiempo que dejó de ser la empresa de mi padre. Solo queda el nombre de lo que él construyó en su día. El prestigio, sus formas de trabajo, incluso los empleados han ido desapareciendo de allí. Solo queda un cascarón que nada tiene que ver con el legado de mi padre.
—Entiendo.
—Creo que lo mejor que puedo hacer es honrar al auténtico legado de papá. Él me enseñó que con trabajo duro, con tenacidad y esfuerzo, se pueden alcanzar metas grandiosas. Eso es lo que voy a hacer, ensalzar su memoria demostrándole que aprendí de sus enseñanzas. A veces, para cruzar un río no es necesario reconstruir un puente, sino construir uno nuevo. —Escuché un largo silencio al otro lado, creí que se había cortado la comunicación, pero ella finalmente habló.
—La vida te ha enseñado lecciones duras, pero correctas.
—Como a todos, supongo. —Otro silencio.
—¿Pasarás esta noche por mi casa? —Aquella pregunta me hizo sonreír.
—Si quieres, allí estaré. —La pena que sentí por el recuerdo de mi padre, por el sufrimiento que padecimos por culpa de Ernest, desapareció como humo al viento.
—Prepararé una cena consistente —prometió.
—Sí, una tortilla no es suficiente para tanto gasto de energía. —No solo me refería al que hace un obrero de la construcción, y ella lo entendió.
—Puedo ponerte ración doble. O también ser yo la que haga el trabajo. —Aquella segunda frase despertó el fuego en mi interior. Esta mujer era capaz de incendiarme solo con un par de

palabras, y ella lo sabía. ¿Quejarme? ¿Quién ha insinuado esa tontería? Ella podía prenderme fuego cuando le viniese en gana, ya me encargaría yo luego de apagarlo de la forma correcta, es decir, consumiéndola a ella conmigo.

Paula

La forma de pensar de Jordan no dejaba de sorprenderme. No se parecía en nada a la de un niño pijo al que le han puesto en bandeja todo lo que ha querido. ¿Cuántos serían capaces de dejar todo atrás para trabajar con sus propias manos? ¿Cuántos aceptarían rebajar su nivel de vida para recuperar su dignidad? El viejo Jordan me encandiló, pero este nuevo me estaba enamorando.

—¿Y bien? —preguntó Alex Bowman cuando regresé al despacho después de hacer la llamada.

—No quiere recuperar la empresa. —La ceja de Alex se alzó sorprendida.

—¿Está seguro?

—Dice que Ernest ha destruido lo que creó su padre, que ya no queda nada en High Quality Engineering por lo que merezca la pena luchar. Prefiere crear su propia empresa, hacer lo mismo que su padre, empezar desde cero. —Alex asintió lentamente.

—De acuerdo, pero si los lobos van a despedazar ese jabalí, le guardaremos un trozo para él. Nunca está de más que te llegue un poco de dinero para darte un empujón. —La forma de pensar de Alex tampoco me pareció mala. Estaba rodeada de grandes pensadores, grandes hombres, de personas con un buen corazón, y no he dicho blandos, que ninguno lo era, y mucho menos el que tenía delante.

Capítulo 59

Owen

Que papá se encargase personalmente de Ernest era un paso definitivo. Pocas veces el jefe de la mafia irlandesa de Chicago actuaba directamente en este tipo de asuntos, pero había ocasiones en que era necesario, como en este caso. Aunque Miami estuviese muy lejos de su radio de acción, ya que Ernest se desplazó hasta Chicago para buscarlo, no estaba de más que él le devolviese la visita.

No necesité estar presente para saber lo que iba a ocurrir. Un poco de «has sido un chico malo», otro poco de «no se despierta al oso que duerme» y, finalmente, el tradicional «no se juega con Alex Bowman». Y si no le había quedado claro que el que le estaba jodiendo la vida era mi padre, nada como una denuncia a la fiscalía de los métodos delictivos de Ernest para conseguir sacar a la competencia de Chicago de su camino. Al principio solo le susurró al oído de algunas personas concretas los métodos poco nobles de Ernest, dañando su reputación lo suficiente como para que le costase conseguir nuevos contratos, además de sumar algunas denuncias de quienes se sintieron valientes o muy perjudicados por él.

¿Cómo conseguimos que lo detuviesen en Miami? Bueno, además de la denuncia de mi padre, digamos que conseguimos interceptar a uno de sus sicarios cuando estaba a punto de convertir el apartamento de la madre de Jordan en una enorme hoguera. No voy a detallar cómo le preparamos una encerrona para que la policía lo atrapara preparado para prender la barbacoa, pero sí que puedo decir que la llamada de Paula nos puso sobre aviso. Con sus teléfonos pinchados, solo tuvimos que llevar a la policía al lugar correcto en el momento oportuno.

Me hubiera gustado estar allí, pero tenía entre manos algo delicado. Estaba siguiendo a nuestra rata, la tenía delante cuando contesté a la llamada de Paula, así que tuve que disimular, fingir que era mi novia con la que hablaba. Salí del local para que aquel tipo no pudiese oír mi conversación, pero no aparté la vista de él al otro lado de la cristalera del local. ¿Quién lo iba a decir? Le gustaban las hamburguesas, y allí estaba, en la cola para hacer su pedido.

La conversación con Paula me absorbió más de lo que esperaba, y era normal, lo que me estaba diciendo era que ella estaba en peligro. Perdí mi concentración cuando escuché los audios que me envió, y la rata se me volvió a escapar. Pero como dijo una vez mi padre, lo primero era lo primero; la seguridad de Paula era nuestra prioridad, ya tendría otra oportunidad de cazar a nuestra escurridiza rata.

Marqué el número de mi padre de camino a mi coche, él descolgó antes del cuarto tono.

—¿Lo tienes? —preguntó curioso.

—Tenemos otro problema más importante.

—Te escucho. —Noté el cambio en la voz de papá, ese que advertía de que estaba preparado para cualquier cosa.

—Ernest se ha presentado en casa de Jordan para amenazarlo, y como Paula estaba allí también la amenazó a ella. —Escuché un pequeño suspiro al otro lado.

—Parece que tendré que abandonar el anonimato. —Su esperanza había sido solucionar todo el asunto sin tener que ponerse en medio, pero las circunstancias habían cambiado. El resto ya lo conocen.

Ver la fotografía de ese canalla en la prensa de Miami me dejó más tranquilo. Paula y Jordan ya no le tendrían mordisqueándoles el trasero.

Con ese problema solucionado, era el momento de regresar al que dejé aparcado; localizar a nuestra escurridiza rata. Entré en el despacho de Emil, nuestro experto informático, y dejé que me pusiera al día.
—¿Tienes algo para mí? —Apartó la mirada de uno de sus monitores antes de responder.
—Puede que sí.
—Te escucho. —No puedo negar que se me han pegado algunas frases de mi padre.
—He seguido la sugerencia de una amiga de Las Vegas y he extrapolado los datos de conexión de los tres teléfonos que tenemos registrados de nuestra rata. Cada vez que uno de los terminales se activa, rebota en la antena de telefonía más cercana. Si aplicamos la ley de la probabilidad, esta nos dirá qué partes de la ciudad frecuenta más, consiguiendo así una especie de mapa de sus rutas más habituales. —Sabía dónde quería llegar.
—Entre ellas el lugar donde vive. —Emil asintió sonriente.
—En vez de perseguirla por toda la ciudad, solo tendremos que cubrir una pequeña zona. —Eso era mucho mejor que andar corriendo detrás de nuestra rata.
—¿Y ya has conseguido algo? —Emil volvió a mirar el monitor para contestar.
—Pues estoy recopilando todos los datos antiguos, pero de momento están apareciendo seis puntos calientes. —Sus cejas se alzaron súbitamente—. Siete. Parece que son siete, pero a medida que van cargándose los datos y las fechas puede que eso vaya cambiando.
—¿Cuándo tendrás definidas todas las localizaciones? —Nadie dijo que no era una persona impaciente.
—Voy a dejar el programa de rastreo trabajando todo el día, pero así, viendo el volumen de datos que me quedan por procesar… yo diría que mañana.
—Bien, me pasaré por aquí entonces. —Estaba a punto de irme cuando su voz me detuvo.
—Tendré que hacer un filtro para descartar datos obsoletos, analizar los que se queden como viables… Puede que necesite otro día más. —Su cabeza se ladeó al decirme eso.
—No pensé que fueses tan lento —dije con una sonrisa para picarle, a lo que él respondió con un bufido.
—Tengo más asuntos entre manos, Owen, y mis recursos son limitados. Ahora, si quieres que deje alguno de los otros de lado para darle prioridad a este… —Lo dejó en el aire, sabedor de que el único que podía dar esa orden era mi padre.
—Sigue las pautas que te marcó el jefe. Yo hablaré con él a ver si conseguimos algo con lo que ayudarte. —Emil sonrió, porque sabía que eso podía significar un equipo más potente. ¡Cómo les gustan a estos frikis de la informática los aparatos nuevos!

Paula

Repasé por decimoctava vez el amplio dosier que Bowman nos había entregado. Había un exhaustivo registro de las actividades de Ernest, de las personas a quien chantajeó o extorsionó, el dinero que cambió de manos, el método, las fechas… Y luego estaba esa carpetita en la que aparecían las conversaciones de Ernest con su socio, con su investigador, y con la persona que se encargaba de «apartar las piedras de su camino», como él decía. Esas grabaciones no podíamos utilizarlas porque no habían sido recogidas de forma legal, no podían usarse como pruebas ante un juicio, pero estaban ahí.
No me sorprendía que Alex las hubiese conseguido, las grandes empresas tenían recursos que las agencias gubernamentales no podían usar a su antojo. Sin las trabas legales, sin órdenes judiciales de por medio, se podían utilizar recursos ilimitados. Legal no era, pero como escuché en mi antiguo bufete: «todo vale en los negocios». El límite estaba en el volumen de recursos de

los que dispones y la falta de escrúpulos que tengas en utilizarlos, ¡ah!, y en hacerlo sin que te pillen, claro.
Hoy en día todos lo hacían, o casi todos. Reconozcámoslo, el mundo de los negocios era una jungla, y el animal más fiero es el que consigue las presas. Alex era un gran depredador y Owen, como futuro heredero, estaba aprendiendo a usar todo lo que algún día podría necesitar.
Lo sé, lo sé, soy abogado, debería informar de un acto delictivo cuando tengo constancia de ello. Pero si algo he aprendido es que existe una fina línea que ningún abogado se atreve a cruzar, y es la confidencialidad entre cliente y abogado. Nuestro deber es defender a la persona o entidad que nos contrata, la ética, moral y puede que incluso nuestra conciencia, quedan fuera. No traicionaría la confianza de nuestros clientes, sobre todo porque parecía que, pese a sus métodos, estaban en el lado de los buenos. Eso, como Batman, es de los buenos, pero no duda en saltarse la ley para cazar y castigar a los malos.

Capítulo 60

Paula

Nerviosa, esa era la palabra que definía mi estado en ese momento. Y no era porque Jordan estuviese subiendo en ese instante hacia mi apartamento, sino porque tenía que conseguir engañarlo. Para reclamar como un damnificado más por los actos de Ernest y su socio, debía incluirlo como demandante, y para eso tenía que presentar una demanda en su nombre. Conseguir que me cediese poderes en este sentido iba a ser lo complicado. Bueno, eso y mantener oculto todo el procedimiento sin que se diese cuenta de que él estaba implicado. Los juicios de este tipo eran largos, y si se desarrollaba como parecía, también sería muy mediático. Solo esperaba que no se diese cuenta de que su nombre estaba en la lista de demandantes.

En fin, dejé escapar un lento suspiro y me preparé para interpretar mi papel. Tenía los documentos que necesitaba que firmase ya listos sobre la mesa del salón, arropados por más documentación referente a la cooperativa. El plan era hacerle creer que firmaba algunos documentos relacionados con su empresa, y a ser posible sin mentirle al hacerlo. Me maldije porque habíamos quedado en que nada de mentiras, ni siquiera por ocultación u omisión. Esto iba a ser muy difícil, pero tenía que hacerlo.

El timbre de la puerta sonó, haciéndome dar un respingo. No podía hacer esto, lo de los espías no era lo mío, pero… Una idea se coló en mi cabeza, ¿y si…? Podía probar, y si conseguía convencerlo… ¡Agh!, deja de darle vueltas y abre la puerta, pesada.

—Huele bien —dijo nada más verme.

—No esperes mucho, es solo un poco de pollo asado con patatas. —Dejé la puerta abierta y me di la vuelta para ir hacia el interior.

—No me refería a la comida. —Eso me hizo girarme de nuevo hacia él, que había dado un par de pasos detrás de mí. Estaba justito sobre mi rostro, robándome un beso, antes de que me diese cuenta. ¡Vaya!, este chico no perdía el tiempo. Y era ingenioso, un camelador. Céntrate, Paula.

—Antes de ponernos a cenar, necesito que firmes algo. —Como nos dijeron en la escuela de derecho: para evitar mentir, solo di lo justo, y eso hice.

—Sí, señora. —Aquella facilidad me exasperaba al mismo tiempo que me alegraba. Me gustaba que confiase en mí, pero al mismo tiempo no quería que fuese tan ingenuo. Cualquiera puede engañarte, incluso la gente en la que confías, y él tenía el antecedente de su tío, tenía que estar escarmentado.

Me dirigí a la mesa, hice como que rebuscaba entre los documentos esparcidos por la mesa y le presenté el que necesitaba. Pasé las páginas hasta llegar a la línea de puntos donde tenía que poner su nombre. No es que le facilitase el proceso, sino que evitaba que leyese de qué iba la cosa. Le tendí un bolígrafo, él me sonrió y se dispuso a estampar su rúbrica en el lugar que le había indicado. Justo en ese momento me sentí despreciable, pero me aguanté las ganas, al menos debía de ser así de momento.

—Dijiste que gastas mucha energía, así que te he puesto una ración grande. —Traté de atraerlo hacia la cocina, para que se alejase del documento.

—Es mucho, salvo que tengas pensado hacerme gastar muchas de esas calorías esta noche. —Me mostró una pícara sonrisa que me hizo enrojecer.

—Eres un chico muy travieso. —Sus cejas se alzaron.

—¿Solo me has pedido que venga para invitarme a cenar?

—A cenar y para charlar contigo, no todo tiene que girar en torno al sexo, y tampoco tenemos que salir a un restaurante cuando podemos llenar la tripa y tener una charla tranquila en nuestra casa. —Me metí un trozo de patata asada en la boca.
—Tu casa —me corrigió.
—Hoy es la mía, otro día puede ser la tuya. —Me encogí de hombros para quitarle importancia.
—Mmmm. —Masticó, tragó y después habló—. Esto está delicioso. —Un chico educado, nada de hablar con la boca llena.
—Me alegro. —Pinché un trozo de pollo que había separado del hueso y me lo metí en la boca. Sí, había merecido la pena el trabajo extra de untarlo en ajo y perejil como hacía mamá.
—¿Qué tal tu día? —Bien, llegamos al terreno laboral.
—Ajetreado. ¿Recuerdas lo que hablamos por teléfono? —Jordan detuvo el movimiento de sus cubiertos para mirarme fijamente. ¡Mierda!, aquella no era buena señal.
—Sí. —A ver cómo lo llevaba a mi terreno. ¡Vamos, Paula, tú puedes!
—Pues uno de nuestros clientes, el señor Bowman, seguro que te suena de haberte hablado de él, va a presentarse junto con la acusación particular como demandante. Hay una lista considerable de perjudicados por tu tío y su socio. —Bien, esa es una buena entrada.
—¿De verdad? —Parecía realmente sorprendido y eso que sabía de sus chanchullos.
—Pues sí, parece que no ha hecho nada bien en toda su carrera. A algunos trató de sobornarlos con acuerdos legales miserables, pero otros no sabían ni que habían sido estafados, como le ocurrió a tu padre. —Ahí quería yo llegar, a atrapar su atención para que se interesara.
—Lo de mi padre… —No, no, no podía dejar que cerrase esa puerta que me acababa de abrir.
—Lo sé, he revisado el contrato abusivo que firmó con él. Tenía que estar realmente desesperado para aceptar algo como eso. —Jordan bajó la mirada al plato, su rostro se había entristecido, aunque trató de disimularlo.
—Lo estaba. —«Vamos, Paula, es el momento de entrar a matar», me dije.
—Aparte de las irregularidades de las cláusulas, he encontrado algunos desajustes en las cuentas que me incitan a pensar que tu tío manipuló algunas cifras. —Su cabeza se alzó curiosa.
—¿Tú crees? —Hora de hacerme la inocente, ya me había extralimitado demasiado.
—Lo sé, no tenía que haber curioseado en las cosas de la empresa de tu padre, pero es que al revisar toda la documentación que presentaba la acusación, pensé que se podría haber hecho algo parecido con la empresa de tu padre. Pedí toda la información referente a sus cuentas y… —Por su expresión sabía que lo había atrapado, ahora solo tenía que soltar el sedal para que el pez se cansara. Esto de las expresiones de pescadores se lo debo al tío Alex, el Castillo, y a Simon, su cuñado—. Olvídalo, dijiste que no querías saber nada de esto, y yo te estoy obligando a escuchar mi diarrea verbal. Es solo… —Pinché otro trozo de carne mientras dejaba la frase a medias con un suspiro.
—¿Solo? —Otra picada del pez.
—Me emocioné, pensé que si tu supieras todo lo que encontré, tal vez… —Alcé la cara hacia él para mirarlo directamente—. Si veías que engañaron a tu padre, quizás te animaras a unirte a los demandantes. —Volví la atención a mi plato, donde perseguí un trozo de patata.
—¿Crees… que tenemos base para demandarlo?
—No te lo comentaría de no ser así. —Mordí la patata mientras le observaba directamente.
—Así que… —Le vi dudar, así que me adelanté a responder.
—Como heredero tienes derecho a reclamar, al igual que tu hermana y tu madre como viuda. Sé que no quieres hacerla pasar por esto, pero podrías conseguir un poder para representarla y actuar en su nombre, así ella no tendría que escuchar todo lo que su cuñado le hizo a tu padre. —Le vi

endurecer la mandíbula, por ello extendí una mano tratando de alcanzar la suya. Mi apretón pretendía reconfortarlo, hacerle sentir que entendía lo que estaba pasando y que además no estaba solo.
—Entonces hazlo. —Su cabeza se alzó para mirarme directamente—. Añádeme a esa lista.
—¿Estás seguro?
—Ahora sí. —Asentí, conforme con su decisión.
—Entonces prepararé los documentos. Puedes pasarte a firmarlos mañana si quieres. —En ese instante mostró en su rostro una expresión dubitativa.
—Yo… no quiero quitarte tiempo de tus obligaciones con tus clientes. —¿Eso le preocupaba?
—Tranquilo, básicamente solo tengo que cambiar el nombre y el objeto de la demanda.
—Y tampoco sé si puedo permitirme tus honorarios. —¿Lo decía en serio?
—Oh, sí que puedes. Pienso cobrarme todo en especies. —Esperaba que entendiese que me refería a trabajos manuales, ya saben, lo de desatascar «tuberías», pero su expresión seguía estando abatida. Tan solo apareció una desganada sonrisa en sus labios.
—Te lo agradezco. —Se apartó de la mesa y empezó a recoger los platos de la cena—. Será mejor que me vaya. Se hace tarde y todavía tengo que regresar a mi apartamento. —No podía dejar que se fuera en ese estado.
—Quédate a dormir. —No era una sugerencia, sino casi una orden.
—Yo… no tengo muchos ánimos para el sexo en estos momentos. —Esquivó mi mirada mientras se ocupaba de los platos.
—He dicho a dormir, Jordan. En este momento necesitas que alguien te abrace, y pienso hacerlo toda la noche si es necesario. —Me había bajado del taburete y ya estaba aferrándolo para estrujarlo en uno de esos abrazos que yo también necesitaba. Mi corazón se estaba rompiendo por verlo así.
—¿Qué he hecho yo para merecerte? —Su voz salió frágil junto a mi oído.
Si él supiera que lo había manipulado… Tenía que romper el documento que le había hecho firmar y ponerme con la demanda. Pero eso sería mañana, en ese momento Jordan me necesitaba, y no pensaba dejarlo solo en ningún momento.

Capítulo 61

Jordan

Antes de abrir los ojos sabía que ella seguía allí, a mi lado. Su presencia me seguía reconfortando.

Sabía que la muy ladina había hecho todo lo posible para que reclamase por el daño que nos había hecho Ernest, y al mismo tiempo sabía que no lo había hecho por ella, sino por mí. No solo creía que Ernest debía pagar por lo que nos hizo a nuestra familia, sino que le vendría bien a nuestra alma saber que él había pagado con aquello que más le dolía perder, el dinero. ¿Cómo lo sabía? Pues de la misma manera que ella supo que necesitaba que alguien se quedase a mi lado esa noche y me diese el cariño reconfortante que solo puede darte un abrazo sincero y prolongado.

Podía decir que solo era una ratita de biblioteca que destripaba contratos y textos legales, pero ella también sabía leer el interior de las personas. Eso me hacía volver a la pregunta que formulé en voz alta esa noche: ¿Qué había hecho yo para merecerla? Cada vez estaba más convencido de que el cambio que sufrí era obra suya, por su forma de ser, por su personalidad. No solo supe que no podía dañarla, sino que ella me dio la fuerza para dar el paso hacia lo correcto. Cada día estaba más convencido de que ella era el ángel que Dios me había enviado para llevarme por el buen camino, para sanarme y para hacerme feliz. Antes de abrir los ojos ya sabía que ella era la persona con la que quería pasar el resto de mi vida. Era más que amor, era necesidad. Sí, necesitaba tenerla cerca, porque ella era la brújula que marcaba mi errático caminar, el bálsamo que sanaba mis heridas, la chispa que encendía mis ganas de vivir. Con ella todo tenía un nuevo punto de vista, con ella lo sencillo era extraordinario, con ella todo era más intenso, más real.

Cuando abrí los ojos, encontré su rostro. Dormida era adorable. Aparté ese mechón rebelde que siempre se escapaba y le tapaba parte de un ojo, y sonreí complacido. Sí, ella era perfecta. Sabía que pronto sonaría la alarma del despertador, pero no me moví, quería ver cómo abría los ojos, ser lo primero que ella viese al despertar. Como si me hubiese escuchado el karma, la alarma empezó a sonar… y ahí estaban esos ojillos somnolientos abriéndose para mí.

—Buenos días. —Remató la frase con un gran bostezo.

—Es la primera vez que duermo en la cama con una chica sin que hayamos tenido sexo.

—¿De verdad? —dijo con esos ojillos ahora bien abiertos.

—Bueno, desde que soy hormonalmente un adulto. Las acampadas en la tienda de campaña con mi hermana no cuentan, éramos pequeños. —Ella sonrió somnolienta.

—Tu alarma ha sonado, tienes que levantarte —me recordó.

—Lo sé —dije sin mover un músculo. Se estaba tan bien allí.

—¿Y por qué no te mueves?

—Porque se está muy bien aquí. —Ella sonrió traviesa.

—Sé que es por la compañía, no por el colchón. —La tomé por la cadera y la pegué más a mí. Necesitaba sentir el calor de su cuerpo sobre mi piel.

—Me encantaría despertar así cada día. —Sus ojos me miraron detenidamente. Podía escuchar la maquinaria de su cabecita girando.

—¿Y por qué no lo haces? —Le besé en la frente antes de incorporarme y ponerme en movimiento.

—Porque acabarás cansándote de un gorrón que solo viene a tu casa a cenar, usar tu ducha,

dormir y lo que surja. —Busqué mi ropa por la habitación.
—Podrías ser algo más que un invitado. —Aquella sugerencia me hizo volverme hacia ella.
—¿Me estás proponiendo que viva aquí? —Me acerqué un poco más a la cama—. ¿Que vivamos juntos? —No podía salir de mi asombro. Apenas nos conocíamos, le había hecho cosas que…
—Pero tendríamos que dejar algunas cosas claras antes. —Ella se sentó en la cama toda seria.
—¿Me lo estás proponiendo en serio? —Sus ojos miraron al cielo.
—Y dale, qué difícil eres, por favor. —Trató de salir de la cama, pero yo la detuve antes prácticamente tirándome sobre ella. La tenía atrapada en el hueco que hacían mis brazos sobre el cabecero cuando pregunté:
—¿Estás segura? Porque no quiero que luego cambies de opinión y me pongas de patitas en la calle. Lo que me propones es algo muy serio. —Su nariz se frotó contra la mía antes de escapar de mi prisión como un grillo.
—Si tanto miedo tienes, siempre puedo ir yo a la tuya. —Me giré y salí detrás de ella.
—¿De verdad te vendrías a mi apartamento? —Ella me encaró.
—¿Crees que no lo haría? —Me encantaba cuando ponía esa pose de mujer seria.
—No sé, tú no has visto mi apartamento, y te aseguro que no es como este. ¿Cambiarías este palacio, por treinta y cinco metros cuadrados con paredes de cartón? En serio, cuando los vecinos se ponen cariñosos tengo que meter la cabeza debajo de la almohada para no oírlos.
—¿Pero tú has visto de dónde viene mi familia? Has estado en una de nuestras fiestas, si ponemos a enfriar las botellas en una piscina hinchable para bebés con hielo. —Sí, ese fue un detalle que no pasé por alto.
—Pero estamos hablando de apartamentos, y la verdad, entre el tuyo y el mío, prefiero mil veces este. —Extendí los brazos para que entendiese a qué me refería. ¿Se estaría dando cuenta de que ahora me tocaba a mí provocarla?
—Pues eso te había dicho, que nos quedaríamos con este. Es más grande, no tenemos que pagar alquiler. No sé qué problema le veías antes.
—Así que me estás pidiendo que venga a vivir contigo. —Sonreí travieso.
—¡Agh! —Bajó bruscamente los brazos desesperada. A veces era tan fácil…
Antes de que saliera de la habitación, corrí hacia ella para cogerla en brazos y estrujarla. Y de premio, le robé un beso.
—Esto hay que celebrarlo. —La llevé a la cama y me acosté sobre ella. No necesitó muchas pistas para saber lo que pretendía.
—Jordan, vas a llegar tarde —dijo entre beso y beso sin mucha gana.
—Será rápido, cariño. Me saltaré la ducha. —Un par de besos más y ella encontró otra excusa.
—Yo también llegaré tarde. —Eso era más serio.
—Eso no puedo permitirlo. —La cargué en mis brazos y la saqué de la cama—. Si te despiden nos quedamos sin apartamento superchulo. —Sus brazos se aferraron a mi cuello cuando se dio cuenta de que la estaba llevando al baño. Su sonrisa me dijo que sabía a dónde íbamos.
—Y gratis —añadió.
—Y gratis.
Fue una ducha un poco más larga de lo que estoy acostumbrado, pero sí que fue mucho más productiva. No piensen mal, no hicimos cosas sucias, tan solo yo la ayudé con su pelo, ella me enjabonó la espalda… Sin decirnos nada, tan solo con mirarnos, ya sabíamos que al final del día regresaríamos aquí para terminar lo que habíamos empezado.
Juntos, íbamos a vivir juntos. Los sueños se cumplen. No en el orden que había planeado, pero aquí estaban. Todo lo demás iría llegando, no me importaba el tiempo, lo más importante ya lo

había conseguido, o lo estaba haciendo.
—¿Qué era eso que teníamos que aclarar antes de que viniese a vivir aquí? —recordé. Ella alzó un hombro como si no fuera gran cosa.
—Pues lo que le pediría a cualquier compañero de piso. Reparto equitativo de tareas, nadie es el criado de nadie y… Antes de traer a alguien al apartamento tienes que avisarme con antelación. —Aquello me hizo sonreír.
—¿Temes que me presente con los amigotes a ver un partido en tu supertelevisión? Prometo no manchar el sofá ni la alfombra con cerveza o pizza. —Sus ojos se abrieron asustados. Tuve que besarla.
—Si ensucias, lo limpias. —Una carcajada escapó de mi garganta cuando vi la promesa de asesinato en su mirada—. Pero no, es por tema de seguridad. Ya te habrás dado cuenta de que estos apartamentos tienen unas medidas de seguridad muy especiales. Tendrás que leerte las normas y acatarlas, si no es posible que nos desalojen a los dos. —Aquello me asustó.
—Prometo no hacer nada que lleve a eso.
—Bien, porque si tengo que escoger entre un apartamento gratis y un nuevo compañero de piso que me toca las narices, ya sabes a quién escogeré. —Aquel brillo en sus ojos me dijo que me estaba devolviendo la jugada. Esta mujer era un bicho… muy divertido.
—El apartamento, sin duda —le seguí el juego. Los dos nos pusimos a reír como locos, hasta que la alarma de Paula empezó a sonar, recordándonos que nuestro tiempo se acababa.

Epílogo

Paula

Varios meses después…

Le tendí la cerveza fría a Jordan mientras me acomodaba a su lado. Hay que ver las vueltas que da la vida, otra vez estábamos donde todo empezó: en una fiesta Castillo. La música llegaba desde el otro lado del muro vegetal que separaba la fincha de Le Château de la casa de la tía Angie, haciendo que la fiesta de este lado estuviese animada, pero al mismo tiempo pudiésemos hablar entre nosotros sin tener que hacerlo a gritos.
Hoy nos habíamos reunido gran parte de la familia: jóvenes y los que no lo eran tanto. Era curioso ver cómo se formaban pequeños grupos casi siempre de gente de la misma edad. Los más mayores aprovechaban el tiempo relajándose, y los jóvenes trataban de alejarse tanto como podían para que los mayores no captasen sus conversaciones. Ahora que estaba en la franja intermedia me daba cuenta de esas cosas.
—¿Ves? Te dije que se lo iba a pasar bien —Señalé en dirección a su madre con la mano en que tenía mi bebida.
Ella estaba charlando animadamente con mi madre y la tía Angie. Me apostaba cualquier cosa a que pronto habría intercambio de recetas. Siempre pasaba lo mismo, primero probaban el postre que mi madre había traído a la fiesta y luego andaban locos por conseguir la receta.
—Sabía que algo había. —No entendí de qué estaba hablando hasta que seguí su mirada. Jordan no apartaba la vista de su hermana Kassi y su novio.
—¿A qué te refieres? —pregunté curiosa.
—La enfermedad del beso, alguien tenía que habérsela pegado, por eso me olí que había un chico de por medio. —Seguía perdida.
—Si no me das más datos no podré seguirte. —Finalmente Jordan me miró.
—Kassi. Cuando mi madre se fue a Nueva York a cuidarla porque estaba enferma, me dijo que tenía mononucleosis. Al principio estaba preocupado porque se la contagiase a mamá, pero después me dio por pensar cómo la había conseguido. Y mira tú quién fue. —Señaló con la cabeza en dirección a ellos.
—Tu hermana es adulta, puede besarse con quien sea, igual que tú. —Odiaba que hiciesen distintas valoraciones dependiendo de si eras hombre o mujer.
—No me refiero a eso, sino a que lo ha tenido oculto. ¿Cuánto? Ella dice que llevan tres meses, pero a saber. ¿Por qué os cuesta tanto a las chicas decirle a la familia que tenéis novio? A las amigas os falta tiempo para decir «¡Eh!, ¿a qué no sabes con quién me he enrollado?». —¿En serio?
—Quizás porque no queremos que estén encima preguntando si es algo serio o no. Sencillamente preferimos esperar a comprobar por nosotras mismas si lo es. —Su ceja se alzó hacia mí, había recibido mi información como la que era, una defensa armada. ¡Chicas al poder!
—Tu familia sabía de mi existencia incluso antes de que lo nuestro fuese formal. —Buen punto.
—No es lo mismo —me defendí.
—Tienes que entender que me preocupo por ella, eso es todo. —Volvió a mirar en dirección a Kassi, que en ese momento le sonreía al chico con el que había venido. Ellos sí que estaban disfrutando de la fiesta, aunque todavía se sentían algo tímidos a la hora de mezclarse con la

gente.
—Lo entiendo, y seguro que ella también lo hace. Pero es una adulta, Jordan, ella toma sus decisiones. Además, no hubiese cambiado nada el que te lo hubiese dicho antes, ¿o sí? —Le miré esperando una respuesta. Él no era como Owen, él no se hubiera puesto a destripar la vida del chico en cuanto le dijeran su nombre.
—Tienes razón —cedió—. ¿Cómo he conseguido atrapar a una chica tan lista? —Sus manos me tomaron por la cintura para pegarme más a él de forma juguetona. Aquella maldita sonrisa traviesa seguramente me metería en algún lío.
—Con mentiras y subterfugios, pero te pillé. —Rodeé su cuello con mis brazos para atraer su boca hacia la mía. No me pasó desapercibido el pequeño gesto apenado que fugazmente dibujó su rostro.
—De haber sabido antes cómo eras, no lo habría hecho. Afortunadamente mereció la pena —me aseguró. Sabía que lo decía de forma sincera.
—Lo importante no es cómo se empieza, sino cómo se termina. —Su cabeza se ladeó mientras sus ojos no se apartaban de mis labios.
—No estarás pensando en librarte de mí tan pronto, ¿verdad? —Fingí que meditaba mi respuesta.
—Te he aceptado después de conocer lo malo de ti, y lo bueno me está gustando. —Le di un suave beso en la boca.
—Eso me tranquiliza.
—Debería hacerlo, sí.
—Entonces… Lo del matrimonio no está descartado. —Aquello me sorprendió.
—¿No vas un poco rápido? —Matrimonio, era algo demasiado serio para quienes solo llevan unos meses viviendo juntos.
—Solo me adapto al ritmo que marcaste. Eres la que manda, ¿recuerdas? —Eso me hizo sonreír como la mala de la película.
—Entonces tendría que ser yo quien te pidiese matrimonio a ti. —Yo tenía el poder, ¡sí, señor!
—Sí, quiero.
—¿Qué? —No me di cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que él respondió a mi pregunta.
—¿No me lo estabas pidiendo? —Puso cara compungida—. Sí, bueno, supongo que ha sido algo precipitado, seguro que no tenías pensado proponérmelo hoy.
—Pero ¿qué…? —Este hombre me estaba volviendo loca.
—Lo sé, son muchas cosas que preparar. El anillo, una proposición romántica e irrepetible —enumeró ante mi estupefacción.
—¿De verdad quieres que te lo pida con toda esa parafernalia? Quiero decir, ¿como si fueses tú la chica? —Más que sorprendida estaba… ¿Qué hay más que eso? ¿Anonadada?
—Ya que invertimos los roles, pensé que esa parte me tocaría a mí.
—¿Y qué tendrá que ver ser la que manda con eso? —Me estaba sacando de mis casillas.
—Ya, pero es que tú eres la titular de la casa en la que vivimos, la que cobra más, la que controla mi trabajo… —Aquello me ofendió, yo no hacía eso. Bueno, solo en la parte legal.
—Porque soy la gestora de la cooperativa, y la asesora legal. Nada más. —Los labios de Jordan dibujaron una mueca.
—Lo ves, me tienes pillado por las pelotas. Si un día te levantas con la vena cruzada, puedes mandarme a la mierda o destrozarme la vida, seguramente ambas cosas. —Pero ¿qué estaba diciendo este hombre?
—Yo no haría eso. —Volvió a hacer ese gesto.

—¿No? Eso lo dices ahora porque te doy todo lo que necesitas de mí. ¿Quién dice que mañana no cambias de idea? —Pero ¿qué había bebido este hombre?
—Esto no es un capricho, si es a lo que te refieres.
—¿No? ¿Me estás diciendo que me quieres?
—Pues claro que te quiero. —Ay, madre, ¿qué estaba diciendo? Bueno, era verdad, le quería, pero no quería reconocerlo, no al menos tan pronto.
—¿Lo suficiente como para casarte conmigo o solo para desatascarte las tuberías cuando necesites un fontanero? —¿Estaba diciendo que lo quería solo por el sexo? Yo lo mataba.
—Pues claro que me casaría contigo —dije indignada. Yo no estaba con él porque fuese bueno en la cama, sino porque me parecía una persona que… ¡Ay, madre!, ¿por qué se estaba arrodillando? ¿Qué…? ¡Joder! Tenía un anillo y…
—Paula Di Angello, ¿te casarías conmigo?
—Yo… —Sin palabras, me dejó sin palabras, literalmente.
—También podríamos firmar un contrato en el que me concedas la exclusividad para manipular tus tuberías, pero lo del anillo me pareció más romántico. —Me dio una sonrisa canalla. Este maldito manipulador había estado jugando conmigo desde el primer momento. Y yo que creía que era la mejor en este juego—. ¿Qué me dices? —Sus ojos me dijeron que esperaba nervioso mi respuesta. ¿Cómo decirle que no? Era guapo, inteligente, emprendedor, valiente, decidido y muy bueno en la cama. Pero lo más importante era que no podía dejar que se fuera, lo necesitaba en mi vida para ser feliz.
—Vale —le dije—. Pero también quiero un contrato de exclusividad bidireccional con eso de las tuberías, y lo quiero firmado y con testigos. —Jordan me puso el anillo en el anular.
—Tus tuberías son solo mías y mi desatascador solo tuyo. Redáctalo que lo firmo. —En cuanto se puso en pie, puede que antes de que lo estuviese del todo, salté sobre su boca para besarlo.
La algarabía que escuché a nuestro alrededor me dijo que aquella extraña y particular pedida de matrimonio no había pasado desapercibida, o mejor dicho, era algo que todos sabían, menos yo, evidentemente. Me comía a este hombre.

Epílogo segunda parte

Algo más de dos años después…

Paula

Miré de nuevo mi imagen en el espejo. No, no tenía buena pinta, pero tenía que salir y poner buena cara. ¿Quién gana un juicio y no está exultante de alegría y dando botes de felicidad? Pues alguien que acababa de vaciar su estómago en el baño de un juzgado.

Me mojé la mano con un poco de agua y me la pasé por la nuca, quizás así me refrescaba y apartaba esa mala sensación que tenía encima. Si continuaba así tendría que ir al médico a… ¡Oh, porras! Saqué mi agenda y revisé nerviosa las fechas… Casi dos semanas, hacía casi dos semanas que me tenía que haber venido el período. Podría ser por el estrés del juicio, eso a veces pasa, igual que los vómitos antes de entrar al juzgado. Pero las dos cosas juntas… Embarazo. No lo habíamos hablado, no habíamos hecho planes de cuándo ir a buscar a nuestro primer hijo, pero ahora me temía que eso ya no iba a ser posible, todo apuntaba a que el pequeño ya estaba en camino.

Giré la cabeza hacia la puerta del baño. ¿Cómo iba a decírselo a Jordan? ¿Cómo reaccionaría? Con su negocio despegando ahora estaba mucho tiempo fuera, solo nos veíamos por la noche y por las mañanas. ¿Cómo le decía «prepárate porque ahora necesitaré tu ayuda»?

Un bebé. Mi rostro frente al espejo tenía una expresión de pánico. ¿Asustada? Mi espalda se estiró al tiempo que tomaba fuerza. No, no iba a dejar que esta situación pudiese conmigo. Fran y yo éramos socios, nuestros propios jefes, y si decidía poner un corralito en mi despacho para tener a mi bebé cerca, pues lo haría, y si nuestros clientes se sentían incómodos, pues se los pasaba a Fran y listo. Yo podía hacer mi trabajo sin alejarme de mi bebé. Y Jordan podía delegar algunas de sus responsabilidades, o bajar el ritmo, para ocuparse también de nuestro pequeño. O pequeña.

Bajé la mirada hacia mi vientre, donde por instinto posé una mano protectora. ¡Bah!, podría ser solo un virus intestinal. Pero ¿y si no? Tenía que salir de dudas. Buscaría una farmacia y compraría un test de embarazo. Y después, dependiendo del resultado, tendría que darle al padre la noticia.

Solté el aire con brusquedad, tomé mi bolso y salí de allí. Los pasillos estaban muy animados, pero es que era normal. Había muchísimos damnificados que habían visto su sed de justicia saciada. El jurado había declarado culpable a Ernest y a su socio, y condenado a indemnizar a los perjudicados por sus malversaciones y estafas en las construcciones. Al principio afrontaron el juicio como una única defensa, pero en cuanto vieron que la mierda empezaba a llegarles al cuello, cada uno decidió echarle la culpa al otro para salvarse así mismo. Idiotas, así nos lo pusieron más fácil a la acusación.

—Sí, mamá. Ha salido todo bien… El nombre de papá ha quedado limpio y nos tendrán que indemnizar con una bonita suma… —Los ojos de Jordan me miraron mientras seguía hablando por teléfono—. No sé, tú sabrás lo que quieres hacer con ello. Seguro que Kassi encuentra enseguida la forma de gastar su parte. —Jordan extendió una mano para atrapar la mía. El anillo en su dedo me hizo pensar en su hermana y sus planes de boda—. Cuando regreses charlaremos de todos los detalles… Yo también te quiero, mamá. Y dale un beso a Kassi de mi parte. —Colgó la llamada y se giró hacia mí por completo—. ¿Te encuentras bien?

—Eh, sí. Un poco revuelta, pero es normal.

—Tengo que confesarte que yo también he estado muy nervioso estos días. —Soltó el aire pesadamente—. Pero ya ha terminado todo.
—Pueden recurrir —le advertí.
—No creo que se les ocurra. —Alex Bowman interrumpió con esa frase nuestra conversación.
—Yo tampoco lo creo —le apoyó Fran mientras le daba una extraña mirada a nuestro jefe. Cliente. ¡Agh!, bueno, a Alex.
—Entonces vayamos a celebrarlo, invito a comer —dijo Jordan.
—Tengo que coger un vuelo a Chicago. ¿Y si mejor lo dejamos para el fin de semana? —dijo Alex mirando su reloj.
—¿Fiesta Castillo? —Me gustaba la forma de pensar de Fran, y creo que a la gente de mi alrededor también.
—Genial, así le dará tiempo a mi madre a regresar a Miami. —¿Por qué estaba pensando en que en esa fiesta a lo mejor teníamos algo más que celebrar?
—No se hable más. —Un par de personas pasaron en ese momento junto a nuestro grupo, y sus caras mostraban auténtico odio. Había visto a esas dos durante todo el juicio, y aunque al principio sentía un odio irracional hacia Bibian, en ese momento lo que sentía era pena por ella y su madre. Ellas lo habían perdido casi todo.
—Sobrevivirán —dijo Jordan mientras me acariciaba la espalda. Este hombre podía leerme sin esfuerzo.
—¿Estás seguro? No tienen pinta de saber hacer nada más que ponerse guapas. —Si una mujer basa su vida en la dependencia de un hombre, cuando este desaparece, su mundo se hace pedazos.
—Bicho malo nunca muere. —El bufido que soltó Bibian al pasar por nuestro lado respaldó las palabras de Jordan. Tenía razón, si tenía tantas agallas para pelear por el dinero de su padre, conseguiría salir adelante por ella misma, aunque fuese pillando a otro niño rico tonto como ella. Bueno, no era tan tonta.
—¿Tenemos tiempo para una copa de champán para celebrar? —le preguntó Fran a Alex.
—Para eso siempre hay tiempo. —Sonreí al tiempo que todos empezábamos a caminar hacia la salida, yo no estaba tan segura de poder tomar esa copa.
—Salgamos por aquí. —Uno de los hombres de seguridad de Alex nos indicó otra salida. Había tomado esa costumbre de no salir por la puerta principal desde que todo el proceso se convirtió en un circo mediático.
—¿Nos vemos en el restaurante de nuestro edificio? —preguntó Fran mientras se dirigía a la salida. Él era el único que daba la cara ante los medios. Estaba segura de que disfrutaba con todo esto.
—No tardes mucho o empezaremos sin ti —le amenazó Jordan. Fran se fue con una sonrisa de tiburón en la cara.

5 meses después…

Estaba rota. El cuerpo me pesaba como si cargara con una mochila con quince kilos de piedras. Y solo estaba de seis meses, no quería ni pensar en que todavía me quedaban tres y esto iría a peor.
—Ven aquí. —Jordan salió de la zona de la cocina para acompañarme hasta el sofá, donde me dejé caer como un peso muerto. Él me tomó los pies, me quitó las zapatillas y empezó a masajearme una de las plantas con mimo. Esta era la mejor parte del día; una ducha caliente, masaje de pies en el sofá y que alguien te preparase una cena rica. La verdad, Jordan había

cumplido de sobra con lo que se esperaba de él como padre, o marido que esté a punto de serlo.
—Mmmm. Esto es mejor que el sexo. —Mi cabeza estaba recostada en el respaldo, mientras mis ojos cerrados buscaban un poco de paz.
—Cuando el hotel se desocupe ya no volverás a decir eso. —Su mano pasó por mi abultado vientre para recordarme que ese era el hotel del que hablaba. Según él, cuando el huésped saliera de ahí, volveríamos a nuestra rutina de sexo cada noche. No quería decirle que para eso tendríamos que contar con el beneplácito de nuestro pequeño o pequeña.
No, no habíamos querido saber el sexo del bebé, y eso le hacía rabiar a su madre, que no hacía más que decir que quería comprar algo rosa o azul, que el blanco y el beis eran muy aburridos. La entendía, era su primer nieto y estaba como loca por tenerlo en sus brazos.
Mi tripa se movió, haciendo que mi estómago rugiera. El olor que llegaba desde la cocina no me hacía más fácil todo esto. Es que tenía hambre a todas horas, bueno, y sueño, pero eran solo efectos secundarios que pasarían cuando viéramos la carita de nuestro bebé.
—¿Qué tenemos de cena? —Jordan dejó el último de mis pies en su sitio y se puso en pie.
—Mamá ha traído unos filetes de pescado, tomatitos y unos espárragos trigueros. —Mi tripa volvió a rugir. Estaba bien esto de que tu suegra te mimara así, o más bien nos mimara. Desde que se enteró de mi embarazo, ella se encargaba de que estuviésemos bien alimentados. Y lo agradecía enormemente, porque no tenía muchas ganas ni de cocinar, ni de comprar…
—Suena delicioso. —Me acomodé mejor en el sofá y encendí la televisión para ver las noticias, era el único momento del día en que podía enterarme de lo que pasaba en el planeta, así que la dejaba encendida mientras cenábamos.
Un anuncio de esos en los que te dan un avance de otro programa de la cadena llamó mi atención. Allí estaba Bibian, llorando como una magdalena por sus desgracias. Tenía que reconocer que Jordan tenía razón, la chica enseguida encontró la manera de hacer dinero rápido vendiendo su vida a los *realitys*. Si era feliz diciéndole al mundo que ya no tenía dinero ni para comprarse unas compresas de calidad, pues estupendo. Así se ganaba los cuartos y volvía al mundo del famoseo. Eso sí, tendría que ser lo suficientemente lista para alargar eso tanto como pudiese, la fama es efímera. Apagué la televisión, ya no quería saber nada más. Si algo ocurría ya me enteraría al día siguiente. Una invasión alienígena, el fin del mundo… Todo podía esperar hasta después de cenar.

Miami Legacy

Después de la serie Préstame, es hora de contar las hisotias de sus herederos. En esta serie les llega el turno a los retoños de Miami.

Gabi

Gabi ha estado obsesionada toda su vida por un hombre que nunca fue para ella. Ha estado tan ciega, que no se ha dado cuenta de que existen otros, y que han estado más cerca de lo que pensaba.
¿Puede una locura etílica traerle lo que necesita? ¿o la atrapará en un terreno fangoso por el que no debió pasar?
De lo único que está segura es de que su cuerpo va a arder...
Cielo e infierno en el mismo lote. Imposible no desear caer...

Bianca

Bianca siempre ha pensado en los demás antes que ella, pero algo ocurre que la hace despertar. Por primera vez en su vida se vuelve egoísta, quiere ser la que reciba todo lo que él puede darle a una mujer.

A Santi le destrozó la vida una mujer de la que se enamoró como un idiota. No quiere volver a sufrir, por eso se entrega en cuerpo y alma a su trabajo. No tiene tiempo para relaciones, y mucho menos ganas de buscar a alguien con el que compratir su vida. Pero todo cambia cuando la conoce a ella.

Libros de este autor

Dimitri - Vasiliev Legacy

Dimitri siempre ha necesitado demostrar al mundo que es un Vasiliev, pero serlo le condena a no alcanzar a la mujer que le obsesiona. Ella es familia, y a la familia se la protege, y eso es lo que él debe hacer, proteger a Pamina, incluso de sí mismo.

¡Préstame a tu novio! - Serie Préstame 1

No puede salir nada bueno de que tu amiga te pida prestado a tu novio, y eso María lo va a descubrir de la peor manera posible.

Jane está convencida de que María ha tenido suerte al haber encontrado una pareja como Noah y que ella también se merece a alguien como él en su vida, pues es el novio que su madre sin duda aprobaría. Y, si no puede conseguirlo de verdad, al menos fingirá que le pertenece.

Además, si todo esto no fuera suficiente para desencadenar el caos en la ciudad de Miami, aparece la tentación dentro de un uniforme de bombero: Tonny.